

PUEDO TENER
UNA VIDA

contigo



serie
CONTIGO
3

SONIA PUENTE

PUEDO TENER

UNA VIDA

contigo

SONIA PUENTE

Título original: Puedo tener una vida contigo

© 2021, Sonia Puente

Safe Creative: 2101096532234

Primera edición, marzo 2021

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Corrección: Elisa Mayo

Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 2](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 3](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 4](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 5](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 6](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 7](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 8](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 9](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 10](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 11](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 12](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 13](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 14](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 15](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 16](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 17](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 18](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 19](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 20](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 21](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 22](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 23](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 24](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 25](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 26](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 27](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 28](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 29](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 30](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 31](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 32](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 33](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 34](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 35](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 36](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 37](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 38](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 39](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 40](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 41](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 42](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 43](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 44](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 45](#)

[Víctor](#)

[Capítulo 46](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 47](#)

[Andrea](#)

[Capítulo 48](#)

[Víctor](#)

[Epílogo](#)

[Andrea](#)

[Víctor](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras publicaciones de la autora](#)

A todas esas personas que me hicieron llegar
su cariño cuando más lo necesitaba.
Esta historia es para vosotros.

Gracias de todo corazón ☰

Capítulo 1

Andrea

Ser la segunda de cuatro hermanos no es tarea fácil. Sobre todo cuando te exiges tanto a ti misma para intentar estar a la altura de la familia. Sí, esta soy yo, Andrea Guerrero, una mujer exigente, perfeccionista y con una autoestima de mierda que se ha mermado, más si cabe, por la poca atención que recibo últimamente de mi marido. Gerard.

Me gustaría saber dónde volver a encontrar al hombre cariñoso y atento del que me enamoré. Porque, sí, a pesar de lo fría que puedo aparentar ser, también tengo corazón. Hace poco más de un año que nos casamos y no pudimos celebrar nuestro aniversario, ya que se encontraba de viaje en Barcelona, como suele ser costumbre últimamente.

Toda mi familia se ha dado cuenta de esta nueva actitud por parte de mi marido. Era raro que faltara a alguna reunión familiar, al contrario que ahora, que no aparece en ninguna o siempre le surge alguna urgencia y debe marcharse. Hasta hace poco, todo el mundo lo entendía, incluso yo. Gerard es uno de los mejores arquitectos de Andorra y no es de extrañar que lo requieran para nuevos proyectos en el exterior, pero...

No son solo sus ausencias, también es su actitud conmigo. Siempre está a la defensiva, que lo puedo entender, porque mis reproches son más asiduos, pero necesito respuestas. Está claro que yo no soy tan importante para él como hace un año. Siempre me ha dado una buena vida, su poder económico es elevado, al igual que el de su notable familia. Si trabajo en el *Hotel de les Valls*, el hotel al que mis padres dedicaron toda su vida y ahora dirige mi hermano Guillermo, es porque lo necesitaba. No quería depender de él toda mi vida. Si lo hacía, tenía claro lo que me esperaba, solo es necesario echarle un vistazo a su madre, que es todo lo opuesto a la mía.

Mi suegra es la persona más materialista, arrogante y altiva que hay en este pequeño país en el que vivimos. Está tan orgullosa de su adinerada familia y de la gran posición de sus hijos que, de cara a la galería, no hay nada mejor en Andorra que ellos. Son como un nivel superior, al que yo pude acceder gracias a mi cambio de actitud y volverme un poco como ella, cosa de la que me arrepiento con todas mis fuerzas. Es triste decirlo, pero he llegado a menospreciar a gente a la que quiero con toda mi alma por no ser o tener un trabajo «importante». La primera lección de humildad la recibí de mi cuñado Malcom y su familia. A partir de ese momento, me planteé un cambio de actitud e intenté volver a recuperar a la Andrea que era antes de conocer a mi marido.

Por suerte, aparte de mis padres y hermanos, que no es poco, tengo la suerte de contar con la alegría de mi vida, Jordi, mi pequeño guerrero. Le encanta que lo llame así, incluso me ha llegado a preguntar por qué no puede llamarse Jordi Guerrero y no Pons, como se apellida su padre. La primera vez que lo oyó mi suegra, casi le da un ataque al corazón y, como os podéis imaginar, mi hijo ya no es uno de sus nietos preferidos. Jordi, que ya tiene cinco años, odia ir a casa de mis

suegros. Una gran mansión que tiene de todo, pero en la que no puede tocar nada ni jugar con los perros ni con las piedras del jardín y en la que tiene que seguir una serie de protocolos para sentarse a la mesa a comer. Mi pequeño es un Guerrero en toda regla y, a medida que se hace mayor, más todavía. Pasa muchas horas entre nosotros y las ausencias de su padre también le afectan. Busca la figura de Gerard de forma desesperada entre los hombres de mi familia, sobre todo con Hugo, el pequeño de mis hermanos y el que más se preocupa por mí, a pesar de estar siempre discutiendo conmigo por un tema del pasado. Es el que parece más despegado por su forma de ver la vida. Siempre está contento y de buen humor; bueno, menos cuando se pelea conmigo, claro.

Miro el reloj que hay en mi mesita, es la una de la madrugada y todavía no hay nadie al otro lado de la cama. No tengo ni idea de en qué momento nos perdimos, cómo hemos llegado a alejarnos tanto, aunque de cara a la galería tengamos un matrimonio ejemplar. Miles de preguntas invaden mi cabeza. ¿Me habrá querido alguna vez o todo fue una fachada? Algo en mi interior me dice que toda esta situación es un castigo por dejar plantado a aquel muchacho que me robó el corazón. Había demasiados obstáculos que superar y acabé eclipsada por la presencia de Gerard. Que un hombre como él se fijara en mí fue como un chute de autoestima y me ganó. Gerard me podía dar muchas más cosas que ese muchacho, que era más joven que yo, aunque a su lado todo fue maravilloso y explosivo.

Un ruido en el pasillo me saca de mis pensamientos. Es mi marido. Abre la puerta de forma sigilosa para no despertarme. Lo que él no sabe es que la mayoría de las noches que llega tan tarde, yo estoy despierta, esperando las migajas que nunca llegan. Es triste que, a estas alturas de la vida, tenga que mendigar por el cariño de mi esposo. Oigo cómo se quita la ropa y la deja en el sillón que hay en una esquina. Se dirige hacia el baño, supongo que a lavarse los dientes, ya que se oye el agua. Cuando vuelve a la habitación, en vez de meterse en la cama, se dirige al vestidor y oigo que trastea con algo. Decido levantarme y ver qué narices trama a estas horas.

—¿Qué haces? —le pregunto. Su cuerpo da un salto al no esperar mi presencia.

—¡Joder, Andrea! Qué susto me has dado. ¿Qué haces despierta? —contesta con otra pregunta mientras llena una pequeña maleta con su ropa.

—Espero a mi marido —le respondo—. ¿Vuelves a irte?

—Sí, a media mañana. Debería estar en Barcelona antes de las cuatro de la tarde. Tengo una reunión para ajustar el proyecto nuevo. Parece que el cliente no está conforme con los últimos cambios. —Resoplo. Qué cansada estoy de estar sola—. Por favor, Andrea, no empecemos con tus reproches, ¿quieres? Estoy agotado y no tengo ganas de discutir contigo.

—Perdona que no me haga especial ilusión que mi marido vuelva a irse de viaje.

—Ya te estás poniendo dramática. Te recuerdo que voy por trabajo, no de fiesta —me contesta como si yo fuera estúpida.

—Venga ya, Gerard. —Me río—. ¿Me vas a decir que has estado trabajando hasta ahora? ¿Que este olor a alcohol y perfume de mujer son invenciones mías?

—Hemos trabajado hasta tarde y, para despejarnos, decidimos ir a tomar una copa. ¿Acaso es algo malo?

—Por supuesto que no.

—Pues entonces cerremos el tema y vete a dormir. Acabo de hacer la maleta y ya voy.

—¿Cuántos días estarás fuera? —indago para ver si recibo alguna información. Últimamente estoy demasiado excluida de sus planes.

—¡Joder, Andrea! —reclama con un tono de voz elevado—. Todavía no me he ido y ya quieres saber cuándo vuelvo. Que sepas que este control y que desconfíes de mí para todo acabará con nuestro matrimonio.

—¿En serio? —digo. Mi voz ha sonado temblorosa, inestable, debido a la rabia y la tristeza que crece en mi interior. Los ojos se me llenan de lágrimas y trago saliva en varias ocasiones para controlar mis emociones—. Por mí puedes irte a la mierda.

Me giro y abandono el vestidor, pero cuando estoy a punto de salir por la puerta lo oigo:

—Estar tanto con tu familia te está convirtiendo en una mujer sin clase.

Aprieto los puños con tanta fuerza que las uñas se me quedan marcadas en las palmas, así como mis dientes, que están a punto de estallar de la presión que ejerzo al apretar la mandíbula. Me resisto a contestarle, no vale la pena ponerme a su altura, pero no puedo evitar que las lágrimas se derramen por mi cara. Mi familia es lo más importante que tengo, y haberme alejado tanto de ellos por culpa de un hombre como Gerard es de lo que más me arrepiento. De eso y de haber puesto el poder y el dinero por encima del amor de un joven bueno, que me quería, me respetaba y con el que fui muy feliz, aunque fuera poco tiempo y a escondidas.

≡≡≡

Ha sido una larga noche, casi no he podido descansar, mi cabeza no ha parado de hacer conjeturas y ninguna era buena. Al final volví a quedarme sola, como en otras muchas ocasiones. Gerard madrugó, cogió su maleta y se fue sin despedirse. De hoy no pasa que hable con Adrián, el amigo abogado de mi hermano Guille. Esta situación no puede seguir así.

—Jordi, cariño. Si no nos damos prisa, vas a llegar tarde al cole —le pido a mi pequeño.

—Ya voy —se queja, alargando las vocales.

Está en esa época que lo quiere hacer todo él solo. A mí ya me parece bien, lo único malo es que lleva su ritmo y se entretiene con una mosca. Eso cuando no se pone la camiseta o el pantalón al revés. El resultado es que siempre salimos apurados y llegamos justos al colegio.

—¡Vamos a ver, cacahuete! Me parece que esos zapatos no son iguales.

—Es que no hay otros —dice y se encoge de hombros. Yo resoplo e intento no reírme.

—¿Has mirado bien dentro de la caja?

—Claro. A lo mejor se los ha comido Loqui —conjetura con su enorme imaginación. Últimamente, el perro que tienen mis padres es el culpable de todo.

—Jordi, Loqui está en casa de los abuelos y nunca has vuelto descalzo. Lo que creo es que no has buscado bien.

—¡Que sí! Y no hay más. —Pongo los ojos en blanco e intento mantener la calma.

—Haremos una cosa. Iremos los dos a la habitación y los buscaremos. El primero que los encuentre, a la tarde, se podrá comer un *chupa*. —Si no nos ponemos las pilas, hoy no llegamos al colegio.

—¡Valeeee!

Mi cacahuete corre hacia su habitación y yo lo sigo. Nada más entrar y asomar la cabeza en

la caja de los zapatos, ya diviso los pares que faltaban. Me hago la despistada y dejo que él los encuentre. Este pequeño diablo no va a dejar escapar una chuchería.

Al final, acabamos vestidos como toca y nos dirigimos al colegio. No ha sido tanto el drama y, cuando llegamos, todavía no han abierto las puertas.

—¡Mira, mami, el tío Hugo! —chilla Jordi y se suelta de mi mano para correr a tirarse a los brazos de mi hermano.

—¡Ey, pequeño guerrero! —lo saluda Hugo mientras lo abraza.

—¿Has venido a verme? —pregunta mi cacahuete.

—Pues claro, a ti y a tu mami.

Entrecierro los ojos y lo observo. La última vez que nos vimos, no acabamos en buenos términos. Discutimos, como nos pasa cada vez que estamos juntos. Él cree que tiene la verdad absoluta y yo no quiero que se meta en mi vida, sobre todo cuando no tiene ni idea de la mitad de las cosas. Sé que lo hace por mi bien, que intenta protegerme, pero soy mayorcita y no necesito a nadie que me recuerde, de forma constante, que no he hecho bien las cosas.

—Podríamos ir a los columpios —dice mi hijo, interrumpiendo mis pensamientos.

—No sabes tú nada, pequeño guerrero. Hay que ir al cole, campeón. Tienes que aprender mucho para, cuando seas mayor, hacer muchas casas como tu papi.

—Yo no quiero hacer eso. Quiero ir en la moto de nieve todo el día. —Hugo suelta una carcajada y yo pongo los ojos en blanco. Este pequeño parece más hijo de mi hermano que de su padre.

—De momento, vas a ir al cole. Cuando seas más grande ya veremos. Venga, cacahuete, que ya han abierto las puertas.

Jordi le da un beso a Hugo y nos adentramos en el colegio para dejarlo en su clase. Al salir, mi hermano sigue en el mismo lugar que antes. Me espera y yo no sé si, después de la noche que he pasado, me apetece empezar el día con una discusión.

—Te invito a un café —me dice.

—Hugo, no me apetece pelearme contigo. Además, tengo que ir a trabajar.

—Vamos, Andrea. Tenemos que hablar, solo será media hora. Prometo comportarme.

—Está bien —acepto—, pero vamos a algún lugar cerca del hotel.

Me consta que toda la familia está preocupada por mí, lo que no puedo entender es por qué le toca a Hugo darme la charla. Sería más lógico que fuera Guillermo. Escucharé lo que tenga que decirme mi hermano pequeño y después continuaré con mi objetivo de hoy, hablar con Adrián e iniciar el divorcio. No pienso ser una mujer florero ni dejarme ningunear por nadie, por muy marido mío que sea y mucho poder económico que tenga.

Capítulo 2

Andrea

Entramos en una cafetería y, mientras nos sentamos, aprovecho para enviarle un mensaje a Guille y otro a Rosa, mi ayudante, para que sepan que llegaré un poco más tarde. Pedimos nuestras consumiciones y yo reviso el teléfono en un intento de disimular mi inquietud por la charla que me espera.

—Andrea, no me gusta que estemos enfadados. —Rompe el silencio Hugo.

—Si no intentarás dirigir y criticar mi vida, no habría ningún problema —respondo a la defensiva.

—He venido en son de paz, me gustaría que pusieras un poco de tu parte —me reclama por el tono de mi contestación.

—Y te lo agradezco, de verdad. Pero estoy harta de tener que justificarme por todo lo que hago. Sobre todo, porque intentas prohibirme cosas y no confíes en mí. Como, por ejemplo, que no me dejes ir al gimnasio.

—Ya sabes por qué lo hago.

—Eso se acabó cuando conocí a Gerard —le digo cabreada.

—Está bien —se disculpa—. Si lo que quieres es volver al gimnasio, no pondré ningún impedimento, siempre que no vea nada raro.

Elevo una ceja, asombrada, porque no ha entendido nada de lo que le he dicho.

—Vamos a ver, Hugo. Es mi vida y soy mayorcita, así que lo que haga o deje de hacer es problema mío. No eres nadie para dirigir mi vida. Y ahora, si me perdonas, tengo mucho trabajo y no puedo perder mi tiempo con estas tonterías. —Me levanto para irme, pero su mano frena mi retirada.

—Espera, por favor. —Lo miro a los ojos y me vuelvo a sentar rindiéndome a su petición—. Te prometo que intentaré no meterme en esa parte. Pero...

—Suéltalo ya, Hugo.

—Tienes a toda la familia preocupada. La actitud de Gerard de los últimos meses no ha pasado desapercibida para nadie y queremos que estés bien —expresa su inquietud.

—Lo sé y espero arreglarlo pronto.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —pregunta—. Al principio pensábamos que era por el trabajo, pero ahora ya no cuele.

—Supongo que ha encontrado algo más interesante en Barcelona y por eso pasa más tiempo allí que aquí con su familia. —Una lágrima traidora desciende por mi mejilla, pero no me da

tiempo a limpiarla porque lo hace mi hermano por mí.

Hugo parece un hombre despegado y da la sensación de que todo le resbala pero, en el fondo tiene un gran corazón y una enorme empatía con la gente. Por eso siempre está rodeado de personas y se hace querer. La mujer que consiga su corazón será muy afortunada de tenerlo a su lado y, aunque ahora va de flor en flor, cuando se dé cuenta de que puede llegar a amar a alguien, se dedicará a ella cien por cien.

—Hermanita, sabes que todos estamos aquí para lo que necesites. Aunque a veces somos muy cargantes y nos metemos donde no nos llaman, puedes apoyarte en nosotros. Guille y yo entrenamos duro por si tenemos que romperle las piernas a Gerard.

Sonríó al oír sus palabras porque sé que serían capaces de enfrentarlo. Ya lo hicieron con el exnovio de mi hermana.

—Ayer volvimos a discutir. Llegó tarde y se puso a preparar la maleta porque, al parecer, tiene una reunión esta tarde. Dice que dramatizo y me estoy cargando nuestro matrimonio. Lo que no sabe es que he tomado la decisión de hacerlo de verdad —le explico a Hugo, abriéndome y haciéndole participe de mi resolución—. Voy a pedir cita con Adrián para preparar el divorcio.

—¿Estás segura? ¿Crees que él y su familia van a dejar que eso suceda?

—Supongo que no me lo pueden prohibir. Me dejarán sin un duro y me echarán la culpa, pero me da igual. Empezaré de nuevo.

—Me alegro por ti y espero que todo salga bien. No sabes lo feliz que me hace que te alejes de ese mundo frívolo y recuperar a mi hermana de nuevo.

—Me equivoqué al querer ser como ellos y me porté mal con mucha gente. Ahora toca rectificar y compensar el daño que he hecho.

—No hace falta que te recuerde que tienes a todos los Guerrero a tu lado para apoyarte en todo lo que precises.

—Lo sé, gracias. Espero que tengas toda la información que necesitas para pasar el parte —le digo para aligerar un poco las emociones.

—Creo que será suficiente —comenta Hugo, riéndose.

—Pues venga, que hay gente que necesita trabajar para poder comer —exagero—, no como otros, que se pegan la vida padre.

Mi hermano coge una servilleta, hace una bola y me la lanza, haciéndose el ofendido. Me levanto para ir a trabajar y él hace lo mismo. Dice que me invita, ya que es todo un caballero, y nos despedimos en la puerta de la cafetería con un abrazo que no os imagináis cómo me reconforta y me ayuda a encarar el día con más energía. Esta charla me ha ayudado a reafirmar mi decisión de empezar una nueva vida.

Llego al hotel y me pongo al día con Rosa de todo lo que tenemos pendiente. Nos dedicamos al *marketing*, pero entre las dos solemos hacer muchas más tareas. Cuando Guille va muy saturado, las Zipi y Zape, como nos suelen llamar, le ayudamos en todo lo que necesita. Si hace falta contratar a alguien, ahí estamos nosotras para realizar las entrevistas o, incluso, asegurarnos de que la entrada de los pedidos sea correcta. Vaya, que hacemos un poco de todo. Mi hermano siempre ha confiado en mí y yo se lo agradezco.

Rosa es un cielo. Es una chica dicharachera y risueña. En lo profesional es perfecta y la verdad es que hasta ahora no me he interesado mucho por su vida privada. Espero que la «nueva»

Andrea pueda ser más cercana, demostrar que tengo corazón y que puedo preocuparme por el resto de la gente. Supongo que estos cambios no se dan de un día para otro. Así que poco a poco.

Unos minutos antes de las cinco, me despido de Rosa y de Guille y salgo a buscar a Jordi. Esta ha sido una de las condiciones que le puse a mi hermano una vez nació mi cacahuete. Quería tiempo para disfrutar de él y verlo crecer. Cuando era más pequeño solo trabajé media jornada. Fue insoportable tener que oír a Gerard y a su madre recriminarme lo mala madre que era por llevar al niño a una guardería toda la mañana, mientras yo trabajaba, pudiéndome quedar en casa con él. No me bajé del burro, soy madre y estoy encantada con esta faceta de mi vida, pero también soy mujer, una que quiere crecer y progresar. Ahora que Jordi va al colegio, lo llevo por las mañanas y lo recojo al salir. Merendamos juntos y jugamos hasta que toca el baño, la cena y a dormir. Tengo la suerte de poder trabajar en el negocio familiar y poder permitirme ese privilegio. Todo un lujo.

Mi pequeño guerrero se ha quedado dormido mientras le explicaba un cuento. Lo arropo, beso su cabeza y arrimo la puerta al salir de la habitación. Entro en mi cuarto y al ver la enorme cama, recuerdo que no sé nada de Gerard desde el mensaje que me envió diciéndome que había llegado.

Decido enviarle uno para preguntarle cómo le ha ido la reunión, por cortesía, no porque me interese. Este se marca como recibido, pero no leído. Dejo el teléfono en la mesita y me preparo para irme a dormir. No me extraña que no me conteste, suele pasar, está demasiado ocupado para mí y para su hijo. Pronto dejaremos de ser un estorbo. Apoyo la cabeza en la almohada y me duermo. Mis pensamientos no son para Gerard, son para aquel chico que me lo dio todo y al que nunca he podido olvidar.



El sonido del timbre me hace fruncir el ceño. Es muy temprano y no espero ninguna visita a estas horas. Dejo a Jordi con el desayuno en la cocina para asomarme al pasillo y comprobar quién puede ser. Merche, la mujer que me ayuda en casa ha ido a abrir y regresa con mis hermanos. Lo primero que pasa por mi cabeza es mi padre. No lleva una buena temporada en lo que a salud se refiere.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Le ha pasado algo a papá? —pregunto angustiada.

—Papá está bien. No te preocupes —contesta Guille. Lo miro y arqueo una ceja. Sabe que no soy idiota y que, si han venido hasta mi casa tan pronto y sin avisar, es por algo.

Hugo se ha adelantado y ya oigo los gritos de mi hijo al verlo. Guille también coge dirección a la cocina, pero lo retengo por el brazo.

—¿Me vas a decir qué pasa? —insisto.

Cuando levanta la cabeza y su mirada se encuentra con la mía, un enorme nudo se apodera de mi estómago. Algo grave ha pasado.

—Andrea, una patrulla de la policía viene para hablar contigo —me explica mi hermano.

—¿La policía? —interrogo, asustada. Parece que el tema es peor de lo que me esperaba.

—Llevaremos a Jordi a la habitación para que esté entretenido, después vendrá mamá a buscarlo —dice y coge mis manos temblorosas entre las suyas para calmarme.

—¿Qué ha pasado? —Mi estado de nerviosismo es cada vez mayor.

Justo en ese momento, los oficiales aparecen en la entrada y reclaman mi atención.

—Hola, Andrea. Tendríamos que hablar contigo un momento —me pide Fernández, uno de los policías.

Fernández, aparte de ser amigo de Hugo, es un conocido de la familia. Es un alivio ver una cara amiga, pero me angustia que no haya rastro de su gran sonrisa y el buen humor que siempre lo acompaña. Tengo claro que lo que viene a decirme no me va a gustar.

—Podemos pasar al salón. ¿Tengo que preocuparme? —le pregunto. He salido con él en muchas ocasiones a tomar algo pero, por suerte, nunca lo he tenido que enfrentar como agente.

—Creo que es mejor que te sientes —solicita una vez en el salón.

—Me estás asustando.

—¿Cuándo ha sido la última vez que hablaste con Gerard? —interroga.

Frunzo el ceño para intentar recordar la última conversación con mi marido. Cada vez estamos más distanciados y, en ocasiones, nos pasamos días enteros sin hablarnos o con algún simple mensaje.

—Hablé con él la madrugada del martes al miércoles. Está de viaje y ayer le envié un mensaje y no me contestó. ¿Le ha pasado algo? —pregunto con voz temblorosa.

En ese momento me doy cuenta de que a lo mejor ha tenido un accidente y yo estaba aquí tan tranquila. Una punzada de culpabilidad me acecha y hace encoger mi corazón. Fernández se arrodilla delante de mí y coge mis manos que siguen temblorosas.

—Ayer por la noche lo encontraron muerto en un piso de Barcelona. —Lo miro con el ceño fruncido. No tengo claro haber entendido lo que acaba de decirme.

—¿Muerto? ¿Gerard, mi marido? ¿Estás seguro? —interrogo, incrédula. No puede ser. Gerard es un hombre joven y sano.

—No hay duda de que era él. Fue identificado por los compañeros —asegura Fernández. El otro policía nos observa, pero se mantiene al margen—. Andrea, sé que es un duro golpe y no sabes cómo siento tu pérdida.

—¿Qué le ha pasado?

—Todavía le están realizando la autopsia, pero parece que la causa de la muerte ha sido por el impacto de una bala. —Sé que es absurdo, pero justo en ese momento me entra la risa, debido a los nervios.

—Eso es imposible —les comento entre carcajadas, lamentos y lágrimas. No soy capaz de controlar mis emociones y sale todo de golpe.

Veo por el rabillo del ojo que mis hermanos hacen acto de presencia en el salón. Sus miradas son de lástima y compasión. No me gusta que me miren así.

—Andrea, cariño... —intenta consolarme Guille.

—¡No me toques! —chillo y me levanto del sofá donde estaba sentada—. Si esto es una broma, no tiene ninguna gracia.

—Cielo, ¿tú nos crees capaces de inventarnos algo así? —me pregunta Hugo—. Sé que es difícil de asimilar, pero lo que te ha explicado Fernández es cierto. Todos sabemos que hace tiempo que estaba raro. Es probable que estuviera metido en temas turbios.

Gerard, ese marido que parecía ejemplar, el gran arquitecto, miembro de una de las familias

más prestigiosas del país, muerto por un disparo. ¿Y ahora qué? No soy capaz de procesar toda la información que llega a mi cabeza y mi cerebro decide desconectar. Todo se vuelve negro.

Capítulo 3

Andrea

Cuando me despierto y veo que estoy en mi cama, suspiro de alivio. Todo ha sido una pesadilla. Miro el reloj que tengo en la mesita, marca las tres de la tarde. Pego un salto alarmada por la hora que es. Madre mía, me he dormido. ¿Y mi cacahuete? Pronto me doy cuenta de que todo es ridículo. Yo nunca duermo tanto, al contrario, soy de las que suelen madrugar para avanzar cosas que no puedo hacer cuando estoy con mi hijo.

Salgo de la habitación como un huracán, pero al llegar a la cocina, freno. Mi padre, Guille, Hugo y Fernández charlan mientras toman un café. Todos se giran al oírme llegar. Al ver sus caras y notar las miradas de preocupación, un golpe de realidad me arrasa. No ha sido un mal sueño. Cierro los ojos y me tapo la cara con las manos para echarme a llorar.

—Mi niña, respira. Te esperan días muy duros, pero estamos aquí contigo. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que necesites —me susurra mi padre, abrazado a mi cuerpo.

Me acercan a una silla, me sientan y delante de mí aparece un café. No tengo muy claro que mi cuerpo asimile nada en su interior. Me limpio las lágrimas y cojo aire. Ahora no puedo flaquear. Tengo que ser fuerte por mi pequeño. Es verdad que hace un tiempo que ya no sentíamos nada el uno por el otro, pero no por eso su trágica muerte duele menos.

—Quiero que me expliquéis todo. ¿Cómo ha sido? ¿Ya están los resultados de la autopsia? No me ocultéis nada, por favor —les pido a los cuatro.

Fernández mira a mi familia para pedir permiso y ellos asienten.

—Andrea, lo que te voy a contar te va a doler. Si quieres que pare en algún momento, me lo dices y no sigo, ¿vale?

—Me aguantaré. Necesito saber qué ha pasado para seguir con mi vida.

—Está bien. No sé si sabías que Gerard tiene un piso de propiedad en Barcelona. —Niego con la cabeza, aunque no me extraña—. La autopsia ha confirmado que el motivo de la muerte ha sido por herida de arma de fuego. Además, ha dado positivo en alcohol y varias drogas —aprieto los dientes, lo de las drogas no me lo esperaba—. No estaba solo. Se cree que durante la noche llegaron a haber unas siete personas, se armó una gran fiesta. Están intentando identificarlos para dar con ellos. Donde encontraron su cadáver, también había otro cuerpo. Ágata Tormo.

—Su secretaria —confirmo. Hace tiempo que sospechaba que Gerard tenía algo con ella. Hacía unos cuantos meses que, de puertas para afuera, nuestro matrimonio era una farsa.

—Correcto. Alguien entró en el piso, era conocido, ya que la cerradura no estaba forzada. Se baraja un posible ajuste de cuentas.

—¿Quieres decir que Gerard estaba metido en algo turbio? —le pregunto sorprendida.

—Es bastante probable.

—No lo puedo entender. ¿Qué necesidad tenía de embarrarse en ese mundo? No creo que fuera por falta de dinero.

—A saber, Andrea. Esa respuesta solo la tenía él. El mundo de las drogas y la prostitución es muy atrayente. Sobre todo, si tienes poder adquisitivo para gastar.

—¿Prostitución? —Esto es increíble. ¿Qué vida he estado viviendo yo?

—Se ha podido demostrar que el piso se utilizaba para fiestas con muchos vicios.

—Menudo cabrón. Y parecía un buen tío —gruñe Hugo.

—Todavía queda mucha información por averiguar. Tan pronto dispongamos de ella, te lo haremos saber.

—Gracias, Fernández. ¿Alguien ha hablado con la familia de Gerard? —pregunto. No tengo ni idea de cómo se va a tomar dicha información mi suegra cuando se dé cuenta de que su hijo no era tan perfecto como ella imaginaba.

—Sí. Se le ha explicado todo.

Se genera un silencio en la cocina. No sé explicar cómo me siento. Es una mezcla de sentimientos en los que se encuentran la rabia y la desilusión mezclados con la tristeza, la impotencia y el cariño. Ese que le tuve a Gerard, con el que compartí varios años de mi vida y me dio lo más grande que tengo, mi hijo. Hace mucho que el amor se perdió por el camino, tampoco sé si alguna vez lo hubo o solo me eclipsó su poder. Soy la que menos resaltó en la familia, siempre tuve muchos problemas de autoestima, nunca fui de las que destacaban en el colegio, al revés, solían meterse conmigo por mi fuerte carácter y ser algo borde. Tropezarme con un hombre como Gerard y que se fijara en mí cuando yo pensaba que era invisible, me superó. Creí que, por una vez en mi vida, podría ser superior a alguien. Qué tontería, ¿verdad? Qué rabia darse cuenta de las cosas cuando ya es muy tarde. Qué rabia saber que has dejado a gente que de verdad importa por el camino.



Cuando estás metida dentro del mundo de la abundancia y rodeada de lujos, se suele perder el norte. Lo digo por experiencia. A la familia Guerrero nunca nos faltó de nada, pero mis padres sudaron por conseguir una estabilidad económica y sacar adelante a cuatro hijos. Con el hotel no había horarios ni existían los fines de semana. Gerard y su familia están en otra órbita diferente, donde la ostentación es lo más habitual. Para que os hagáis una idea, la casa donde vive mi suegra consta de tres pisos y tiene ascensor. Con gimnasio, piscina y seis habitaciones. En esta mansión, ahora mismo, solo vive ella desde que el padre de Gerard falleció de un ataque al corazón hace seis años. Surrealista.

Al final, entre tanto poder, te mimetizas como hacen los camaleones. Suena a excusa, pero es la realidad. Eso me pasó a mí, perdí el norte y me dejé arrastrar. Qué duro es darse cuenta de que te has convertido en una persona sin corazón, que no sabe valorar a la gente si no es por su dinero. Esa actitud me ha llevado a alejarme de los míos. Sé que mis hermanos y mis padres me quieren mucho, pero también soy consciente del daño que he hecho con mis comentarios inapropiados. A razón de eso, les debo una disculpa a mi hermana Daniela y a Malcom, su marido, pero todavía no he tenido el valor suficiente. A pesar de mi comportamiento, aquí están, en el tanatorio,

apoyándome después de volar desde Nueva York, donde viven.

Soy muy afortunada de tenerlos a todos a mi lado, lo sé. Tengo que empezar de cero, como si no hubiera vivido estos años. La mayoría de ellos han sido una farsa, no tenía ni idea de con quién estaba casada.

La sala del velatorio está llena de gente, no conozco muchas de las caras que pasan por mi lado y me dan el pésame. Incluso, en momentos como este, tengo que guardar las apariencias y aguantar al lado de mi suegra todo este teatro. No os imagináis las ganas que tengo de chillar, echar a todo el mundo y poder despedir a Gerard en la intimidad, no con este circo. La prensa se ha hecho eco del fallecimiento de mi marido, pero todavía no han trascendido los detalles de su muerte. El dinero tiene un increíble poder para cerrar bocas, sobre todo en un país tan pequeño como Andorra y cuando la familia implicada es tan importante.

—Andrea, deberías salir a que te dé el aire y tomar algo caliente —me dice mi hermana Daniela. Me conoce y sabe que se me está acabando la paciencia y es posible que estalle.

—Sí, es buena idea —aseguro e intento sonreírle—. Lucía, ¿quiere que le traiga algo?

—No, gracias, bonita —contesta mi suegra. Intenta sonar amable, pero ese «bonita» siempre le sale despectivo.

Asiento con la cabeza y salgo de la sala rodeada de mis hermanos, mi cuñado Malcom y de Camila, la mujer de Guille. Cruzamos la carretera y entramos en una cafetería que hay enfrente del tanatorio. Pedimos las consumiciones y nos sentamos.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Guille. Me froto la cara con las manos, estoy agotada.

—¿La verdad? No lo sé. Es como si viviera en una película. Todo lo que imaginaba era mentira. He estado casada con una persona a la que no conocía en absoluto.

—Sé que no es consuelo, pero nos había engañado a todos —comenta mi hermano Hugo y todos asienten con la cabeza.

—Ahora solo quiero que todo esto acabe y yo pueda plantearme la vida de nuevo. No tengo ni idea de por dónde debo seguir ni qué tengo que hacer.

—Sabes que Adri te va a acompañar en todo el proceso. Con él estás en buenas manos. Es un gran abogado —informa Guille.

—Lo sé. Hablé con él y me dijo que se ponía en marcha.

Ayer me llamó y acordamos que dejaba todo en sus manos. Es amigo de mi hermano Guille desde que eran jóvenes, es de total confianza aparte de ser muy buen letrado.

—Todo va a ir bien, cielo —intenta reconfortarme Daniela y acaricia mis manos.

—Eso espero, porque esto es una puta pesadilla —digo y noto que todos se miran y se echan a reír. Los increpo con la mirada e intentan contenerse sin mucho éxito—. Pero ¿a vosotros qué os pasa?

—Echábamos de menos a nuestra hermana —justifica Hugo—. Aunque todavía está bastante oculta, ya empieza a hacer presencia la Andrea Guerrero original. Esa que tenía un carácter de mil demonios, defendía a los suyos como una leona y cuando se enfadaba salía de todo por su boca.

—Hombre, esa Andrea tampoco necesitamos que vuelva —le replica Daniela y se vuelven a reír—. Sería genial tener una mezcla de las dos. Ni tan estirada como la Andrea esposa de Gerard

ni tan borde como la adolescente.

—¡Hola! Sabéis que estoy aquí, ¿verdad? Habláis de mí como si no estuviera —les digo enfurruñada.

—Imposible no darse cuenta —comenta Guille, me abraza por los hombros y deja un beso en mi sien.

Sonrío, creo que es la primera vez desde que me enteré de la muerte de Gerard. Pero estar rodeada de los míos es lo más grande y lo único que necesito en este momento.

—Necesito un favor —les pido.

—Dispara —contesta Hugo.

—Quiero que me ayudéis a buscar un piso. No quiero quedarme en esa casa tan grande yo sola. Además, no es mía y no creo que pudiera soportar los recuerdos.

—Dalo por hecho. Nos ponemos a ello.

—Sé que no lo digo muy a menudo, pero os quiero mucho. Gracias por apoyarme y estar a mi lado en estos momentos —confieso, mirándolos a todos.

—Que alguien me diga que lo ha grabado —bromea Hugo. Es verdad que no soy muy dada a expresar mis sentimientos y no están acostumbrados. Con el único que soy yo misma es con mi cacahuete.

—Muy gracioso —lo increpo, pegándole un manotazo en el brazo y todos acabamos riendo. Qué bien sienta liberarse un poco. En ocasiones, creo que voy a morir aplastada por las apariencias y la falta de libertad.

Damos por concluida la reunión en la cafetería, en veinte minutos nos dirigiremos al cementerio para dar sepultura a Gerard.

—Id tirando. Voy a llamar a Merche para ver cómo está Jordi —les pido.

Mientras se alejan marco el número de mi casa. Todavía no he tenido el valor de explicarle a mi pequeño que no va a volver a ver a su padre nunca más. La verdad es que está tan acostumbrado a no verlo a menudo que lleva unos días sin preguntar por él. Cuando Merche descuelga y empiezo mi charla con ella, me doy cuenta de que unos increíbles ojos azules me observan con atención desde la otra acera. Habla con Hugo, pero no pierde detalle de mis movimientos. Mi hermano se gira para ver qué es lo que mira y al darse cuenta de que el objetivo soy yo, lo increpa empujándolo y consigue que nuestra unión de miradas se rompa. Me giro para continuar con mi conversación, lo que menos quiero ahora es que él tenga problemas con Hugo.

Cuando ya me he asegurado de que Jordi está bien, cuelgo la llamada y, al girarme de nuevo, ellos ya no están. Me dirijo al tanatorio y Guille me avisa de que ya han cerrado las puertas y que tenemos que dirigirnos al cementerio.

Supuestamente, el entierro debería ser íntimo pero, para la familia de Gerard, esa palabra no existe. Supongo que es necesario que todo el país vea que la matriarca de los Pons es la mujer más afligida del mundo al despedir a su hijo. No me malinterpretéis, sé que está triste y acaba de perder a su hijo predilecto, pero no creo que sea necesario tanto teatro.

Mientras observo cómo la caja con los restos de mi marido se introduce en el nicho, rodeada de mi familia, no puedo evitar preguntarle, allá donde esté, por qué lo hizo y qué hice mal para que no le resultara suficiente con su familia. Nunca obtendré respuestas y eso es lo que más me duele.

Capítulo 4

Víctor

Tengo el corazón encogido al observar la tristeza de su mirada. Me mataban las ganas de cruzar la carretera e ir a abrazarla fuerte, muy fuerte; de decirle que yo siempre estaré a su lado, a pesar de todo el daño que me hizo. En todos estos años, no he sido capaz de olvidarla y no os podéis imaginar cómo duele observar que la persona que amas crea su propia vida y felicidad al lado de otro hombre. Que lo que tú querías construir con ella lo hace con otro.

El hecho de ser el mejor amigo de su hermano menor no ha ayudado a alejarla de mis pensamientos. Cruzarme con ella en el gimnasio donde trabajo, propiedad de Hugo, y tener que dar mis clases observándola por el espejo sin poder tocarla es muy complicado. Soy un idiota, lo sé. Tendría que haber continuado con mi vida como hizo ella, al decidir que Gerard era mejor partido que yo. ¿Quién podía competir con el mejor arquitecto de Andorra? ¿Un pobre monitor de gimnasio sin un duro? Va a ser que no.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta mi madre.

—Sí, solo pensaba.

Hoy tenemos el día libre. Hugo ha cerrado las instalaciones por defunción y cuando todos se dirigieron al cementerio, no creí que fuera buena idea acompañarlos. No pintaba nada allí. Decidí acercarme a la floristería de mi madre a echarle una mano. Hace tiempo que le digo que debería contratar a alguien que la ayude. Ya no tiene la energía ni la fuerza de hace unos años y, aunque disfruta rodeada de flores, ya no debería pasar tantas horas trabajando.

—¿Había mucha gente en el velatorio? —indaga mi progenitora.

—Demasiada, pero supongo que es normal. La familia Pons es muy conocida en el país.

—Eso es verdad. ¿Ya se sabe de qué murió?

—No tengo ni idea. Prefiero no tocar ese tema con Hugo.

—Y Andrea, ¿cómo estaba? —pregunta con tono precavido.

Mi madre es la única que conoce nuestra historia. Sabe lo que sufrí cuando ella se alejó. Nuestra relación fue breve pero intensa y, aunque nos ocultamos y nadie sabía que estábamos liados, eso no fue un problema para que acabara locamente enamorado de ella. Fui tan ingenuo que hasta creí que a Andrea le pasaba lo mismo, incluso imaginé que sus ojos me decían lo mucho que le gustaba cada vez que se cruzaban con los míos. Cuando la tenía entre mis brazos, en mi cama, y le hacía cosquillas, sus carcajadas conseguían que mi corazón se estremeciera. Aunque parece imposible, Andrea era una mujer que solía reírse mucho, sobre todo cuando estábamos juntos, alejados del mundo. Ahora no parece la misma persona, se ha vuelto seria y altiva, como si le hubieran implantado un chip y estuviera programada para comportarse de una manera concreta.

Dejó de ser una Guerrero para convertirse en una Pons.

—Victor, cariño, ¿sigues aquí? —dice mi madre, arrancándome de mis pensamientos.

—Sí, lo siento. ¿Qué me habías preguntado?

—Que cómo has visto a Andrea.

—Afectada. Bueno, ya sabes que es complicado leerla. Aun así, debe de ser un palo perder a un ser querido de golpe.

—La verdad es que sí. —El semblante de mi madre se ha puesto triste, sé que todavía recuerda a mi padre.

Un cáncer nos lo arrebató, aunque luchó por seguir con todas sus fuerzas, no logró superarlo. De eso hace unos ocho años, pero todavía es difícil de llevar. Mi madre es una mujer muy fuerte, consiguió seguir adelante y, aunque intenta disimular para que yo no me preocupe, sé que todavía lo recuerda cada día, igual que me pasa a mí.

Pongo mi mano encima de la suya para reconfortarla, ella levanta su mirada y me sonrío. No sé qué sería de mí sin ella, es mi pilar. Solo estamos ella y yo. Sé que está preocupada por mí, que tiene ganas de que encuentre una mujer que me haga feliz y que cree mi propia familia. Tiene miedo de irse de este mundo y que me quede solo. Ojalá pudiera cumplir su deseo, pero todavía no he encontrado a la mujer que me llene, me haga sentir y con la que quiera compartir el resto de mi vida. La encontré, la tuve, pero no fui suficiente para ella. Suspiro por la impotencia que me generan esos pensamientos y me centro en mi madre.

—¿Necesitas que te ayude en alguna cosa? —le pregunto.

—Sería genial si pudieras mover esos sacos que hay ahí. Creo que podríamos ponerlos en la parte de atrás —me pide.

—Eso está hecho. ¿Has pensado en lo que te propuse de buscar a alguien que te ayude?

—¡Ay, hijo! No sé si lo poco que gano me dará para cubrir un sueldo. Además, ¿quién va a querer trabajar en una floristería y con una vieja como yo?

—Ya encontremos a alguna persona que esté un poco loca —comento y me río, mientras ella me mira, haciéndose la ofendida.

—Muy gracioso. Ahora, por tu descaro, tendrás que trabajar el doble.

—¿En serio?

—Espabila, que todavía estoy bastante ágil para coger la escoba.

—Pero, mamá... —suplico, poniéndole cara de pena.

—Ni mamá ni leches. Te conozco muy bien y esa cara de niño bueno ya no cuela conmigo. Así que ya tardas.

Me giro y resoplo como si fuera un niño pequeño. Justo en ese momento se oye la campanilla de la puerta que anuncia a un cliente.

—¡Mira! Al final te vas a librar, que vienen a ayudarte —dice mi madre y recibe a Hugo con una enorme sonrisa.

Hugo y yo nos conocemos desde pequeños y rápido nos entendimos bien. La verdad es que el pequeño de los Guerrero tiene una personalidad arrolladora, aparte de carisma y muy buen humor. Es fácil engancharse a él y muy complicado alejarte. Me siento un tío afortunado por tenerlo como amigo, aunque hace unos dos años nuestra amistad peligró. ¿El motivo? El único que nos puede

alejarse: Andrea. Nos pilló en el gimnasio en una actitud algo íntima, aunque solo hablábamos, pero parece ser que lo hacíamos demasiado cerca. Hugo, que es un tío muy perspicaz, se dio cuenta de que algo pasaba y me acorraló. No le expliqué todo, pero sí que habíamos estado juntos y que ella decidió dejar la relación para irse con Gerard. No me preguntó por mis sentimientos ni quiso profundizar en el tema, lo que sí quiso saber es si nos habíamos liado mientras Andrea estaba con Gerard. Por primera vez en nuestra amistad, tuve que mentirle y le dije que no. Solo fue una vez, poco después de que se fuera con él. Discutimos y acabamos desnudos en el despacho de Hugo, liberando toda nuestra rabia, por lo menos por mi parte, aunque las ganas de volver a disfrutar de ella me consumían cada día.

—¡Hola, Flora! —saluda mi amigo a mi madre.

—¡Hola, muchacho! Siento mucho lo que le ha pasado a tu familia.

—Gracias, la verdad es que ha sido un duro golpe —confiesa Hugo.

—Ahora solo queda apoyar a vuestra hermana. Va a necesitar mucho cariño —dice mi madre y me mira, gesto que no pasa desapercibido para Hugo—. Si vienes a buscar a tu amigo, que sepas que está castigado, por descarado. Así que, si te lo quieres llevar, vas a tener que ayudarlo con sus tareas.

Hugo me mira, se echa a reír y yo lo empujo. No sé de qué se burla, pues le va a tocar cargar sacos de tierra.

—Así me gusta, Flora, que lo ponga firme. Si le soltamos un poco la cuerda, se nos desvía.

—Capullo —le gruño—. Voy a cambiar lo sacos de sitio, y tú —digo y señalo a Hugo—, acompáñame.

Nos dirigimos al montón de sacos, cojo uno y lo llevo a la parte trasera. Hugo me imita y transportamos varios de ellos en silencio.

—¿Tu madre lo sabe? —me pregunta mi amigo.

—¿El qué?

—Tu lío con Andrea. —Dejo el saco que llevaba en el suelo y lo miro.

—No fue un lío —protesto. Mis sentimientos por ella fueron y son muy fuertes. Aunque ella no sintiera lo mismo que yo, nuestra relación no fue una simple aventura—. Mi madre lo sabe todo de mí. Soy hijo único, no tengo secretos para ella.

—No quiero que te acerques a ella —me pide. Su tono es serio, pero ni agresivo ni borde. Lo miro y suspiro.

—Te recuerdo que fue Andrea la que se alejó de mí para irse con otro. La que me destrozó el corazón y me dejó tirado. No pienso arrastrarme ahora y suplicar por su cariño, tengo mi dignidad. Además, tu hermana me dejó muy claro que no me quiso y que nunca le interesé —le explico un poco mosqueado.

Una vez me volqué en mi relación con ella, puse toda la carne en el asador y me entregué por completo. Acabé humillado y roto. Aprendí mi lección y, aunque sigo loco por ella, mucho tienen que cambiar las cosas para que vuelva a arriesgarme. ¿Cómo podría volver a creer en ella? ¿Cómo sé que un día no se presentará otro tío al que le salgan los billetes por las orejas y vuelva a dejarme?

—¿Y si ella te correspondiera? —pregunta Hugo.

—¿Qué coño dices, colega? Andrea desapareció de mi vida el día que tomó el camino que la dirigía a Gerard. Ya no siento nada por ella —miento. No lo suelo hacer con Hugo, siempre soy sincero y, si habláramos de otra mujer, no lo haría. Pero es su hermana y está en juego nuestra amistad—. Creo que será mejor dejar este tema aquí. Lo que pasó entre nosotros quedó en el pasado. Ella tiene su vida y yo la mía.

Nos aguantamos la mirada. Él valora si le digo la verdad y yo interpreto el papel de mi vida para que no me descubra.

—Está bien, cerramos el tema. —Me giro para colocar bien uno de los sacos y suelto el aire de mis pulmones poco a poco, aliviado—. ¿Qué te parece si llamamos a Lorena y Meri, pillamos unas *pizzas* y nos vamos a mi casa?

—Pero ¿tú no estás de luto? —le pregunto.

—Ese capullo no se merece ni un minuto más de mi tiempo. Si he cerrado mis negocios, perdiendo dinero, ha sido por respeto a mi hermana. —Lo miro y elevo mis cejas por la sorpresa que me provocan sus palabras.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya se sabe la causa de la muerte? —indago, curioso.

—No hace falta que te diga que lo que te voy a explicar no debe salir de aquí, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Lo encontraron con un disparo de bala y puesto hasta las cejas de alcohol y drogas.

—¿Gerard? —interrogo con los ojos muy abiertos.

—Sí, ese que parecía que nunca había roto un plato. Además, había otro cuerpo, el de su secretaria —susurra—. Aparte de tener un romance con ella, parece ser que el piso era utilizado de prostíbulo o para hacer orgías o yo qué coño sé.

—¡Joder! —murmuro, atónito. Es todo muy rocambolesco, como si estuviera sacado de un guion de película americana—. ¿Y ahora qué?

—Pues mi hermana le ha pedido a Adrián que la ayude en los temas legales. Todavía es todo un poco confuso y falta mucha información por procesar, así como encontrar al asesino. No sé, colega, un puto lío —dice.

Andrea regresa a mi mente. Un trozo de mi parte emocional, la que no está ofendida por su actitud, siente pena por ella. No se merece nada de lo que le pasa y tiene un lío de cojones. ¿Cómo puede un hombre como Gerard, que lo tiene absolutamente todo, desviarse tanto? La de veces que he deseado ser él, no por su poder adquisitivo, sino por estar con Andrea, por tener una familia con ella. Miles de noches he cerrado los ojos para imaginar que la tenía a mi lado, que la podía rodear con mis brazos, que disfrutaba de su olor... Es posible que eso nunca ocurra y, aunque parezca absurdo, he aprendido a conformarme con soñarla cada noche.

Capítulo 5

Andrea

Resoplo. Es posible que acabe, otro día más, con un horrible dolor de cabeza o algún ataque de ansiedad y no sería el primero. Hace tres días que enterramos a Gerard. El que parecía uno de los peores días de mi vida no es comparable a lo que vivo ahora. Los rumores, las miradas de la gente o el acecho de la prensa, es un sinvivir.

Como era de imaginar, no ha sido tan fácil ocultar los motivos de su muerte. La noticia se hizo eco en España, donde no han tenido problemas en hablar del tema de forma abierta. Como todo en esta vida, nadie tiene la verdad absoluta y en los cuchicheos de la gente se puede oír de todo y nada bueno, por supuesto. El reputado arquitecto ahora era un traficante de droga, al que le iba el sexo duro y era socio de un prestigioso club de perversión. De toda esa información no tengo ni idea de si hay algo cierto, las investigaciones van muy lentas y, al parecer, hay más gente importante vinculada. Lo que está claro es que Gerard no se movía en nada bueno. El problema nos lo ha dejado a su hijo y a mí.

Nos os podéis imaginar lo que tengo que aguantar cuando salgo de casa para intentar hacer una vida más o menos normal. El primer obstáculo es salir, claro. Suele haber un séquito de periodistas apostados en la puerta en busca de alguna declaración. Mi cacahuete lleva encerrado en casa desde la muerte de Gerard y el pobre, a pesar de que recibe la visita de toda mi familia, está cansado y no entiende por qué no puede ir al colegio. De este fin de semana no pasa que le explique qué le ha pasado a su padre, que por triste que parezca, solo ha preguntado una vez por él. Las ausencias de Gerard en los últimos meses han hecho que mi pequeño apenas lo extrañe.

—¡Señora Guerrero! ¿Es verdad que su marido tenía una amante?

—¿Qué nos puede decir sobre sus finanzas? Se comenta que el señor Pons estaba arruinado y por eso se metió en las drogas.

—Hay quien asegura que usted sabía en qué estaba metido su marido y que es su cómplice, ¿es verdad?

Este es el acoso que recibo cada día, en mi casa, en el hotel, el gimnasio o cualquier otro sitio al que intento ir. Preguntas que hacen daño, atacando de forma constante y a las que, por orden de Adrián, no puedo contestar como a mí me gustaría. Hay noches que sueño que me lío a manotazos con todos los periodistas y les arranco los micros, esos que aparecen delante de mi cara, sin ningún miramiento. Les tiro las cámaras y se las pisoteo a la vez que me río como si fuera Cruella de Vil. Al despertar y darme cuenta de que es un sueño, me entra la desesperación y me permito flaquear, lloro y me desahogo.

La última pregunta de uno de los periodistas me ha dejado clavada en la puerta del gimnasio.

¿Cómo pueden imaginar que yo fui su cómplice? Cuando estoy a punto de ser engullida, un brazo me rodea la cintura, ayudándome a seguir mi camino hacia el coche. Su mano libre empuja los micros y a la gente para que me dejen pasar y su voz, que pide respeto, me hacen volver a la realidad. Giro la cara y lo miro, aunque Víctor está tan concentrado en abrir paso que no es consciente de que lo observo.

—¡Andrea! Dame las putas llaves —me reclama con tono autoritario. Lo que me hace suponer que no es la primera vez que me las pide. Las saco de la mochila y se las doy.

Acciona el mando y las luces del coche parpadean. Rodeamos el vehículo y me abre la puerta del copiloto instándome a entrar. Una vez se cierra, rápido se llena la ventana de cámaras y micros. Víctor no tarda en entrar y poner en marcha el coche.

—No hace falta que me acompañes, puedo conducir yo. No quiero que tengas problemas con mi hermano —le digo.

—Estás muy nerviosa, no pienso dejarte llevar el vehículo en este estado.

—Gracias.

Su mirada se centra en mí un solo momento, no creo que hayan sido ni dos segundos, y todos los recuerdos del pasado regresan a mi mente. Lo felices que fuimos, cómo nos reíamos por cualquier cosa o lo que me gustaba que me mirase a los ojos al correrse con mi nombre en su boca y acababa con un «cómo te quiero, nena». ¿Quedará algo de ese amor que sintió por mí? Yo nunca conseguí olvidarlo y, aunque tuve años en los que fui feliz con Gerard, nunca llegué a sentir esa plenitud total que experimenté a su lado.

Llegamos a mi casa, donde vuelven a acecharnos los periodistas mientras las puertas de acceso se abren. Víctor entra el coche y, justo cuando lo aparca, su teléfono empieza a sonar. El nombre de Hugo se ilumina en la pantalla. Al verlo, me muerdo el labio inferior, espero que no se genere ningún problema entre ellos por mi culpa. Víctor desvía la mirada del teléfono y la centra en mí.

—No hagas eso, por favor —me pide justo antes de contestar. Por un momento me quedo aturdida por sus palabras al no saber a qué se refiere, aunque no tardo en darme cuenta de que mi gesto le ha molestado—. Dime.

—¿Dónde estás? —Por el tono de voz de mi hermano, sabe que nos hemos ido juntos. En el silencio del vehículo, puedo oír sus respuestas.

—He acompañado a Andrea a casa. Esos periodistas casi se la comen.

—Gracias, pero no es necesario que te metas en sus cosas. Ya lo sabes.

—No me jodas, Hugo. Casi se desmaya y estaba muy nerviosa. No podía permitir que cogiera el coche —le explica Víctor de mal humor.

—Estoy llegando. Nos vemos ahora. —No da tiempo a replicar, ya ha colgado.

Sé que mi hermano se preocupa por los dos, pero en esta ocasión creo que exagera. No sé a qué viene tanta inquietud. Si algo está claro, es que no va a pasar nada entre nosotros. Sé que mi actitud y mis decisiones hirieron mucho a Víctor, como también sé que nunca me perdonará. Así que no puedo entender a qué se debe tanta intranquilidad por parte de Hugo.

—No te preocupes, hablaré con mi hermano —le digo, girándome en el asiento para quedar frente a él.

—No estoy preocupado. Lo que he hecho por ti, lo haría por cualquiera que estuviera en tu

situación. —Sé que tiene razón, pero no puedo evitar que la puñalada que me ha lanzado impacte directa a mi corazón. Se gira, abre la puerta y sale del coche sin dejarme contestar.

Por la puerta de entrada se asoman mi madre y Jordi, que corre hacia nosotros. Salgo del coche para recibirlo y no puedo evitar enfrentar la mirada preocupada de mi madre. Nadie se puede imaginar lo que me duele que mi familia esté implicada en todo este circo, poniendo patas arriba sus vidas.

—¡Hola, mami! —me saluda mi cacahuete, dándome un beso para correr hacia mi salvador—. Mira, Víctor, lo que me ha traído la abuela.

Se arrodilla y le presta toda la atención a la explicación de mi pequeño guerrero. Es mi alegría, lo que consigue que me mantenga en pie y no desfallezca. Estoy muy cansada y no tengo claro lo que mi cuerpo y mi cerebro vayan a resistir.

—Cariño, ¿por qué no entras y te tomas una tila o algo que te relaje? —me pide mi madre, acercándose a mí.

—¡Ay, mamá! —le susurro, y mis ojos se llenan de lágrimas. Su brazo se enlaza al mío y me ayuda a entrar en casa para que Jordi no me vea llorar.

—Mi niña... —Sus manos me acarician la cara, llevándose la muestra de mi tristeza. Creo que no lloraba delante de mi madre desde que tenía unos diez años—. Lloro, cielo. No tienes que ser siempre fuerte. Todos flaqueamos en la vida y es necesario soltar la carga de vez en cuando o acabarás hundiéndote con ella.

Me abrazo a su cuerpo como si fuera una niña pequeña que no es capaz de encontrar una solución a un problema y necesita ser reconfortada por su madre, que le diga que todo pasará; que vendrán tiempos mejores. Cuando consigo calmarme, le explico lo que ha sucedido en el exterior del gimnasio y de cómo Víctor se ha animado a traerme a casa.

—Este Víctor es un buen muchacho —dice mi madre—, no sé por qué tu hermano actúa de esta manera.

—¿De qué manera? —pregunto, extrañada, y me levanto para comprobar qué ha llamado la atención de mi madre.

Al asomarme a la ventana de la cocina, que da al jardín, observo que Hugo ya ha llegado y está algo alterado. No discuten, pero tampoco hablan de forma amigable. Supongo que se contienen porque Jordi pulula a su alrededor.

—Sabes que yo no soy de meterme en vuestras vidas, pero una madre percibe cuando algo pasa. Nunca he sido muy inteligente, pero entre las habituales peleas que tenéis y viendo que Hugo está tan alterado, quizás quieras contarme qué ha pasado entre ese muchacho y tú.

Dejo de mirar al exterior y me centro en mi madre. Supongo que me he ruborizado al ser descubierta por una más que observadora progenitora. Ella me sonrío con cariño, sé que no me va a juzgar. Nunca hicimos nada malo, los dos estábamos libres, pero el hecho de que fuera más joven que yo y encima amigo de mi hermano, nos llevó a ocultarnos. En mi caso, por el «que dirán». Siempre fui una persona a la que le importaba demasiado lo que la gente dijera de mí y me señalaran con el dedo. En el caso de Víctor, supongo que lo hizo porque yo se lo pedí. El problema es que aún, hoy en día, ser el centro de atención me cuesta horrores. Esto de que mi nombre esté en los informativos nacionales, que los medios de comunicación no dejen de asediarme y que la gente cuchichee al verme, está acabando con mi equilibrio mental.

Muevo la cabeza para dejar a un lado esos pensamientos, porque mi respiración se empieza a acelerar y me centro de nuevo en mi madre, que espera una respuesta por mi parte.

—Tuvimos una relación cuando fuimos más jóvenes. —Mi madre frunce el ceño y yo prosigo para aclararle el tema—: Nadie lo sabía porque la mantuvimos oculta. Ahora Hugo lo sabe y se cabrea al vernos juntos.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

Suspiro. Me da una vergüenza tremenda tener que explicarle a mi madre que fui una estúpida y actué con la cabeza en vez de con el corazón.

—Lo dejé por Gerard —digo bajito.

—Bueno, no veo el problema. Te enamoraste de otro hombre. Eso suele pasar. Lo que me cuesta entender es por qué se tiene que meter tu hermano por el medio y a qué viene tanto enfado.

—Me imagino que intenta evitar que vuelva a pasar algo entre nosotros y acabemos mal. Él es su amigo y yo, su hermana. Sería un lío para él.

—Pero...

—Mamá, ya sabes cómo es Hugo. A veces no hay quien lo entienda.

—Por eso me extraña su comportamiento. A no ser que...

—Creo que será mejor que salga a ver qué pasa —le digo y corto sus cavilaciones.

No soportaría que mi madre me mirara con otros ojos al enterarse del motivo por el que dejé a Víctor. Ya me cuesta a mí mirarme al espejo cuando pienso en ello y, de momento, es suficiente castigo.

Salgo de la cocina para dirigirme al jardín y averiguar qué pasa con estos dos. Siguen hablando y, aunque el tono es moderado, se nota que se reprochan cosas. Ellos todavía no se han dado cuenta de mi presencia, cosa que, aunque no sea muy correcta, aprovecho a mi favor para espiarlos.

—Solo quiero que respetes mi petición de mantenerte alejado de ella —le exige Hugo.

—Ya te dije que lo haré. Pero quiero que te entre en la cabeza que, si la situación se repite, no dudaré en ayudarla de nuevo. Esto no tiene nada que ver con nuestro pasado.

—¡Joder, Víctor! Soy tu mejor amigo, te conozco y veo cómo la miras. —Mi hermano se pasa las manos por el pelo y a mí me cuesta tragar saliva ante sus palabras. ¿Será verdad que Víctor todavía siente algo por mí?

—Todavía...

—¡Mami, mami! He encontrado un caracol en el jardín. ¿Mira cómo saca la cabeza?

Los chillidos de mi hijo cortan la conversación y me dejan con unas enormes ganas de saber cuál iba a ser la respuesta de Víctor. Los dos hombres se giran y yo me ruborizo un poco ante su escrutinio. ¿Se habrán dado cuenta de que los escuchaba?

—Es muy chulo, cariño. Pero deberías dejarlo de nuevo en el jardín para que vuelva con su familia.

—Es verdad —contesta mi cacahuete, frunciendo los labios—. Si se pierde, todos estarán muy tristes.

Tal y como ha aparecido, vuelve a desaparecer para dejar al animal en su hábitat. Cuando levanto la cabeza, mis ojos se encuentran con los de Víctor, lo que me transmiten hace que mi

corazón se acelere. Oigo a mi hermano resoplar, pero no le hacemos caso. Estamos entrelazados y cada uno intenta preguntarle al otro. En su mirada veo preocupación, en la mía, curiosidad; pero no hay duda de que los dos tenemos unas inmensas ganas de abrazarnos, de sentirnos de nuevo.

—Será mejor que me vaya. En media hora tengo que dar una clase —dice Víctor y corta nuestra conexión.

—Sí, será lo mejor. Las llaves están puestas —gruñe Hugo.

Lo vemos alejarse hacia el coche de mi hermano, pero antes de que llegue al vehículo lo llamo:

—¡Víctor! —Él se gira y me mira a la espera de que continúe—. Gracias por ayudarme.

Él asiente, se gira y prosigue el camino hasta que se mete en el coche y sale de la propiedad. Justo en ese momento, Hugo pasa por mi lado, me mira y niega con la cabeza.

—Esto no va a salir bien —murmura, adentrándose en la casa.

Es muy probable que lo nuestro nunca pueda ser, pero ¿qué pasa con lo que sentimos? Y si hay una mínima oportunidad, ¿no sería bueno intentarlo? Supongo que es bastante improbable, si todo hubiera sido al revés, yo no lo perdonaría nunca.

Capítulo 6

Víctor

Iniciamos la semana de trabajo que, a pesar de lo que yo pensaba, no ha sido nada tranquila. Tener algún que otro periodista, invadiendo la puerta del gimnasio, no ha sido impedimento para la gente, al contrario, es posible que le dé más morbo.

Ya casi hace una semana que enterraron a Gerard y la información llega a cuentagotas. Yo no sé mucho del tema y desde el pasado viernes, cuando hubo el pequeño altercado de Andrea con los periodistas, la relación con Hugo se ha resentido un poco. Está enfadado. ¡Por favor, qué hombre más cabezota! Le he dicho, de todas las maneras posibles, que no siento nada por su hermana, pero no ha habido forma de que se lo creyera. No se lo puedo reprochar y hace bien en no creerme. Nunca la olvidé y, aunque debería estar rabioso con ella por cómo me trató, no soy capaz de odiarla. Sé que mis pensamientos no son éticos, pero ahora que Gerard no está, es como si se hubiera abierto una nueva posibilidad, como si pudiéramos volver al pasado y amarnos otra vez. «Qué iluso eres, amigo mío. Ya te dejó una vez. ¿Qué te hace pensar que no volverá a hacerlo?», me susurra mi otro yo. Chasqueo la lengua y sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos que no creo que me lleven a ninguna parte.

Entro en el vestuario para saber con cuántos hombres voy a contar en la clase de *Body Pump* de hoy. A los primeros que me encuentro es al dúo compuesto por Guillermo, el hermano de Andrea y Hugo, y a Adrián, su amigo abogado. Hablan en susurros y me imagino que es algo relacionado con el caso de Andrea que lleva Adrián. Cuando son conscientes de mi presencia, los dos me sonríen.

—¡Hola, Víctor! ¿Cómo va todo? —me saluda Guillermo, y yo estrecho las manos de los dos.

—Bien, aquí estamos. ¿Y vosotros? ¿Qué tal por casa? —Los dos son padres y sé que, en ocasiones, pasan alguna que otra noche sin dormir. Aunque por sus sonrisas, debe de compensar.

—Batallando con la familia. Algún día llegará tu momento —comenta Adrián.

—Por cierto, Víctor, me ha contado mi madre que el viernes ayudaste a Andrea con esos buitres. No sabes cómo te lo agradezco, colega —me dice Guille.

—No es nada. Mi madre me enseñó a ser un caballero y rescatar a las damas si fuera necesario.

—Aun así, no quería dejar de darte las gracias en nombre de la familia. Y hablando de familia, ¿dónde está mi hermano?

—La verdad es que hace un buen rato que no lo veo. Sé que anda por el gimnasio —me excuso. No vale la pena que sepan que no estamos muy amigables.

Justo en ese momento, la puerta del vestuario se abre y entra el susodicho.

—¡Vaya, hermanito! Benditos los ojos —se burla Guille.

—Ya sé que es difícil vivir sin mí, pero prefiero que me echen de menos las mujeres —sigue Hugo con la broma.

—Madre mía, el día que te enamores las vas a pasar canutas —replica Adrián.

—Mira —dice Hugo y señala su brazo—, solo de pensar en el amor se me eriza la piel y me sale urticaria.

Yo sonrío, pero me mantengo al margen de su charla. Sé que parece imposible, pero tengo claro que, por mucho que mi amigo diga, va a sufrir por amor y mis ojos azules lo verán.

—Chicos, empiezo en cinco minutos, voy tirando.

Cuando estoy a punto de salir del vestuario, oigo que Guillermo le pregunta a su hermano que si estamos enfadados.

—¡Qué tonterías dices! —se excusa mi amigo.

—Se notaba la tensión entre vosotros —comenta Adrián.

—Las noches sin dormir os están quemando el cerebro.

Los dejo a los tres entre risas y me dirijo a la sala para preparar la clase. Tengo tanta tensión acumulada que los machaco con los ejercicios. Más de uno se queja de la dureza de estos, lo bueno es que todos vuelven. En esta clase asisten más hombres que mujeres, pero alguna siempre viene. Despido a la gente a medida que salen.

—Victor, eres un capullo, colega. Menuda clase. Hacía tiempo que no nos hacías sudar tanto. ¿Tienes mal de amores? —me pregunta Guille. Yo niego con la cabeza a la vez que apuro el contenido de mi botella de agua.

—Si os doy margen, os volvéis blandengues. Los fines de semana os hacen mucho daño.

—Menudo cabrón —contesta Adrián y desaparece.

—¿Va todo bien? —se interesa el mayor de los Guerrero.

—Genial. Con ganas de que llegue la hora para irme a casa. Llevo tres clases y estoy machacado —le explico.

—Vamos, Víctor. Eres un tío inteligente y ya sabes por donde iba mi pregunta —declara.

—Si lo dices por tu hermano, ya sabes cómo es. Cuando las cosas no van por el camino que él decide, se enfurruña un poco. Mañana ya se le habrá pasado. —«O eso espero», me digo a mí mismo—. Hemos tenido un pequeño desacuerdo sin importancia.

Guille me mira sin decir nada durante un rato, hasta que chasquea la lengua y mueve la cabeza, resignado. Tengo claro que no se ha creído mi argumento, parece que no soy tan convincente como imaginaba.

—No me he creído nada de lo que me has contado e imagino que, por mucho que insista, no me lo vas a decir. Solo espero que os hayáis enfadado por una tontería, sería una pena que perdierais una amistad de tanto tiempo.

—Todo se arreglará, no te preocupes. —Me golpea el hombro con cariño y lo observo salir de la sala.

La puerta se cierra a su espalda y me quedo solo en la inmensa sala llena de espejos. Me observo en uno de ellos y no puedo evitar pensar qué mierda hago con mi vida. Me tapo la cara

con la toalla y me dejo caer en una de las colchonetas. Estoy molido, sudado y hambriento. Oigo que la puerta se abre de nuevo, alguien ha entrado en la sala. Seguro que el mayor de los Guerrero se ha dejado algo.

—¿Qué te has dejado, Guille? —pregunto con la cara tapada.

—Soy yo —susurra una voz femenina que conozco bien.

Me retiro la toalla de la cara y elevo un poco la cabeza para mirar en los espejos y asegurarme de que es ella.

—No deberías estar aquí.

—Si lo dices por mi hermano, se ha ido hace un rato —dice, sentándose en un *step* que hay en el otro lado de la sala.

Me apoyo en los codos y niego con la cabeza. Aunque Hugo no ronde por el gimnasio, es una mala idea que estemos solos en la misma sala. Siempre ha sido complicado resistirme a la atracción que siento por ella. Voy a estar más tranquilo si mantengo las manos y el cerebro ocupados, así que decido levantarme y acabar de recoger la sala, darme una ducha, comer algo e irme a dormir, que la semana no ha hecho más que empezar.

—¿Puedo ayudarte en alguna cosa? —le pregunto, mientras coloco dos pesas en su lugar.

—A no ser que tengas una bola mágica que me devuelva unos años atrás, no.

—Entonces no sé qué haces aquí —le reprocho.

Se genera un ambiente de lo más raro a cada minuto que pasa, debería molestarme, pero es al revés. Es como si una cuerda tirara de mí y me acercara a ella. Unas ganas imperiosas de abrazarla y protegerla emergen de mi interior. Andrea siempre fue una mujer fuerte, con un gran carácter que, a la inversa de lo que cree, es lo que atrae a la gente de ella. Su físico actual demuestra una cosa totalmente diferente. Las profundas ojeras, la palidez de su rostro o que haya adelgazado algún kilo demuestran que no pasa por su mejor momento y a mí, verla tan indefensa, me encoge el corazón. No soporto verla sufrir. Así que el esfuerzo que debo hacer para recordarme que fue ella la que escogió su camino, la que me alejó y no lanzarme a consolarla, es titánico.

—¿Recuerdas aquella carrera de montaña que hicimos hace años? —No le contesto y continúo recogiendo como si sus palabras no me afectaran en absoluto—. Fuiste el único que me esperó y entré en la meta sobre tu espalda. En la última bajada me torcí el tobillo, pero tú no dejaste que me rindiera. Me he dado cuenta de que, la mayoría de las veces que he necesitado un bastón donde apoyarme, siempre has estado tú. Igual que el viernes.

—Sabes que siempre se me ha dado bien rescatar a las damas en apuros. Aunque no me haya servido de nada. —La observo a través de los espejos y un breve gesto en su cara, que podría pasar desapercibido para cualquiera, aunque no para mí, me hace saber que mis palabras le han afectado.

—Vic, sé que te hice daño. —Aprieto la mandíbula al oír el diminutivo que solo ella ha utilizado—. No puedo decir que me arrepienta de la decisión que un día tomé, gracias a ella tengo la cosa más importante de mi vida, mi hijo. Pero eso no quita que sea consciente de que no fue la más acertada.

Mi respiración se acelera de la rabia que me ocasionan sus palabras. Oigo cómo se levanta y se acerca a mí. Me giro para encararla. No puede llegar aquí, soltarme esa parrafada que sacude

mis cimientos y quedarse tan tranquila. Le prometí a su hermano que no me volvería a acercarme a ella, de la misma manera que lo hice conmigo cuando conseguí levantar cabeza. Me destrozó, joder. Fui como un fantasma durante un año, llegaba a mi casa, casi cada día, con más alcohol del necesario. No quería oír a nadie, llegué a ignorar a mi madre en más de una ocasión y me alejé de todas mis amistades, Hugo incluido. Hasta que la fuerza y el amor de la mujer que me dio la vida me pusieron de nuevo en el camino adecuado. No entendía por qué el dinero de Gerard era más importante que nuestro amor. O por qué todas nuestras palabras y declaraciones de amor se habían convertido en humo. ¿Qué había hecho mal para que todo lo importante que tenía a su lado desapareciera?

—Primero, no me vuelvas a llamar así. Y segundo, no puedes llegar aquí y decirme, después de tantos años, que te equivocaste. No creo que haga falta que te recuerde la de veces que te perseguí para que me dieras una explicación. Casi me convertí en un acosador, joder —le reprocho con un tono de voz elevado.

—Lo sé, sé que no tengo ningún derecho a venir a excusarme ahora. Pero todo esto que me ha pasado con Gerard me ha hecho reflexionar. La vida es una ruleta, estamos en este mundo dos días y necesito seguir con la conciencia liberada. —Se acerca poco a poco y el cuerpo se me va calentando—. Sé que nuestra relación no puede ser como antes, pero me gustaría que me perdonaras y pudiéramos comportarnos de forma adulta. Eres el mejor amigo de mi hermano y estaría bien reunirnos de vez en cuando sin tensiones ni odios.

Deja su mano en mi pecho y el calor que siento ante su contacto me arrasa. Nuestras miradas se encuentran, y el brillo de súplica que veo en sus ojos consigue que mi cuerpo se tense más. Rompo el contacto de nuestra mirada y ella apoya la frente en mi pecho, que sube y baja sin control. «Por favor», la oigo susurrar. Mi contención es máxima. Ojalá pudiera mandar todo a la mierda y volver a abrazarla y besarla como si fuera mía de nuevo. Pero, ahora mismo, todo el daño que me hizo con su desprecio supera mi amor por ella y por sus palabras, está claro que todo esto lo hace por su hermano y por ella. Yo vuelvo a quedar fuera de la ecuación.

—Será mejor que te marches y, por favor, no vuelvas a tocarme. Tú sigues jugando y yo no quiero volver a perder. Una vez ya me quedé sin nada y ahora que he vuelto a construir mi vida, no pienso arriesgarla de nuevo. Lo siento, pero no puedo olvidar todo el daño que me hiciste.

—Victor... —Levanto las manos y doy dos pasos hacia atrás para alejarme de ella.

Una sensación de soledad se apodera de mi cuerpo. ¿Cómo puede ser que me afecte tanto después de todos estos años? Hacía mucho tiempo que no percibía el calor de su cuerpo y pensé que había olvidado lo que sentía al tenerla tan cerca.

—Deberías irte. Intentemos no enfadar más a tu hermano.

—Está bien —susurra resignada.

Se gira y la veo alejarse hacia la puerta. Justo en ese momento, Meri entra en la sala y me deleita con una gran sonrisa.

—Aquí estás. Llevo un rato buscándote. —Mira a Andrea, que todavía no ha salido, y le sonrío. Se aproxima a mí y, cuando está lo suficientemente cerca, se pone de puntillas y me deja un beso en los labios que le devuelvo de forma tímida—. ¿Te apetece ir a cenar?

Levanto la cabeza y mis ojos se cruzan con los de Andrea que, enseguida, baja la cabeza y sale de la sala. Suspiro y libero la tensión que tengo acumulada desde que Andrea entró. Debo continuar sin ella como lo he hecho siempre.

—Me ducho y nos vamos, ¿vale?

—Genial.

Me vuelve a besar, esta vez con más profundidad. Esta es mi vida, la parte de Andrea murió y así debe continuar. Mi mente conoce a la perfección la teoría, pero mi corazón no es capaz de controlar la práctica.

Capítulo 7

Andrea

Hoy toca despedir a mi hermana y mi cuñado. Dadas las circunstancias, se han quedado algún día más de lo previsto. No tengo palabras suficientes para agradecerles todo lo que han hecho por mí estos días. Han estado pendientes de mi pequeño, que se lo ha pasado de muerte con Malcom. De ahí que hoy esté triste porque no quiere que se marchen.

—Andrea, nos vamos a ir —interrumpe mis pensamientos Daniela—. ¿Estás bien?

—Sí, solo entraba un poco en calor —comento y señalo mi taza de té mientras le sonrío. No quiero que se marche preocupada por mí.

—Sabes que cualquier cosa que necesites, solo tienes que descolgar el teléfono y avisarme. Y si ves que necesitas desconectar de toda esta locura, te esperamos en Nueva York —dice abrazándome.

—Allí siempre hay sitio para la familia —asegura Malcom, que me mira apoyado en el marco de la puerta.

—Muchas gracias. Espero no tener que irme tan lejos para desconectar. Pero si así fuera, os avisaría.

—Genial. Cuídate mucho y no dejes que todo esto te derribe. Recuerda que eres una Guerrero y nadie puede con nosotros, ¿cierto?

Le sonrío y vuelvo a abrazarla. Ahora más que nunca, me doy cuenta de cuánto necesito sus abrazos. Quién lo diría, ¿verdad? *La princesa de hielo*, me llamaban en el colegio. Nunca fui una persona de mucho contacto, aunque eso cambió un poco al nacer Jordi. La verdad es que los meses que estuve con Víctor también consiguieron descongelarme. Me duele tanto recordar cómo me trató ayer que no puedo evitar que las lágrimas acudan a mis ojos y trago saliva para evitar que se derramen.

—Antes de que os vayáis, quería pedir os una disculpa. Sobre todo a ti, Malcom. —Mi cuñado frunce el ceño sin entender a qué me refiero—. No sé si ella te lo habrá contado pero, cuando Daniela nos explicó que te había conocido y dijo que trabajabas en el departamento de mantenimiento, por mi boca salieron una serie de estupideces y te juzgué sin conocerte, solo por tu posición social.

—No te disculpes por eso, tonta. Ya está todo olvidado —me pide Daniela.

—Necesito hacerlo, Dani. Quiero recuperar a la Andrea que perdí hace cinco años cuando me desvié por querer estar a la altura de un hombre como Gerard. Sabes que tengo muchos defectos, pero antes de él, yo nunca había sido así. Por eso necesito que Malcom me perdone. — Mi cuñado me coge las manos y las aprieta con cariño.

—Todos hemos cometido errores y pasado por malos momentos en esta vida. No tengo nada que perdonarte, Andrea. Pero que te hayas dado cuenta de tus fallos e intentes mejorar como persona, te hace muy valiente. Ahora solo te queda volcarte en la gente que te quiere y abrir tu corazón. Yo no lo hice y casi pierdo a tu hermana. Si necesitas ayuda, no dudes en pedirla. Por experiencia sé que uno solo no puede sostener el mundo. —Me lanzo a su cuerpo y lo abrazo por la cintura, es un tío alto, así que mi cabeza queda a la altura de su pecho.

Tengo la garganta cerrada de la emoción y no soy capaz de articular ninguna palabra más, así que me separo de él y los empujo un poco para que se marchen.

—Te llamaré y seré muy pesada hasta que te vea feliz —dice mi hermana y abraza mi cuerpo de nuevo.

—Vete, pesada. Al final vais a perder el avión —le pido e intento que no vea que esta vez no he conseguido retener las lágrimas. Todavía tienen un viaje en coche hasta Barcelona, desde donde cogerán el vuelo.

—¡Te quiero, *Conguito!* —chilla desde la puerta de la cocina, y no puedo evitar que una sonrisa ilumine mi rostro—. Te he visto reír.

—¡Asquerosa! —le reprocho en voz alta, y se aleja mientras suelta una carcajada.

Con mi familia a mi lado todo es más fácil.

Oigo a mi cacahuete acercarse a la cocina con sus rápidas pisadas. Cojo un trozo de papel y me limpio con rapidez los restos de tristeza que quedan por mi rostro.

—¡Mami! ¿Por qué los tíos no pueden quedarse más días? Ahora me voy a aburrir mucho. A lo mejor ya ha empezado el cole. ¿Podemos mirar?

Para justificar que no fuera al colegio, le dijimos que había vacaciones. Al estar rodeado de mis hermanos y con toda la atención y los mimos que ha recibido, apenas ha tenido tiempo de aburrirse. Tiene cinco años, todavía es muy pequeño, pero no es tonto y, por muchas visitas que haya recibido, esto de tener que estar encerrado en casa tantos días ya no lo lleva tan bien. Pero ¿cómo narices lo puedo exponer a todo el circo que hay en el exterior? Además, todavía no he sido capaz de decirle que su padre ha muerto y que no lo va a ver nunca más. El viernes pude hablar con una amiga que es psicóloga y me dio unos consejos para enfocar el tema, ya que no tengo ni idea de por dónde empezar, aun así, no tengo claro de cómo hacerlo.

—Cariño, ya falta poquito para que se acaben las vacaciones y pronto volverás al cole.

—¡Qué bien! —contesta y aplaude, todo ilusionado—. ¿Cuándo empieza ya habrá vuelto papi de viaje?

Trago saliva y el corazón se me encoge al ver el brillo de ilusión que tiene mi pequeño en los ojos por la posible llegada de Gerard. Decido que ha llegado el momento de explicarle la verdad, no puedo demorarlo más o, cada día que pase, será más difícil hacerlo.

—Ven aquí, cacahuete, que tengo que explicarte una cosa. —Lo levanto del suelo y lo siento en la encimera para que sus ojos estén a la altura de los míos—. Cielo, papá ya no volverá nunca más.

—¿Ya no nos quiere? —pregunta con el ceño fruncido y los ojos aguados.

—Papá te quería mucho, cariño. Pero tuvo un accidente y ha muerto, ahora está en el cielo. —Sus ojos empiezan a vaciar las lágrimas que ruedan por su pequeña cara y yo no puedo evitar contagiarme de su tristeza. Por muy mal que Gerard hiciera las cosas, no deja de ser su padre.

—Entonces, ¿ahora está haciéndole compañía a Flopy? —indaga. Hace referencia a un pez que teníamos y se murió hace unos meses.

—Eso es. Ahora se cuidan el uno al otro —le explico, sorbiendo por la nariz.

Su cuerpecito no deja de sacudirse por el llanto y a mí se me rompe el alma verlo tan triste. Mi pequeño tiene una increíble madurez para lo pequeño que es, además es un niño muy sentimental y todo le suele apenar en demasía. Sé que la ausencia de Gerard le afectará mucho, pero también sé que está rodeado de grandes personas que no lo van a dejar decaer, yo la primera.

Lo abrazo con fuerza y permito que se desahogue todo lo que necesite. Y así nos pasamos un rato hasta que una mano acaricia mi espalda y me hace volver de nuevo a la cocina. Cuando me separo de mi pequeño, observo a mi madre y a Hugo que nos miran con cariño. Jordi también se hace consciente de su visita y vuelve a arrancar a llorar.

—*Abu* Manuela, mi papá está en el cielo y ya no lo voy a ver nunca más —informa mi cacahuete, lleno de tristeza y con la cara bañada en lágrimas.

Ninguno de nosotros puede evitar sentir la desolación que ha invadido a Jordi. Incluso Hugo, al que casi nunca he visto llorar, se limpia de forma disimulada las gotas que asoman por sus ojos.

—Lo sé, cariño —responde mi madre y arropa a mi pequeño para intentar darle consuelo.

—Y ahora, ¿qué hago sin papá? —nos pregunta, angustiado. No sé qué responder a esa pregunta.

—Cielo, toda la familia estará aquí para lo que necesites. Y sabes que yo te voy a *apachuchar* siempre que quieras hasta dejarte sin fuerzas —afirmo mientras limpio su carita y le sonrío.

Sé que le encanta que lo abraze con intensidad y me regodee de robarle todas las energías al ser más fuerte que él. Veo un intento de sonrisa por su parte y eso me reconforta un poco.

—Un día me dijo que, cuando fuera mayor, me enseñaría a conducir. Y si ahora no está, ya no podré llevar un coche de carreras nunca. ¿Cómo voy a aprender?

—¡Pero bueno! —le reclama mi hermano—. ¿Todavía no sabes quién es el mejor conductor de Andorra, aparte de tu papá? —Jordi niega con la cabeza—. Me ofendes, enano.

—¿Qué es «ofendes»? —le pregunta a Hugo, que ya ha despertado su curiosidad.

—Que me pone triste que no lo sepas. Yo, ¿quién va a ser?

—Podía ser Víctor o el tío Malcom —le contesta mi cacahuete con picardía.

—¡Será posible, el mocoso este! —se queja Hugo y lo acorrala a cosquillas.

—Para, para... —chilla Jordi, muerto de la risa—, me voy a hacer pipí encima.

—Ven aquí, traidor. Que te voy a explicar cuatro cosas —refunfuña mi hermano mientras coge a mi hijo y se lo cuelga al hombro. Nos guiña el ojo y se aleja de la cocina con un Jordi algo más contento.

—Gracias por venir, mamá.

—Sabes que solo tienes que coger el teléfono, llamarme y ahí estaré. Mientras pueda, claro. —Hago un intento de mirarla mal. Lo último que quiero ahora es ser consciente de que algún día ella me pueda faltar—. ¿Cómo estás?

—Triste, agobiada, saturada, perdida... ¿quieres que siga? —pregunto y frunzo los morros—. ¿Todavía hay periodistas en la puerta?

—Solo dos coches. No será así para siempre. La muerte de Gerard está rodeada de tantos agujeros y todos tan suculentos que es normal que haya mucho interés. ¿Has sabido algo más?

—La semana pasada hablé con Fernández, pero no tenían más información o no me lo quiere decir. Comentó que la policía española les daba la información con cuentagotas. Supongo que mi suegra está informada de todo y solo maneja lo que a ella le interesa. Debe de estar muy ocupada para tapar los desaguizados de su hijo que no ha tenido ni la delicadeza de venir a ver o llamar a su nieto.

—Ayer estuve en la floristería de Flora y me comentó que casi toda la familia Pons estaba en Barcelona —me explica. Mi madre se lleva muy bien con la madre de Víctor.

—Sois unas marujas, mamá —le reprocho.

—¡Oye, no seas maleducada y respeta a tu madre! —se queja—. Solo nos poníamos al día.

—¿Cómo está Flora? Hace días que no la veo —me intereso.

—Bien. Sigue con sus problemas en la espalda. Su hijo insiste en contratar a alguien que la ayude en la floristería. Yo no lo veo mal, pero a ella no le hace gracia meter a una persona extraña en su terreno. Hace mucho tiempo que lleva el negocio ella sola y está algo reacia.

El sonido del timbre nos aleja de nuestra conversación y, cuando decido ir a abrir, ya que Merche no está, oigo los pasos de mi hermano que se dirigen hacia allí. Hace unos días que avisé a Merche que abandonaba la casa y que ya no necesitaría de sus servicios, ahora solo viene media jornada y así puede buscar otro trabajo con el resto de tiempo libre. La verdad es que, la primera vez que la vi, no me imaginé que pudiera ser tan profesional, aunque supongo que el que viniera recomendada por mi suegra no me ayudó a ser objetiva. Su estancia con nosotros ha sido impecable y sé que Jordi la va a echar mucho de menos.

—¡Buenas tardes! —saluda Adrián, que viene acompañado de mi hermano Guillermo. El hecho de que estén aquí los dos juntos y sin avisar, no depara nada bueno.

—¡Buenas tardes! —respondemos mi madre y yo. Guille se acerca a ella y le da un beso en la mejilla, para después darme otro a mí.

—Andrea, ¿crees que tendrías un momento para comentarte unas cosas? —pregunta el abogado.

—Claro. Vamos al salón, que estaremos más cómodos —les pido—. ¿Os apetece beber algo?

—Yo si tienes una cerveza, no digo que no —contesta mi hermano mayor. Miro a Adrián y este asiente con la cabeza para hacerme saber que quiere lo mismo.

—¿Mamá?

—Un poco de agua estará bien.

Los observo salir de la cocina y cuando sé que estoy sola, cierro los ojos y respiro hondo. ¡A ver qué otro lío tendré ahora! Preparo las bebidas y me reúno con ellos.

—Dispara, letrado —le pido.

—Vamos a ver. Como ya imaginábamos, la herencia de Gerard es para sus descendientes, menos alguna cosa que le ha dejado a su madre y a su hermana. A ti no te corresponde nada, aunque me imagino que ya lo sabías al firmar el acuerdo prematrimonial.

—No sabía que había esa clase de acuerdo entre vosotros —comenta mi hermano.

—Supongo que fue una condición de Lucía, su madre. Ya sabéis el poder económico de esa familia. Igualmente, yo no me negué. No quiero nada que venga de ellos y menos ahora. Eso no quita que luche por lo que le corresponde a mi hijo —le aclaro a mi hermano—. Pero eso ya lo sabíamos, supongo que hay algo más, ¿verdad?

—Así es. Y no te va a gustar —contesta Adrián.

—Lo soportaré.

—Para que la repartición de la herencia se haga efectiva, hay una petición solicitada por Gerard. —Adrián se calla y me mira con pena y resignación—. Pide que se le realice una prueba de paternidad a Jordi para asegurarse de que realmente es su hijo.

—Será cabrón, ni muerto deja de dar por el culo. —Oigo gruñir a Guille.

Yo me quedo con cara de imbécil y sin saber qué decir. Noto que alguien me acaricia la mano y su contacto me hace reaccionar. Una rabia crece en mi interior y no os podéis imaginar qué ganas tengo de chillar y ponerme a romper todo lo que tengo a mi alrededor. Siempre hice lo que su madre y él quisieron hasta convertirme en otra persona, la mujer perfecta que Gerard precisaba. Firmé ese maldito contrato antes de casarnos y, encima de aguantar la humillación de saber que me era infiel con su secretaria y vete a saber con cuántas mujeres más, debo soportar que dude de su paternidad. Por el amor de Dios, ¿con qué clase de bicho estaba casada?

Capítulo 8

Víctor

El jueves es el único día de la semana que no tengo que impartir clases por la mañana, así que aprovecho para echarle una mano a mi madre en la floristería. No me molesta, al contrario, me siento muy cómodo entre flores y plantas, ya que me he criado entre ellas. Pero si mi querida progenitora no fuera tan cabezota, ya habríamos contratado a alguien que la ayudara y yo podría dormir toda la mañana.

—¡Mamá, ya he llegado! —chillo al ver que no se encuentra en el mostrador.

—Estoy en el despacho —me contesta.

Me dirijo a la pequeña sala que tiene en la parte de atrás donde, aparte de estar llena de facturas y albaranes, también tiene una cafetera y una pequeña nevera. Cuando viene alguna amiga, se montan unas fiestas ahí dentro que ya querrían muchos. Parece que esta es una de esas ocasiones, ya que oigo una voz que no es la de mi madre. Miro el reloj, las nueve y media, un poco pronto para un encuentro.

—Me dejas muerta, mujer. Menudo caradura y sinvergüenza. ¡Quién lo diría!

—Pues ya ves.

Me asomo a la puerta y me apoyo en el marco a observarlas.

—¡Buenos días! —saludo a las dos mujeres que me sonríen y responden a mi saludo—. ¿Cómo estás, Manuela?

—Bien, hijo. Aquí, hablando de nuestras cosas. Y tú, ¿qué tal?

—De esclavo. —Miro a mi madre y le sonrío mientras ella pone los ojos en blanco.

—Por cierto, Víctor, no he tenido la ocasión de darte las gracias por ayudar a Andrea el otro día.

—No fue nada. Supongo que ella sola hubiera salido de esa situación, pero la vi algo saturada y muy nerviosa. No creí que fuera buena idea dejarla conducir en ese estado.

—Hiciste bien, cariño. Esa chica está pasando por un calvario. No sé cómo aguanta tanto acoso. Encima, Manuela me contaba que en el testamento de su marido había una cláusula donde exigen hacerle una prueba de paternidad al pequeño para asegurarse de que es su hijo y así optar a la herencia.

—¿Es eso posible? —pregunto, atónito, por lo que me cuenta mi madre.

—Adrián es el que lleva el caso y, al parecer, es todo legal. Mi pobre Andrea, al final, acabará enferma entre tanto disgusto. Todos estamos muy preocupados por ella. El martes cuando le dieron la noticia, tuvimos que darle un sedante para que pudiera dormir. Siempre fue la más

fuerte de los cuatro, con ese carácter reservado y algo complicado. Pero yo sé que debajo de ese caparazón, que se ha creado para que nadie le haga daño, tiene un enorme corazón. Solo hay que verla con Jordi. Es todo amor e incluso diría que se comporta como la verdadera Andrea cuando está con su pequeño. Hubo un año o así, antes de que conociera a Gerard, que se la veía tan feliz y liberada... Sus hermanos se burlaban de ella y le decían que tenía cara de boba enamorada. Ella hacía que se enfadaba y nunca confirmaba ni desmentía los rumores. Yo estoy casi segura de que estaba con alguien que la hacía dichosa. Qué pena que hubiera conocido a Gerard, ese hombre acabó con ella.

Las palabras de la madre de Andrea consiguen que mi corazón acelere los latidos y una maraña de sentimientos emerjan y sacudan mi cabeza. Mi mirada se cruza con la de mi madre, y esta me sonrío haciéndome saber que se ha dado cuenta de que, esa temporada en la que Andrea, supuestamente, era tan feliz, tiene que ver conmigo. Todo lo que comenta Manuela me deja inquieto; aunque siga enfadado con ella, no deseo que le pase nada e imaginarme todo lo que sufre, saca la parte de mi alma que todavía siente algo por ella. Recuerdo las palabras que le dije el otro día en el gimnasio y me reprendo por no haber sido más considerado.

—Espero que algún día encuentre un buen muchacho que la vuelva a hacer feliz —indica mi madre sin apartar la mirada de mí.

—Yo también lo deseo con toda mi alma —contesta Manuela, mirándome. ¿Sabrá alguna cosa ella de lo que pasó entre nosotros?—. Bueno, me voy, os dejo trabajar. Al final, Eusebio pensará que me ha pasado alguna cosa.

Le da dos besos a mi progenitora y otros dos a mí y sale del despacho con mi madre detrás de ella. Yo espero hasta que oigo la puerta cerrarse y entonces me asomo.

—¿Por dónde quieres que empiece? —le pregunto a mi madre para que me dé las instrucciones.

—¿No piensas hacer nada? —su pregunta me hace fruncir el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¡Ay, hijo! A veces, los hombres demostráis que solo tenéis una neurona —me reprocha, enfadada—. Aunque me lo niegues, sé que todavía sientes algo por ella. Y no tengo dudas de que donde hubo fuego, cenizas quedan. ¿Por qué no intentas conquistarla de nuevo?

—Mamá, no sigas por ahí —le reclamo.

—Solo quiero que seas feliz, hijo.

—Parece mentira que me pidas eso, tú estuviste conmigo cuando tomó la decisión de vivir su vida al lado de otro hombre y eso casi me destroza. Fue mi primer amor, pero también mi primer error. En su momento no fui bueno para ella, ¿qué te hace pensar que ahora sí lo soy? —Mi tono de voz se ha elevado y, al darme cuenta de que la persona que tengo enfrente es mi madre, suspiro e intento controlarme—. Perdón, no quería chillar. Solo te voy a pedir una cosa, el tema de Andrea queda cerrado. No quiero que volvamos a hablar más de ello. ¿Vale?

—Está bien. Perdóname tú a mí también. No debería meterme en tu vida, no volverá a pasar.

Me acerco a ella, la abrazo y dejo un beso en su cabeza. Justo cuando me separo, la campanilla de la puerta suena dando paso a un hombre mayor. No parece del barrio, da la sensación de que va algo despistado.

—¡Buenos días! —saluda, sacándose su sombrero de la cabeza—. Ya están abiertos,

¿verdad?

—Sí, caballero. ¿En qué podemos ayudarlo? —le pregunta mi madre.

—Pues verás, me han obligado a venir a vivir a este país, donde hace un frío del carajo, por cierto. Mi hijo dice que ya no tengo edad para estar solo, pero mírame, aún no tengo ni ochenta años y estoy estupidamente. ¿Qué me decís? —nos pregunta, abre los brazos y da una vuelta para que lo veamos por delante y por detrás. Menudo personaje, el hombre.

—Yo creo que está usted muy bien —le contesta mi madre.

—Lo que yo decía. Por cierto, me llamo Bruno. —Alarga la mano y nos la estrecha—. Voy al grano antes de que descubran que me he escapado. Quiero dos plantas de interior y un ramito de flores que tengan mucho color. Son para mi nieta Jimenita, le encantan las flores. Así también amanso a la fiera, que debe de estar por ahí fuera buscándome. ¿Sería posible tener mi pedido lo antes posible? Lo pregunto para que la bronca no sea tan grande.

—Claro.

Mi madre sale de detrás del mostrador un poco aturdida por la labia del hombre y tan confundida como yo. Bruno parece cuerdo, pero también ha asegurado que se ha «escapado», así que no tengo muy claro que esté dentro de sus cabales. Mientras mi madre prepara lo que ha solicitado el anciano, este alterna su mirada entre el exterior y el interior, nervioso. Justo en uno de los momentos que él mira hacia afuera, una chica más joven que yo apoya la cabeza en el escaparate y hace visera con sus manos para observar el interior.

—¡Oh, oh! —susurra Bruno y de forma inmediata pone cara de circunstancia. Madre mía, menudo actor.

La joven que estaba en el exterior abre la puerta como si fuera un huracán y se planta delante del hombre con los brazos apoyados en sus caderas y cara de enfadada.

—Abuelo, que sea la última vez que te marchas de mi lado sin decirme adónde vas. No sabes qué susto me has dado. No llevas aquí ni dos días y yo ya me estoy volviendo loca —se queja la muchacha.

—Lo siento, hija. Pero ya sabes que echo mucho de menos mi casa del pueblo y mi jardín. He visto esas flores tan bonitas y me han llamado. No he podido resistirme. Además, ese piso en el que vivimos está de lo más triste sin un poquito de verde —le contesta Bruno. Los dos hablan totalmente ajenos a nuestra presencia.

La verdad es que el espectáculo es tan surrealista que, en vez de trabajar, que es lo que debería hacer, estoy aquí apoyado en el mostrador, siendo testigo de cómo el abuelo y la nieta mantienen una entretenida discusión. La joven niega con la cabeza y da por imposible al hombre, para, en un momento dado, recorrer la tienda con la mirada. Su cuerpo se relaja y deja caer los brazos. Se acerca ensimismada hacia una de las plantas y la roza con el dedo para, acto seguido, acercarse a uno de los cubos lleno de flores que tendría que estar en la zona de atrás, si yo hubiera hecho mi faena. No puedo apartar la mirada de ella. Es una chica muy bonita, con una larga melena castaña y, a pesar de no ser excesivamente alta, tiene un cuerpo bastante equilibrado. Cuando se gira, unos increíbles ojos azules y su enorme sonrisa iluminan la floristería. No me cabe duda de que le gusta lo que ve. Mi mirada se cruza con la de Bruno y este me guiña un ojo. Menudo viejo liante.

—Aquí está lo que me ha pedido —dice mi madre y deja en el mostrador dos plantas y un precioso ramo de coloridas flores.

—No podemos comprar esto —le susurra bajito la nieta, que ha vuelto a poner su cuerpo en tensión.

—Yo con mi dinero puedo hacer lo que quiera. Además, seguro que pronto encuentras trabajo y todo será más fácil.

La chica se ruboriza ante las palabras de Bruno, posiblemente le moleste que unos desconocidos se den cuenta de su probable falta de liquidez. El anciano saca su cartera y mira a mi madre para saber qué debe pagar por su compra.

—Son treinta y cinco euros. El ramo de flores se lo regalamos por ser su primera compra —comenta mi madre.

Bruno saca un billete de cincuenta euros y se lo entrega a mi progenitora. Después, coge una tarjeta de visita y la deja encima del mostrador.

—Estos son mis datos. No tengo móvil, pero detrás está el teléfono de mi nieta. Si algún día necesitan ayuda en la floristería, estoy convencido de que Jimenita sería perfecta para el puesto. No pudo estudiar, pero tiene mucha mano con las plantas y con muchas otras cosas, claro.

—¡Abuelo, por favor! No creo que a esta gente le importe nuestra vida. Deberíamos irnos —le pide Jimena, que coge la caja con las dos plantas y le deja el ramo a su abuelo.

Nos pide disculpas con una sonrisa y se dirige a la puerta. Bruno se vuelve a colocar el sombrero en su calva cabeza y señala con el dedo la tarjeta para que no la pierda de vista.

—Ha sido un placer. Muchas gracias —se despide el anciano.

—Igualmente. Vuelva cuando quiera, pero avise dónde está antes de venir —suelta mi madre con una sonrisa.

Una vez la puerta se cierra, cojo la tarjeta y la leo. Es de las típicas tarjetas de visita que se hacían antiguamente. Ahora ya nadie las utiliza; bueno, menos Bruno. Giro la cartulina y, en bolígrafo, con una caligrafía temblorosa, hay un número de teléfono.

—Menudo personaje, ¿verdad? —me pregunta mi madre—. Resulta entrañable la manera tan sutil de intentar ayudar a su nieta.

—Ha sido un gran actor, estoy convencido de que lo tenía todo preparado. Quizás deberíamos darle una oportunidad a su esfuerzo y contratar a Jimena.

—Cariño, ¿de verdad me ves tan mal para buscarme ayuda?

—No te veo mal, al contrario, estás estupenda. Solo quiero que tengas más tiempo para ti, que disfrutes. Llevas casi toda tu vida trabajando y creo que ahora es un buen momento para que desconectes un poco.

—Está bien. Me lo pensaré. Guarda la tarjeta por si acaso. Antes, deberíamos averiguar alguna cosa de esta familia. No me suena de verlos por aquí.

—Seguro que puedes aprovechar una de vuestras reuniones secretas para sacar información a alguna de tus amigas.

—Muy gracioso. Creo que deberías ponerte a trabajar. Vas a tener que irte y todavía no has hecho tu parte. No pienso pagarte las horas de hoy.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo trasero de los tejanos, acerco mis manos a su cara y le dejo un beso en la frente. Soy muy afortunado por tener una gran madre.

Capítulo 9

Andrea

Hace días que me resisto a hojear los periódicos e incluso le he prohibido a Rosa, mi ayudante, que me comente nada relacionado con Gerard. Sé que se muere de ganas por preguntarme qué pasó, pero nos conocemos hace unos cuantos años, desde que ella entró para atender la recepción, y sabe cómo soy. Es una chica lista y no va a arriesgarse a una mala contestación por mi parte.

Por suerte, los periodistas han desistido de hacer guardia en los lugares que suelo frecuentar habitualmente y eso supone un alivio. No quita que me encuentren por ahí y se abalancen sin ningún miramiento. Por lo menos, parece que recuperamos poco a poco la normalidad.

Unos toques en la puerta me hacen regresar al despacho y centrarme de nuevo en varios presupuestos que tengo encima de la mesa. La cabeza de Rosa asoma y me pide permiso para pasar. Cualquiera puede negarse a esa enorme y dulce sonrisa.

Rosa tiene veintiocho años y hace siete que Guille y yo le hicimos una entrevista. En la reunión se demostró tan entusiasta y con tantas ganas de aprender que no pudimos negarnos a aceptarla como empleada del hotel. Empezó en la recepción y, con el tiempo, nos mostró el enorme potencial que tiene, así que no dudé en hacerla mi mano derecha y, muchas veces, también la izquierda. Es de esas personas positivas que es casi imposible alejarte de ella, aunque su apariencia física, le sobra algún kilo, en ocasiones, no la deje actuar de forma libre. Es una chica echada para adelante que intenta disfrutar de la vida, a pesar de lo que los demás opinen; por el contrario, me hace gracia que todavía se ruborice cuando se tropieza con mis hermanos. Es todo un caso.

—¡Buenos día, jefa! —me saluda con su tono dicharachero. No sé qué hubiera hecho sin ella estos días.

—¡Buenos días, Rosa! ¿Hoy estás más contenta de lo normal o es cosa mía? —le pregunto.

—Es viernes y, aunque hace un frío que te mueres, ha salido el sol.

—Me alegro mucho de que estés tan feliz. Para llorar ya está mi vida.

—No digas eso. Las cosas siempre pasan por algo. Me perdonarás por meterme donde no me llaman, pero hacía mucho tiempo que no eras feliz. Que eso no significa que me alegre de que el señor Pons haya fallecido, lo que quiero decir...

—Sé a qué te refieres, Rosa. Por favor, no sigamos por ahí, ¿vale? —Frunce los labios a modo de disculpa y asiente con la cabeza.

—Por cierto, ¿qué tal se ha quedado Jordi en el colegio? —se interesa Rosa.

Hoy es el primer día, desde que falleció Gerard, que mi cacahuete ha ido al cole. Él lo

necesitaba y yo he preferido aprovechar que es viernes, a ver cómo le va, que empezar el lunes, con toda la semana por delante.

—Tenía muchas ganas de ver a sus amigos, así que se ha quedado encantado.

—Me alegro mucho —confiesa sonriente—. ¡Uy, casi se me olvida! Ha llamado tu suegra. Dice que no puede localizarte en el móvil y que te dejara nota de que le devolvieras la llamada. Esa señora tiene la típica voz de bruja de los dibujos animados.

—¡Rosa! —le reclamo, pero no puedo evitar reírme por su comentario.

—Me dirás que no. No me sorprende que no quieras hablar con ella.

—Ojalá fuera ese el motivo. Ya sé todo lo que me va a decir y reprochar, así que no me apetece escucharla. Primero tengo que poner en orden mi vida y después ya aguantaré sus exigencias. Tengo que aprovechar que no está en el país y no puede venir en persona a molestarme.

—Pues prepárate cuando te pille porque, por su tono de voz, no está muy contenta que digamos.

—La verdad es que ya me importa poco lo que esa mujer tenga que decirme. Aguanté de ella muchos desplantes y malas maneras por mi marido. Ahora ese nexo de conexión ya no existe, así que no pienso preocuparme ni un poquito —le explico.

—¡Caramba! Cómo mola esta nueva jefa —expresa contenta.

—Como sigamos perdiendo el tiempo en tonterías, no va a gustarte tanto esta jefa —digo mientras cruzo los brazos en mi pecho para parecer más enfadada.

—¡Sí, señora! —me contesta y acompaña la respuesta con un saludo militar.

—Lárgate, payasa —le pido, lanzándole una bola de papel.

—Recuerda tu reunión de las doce —vocea desde la puerta antes de salir.

Niego con la cabeza a la vez que no puedo dejar de sonreír. Rosa, aparte de ser mi empleada, es lo más parecido que tengo a una amiga. Al trabajar codo con codo, nos conocemos bastante bien. Es posible que, incluso, me conozca más de lo que lo hacía Gerard. Sé que ha tenido mala suerte en el amor y se le resiste encontrar su media naranja. Espero de todo corazón que algún día encuentre a un buen hombre, que sepa valorar la gran persona que es.

≡≡≡

El ruido de la puerta al abrirse con fuerza me hace brincar en la silla. Un día de estos alguien conseguirá matarme de un susto. De pronto, aparece mi hermano Hugo con una enorme sonrisa e invade mi despacho. Solo Hugo puede ser capaz de entrar como un elefante en una cacharrería.

—¡Lo he encontrado! —me dice y da una palmada entusiasmado.

—Hola, Hugo —lo saludo y elevo una ceja para demostrarle mi disconformidad al entrar de esa manera.

—Perdón.

Se da media vuelta, sale del despacho y cierra la puerta. Yo insisto en que este hermano mío lo debieron de cambiar en el hospital. Unos toques en la madera consiguen que una sonrisa, que intento disimular, aparezca en mi cara. La puerta vuelve a abrirse y la cabeza de Hugo se asoma.

—¡Hola, hermanita! ¿Puedo pasar? —me pide esta vez.

—De verdad, Hugo, estás para encerrarte.

—¡Joder! Nunca estás contenta con nada de lo que hago —se queja, dejándose caer en la silla que hay frente a mí.

—Es que no hay un Hugo intermedio. Contigo todo es negro o blanco.

—¡Qué va! Mi color favorito es el rojo. Como la sangre, un corazón, los labios de una mujer... —replica y mueve las cejas de forma pícara.

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante su comentario. Mi hermano pequeño se quedó con todo el carisma de la familia. Es imposible no sentirte atraída por él y no solo hablo en sentido sexual en el que, por supuesto, no tiene rival, sino como persona. Es como un imán que te arrastra, por su saber estar en cada momento y esa habilidad con las palabras. Es muy complicado resistirse a él, seas del sexo que seas.

—Déjate de tonterías que tengo trabajo. ¿Qué venías a decirme?

—He encontrado el piso ideal para ti. Vengo a buscarte para que me acompañes a visitarlo —explica.

—¿Ahora?

—¡Claro! Estoy convencido de que te va a encantar.

Justo en ese momento, alguien llama a la puerta y cuando doy paso, Rosa entra en el despacho.

—Lo siento, Andrea. Necesito que me firmes estos documentos —me pide comedida—. ¡Hola, Hugo!

—¡Hola, Rosita! Cada día estás más guapa —dice mi hermano, que se levanta y le da dos besos. La cara de mi ayudante se torna roja.

—Dame los papeles, que los firmo —pido con la mano en el aire para que me dé los documentos, que no llegan—. ¡Rosa! Baja de la luna, mujer.

—Perdón, perdón —se excusa. Me los da, pero no deja de mirar a mi hermano mientras espera a que se los devuelva.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —le pregunta Hugo.

—El sábado voy a un cumpleaños. El hermano de una amiga.

—No fastidies. Víctor y yo también vamos a un cumpleaños. A ver si va a ser el mismo.

Los dejo hablando mientras plasmo mi rúbrica en unos papeles que no sé muy bien qué son. Muy profesional, lo sé. Hace tanto tiempo que no disfruto de una buena fiesta, en la que poder bailar hasta que te duelan los pies, beber y reír sin tener que mantener la compostura en todo momento por el «que dirán». La última en la que recuerdo pasarlo de muerte, fue en un cumpleaños de Daniela, hace unos seis o siete años. En aquella época todavía era Andrea Guerrero y ya había empezado a tontear con Víctor. Recuerdo cómo me reí y lo libre que era. Esa noche fue la primera que Víctor y yo tuvimos sexo. Acabamos en su piso y, si cierro los ojos, aún puedo sentir sus manos recorrer mi cuerpo o sus labios acariciar los míos. Es curioso que, en casi todos los mejores momentos de mi vida, Víctor siempre haya estado presente. ¿Cómo no me di cuenta de eso?

—¡Andrea! ¿Estás bien? —oigo preguntar a mi hermano, sacándome de mis pensamientos. Sacudo la cabeza y me centro en él.

—Sí, perdón. Solo pensaba —aseguro.

Miro a los dos, que me observan preocupados, y le entrego los documentos a Rosa.

—Gracias, Rosa. —Mi ayudante los coge y me sonrío de forma tímida, aunque no dice nada, y abandona el despacho.

—¡Oye! —llama mi atención Hugo y rodea la mesa para agacharse a mi altura—. Todo va a ir bien. Lo sabes, ¿verdad?

Me pasa los pulgares por las mejillas para limpiar las lágrimas que descienden por mi cara.

—Nada funciona, nada va bien, Hugo. Mi vida es una mierda, está vacía. Lo único que me mantiene es Jordi. Si no fuera por él, ¿qué tengo? Me he dedicado tanto tiempo a ser una mujer perfecta para estar a la altura de mi marido y su estatus, para no decepcionarlo, que me he perdido por el camino. Me alejé de mi familia y mis amigos e incluso le hice daño al único hombre que he amado de verdad y ¿para qué? Encima, resulta que todo lo que viví al lado de Gerard fue una farsa. Nunca le interesé, solo me utilizaba como tapadera para que la gente no sospechara en qué se movía. Y aún muerto, solo hace que darme problemas. La prensa, la herencia, la paternidad de Jordi, mi suegra... No sé cuánto más podré aguantar.

Mi hermano me abraza fuerte y sus brazos me reconfortan. Hacía mucho tiempo que no lo sentía tan cercano. Llevábamos una temporada en la que solo discutíamos, desde que se enteró que Víctor y yo habíamos tenido una relación. Hugo, sin querer, siempre fue el obstáculo frente a nuestro amor. Teníamos muy claro que a mi hermano no le iba a gustar que nosotros tuviéramos un noviazgo; si algo salía mal, todo se complicaría y Hugo estaría en medio del huracán.

—Hay que ir paso a paso, Andrea. Lo superaremos juntos, sabes que no estás sola. Nadie va a conseguir hundir a una Guerrero, porque el ejército no te va a abandonar —me susurra en el oído y lo abrazo con más fuerza—. Vamos a empezar por encontrar un lugar donde puedas vivir y te alejes de esa casa. Así que te recompones y vamos a echarle un ojo a ese piso que sé que te va a encantar.

—Está bien —le digo. Me separo de su cuerpo y limpio mi cara con las manos.

—Voy a ver a Guille, cuando estés preparada me buscas, ¿vale? —asiento con la cabeza. Él me sonrío y se aleja.

Lo observo salir y, al encontrarme sola, suspiro. Aunque Hugo parezca un hombre despreocupado, sé que es todo corazón y que se desvive por su gente.

Me levanto y cuando estoy a punto de salir hacia el baño, el teléfono vibra encima de mi mesa. Me giro y lo recupero para ver quién me ha escrito. Espero que no vuelva a ser Lucía, mi suegra. La sorpresa por descubrir a la persona que me ha enviado el mensaje hace que me quede parada en medio del despacho. Me muerdo el labio por los nervios y mi estómago da un brinco. Lo abro, me mata la curiosidad de saber qué pone.

Víctor:

Me he enterado de la cláusula del testamento de Gerard. ¿Cómo estás?

Me sorprende ese interés repentino por mí. Le pedí que fuéramos amigos y se negó, así que no entiendo su preocupación. No puedo evitar que una sonrisa asome en mi cara, aunque sea un pequeño paso, para mí, es como superar un maratón. Por algo se empieza, ¿no?

Capítulo 10

Víctor

Me costó muchísimo decidirme a enviarle un mensaje a Andrea. Sé que me contradije, que cuando me pidió disculpas y que volviéramos a ser amigos me negué, pero sufro por ella, por todo lo que le está pasando. Andrea es muy importante para mí y no puedo evitar preocuparme.

Veo que ha leído el mensaje, aunque llevo un rato mirando la pantalla y no llega ninguna respuesta. Sería lógico que ahora fuera ella la que no quisiera hablar conmigo pero, aun así, duele.

Guardo desanimado el teléfono en mi pantalón y voy hacia la sala de pesas. Todavía falta una hora para que empiece mi primera clase del mediodía, así que aprovecho para hacer un poco de ejercicio. Estoy en la cinta cuando, por los espejos, veo entrar a Meri y sus amigas. Suelen venir tres o cuatro a las clases, hay días que vienen antes de comer y otros, a media tarde. Observo cómo repasa la sala hasta que me ve y no duda en acercarse a mí.

—¡Hola, Víctor! —me saluda con una gran sonrisa.

—¡Hola! —contesto como puedo por la falta de aire. Miro el marcador de la cinta y veo que llevo más de veinte minutos, así que decido parar.

—Supongo que vas esta noche al cumpleaños de Max, ¿verdad? —quiere saber Meri.

—Creo que sí. Algo me ha comentado Hugo —contesto, secándome el sudor con una toalla.

Meri no deja de mirarme de forma coqueta y mientras sigue los pasos de la toalla por mi cuello, se muerde el labio inferior. En mi cara asoma una sonrisa. Sé que no le soy indiferente y que conste que ella a mí tampoco. Nuestra relación, si se puede llamar así a lo que tenemos, siempre se ha basado en el sexo. Y aunque hay noches que suelo salir con ella al cine o a cenar, el objetivo siempre es el mismo, acabar en mi cama o en la suya. Nuestros cuerpos se atraen mucho y Meri sabe perfectamente lo que hay, nunca vamos a ser novios ni habrá amor. Por lo menos por mi parte. Posee un físico espectacular, media melena rubia, es delgada y tiene un culo perfecto donde se notan las horas de gimnasio. Lo mejor de todo es ese tatuaje que nace en su canalillo y decora toda la parte baja de sus pequeños pechos. Soy un fanático de los tatuajes, como bien lo demuestra mi cuerpo. Llevo varios en el brazo derecho, una frase en el pectoral, otro en el hombro izquierdo y, por último, de momento, unos cuantos en la pierna izquierda.

Aunque Meri es un bombón en toda regla, además de guapa, también es divertida, ingeniosa e inteligente. Siempre tenemos tema de conversación y no me suelo aburrir cuando salgo con ella. Qué pena que mi corazón lleve unos cuantos años ocupado, si no sería muy fácil enamorarme de ella.

—Podríamos quedar e ir juntos —me pide mientras pasea su dedo por la parte del pecho que deja al descubierto la camiseta.

—Podríamos. Déjame hablar con Hugo, a ver qué planes tiene, y te aviso.

—Genial, porque me he comprado un conjunto de ropa interior espectacular —susurra en mi oreja y me muerde el lóbulo cuando se aleja.

¡Joder! Mi miembro palpita en el interior de los pantalones y, si no fuera porque quedan diez minutos para empezar la clase, me la llevaría al baño para empotrarla contra la pared y disfrutar de ese maravilloso cuerpo.

—Una oferta difícil de rechazar. Después te llamo y te digo algo. ¿Vienes a la clase? —le pregunto e intento disimular lo cachondo que me ha puesto.

—Por supuesto.

La hora de *Body Combat* pasa volando, como siempre, y no pierdo la ocasión para darles caña. A mis clases casi siempre asisten las mismas personas, así que todos nos conocemos y ya tienen un nivel bastante alto.

—¡Buena clase, gente! —digo y aplaudo con los guantes todavía puestos—. Nos vemos la semana que viene. Disfrutad del fin de semana.

—Yo no puedo con mi alma. Me voy a pasar todo el sábado en el sofá —comenta uno de los chicos que suele venir.

—Este tío cada día nos aprieta más —le responde otro.

Yo sonrío. Me encanta que mis clases sean duras e intensas, para eso vienen, ¿no?

Cuando ya todos han salido, me abro el velcro de los guantes con la boca y Hugo entra en la sala. Trae una gran sonrisa, así que parece de mejor humor. Mi amigo es lo que tiene, se cabrea tan rápido como se le pasa luego el enfado, solo hay que darle espacio para que se desinfla. Son muchos años juntos y lo conozco bien.

—¿Qué pasa, tío? Hay alguno que sale tan colorado que algún día se te va a morir en la clase —me dice sin dejar de sonreír.

—Quien viene a mis clases ya sabe lo que hay —le contesto y, una vez me quito los dos guantes, me pongo a recoger. Hugo rápido se une a ayudarme—. ¿Qué te tiene tan contento?

—Es viernes y esta noche vamos de fiesta. ¿Te parece poco?

—¿Ya no estás cabreado conmigo? —le pregunto. Que le dé margen para que se tranquilice no significa que deje pasar el problema. Las cosas se tienen que hablar.

—Un poco todavía —contesta sin mirarme. Dejo de recoger y espero a ver si continúa hablando, pero no lo hace.

—Pues no pienso ir a ningún sitio contigo si sigues de morros.

—A ver, Víctor. Tienes que entender que estoy en el medio. Andrea es mi hermana, tú mi mejor amigo. No puede pasar nada más entre vosotros porque, si después la cosa acaba mal, tengo que alejarme de alguno de los dos. ¿Entiendes eso? —me explica, en esta ocasión, mirándome.

—Por supuesto que lo comprendo. Pero debes creerme si te digo que entre tu hermana y yo ya no va a pasar nada más. Tú estuviste a mi lado cuando ella se fue con Gerard, viviste lo destrozado que me quedé, aunque en ese momento no supieras que había sido por ella, ¿no? —Hugo asiente con la cabeza—. Pues por eso mismo debes estar tranquilo, no quiero que vuelvan a romperme el corazón, pero no me puedes pedir que, si necesita mi ayuda, no se la ofrezca. ¿Entiendes tú eso?

Mi amigo resopla al comprender mi actitud del otro día, deja la colchoneta que recogía en el suelo y se acerca a mí para abrazarme. A veces, creo que es normal que la gente piense que somos homosexuales, siempre estamos solos y este mamón es como una lapa.

—Siento mucho haberme comportado como un gilipollas —se disculpa y deshace el abrazo—. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Claro.

—Pero quiero sinceridad. —Me mira fijamente a la espera de mi reacción, y yo elevo una ceja—. Está bien. ¿Has conseguido olvidarla?

—Supongo que el primer amor nunca se olvida por completo.

—Yo de eso no entiendo una mierda, posiblemente sea así.

—Ya te tocará y caerás de cuatro patas, colega —aseguro y lo empujo mientras nos reímos los dos. Él piensa que no le pasará nunca y yo estoy convencido de que así será.

Acabamos de recoger la sala y salimos. Necesito una buena ducha y comer alguna cosa, que mis tripas no paran de sonar. No puedo evitar fijarme en la mujer que hay en una de las cintas de la esquina, la reconocería a metros de distancia. La atracción que siento por ella es tan grande que me es imposible apartar la mirada de su cuerpo. Es una sensación tan diferente a la que siento cuando estoy con Meri... Nuestros ojos se tropiezan en el espejo y Andrea me sonrío. Con ese simple gesto, he perdido toda la seguridad que tenía con anterioridad al decirle a Hugo que nunca más pasaría nada entre ella y yo. Lo jodido es que no sé cuánto más podré aguantar engañándome a mí mismo ni si tendré la suficiente resistencia como para no flaquear en algún momento.

Por el rabillo del ojo veo que Hugo nos observa e intento disimular, qué feo sería que le asegure una cosa y se dé cuenta de que le he engañado.

—¿Has quedado con alguien para esta noche? —le pregunto para desviar su atención.

—Todavía no. Pero creo que tú sí.

—Le he dicho a Meri que hablaría contigo para ver qué querías hacer.

—Dile que quedamos con ellas en la fiesta. Yo llevaré el coche hasta tu casa, aunque es mejor que vayamos en taxi.

—Me parece bien. Después le envío un mensaje.

—Venga, dúchate, que te invito a comer —dice y palmea mi espalda.

Y eso hacemos. Parece que todo ha vuelto a la normalidad entre nosotros, aunque algo más le pasa a Hugo. Lo conozco y, aunque intente disimular con su sentido del humor, conmigo no funciona. Tendré que averiguar qué le ocurre.



La tercera ducha del día es más rápida de lo que me gustaría. Voy con la hora justa, me he relajado un poco al llegar a casa y ahora todo es correr.

Cojo una toalla y me seco para después enrollarla a mi cintura. Me hago con otra para secarme el pelo y me dirijo al armario a escoger qué ponerme. La vibración de mi teléfono, que está encima de la cama, hace que desvíe mi trayectoria. Recupero el móvil y me siento en la cama para ver quién me ha escrito.

Andrea:

Estoy bien. Gracias por preocuparte por mí. Pensé que no querías ser mi amigo. Me ha hecho mucha ilusión recibir tu mensaje.

Sonríó al pensar en ella. Parece que poco a poco va recuperando a aquella maravillosa mujer que conseguía hacerme suspirar solo con mirarla y mi corazón saltaba en el pecho al oírla reír. Ojalá consiga volver a su esencia y se encuentre de nuevo para que pueda ser feliz.

Víctor:

Me alegro de que estés bien.

Como has tardado tanto en contestarme, pensé que ya no lo ibas a hacer.

Andrea:

La verdad es que no lo tenía claro. No creo que sea buena idea esto de escribirnos.

Víctor:

Solo hablamos. Me preocupo por ti. Por los viejos tiempos.

Andrea:

Justamente por esos tiempos deberíamos alejarnos. ¿No crees?

Suspiro. Tiene razón, tendríamos que mantener la distancia. Ella sabe, tan bien como yo, lo peligroso que puede resultar que tengamos un mínimo acercamiento. Me reprendo mentalmente, con qué facilidad se me olvida lo mal que lo pasé cuando ella me dejó por Gerard.

Víctor:

Tienes razón. Será mejor que no tengamos ningún contacto.

No quiero tener problemas con tu hermano.

Andrea:

Sé que es tu amigo, pero Hugo no tiene que meterse en nuestras vidas.

Víctor:

Es tu hermano, Andrea, y como si fuera el mío.

Es normal que esté preocupado por nosotros.

Andrea:

Está bien. No vamos a llegar a ningún lado con esta conversación. Lo dicho, gracias por preocuparte por mí, pero agradecería que no lo vuelvas a hacer.

Víctor:

Sabes que eso es imposible.

El mensaje se queda como leído, pero ella no contesta. Cuando estoy a punto de lanzar el teléfono encima de la cama por la impotencia, este vibra en mi mano y recibo una llamada. Es Andrea.

—No puedes ser tan inmaduro, Víctor. Primero no quieres saber nada de mí, después me escribes preocupado. Ahora me dices que no deberíamos tener ningún contacto, pero a la vez no quieres dejar de preocuparte por mí. ¿Qué coño quieres? Aclárate.

—¿De verdad quieres saberlo? —le pregunto en un tono rudo. Resulta que ahora el inmaduro soy yo—. Quiero volver el tiempo atrás. Y que, en vez de irte con Gerard, te quedes conmigo.

Poder volver a sentirte desnuda a mi lado o admirar tu sonrisa y el rubor de tu cara después de hacerte estallar de placer. También me gustaría entender, algún día, qué fue lo que pasó entre nosotros para que tomaras la decisión de destrozarme por completo y quedarte tan fresca.

—Nunca fue tan fácil como tú piensas —susurra con tristeza.

—Déjame que lo dude, Andrea. Si te hubiera importado, aunque fuera un poquito, si me hubieras amado solo la mitad de lo que yo te amé, habrías hablado conmigo y me darías una explicación. Tendrías que haber sido sincera.

—¡Tenía miedo! —me chilla a otro lado de la línea—. Fui una cobarde, lo sé y pagaré por eso toda la vida. Pero no te voy a permitir que me juzgues ni que pongas en duda cuánto te quise. Todo lo que viví a tu lado fue verdadero.

Se genera un silencio entre los dos. Medito sus palabras sin llegar a entender por qué me abandonó si, de verdad, me quería. Si hubiera dicho lo contrario, que me había utilizado y que solo fue sexo, dolería, pero podría comprender su decisión. De esta manera mi enfado y frustración crecen por momentos.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Esta conversación no nos va a llevar a ningún lado. Además, tu hermano está a punto de llegar para irnos de fiesta y todavía no estoy vestido —le digo para no seguir y decir algo de lo que pueda arrepentirme.

—Muy bien. Pero que sepas que el que escurre el bulto ahora eres tú. Buenas noches, Víctor. Disfruta de la fiesta. —Y cuelga sin dejar que me despida siquiera.

Decido no continuar con este tema, aunque me es casi imposible. Por mucho que intente evitarlo, Andrea siempre está en mi cabeza, para bien o para mal.

Me visto en tiempo récord y, cuando Hugo llama al interfono para que baje, ya estoy preparado para gozar de la noche. Comemos, bebemos y bailamos, en mi caso para no pensar en ella y volver a recuperar el ritmo de mi vida. ¿Por qué cojones tiene que volver a aparecer Andrea de nuevo? Nunca desapareció, aunque ahora todo es diferente.

Capítulo 11

Andrea

Parece mentira que se puedan guardar tantas cosas en una casa, menos mal que solo me voy a llevar lo imprescindible. El piso que me enseñó Hugo me encantó, como bien predijo, y eso levantó mis ánimos, parecía que algo salía bien. Hasta que se me ocurrió contestar al mensaje de Víctor y todo se desmoronó de nuevo.

—¡Mami! —oigo que me llama mi cacahuete desde su habitación.

—¿Qué pasa, peque?

—Esto de guardar las cosas es un rollo.

Dejo un marco de fotos que tenía en la mano encima de mi cama y voy hasta su habitación. Todavía quedan diez días para mudarnos, pero he decidido aprovechar el fin de semana para empezar a guardar cosas que no son imprescindibles. Me apoyo en el marco de la puerta y miro a mi hijo con una sonrisa. Es pura alegría.

—Yo creo que necesitas otra caja —le digo al ver que ha llenado tanto la que tenía que, por mucho que lo intente, no va a cerrar.

—Es que no cierra —se queja y frunce los morros, desesperado.

Me acerco a una esquina de su habitación y monto otra caja de cartón. Me acerco a él, me arrodillo y reparto los juguetes entre las dos.

—Vamos a probar ahora. —Me ayuda y conseguimos cerrar la que está más llena.

—Yo no quería irme de aquí —susurra con tristeza y baja la cabeza.

Este comentario no es una novedad. Sé por mi madre que a mi pequeño no le hace gracia esta mudanza. A Jordi le encanta la naturaleza y disfruta mucho en el jardín. Lo primero que dijo esta mañana, cuando lo llevé a ver el piso, fue que no podría cuidar caracoles, porque hasta ahí arriba no llegarían. El piso es un ático, no es muy grande, pero tiene unas vistas espectaculares. Claro que, si lo comparamos con esta casa, todo es insignificante a su lado. Me duele en el alma ver triste a mi cacahuete pero, además de que yo sola no sería capaz de mantener semejante mansión, no quiero nada que tenga que ver con la familia Pons. Aún no he hablado con mi suegra y no será por su insistencia, pero me dolió tanto que Gerard pusiera en duda su paternidad con esa cláusula que creo que sería capaz de arrancarle los pelos a la bruja de su madre. No tengo ninguna duda de que todo fue idea de ella.

—Cariño, sé que te gustaría quedarte aquí, pero es una casa muy grande para nosotros dos —me excuso.

—Podríamos decírlas a los abuelos y a tío Hugo que vinieran a vivir con nosotros. A tío

Guille no, porque entonces no cabríamos todos. —Suelto una carcajada al oírlo. Qué bonito ser pequeño y verlo todo tan simple.

—Pero los abuelos no pueden dejar su casa, peque.

—¡Jolín! —se queja. Me siento en el suelo y apoyo la espalda en la pared. Tiro de su brazo y lo acomodo entre mis piernas.

—Haremos una cosa. Como no podemos quedarnos aquí y sé que vas a echar mucho de menos a los animalitos del jardín, les pediremos a los abuelos que te dejen cuidar los que hay en el suyo. ¿Qué te parece?

—Estaría guay —contesta, aunque su tono es de resignación. Beso su cabeza y lo abrazo con fuerza hasta que se queja, entre risas, de que no puede respirar.

—Creo que deberíamos revisar los juguetes, hay muchos que son de bebé y tú ya eres grande para jugar con ellos. Los llevaremos a la guardería para que otros niños puedan disfrutarlos.

—Buena idea —dice y se levanta un poco más contento.

Montamos otra caja para meter los juguetes que Jordi ya no utiliza, y pasamos así unos veinte minutos donde escogemos los que sirven y los que no.

—Cacahuete, ¿y este? —le pregunto, enseñándole un peluche que tiene forma de dinosaurio. Si hay algo que Jordi odia son los dinosaurios. Su mirada se entristece y yo me pongo en alerta.

—¿Me lo puedo quedar? —me pide con tiento—. Ya sé que es muy feo, pero me lo regaló papi.

—Claro que te lo puedes quedar. Pero seguro que encontramos otra cosa que te haya regalado papá. Estos bichos no te gustan nada.

—Lo sé, pero...

—No pasa nada, peque. Si tú lo quieres guardar, por mí no hay problema —le aseguro mientras le sonrío. Lo coge y lo deja a un lado a la vez que se relaja de forma instantánea.

Movemos coches, peluches y puzles de una caja hacia otra. Estamos tan concentrados y disfrutando entre risas de nuestra tarea que, hasta que no oímos el timbre del interfono, no somos conscientes que hay alguien en el exterior.

—Voy a ver quién es. Sigue, que todavía nos queda mucho trabajo.

Imagino que será mi madre o mi padre, cada día se pasan por aquí un rato para ver cómo estamos. Mientras recorro el pasillo vuelven a llamar. Frunzo el ceño, ya que mis padres nunca son tan insistentes. Descuelgo el telefonillo y me quedo alucinada al ver quien está al otro lado. Aprieto el botón y el portalón se abre para dar paso a la persona que menos imaginé encontrarme. La espero en la puerta y, cuando llega a la casa, me reprocha:

—Siempre pensé que eras una maleducada y que no estabas a la altura de mi hijo. Con tu forma de actuar, estos últimos días, no haces más que reafirmar mi teoría —ataca Lucía, mi suegra.

—Si ha venido a insultarme, ya puede dar media vuelta e irse a su casa —le replico.

He abierto los ojos y no pienso permitir que me humille y callarme como hacía cuando su fantástico hijo vivía. Está claro, por el sutil gesto de su cara, que no se esperaba mi contestación. Por mucho dinero que tenga y muy marquesa que se crea, ya no puede llegar y escupir todo su veneno hacia mí.

—Te recuerdo que esta casa es de mi hijo hasta que no se confirme su paternidad —gruñe, mientras empuja la puerta que ya cerraba y entra sin pedir permiso.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo para no recrear las imágenes que pasan por mi cabeza. Sería cruel y yo nunca he sido así. Borde, antipática y altiva sí, pero asesina no, y os puedo asegurar que mi rabia interior podría acabar con un muerto a mis espaldas. Aguanté tantos desprecios y malos modos por su parte que ya me resbalan sus comentarios hacia mí, pero que se meta con mi hijo, sí que no se lo pienso consentir.

—Mira, Lucía...

—Mami, ¿quién ha venido? —pregunta mi hijo, que se asoma por el pasillo y corta mis ganas de mandar a paseo a mi suegra.

Al ver a su abuela se frena y pierde la sonrisa. Así como la relación que Jordi tiene con mis padres es fantástica y los adora, a la inversa, con Lucía, nunca ha sido cordial. La respeta, porque así debe ser, pero como ella no muestra ningún tipo de cariño hacia él, mi pequeño tampoco se desvive por agradecerla. El resentimiento de Lucía con mi hijo siempre ha sido por mí. Nunca estuvo de acuerdo con que su adorado hijo se casara con una pobre diabla como yo. Estoy convencida de que ella ya tenía en mente la nuera perfecta y, por supuesto, esa no era yo. Ahora me doy cuenta, después de mucho pensar y al salir de esa nube de la que creía que era mi vida, de que es posible que Gerard se casara conmigo solo para fastidiar a su madre.

—¡Hola, Lucía! —saluda mi pequeño, y yo le sonrío dándole las gracias por su comportamiento.

Mi suegra nunca quiso que la llamara abuela, como hacen sus otras nietas, la muy mala pécora.

—Hola, muchacho —se digna a contestar.

—Cariño, ¿por qué no vas a tu habitación mientras yo hablo con Lucía? —le pido. Él asiente con la cabeza, se da la vuelta y, sin más, desaparece.

Cuando la presencia de Jordi ya no es obstáculo para seguir la charla, Lucía se dirige al salón. Al entrar y ver varias cajas en el suelo, se frena un poco.

—¡Vaya! Veo que no eres tan tonta como pensaba. —Cuando estoy a punto de protestar, levanta la mano y la planta delante de mi cara para que no pueda hablar—. Quiero saber si ya le has hecho la prueba al niño.

—Mira, Lucía —le advierto mientras retiro su mano—, por la educación que me han enseñado en mi casa, no te mando a paseo. Ten claro que ahora, aparte de Jordi que, aunque no quieras, es tu nieto, no nos une nada más. Puedes quedarte tu herencia y tu dinero y metértelo por el... —Cierro los ojos y me muerdo el labio para no acabar la frase y darle más motivos a la señora para que me desprestigie.

—Ahora, escúchame tú, bonita. Hasta que no le hagas la prueba a tu hijo y no se demuestre que lleva mi sangre —dice marcando el «mi» como si su sangre fuera la más importante del mundo—, no te quiero en esta casa. Si Gerard me hubiera hecho caso, las miles de veces que le dije que no eras la adecuada, ahora él no estaría muerto.

Abro la boca alucinada por su comentario. Resulta que ahora es mi culpa que su hijo estuviera metido en temas turbios, tuviera algo parecido a un burdel en su piso de Barcelona y que lo mataran por un supuesto ajuste de cuentas. Manda narices. ¿En qué mundo vive esta mujer?

—Esto es el colmo. Váyase ahora mismo de esta casa o llamaré a la policía. Fui una estúpida por dejarme cegar por su hijo, pero he aprendido de los tropiezos. También sé que tengo un mes para mudarme de esta casa en el caso de que mi hijo no fuera su nieto o yo no quisiera demostrarlo. Así que esta todavía es mi casa, quiero que se largue y deje de molestarnos. Si quiere alguna cosa, hable con mi abogado.

—Te vas a arrepentir de haber arruinado mi vida. De haber llevado a mi hijo a la muerte. Si hubieras sido la mujer que él necesitaba, no se habría tirado a la mala vida ni buscado en otras lo que tú no le dabas.

Me hiere la sangre y los ojos se me llenan de lágrimas que no puedo evitar que descendan por mis mejillas. Odio verme tan expuesta ante ella y que se dé cuenta de lo que me afectan sus palabras. No soporto que siga humillándome de esa manera y soy consciente del momento justo en que mi cabeza hace un clic y me transformo. Madre mía, si no llega a ser por unos brazos fuertes que me retienen, la señora Pons iba a recibir la del pulpo. Nunca, jamás, imaginé que pudiera reaccionar de forma tan agresiva hacia nadie y menos hacia una persona mayor. Odio la violencia, pero llevo aguantando tantas cosas, tantos desprecios y malas palabras hacia mí y los míos que el vaso se ha desbordado por completo.

—Señora Pons, creo que es el momento de irse —le pide una voz ruda a mi lado.

Estoy tan ofuscada y luchando por soltarme de los brazos que me retienen que no sé quién más está en mi casa.

—¿Lo ves? Quiere agredirme —le dice Lucía al chico que hay a mi lado—. Esta chica debería estar encerrada.

—También hemos oído su amenaza. Así que, si no quiere que la denunciemos, lárguese de una vez —replica el hombre que me retiene y al que reconozco por la voz. Es mi hermano Hugo.

—Esto no se va a quedar así.

—Cuide sus palabras, está delante de la policía —le recuerda la otra voz. Es el agente Fernández.

Lucía desaparece del salón con Fernández que controla sus pasos. Yo sigo en tensión y rodeada por los brazos de Hugo hasta que oigo cerrarse la puerta y me desmorono. Si no llega a ser por mi hermano, que me sostiene, hubiera acabado en el suelo. Entierro la cara en mis manos para sollozar y que mi pequeño no me oiga.

—Andrea, debes tranquilizarte —me pide Hugo al notar mi respiración demasiado agitada.

—No puedo más —me lamento.

—Mami, ¿estás llorando? —pregunta Jordi a nuestra espalda.

—Qué va, cariño —contesto sin darme la vuelta—. Mira quién ha venido a verte.

Mi hermano se da cuenta de mi estrategia, se da la vuelta y lo coge en volandas para llevarlo a la habitación mientras mi cacahuete se ríe con ganas.

Fernández aparece de nuevo en el salón y me frota los brazos para intentar calmarme.

—Hay novedades en el caso y venía a contártelas, aunque no creo que sea el mejor momento —comenta este de forma suave.

—Está bien, no hay problema. Dame unos minutos para calmarme y me lo explicas todo.

—Como quieras.

Lo dejo solo en el salón y me encierro en el baño. Cuando el espejo me muestra mi imagen, no puedo evitar sollozar de nuevo. ¿Cómo puede una vida desmoronarse con tanta facilidad? Supongo que esto es lo que debo pagar por hacer daño a gente buena, por romperle el corazón al hombre más maravilloso del mundo. Solo me queda coger aire, levantar la cabeza y resignarme a mi destino.

Capítulo 12

Víctor

Lo mejor del día es la hora de la cerveza. Aunque sea lunes y todavía conserve la resaca del viernes. Menuda cogorza pillé. La conversación con Andrea me trastocó de tal manera que no fui capaz de centrarme en otra cosa que no fuera ella. Es posible que emborracharme no sea la mejor manera de olvidarla, pero sí la más fácil para mantenerla alejada de mi mente, aunque fuera unas horas.

Cabe decir que acabé en mi casa solo y que, aunque no recuerdo mucho, sí tengo la imagen de Meri enfadada. Supongo que ella tenía otros planes y se frustraron por mi desfase. Hoy no ha venido a ninguna clase. Le envié un mensaje y me contestó que tenía mucho trabajo. Una buena excusa. Puedo entender que esté disgustada, no contesté a sus llamadas del fin de semana, pero creo que siempre estuvo claro entre nosotros que no éramos pareja ni nada que nos pueda definir. Aunque parece que últimamente se le olvida con facilidad. Quizá no vendría mal que tuviera una charla con ella.

—¡Colega! —llama mi atención Guille, el mayor de los Guerrero, con un ligero empujón.

—Parece que Víctor está enamorado —replica Adrián, el abogado.

—Enamorado, los cojones. Lo que pasa es que todavía me dura la resaca del viernes —les digo. Y todos se ríen.

Casi cada día solemos quedar al acabar la última clase en un bar que hay al lado del gimnasio. Hay ocasiones en que solo estamos Hugo y yo, y otras que se une más gente. Hoy somos unos cuantos.

—Hacía tiempo que no te veía tan perjudicado —comenta Hugo.

—Creo que no debí mezclar tantas bebidas —me excuso.

—Lo que pasa es que ya tenéis una edad y todavía pensáis que sois jóvenes —se burla Guille.

—Mira quién fue a hablar. El que ya va para los cincuenta —lo chincha su hermano, y todos nos echamos a reír, mientras intenta esquivar una colleja.

Justo en ese momento se une a nosotros Fernández. Es de nuestro grupo de amigos. Los que hemos nacido en Andorra o están en el país desde bien pequeños, nos solemos conocer todos, aunque después tengas más afinidad con unos o con otros.

—Ahora hay que ponerse serios, que ha llegado la autoridad —dice Hugo y le hace un saludo militar. Fernández niega con la cabeza y nos estrecha la mano.

—¿Qué tomas? —le pregunto. Me pide una cerveza y me alejo de ellos hacia la barra.

Después de solicitar al camarero otra ronda, mientras espero, echo un vistazo al bar, que a estas horas está bastante lleno. Mi mirada se desvía a mi grupo de amigos y percibo que se han puesto serios, incluso hay algún ceño fruncido mientras Fernández les explica algo. Se han juntado más entre ellos para que nadie pueda escuchar su conversación. Una sensación rara crece en mi pecho y desvío la mirada para ver si el camarero ha acabado de una vez y me puedo marchar. No tengo ninguna duda de que su conversación gira en torno a Gerard y Andrea. Ese capullo no supo valorar lo que tenía en casa e incluso ahora, muerto, le está jodiendo la vida a su viuda.

Cojo las cinco cervezas por el cuello entre las dos manos y recorro el bar lo más rápido que puedo, a pesar de la gente que hay.

—Tiene suerte de estar muerto porque, si no, iba a saber lo que era meterse con una Guerrero. Lo que más rabia me da es que ha dejado a mi hermana con un lío de cojones —comenta Guille enfadado.

—Ayer, cuando fuimos a explicarle la nueva información que sabía la policía, estaba la bruja de Lucía con ella y la amenazó. No sé qué hubiera pasado si no llegamos a entrar. Quería sorprender a mi hermana y a Jordi y abrí con mi llave. Solo tuvimos tiempo de escuchar a Lucía y retener a Andrea. Le hubiera arrancado los pelos. Tenemos que vigilarla, se hace la fuerte, pero está destrozada —explica Hugo.

Yo intento disimular dándole un trago a la cerveza, pero en mi interior se genera una especie de rabia e impotencia por saber todo por lo que está pasando Andrea y no poder hacer nada.

—En eso le doy la razón a Hugo. Ya no solo por su estado de ánimo, sino por el tema en general. Esas mafias son muy peligrosas. Gerard se movía entre gente muy poderosa en el mundo del narcotráfico y la prostitución. Son personas que no perdonan una traición ni una deuda y no tienen problemas en buscar venganza de alguna manera —dice Fernández.

—¿Quieres decir que Andrea y Jordi pueden estar en peligro? —pregunto con la voz tomada por la preocupación. Hugo me mira con el ceño fruncido, pero no le hago caso.

—Con esta gente no se puede descartar nada. De momento, solo se sabe que la muerte de Gerard ha sido un ajuste de cuentas, pero no el alcance. No creemos que se arriesguen a subir hasta Andorra —nos aclara Fernández.

—Andrea se niega a hacerle la prueba de paternidad a Jordi. Dice que le importa una mierda lo que la gente piense y que los Pons pueden meterse su herencia por el culo —comenta Adrián, que ejerce de su abogado, con una sonrisa.

—Por fin mi hermana ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de la clase de gente que era su familia política porque, a pesar de que no imaginábamos que Gerard estaba metido en toda esa mierda, la matriarca es un pedazo de bruja. Siempre la ha tratado con desprecio, al igual que a mi sobrino —añade Hugo.

—Esa mujer es un puto grano en el culo. No os podéis imaginar la de llamadas que recibo de su abogado a lo largo del día —asegura Adrián.

—Mi superior también está harto de ella. Se piensa que el dinero lo puede todo, pero no tiene ni idea de con quién se ha metido su hijo. Es un tema delicado y ella no hace más que meter los morros. Desde España lo llevan de manera muy discreta, hay mucha gente importante detrás de este entramado. Nosotros solo sabemos lo que ellos quieren que sepamos —dice Fernández, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hacéis ahí todos acurrucaditos? —nos pregunta un conocido.

—¡Hombre, Lolo! —lo saluda Adrián.

Yo me excuso diciendo que voy al baño y los dejo de charla con Lolo. Cuesta asimilar todo lo que he oído y me duele imaginar a Andrea metida en este embrollo por culpa de Gerard. Aprieto la mandíbula y pienso en lo que sería capaz de hacerle a ese cabrón si estuviera vivo. Mi madre no estaría nada orgullosa de mis pensamientos.



Son casi las doce de la noche y soy incapaz de dormir. Mis pensamientos no han parado de recrear millones de imágenes de lo que le puede pasar a Andrea o Jordi por culpa de Gerard. Me es imposible controlar la sensación de protección que ha crecido en mi pecho.

No me lo pienso; si no, me daría cuenta de que lo que voy a hacer es una soberana estupidez. Salto de la cama, me quito el pijama y me pongo un pantalón de deporte, una camiseta y una sudadera que rescato del sillón que hay en mi habitación. Cojo la chaqueta del colgador de la entrada, las llaves, la cartera y el móvil. Salgo sin hacerle caso a mi lado prudente que me advierte que esto no está bien. Bajo al aparcamiento, me subo al coche y voy dirección a su casa.

Aparco en el exterior de la finca donde está ubicada la mansión y apago el coche. Medito lo que quiero hacer, pero la fuerza del corazón puede más que la de la razón.

Víctor:

¿Estás dormida?

El mensaje le ha llegado y me mantengo a la espera. Cuando las marcas cambian de color, haciéndome saber que lo ha leído, una sensación de alegría me invade.

Andrea:

¿Con quién hablo? Con el Víctor resentido o con el Víctor amigo.

Víctor:

Con el amigo preocupado.

Andrea:

Este me gusta. No puedo dormir. Demasiados frentes abiertos.

Víctor:

Estoy afuera de tu casa. ¿Me abres?

No me contesta y eso me inquieta. A lo mejor he sido demasiado impulsivo y le ha molestado que haya ido a su casa y a estas horas. Cuando estoy a punto de encender el vehículo de nuevo para marcharme, el ruido de la puerta llama mi atención y la cabeza de Andrea se asoma. Me desabrocho el cinturón y bajo a su encuentro.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me pregunta.

—No podía dormir y estaba preocupado por ti —me sincero—. Hugo me ha explicado que tuviste un encontronazo con tu suegra.

—Hugo es un bocazas —se queja mientras cruza los brazos sobre el pecho. Estamos en febrero y hace bastante frío.

—¿Quieres hablar? —le propongo.

—Esto no es buena idea —asegura.

—Lo sé.

—Pasa, anda, o nos quedaremos congelados.

Me abre el portalón y cruzamos el patio en silencio. Una vez entramos en la vivienda, el calor me golpea y una agradable sensación de bienestar me invade. Los dos nos quitamos la chaqueta y entonces puedo observarla. Va en pijama, pero podría pasar por un pantalón para hacer yoga y una simple camiseta de manga larga. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado y el rostro limpio de maquillaje. Se nota que ha perdido algo de peso, pero está preciosa. Es la mujer más bonita del mundo. Trago saliva al darme cuenta de mis pensamientos y ser consciente de que la sigo amando como al principio. Estoy muy jodido.

—¿Te apetece algo para beber? No sé si todavía te gusta el té. —Asiento con la cabeza.

—Un té estará bien.

La veo desaparecer por el pasillo e imagino que irá a la cocina. Me dejo caer en un sofá del salón, que es la primera estancia que hay en la casa, y Andrea no tarda en aparecer con una bandeja que deja encima de una mesa pequeña. Coge su taza y se sienta en un sillón bastante alejado de mí con uno de sus pies debajo del culo. No sé si lo hace por miedo a mi reacción si estamos cerca o porque tampoco confía demasiado en lo que ella pueda sentir. El ambiente es raro y, por un momento, creo que no ha sido una buena idea haber venido hasta aquí.

—Siento mucho por lo que estás pasando —le comento para romper el silencio.

—Bueno, supongo que me lo merezco y el karma me recuerda que no me porté como debía.

—Eso es una soberana estupidez. Todos nos equivocamos alguna vez en la vida y escogemos caminos que no deberíamos.

—¿Tú también te has equivocado alguna vez? —me pregunta con tristeza.

—Muchas. Yo no soy un santo. —Mis ojos conectan con los suyos y apenas puedo resistir levantarme del sofá e ir a abrazarla.

—¿Uno de esos errores fue enamorarte de mí? —susurra. Niego con la cabeza.

—Enamorarme de ti fue lo mejor que me ha pasado en la vida y, a pesar de saber cómo acabó y todo lo que he sufrido, lo repetiría una y mil veces —confieso sin dejar de mirarla.

Veo que varias lágrimas descienden por sus mejillas y esta vez no evito seguir mi instinto. Me levanto y me arrodillo delante de ella, le quito la taza y la abrazo. Ojalá pudiera transmitirle todo mi cariño y mi fortaleza. Solloza entre mis brazos mientras acaricio su cabeza y dejo algún beso en su cuello. Cuando se calma un poco, se separa de mí, pero no me mira. Levanto su cara, de forma suave, por su barbilla y le limpio las mejillas con mis pulgares. A pesar de lo rota que está por dentro, sé que es una mujer fuerte a la que han superado los acontecimientos.

—Andrea, no tiene que avergonzarte llorar. Eso no significa que no seas una persona fuerte. Tener momentos de desahogo es bueno y necesario, no los reprimas. —Asiente con la cabeza.

Nos mantenemos en silencio y con nuestras miradas entrelazadas. Tenemos tantas cosas que decirnos, que perdonarnos... Se acerca, pone sus manos en mi cara y resigue mi nariz con sus delicados dedos. Cierro los ojos para sentirla más. Baja por mis mejillas y acaricia mi barba hasta que llega a mis labios, que repasa con su pulgar. Cuando ya no noto sus dedos, abro los ojos

y me encuentro con los suyos, brillantes y con las pupilas dilatadas. Se mueve un poco más y nuestros labios se unen. Un escalofrío recorre mi cuerpo y una sensación de plenitud me invade. Al principio es un ligero roce, hasta que nuestras lenguas salen al encuentro de la otra. Gemimos a la vez. La echaba tanto de menos...

Soy consciente de que esto no puede continuar, me alejo de sus labios y apoyo mi frente en la suya. Tenemos demasiadas cosas que arreglar, de forma individual, para poder imaginar algo juntos.

—Creo que será mejor que me vaya —le susurro.

Separo mi frente de la suya y dejo un beso en su nariz antes de levantarme. Cojo mi chaqueta del perchero y, cuando voy a salir, la noto a mi espalda. Me giro y le sonrío. No creo que se pueda ser más bonita que ella, aunque sus ojos rojos demuestren que ha llorado y sus mejillas estén coloradas por nuestro beso.

—Gracias —me dice bajito.

No le contesto y me pongo la chaqueta. Antes de salir, me agacho un poco y vuelvo a besar sus labios. Un beso sutil pero cargado de sensaciones.

No sé qué continúa, estoy despistado. Antes tenía claro que era una mujer prohibida para mí, estaba casada y lo había escogido a él, pero ahora es libre y ese beso me ha dicho muchas cosas. Menudo lío.

Capítulo 13

Andrea

No puede ser que la gente sea tan poco profesional. Dejé bien claro en el correo electrónico que quería el fondo del tríptico de color azul. Lo miro, lo abro de nuevo e inspecciono el interior mientras Rosa espera delante de la mesa mi reacción. Qué bien me conoce la jodida, cómo sabe que me voy a enfadar.

—A lo mejor el diseño lo ha hecho un daltónico —suelta mi ayudante.

La miro e intento asimilar sus palabras. Rosa se encoge de hombros para restar importancia a su comentario. No puedo evitar soltar una carcajada que transforma mi cabreo en unos diez minutos de risas sin poder parar a los que se ha unido Rosa. Me duele la barriga y rebusco, como puedo, un pañuelo en el bolso para limpiar mis lágrimas.

—Pero, a vosotras, ¿qué os pasa? —pregunta Guille al entrar en el despacho y encontrarse con semejante panorama.

—Tonterías de Rosa —le digo cuando ya puedo controlarme un poco mientras paso el pañuelo por mi cara. Después, tendré que ir a retocarme el maquillaje. Cojo aire y prosigo—: Analizábamos el nuevo tríptico que, supuestamente, debería ser azul, como yo pedí.

—Bueno, no deja de ser azul, solo que un poco especial —comenta mi hermano.

—No podemos hacer un tríptico para el hotel en color turquesa. Estoy segura de que a papá le daría un ataque —me quejo—. Rosa, por favor, ponte en contacto con esta gente de nuevo y coméntales el tema. Si puede ser que la persona que lo revise no sea daltónica.

Mi ayudante suelta una pedorreta, Guille la mira y eleva una ceja. Al darse cuenta de que mi hermano la observa, se pone colorada, baja la cabeza, asiente y abandona el despacho sin decir ni mu. Alucino con la capacidad de Rosa para transformarse al ver a mis hermanos. Espero que no le pase lo mismo con el resto de los hombres o le va a ser muy complicado encontrar pareja.

—He quedado para comer con Camila, ¿te unes? —me pregunta Guille, sentándose frente a mí.

—¿Y hacer de vela? No, qué va. Por cierto, ¿va todo bien entre vosotros? —indago.

Estoy tan ocupada con mis cosas que no me he vuelto a preocupar por mi hermano. Hace un tiempo tuvieron una crisis que casi acaba con su matrimonio y Guille estuvo bastante fastidiado.

—Hemos llegado a varios acuerdos. No olvidarnos de nosotros como pareja, hablar las cosas antes de suponer lo que no es y compartir nuestras inquietudes y preocupaciones —me explica—. De momento, nos va bien. Lo más complicado es el «nosotros como pareja». Las horas del día son las que son. Menos mal que los papás nos ayudan mucho con los niños, si no sería

imposible.

—Es verdad. Se merecen un monumento. Pronto será su aniversario de bodas y he pensado que podíamos regalarles un viaje entre todos. Para que desconecten y se olviden unos días de sus hijos y sus nietos. ¿Qué te parece?

—Una idea estupenda. Hablamos con Hugo y Daniela y lo organizamos —dice, guiñándome un ojo—. ¿Estás segura de que no quieres comer con nosotros?

—Segurísima.

—Está bien, como prefieras. Pero come algo, que estás muy flaca, *Conguito*.

—Que sí, pesado. Y no me llames así —gruño. Sonríe, se levanta y cuando está a punto de salir por la puerta, lo llamo—: ¿Podría contar contigo el sábado para mover unas cuantas cajas?

—Por supuesto. Llevaré refuerzos.

—Gracias. Dale un beso a Camila de mi parte.

Asiente con la cabeza y lo veo desaparecer. Otra de las cosas importantes que he aprendido últimamente es que pedir ayuda no es de débiles ni te hace una persona inferior. Gerard siempre decía que no teníamos que pedir nada a nadie, que pagando los demás lo deben hacer por ti. Era orgulloso y nunca tuvo necesidades.

Bufo con el puñetero tríptico en la mano y decido guardarlo en el cajón, no vaya a ser que a mi padre le dé por aparecer por sorpresa, como suele hacer, y lo vea. Miro el reloj, las dos de la tarde, y repaso la agenda para ver si tengo algún compromiso más. Unos toques en la puerta y la cabeza de Rosa que asoma me hace sonreír.

—Traigo un encargo para la jefa —me dice, empuja la puerta y entra con una bandeja que deja delante de mí, una vez ha apartado mis cosas con la mano libre.

—Yo no he pedido nada, Rosa.

—Lo sé. Pero es que le queda tan bien el traje y ese porte que tiene al andar... Ya no te digo esa maravillosa sonrisa. Soy incapaz de decirle que no a nada —suspira y parpadea con rapidez.

—Rosita, estás para que te encierren.

Mi ayudante me enseña una enorme sonrisa y niego con la cabeza dándola por imposible. Echo una ojeada a la bandeja y las tripas me rugen. No pensaba que tenía tanta hambre. Soy consciente de quién procede la petición cuando veo una bolsita de Conguitos al lado del tenedor y un pósit enganchado con una cara sonriente dibujada. Es imposible no querer a mis hermanos, se desviven por mí, igual que yo lo hago por ellos.

—Gracias por traerme la comida.

—De nada. Ahora, al lío —me pide y se sienta frente a mí.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome? —le pregunto alucinada.

—Me han pedido que me asegure de que te lo comes todo. No voy a poner en peligro mi puesto de trabajo por desobedecer una orden. Así que, venga, manos a la obra.

—¿Y tú no comes?

—Ya lo he hecho. Un batido. Riquísimo, por cierto, aunque esto huele mejor. Estoy a dieta —suelta del tirón, mientras mira la bandeja con desesperación.

—Si quieres, podemos compartir la comida —le sugiero.

—Nooo. Tú tienes que comer, que estás muy delgada, y yo no debo hacerlo tanto. Tengo que

comportarme.

—No digas tonterías, eres una mujer preciosa y quien no vea eso, no te merece.

—Lo sé, pero estaré más impresionante con unos kilitos menos —comenta toda orgullosa—. Además, me he apuntado al gimnasio de Hugo. En la fiesta de Max, me di cuenta de que hay mucho chico guapo que disfruta de las instalaciones de tu hermano. Encima que voy a sudar y a ponerme colorada, qué menos que disfrutar del panorama, ¿no?

—Eres tremenda —le digo, riéndome por su comentario, que es del todo real. Para muestra, solo hay que ver a uno de los monitores—. ¿Qué tal la fiesta? No me has explicado nada.

—Genial, la verdad. Come mientras te explico —me pide, y no puedo evitar coger el tenedor y disfrutar de su entusiasmo, contándome todo lo que pasó.

—¿Así que has ligado? —le pregunto después de explicarme miles de cosas. Me he acabado toda la comida sin darme cuenta. Hacía tiempo que no comía tan a gusto.

—La verdad es que no sé qué pensar. Nunca un chico tan guapo se había acercado a mí. Aunque la cosa duró poco, un grupo de chicas se lanzaron a él y se lo llevaron a la pista, alejándolo de mí. Lo vi muy acaramelado con una de ellas hasta que tu hermano Hugo le pidió ayuda para llevar a su amigo a casa. Menuda castaña pilló el muchacho.

—¿Quién, Víctor? ¿El amigo de mi hermano? —indago.

—Sí, ese chico que siempre va con él. No sabía que se llama Víctor. Menudo hombretón. Yo creo que tenía algún mal de amores, es imposible beber tanto y conseguir ignorar toda la noche a una pedazo de rubia que no hacía más que sobarlo.

Carraspeo e intento tragar saliva al imaginarme a Víctor besándose con la chica que el otro día entró en la sala igual que lo hizo conmigo la otra noche. Un escalofrío recorre mi cuerpo, me retuerzo las manos y decido que es el momento perfecto para cambiar de conversación.

—Bueno, creo que es hora de trabajar. Ya sabes que yo suelo ir al gimnasio al mediodía, si algún día quieres acompañarme, me lo dices.

—¿En serio? —exclama entusiasmada—. Estaría bien, por lo menos, hasta que coja un poco el ritmo.

—Pues prepárate para mañana.

—Genial. Que sepas que el jefe estará muy orgulloso de ti —dice y señala los platos. Coge la bandeja y la veo desaparecer.

Rosa es una mujer maravillosa que se merece que le pasen muchas cosas buenas en la vida.



Después de recoger a Jordi en el colegio, hemos ido a ver a mis padres. Allí también estaba mi cuñada Camila y hemos charlado un rato. Parece que mi padre se ha estabilizado y que sus problemas de tensión han mejorado. El pobre está bastante agobiado, mi madre lo lleva a raya con las comidas e intenta que no desaparezca muy a menudo y vaya al hotel. A nosotros no nos estorba, pero, con la edad, empieza a tomarse todo bastante a pecho y se estresa con facilidad, cosa nada recomendable para su salud.

Oigo ruido en la habitación de mi pequeño y salgo de la cocina para ver qué hace.

—¡Cacahuete! ¿Ya te has puesto el pijama? —pregunto.

—Sí.

—¿Y te has lavado los dientes?

—Claro, mira cómo brillan —dice y hace una mueca para enseñarme sus pequeños dientecillos.

—¡Madre mía! Casi me dejas ciega —exagero, tapándome los ojos, y Jordi se ríe por mi reacción. El corazón me salta en el pecho al oírlo. Hace unos días que está tristón, no lleva nada bien lo de irnos de esta casa—. Pues venga, a la cama, que mañana hay que ir al cole.

—Ya quedan pocos días para que nos marchemos —comenta mientras mira un solitario calendario que hay colgado en la pared. Es lo único que no quiso guardar, «para controlar el tiempo», dijo.

—Así es. Sé que te gusta mucho esta casa, que te lo pasas genial en el jardín, pero estoy segura de que, cuando veas tu nueva habitación, te va a encantar. Además, el abuelo te ha dicho que te guardaba un trocito de su jardín para ti solo. Eso es tener mucha suerte —le explico. No me gusta verlo tan afligido.

—Es verdad. Voy a echar de menos mi habitación y el cuarto de la tele. ¿Por qué tenemos que dejar todo, mami? Primero se ha ido Merche, me dio mucha pena. Jugaba conmigo y me hacía unos bocatas superbuenos. Y ahora nos vamos de la casa. Desde que papá no está, hemos tenido que cambiar muchas cosas —analiza, cabizbajo.

¿Qué le explico a mi muchachito? ¿Que su padre fue un capullo, que se tiraba todo lo que se movía, mientras nosotros pensábamos que estaba trabajando? ¿Que tenía un piso franco donde hacía unas fiestas en las que había de todo? ¿O que tenía amistades o socios nada recomendables y que trafican con cualquier cosa? Maldito Gerard, qué manera de jodernos la vida. Cómo va a entender un niño de cinco años que su madre no puede hacer frente a los gastos de una casa tan grande o que su familia paterna quiere asegurarse de que lleva la sangre adecuada para heredar algo de la fortuna de los Pons. Sé que debo ser fuerte para afrontar todo lo que todavía me espera y aprender a capear la curiosidad de mi pequeño, pero hay veces que me da la sensación de que no voy a tener la fortaleza para aguantarlo todo. Ese es mi mayor temor, derrumbarme y no estar a la altura. Es posible que sea bastante exigente conmigo misma, pero ya me he equivocado demasiado y he hecho daño a mucha gente importante para mí. He agotado el cupo y no puedo volver a fallar.

Me siento en su cama y le hago una señal con el dedo para que se acerque. Lo siento en mis piernas y beso su cabecita que apoya en mi pecho.

—Tienes razón, peque. Pero hay veces que pasan cosas tristes, como en este caso la muerte de papá, que nos obligan a hacer cambios. Al principio puede dar un poco de miedo, pero, poco a poco, nos acostumbraremos a las novedades. Además, tenemos mucha suerte de tener a los abuelos y a los tíos para ayudarnos. Tú y yo somos un equipo, cacahuete. Juntos somos muy fuertes, ¿verdad?

—Verdad. Somos unos Guerrero —contesta entusiasmado y se separa de mí para enseñarme los bíceps en una pose de culturista. Suelto una risa al verlo y lo abrazo con fuerza.

—Te quiero, peque.

—Y yo más, mami.

—Venga, ahora a dormir —le digo mientras abro las sábanas con él encima todavía.

—¡Jolín! Todavía no tengo sueño —se queja.

—Hacemos un trato. Te dejo un ratito la luz del pasillo encendida, pero te quedas en la cama jugando con tus muñecos. Cuando mami venga a decirte a dormir, no puedes quejarte.

—Vaaaleeee —refunfuña, resignado.

Lo tapo, le doy un beso en la frente, apago su luz y entrecierro la puerta un poco. No creo que tarde en dormirse. Aunque diga que no, está cansado.

Aprovecho para acabar de recoger la cocina y colocar la vajilla y cubiertos en el lavaplatos. Pongo una taza con agua en el microondas para hacerme una infusión. La tetera debe de estar metida en alguna de las cajas que hay en una esquina del salón. Cuando el agua ya está caliente le añado la bolsita y, mientras, voy a ver a Jordi. Se ha dormido, como era de esperar. Lo arropo, cierro la puerta y apago las luces. Cojo la taza y me la llevo a mi habitación, esa que compartía con un extraño que yo pensaba que era mi marido. Acomodo la espalda al cabezal con un cojín y cojo el teléfono. No he sabido nada de Víctor en todo el día. Como hoy no he ido al gimnasio, tampoco lo he visto. Ahora somos amigos, así que le puedo enviar un mensaje. No me lo pienso, estoy cansada de retenerme, de analizar mis actos veinte veces antes de hacer algo.

Andrea:

¡Hola, amigo! ¿Cómo ha ido el día?

No contesta, como tampoco lo hace en la siguiente media hora. Una sensación de tristeza se apodera de mí. Imaginé que tendría las mismas ganas que yo de hablar. Parece que no es así. Me tumbo, acomodo la almohada y me duermo. Mañana será otro día.

Capítulo 14

Víctor

Mis pies recorren el box de Urgencias de un lado al otro y mi cabeza no para de dar vueltas a lo que ha pasado. Cuando Manuela, la madre de los Guerrero, me llamó al gimnasio para decirme que mi madre se había caído y una ambulancia se la llevaba al hospital, el corazón se saltó algún latido e incluso me he mareado un poco.

Por suerte, solo se ha hecho daño en un tobillo y ahora se la han llevado a hacerle una radiografía para comprobar el alcance de la lesión. Al parecer, había un plástico en el suelo, ha puesto mal el pie y se ha resbalado. ¿Qué hubiera pasado si Manuela no estuviera con ella? De esta vez no pasa que contrate a alguien que la ayude. Veremos ahora cómo lo vamos a hacer.

El chirrido de las ruedas de la silla que arrastra una enfermera con mi madre se hace presente en el box. Parece que mi progenitora trae mejor color, su rostro no está tan blanquecino y el rictus se ha relajado y no tiene tanto dolor. Me imagino que el calmante que le han dado hace un rato empieza a hacer efecto.

—Ahora vendrá el médico a darles el diagnóstico —nos informa la enfermera.

—Muchas gracias —digo mientras mi madre le sonrío un poco. La vemos abandonar el box donde nos han instalado.

Observo el pie de mi madre, está bastante hinchado. Me muerdo el interior de la mejilla y me froto las manos. La piel se me eriza al imaginar que le podría pasar algo malo. Sé que es ley de vida, pero no estoy preparado para quedarme solo. Con el día a día, olvidamos, por el bien mental, que hace falta medio segundo para que le pase algo a tus seres queridos y los pierdas para siempre. Asumir la muerte de mi padre fue muy duro para los dos, nos apoyamos mucho el uno en el otro y pudimos hacerlo más llevadero. El proceso de una enfermedad como el cáncer es muy duro, tanto para el paciente como para sus familiares. La impotencia y la rabia de verlos sin fuerza, cómo pierden su esencia por culpa de los tratamientos y no poder hacer nada para consolarlos mientras están sin fuerzas es extremadamente doloroso. En nuestro caso, estuvimos a su lado hasta el final. En sus últimos días incluso parecía que tenía mejor aspecto y nos mostraba su sonrisa más a menudo. Supongo que algo en su interior le anunciaba que se le apagaba la vida, quiso disfrutar hasta su último aliento y hacernos saber que se iba tranquilo.

—Suéltalo ya, anda —dice mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué quieres que te diga?

—Te conozco y parece que vayas a explotar por dentro de tanto retener tus palabras.

Bufo. Si quiere que me desahogue, lo haré.

—Mamá, esta vez ha sido el tobillo y estabas con Manuela. ¿Qué hubiera pasado si

estuvieras sola? ¿O si te hubieras golpeado la cabeza? —le expreso mis temores.

—Pero no ha sido así. Tengo cincuenta y ocho años, Víctor. Soy mayor, pero no una vieja inútil. Me he resbalado, supongo que es algo que te puede pasar con quince o con sesenta años. Cuando llegue mi hora, dará igual que esté sola o acompañada.

—¡Joder, qué cabezona eres! —comento exasperado—. No digo que seas inútil, solo que debes relajarte y disfrutar de la vida.

—Cariño, soy muy feliz rodeada de rosas, lirios o claveles. Mimando a los *anturios* o los *ficus*. No necesito hacer viajes para pasármelo bien. Es verdad que ahora no puedo coger tanto peso como antes, pero para eso te tengo a ti, ¿verdad? —me explica con una sonrisa mientras yo vuelvo a bufar. Coge mi mano y tira de ella para que me ponga a su altura—. Supongo que ahora no quedará más remedio que contratar a alguien para que me ayude. No creo que sea nada grave, pero seguro que me tocará hacer reposo.

Justo en ese momento entra el médico con varios papeles en la mano. Me levanto después de dejar un beso en la mano de mi madre y procedemos a escuchar el diagnóstico. Tiene un esguince de segundo grado sin mucha complicación. Dos semanas de reposo, hielo y antiinflamatorios. Recibimos el alta, cojo el coche y nos vamos a su piso. Vive encima de la floristería.

Cuando llegamos al rellano, la dejo en el suelo. Me he negado por completo a que hiciera el trayecto que nos separaba del vehículo hasta el piso a la pata coja y he cargado con ella a pesar de sus quejas. Abre la puerta y la vuelvo a elevar.

—¡Víctor, por Dios! ¿Quieres dejarme en el suelo? —refunfuña y golpea mi brazo.

—Para algo tienen que servir estos músculos —le digo para relajar el ambiente.

—Qué tonto eres. —Intenta hacerse la ofendida, pero no puede evitar un amago de sonrisa.

La verdad es que el esfuerzo no ha sido tanto. Mi madre mide un metro cincuenta y cinco y pesa unos sesenta kilos, ¿qué es eso para un tío como yo, de un metro noventa y que hace ejercicio durante todo el día? Igualmente, aunque me fuera el aliento en ello, es mi madre y siempre la ayudaré.

La dejo en el sofá, muevo la mesa baja del salón y pongo un cojín para que repose el pie.

—Voy a ir a casa a buscar algo de ropa, ¿necesitas que te acerque algo antes? —le pregunto.

—Víctor, no es necesario que vengas a dormir. Solo es un esguince. Estoy segura de que no hacía falta tanto vendaje. Puedo apañármelas yo sola.

—¡Mamá! —reclamo. No pienso ceder en mi decisión. Me mira y chasquea la lengua.

—Está bien —se resigna, no le queda otra—. Tráeme un vaso de agua. Cuando vengas, hacemos algo para cenar. Ahora tengo hambre.

Voy a la cocina, relleno un vaso y se lo acerco. Le pido que no se le ocurra levantarse hasta que yo regrese y me acerco a mi piso. Cojo una mochila grande y pongo varias mudas, el pijama, aunque yo duermo en ropa interior no es plan de pasearme medio desnudo delante de mi madre, mis utensilios de aseo, el libro que estoy leyendo y otro par de zapatillas. Cuando tengo todo recogido me siento en la cama y me dejo caer hacia atrás. Estoy realmente cansado, supongo que por la tensión vivida desde que Manuela me llamó para anunciarme el accidente de mi madre. Por suerte no ha sido nada grave, lo peor está por venir. Tener que lidiar con la señora Flora va a ser muy complicado. Nunca he conocido a mujer más cabezona que ella. Estoy convencido de que no va a permitir que la floristería esté cerrada durante dos semanas, así que habrá que tomar

medidas. Hablaré con Hugo para que me dé unos días de vacaciones y así poder ayudarla hasta que encontremos refuerzos. Me tapo los ojos con el brazo, cojo aire, lo suelto de forma lenta e intento serenarme. Ahora que estoy aquí, solo, me entra el bajón y me desinflató. El teléfono suena encima de la mesita, me incorporo y al ver el nombre de mi amigo en la pantalla, no dudo en coger la llamada. Tengo varios mensajes que todavía no he leído y seguro que está preocupado.

—Hola, Hugo.

—¡Ey, colega! ¿Cómo está tu madre? —se interesa.

—Bien, se ha hecho un esguince. Le han vendado el tobillo y tiene que hacer reposo durante dos semanas —le explico. Debe de tener el altavoz puesto, ya que se oyen otras voces.

—Víctor, dice mi madre que cuentes con ella para lo que necesites —dice Hugo.

—Se lo agradecemos mucho. Todavía no sé ni por dónde empezar. De momento, me voy a vivir con ella y te quería pedir un par de días de vacaciones para organizarnos.

—Ya sabes que por eso no hay problema. Cógete los días que precises y, si necesitas algo, ya sabes que solo tienes que llamarme.

—Gracias, tío. Voy a acabar de recoger mis cosas y a ver si cenamos algo, estamos famélicos —comento. Son casi las doce de la noche.

—Perfecto. Pues hablamos mañana. Ya sabes dónde encontrarnos. Descansa.

—Hasta mañana.

Cuelgo la llamada y suspiro. Los Guerrero son una gran familia, se puede contar con cualquiera de ellos. Siempre están dispuestos a ayudar y no puedo estar más orgulloso de pertenecer a su núcleo íntimo. Ese es otro gran obstáculo para acercarme de nuevo a Andrea, sería como si los traicionara. ¿Qué pensarían Eusebio o Manuela si intentara conquistar a su hija? Sé que me aprecian, pero no estaría a la altura. Solo soy un simple monitor de gimnasio, Andrea lo dejó claro cuando, hace cerca de seis años, tomó su decisión. Si no fuera tan difícil arrancarla de mi corazón y olvidarme de ella... Desde el otro día, en el que pude volver a saborear sus labios, no dejo de pensar en ella. Cómo sus grandes ojos, de ese color indefinido, que no es ni azul ni verde, brillaban mientras recorría su boca con mi lengua. El tacto de sus manos en mi piel o esa maravillosa sonrisa que siempre consiguió estremecerme. No sé qué cojones voy a hacer para alejarla de mi cabeza y de mi alma.

Sacudo la cabeza para centrarme en lo importante: mi madre. Todo lo demás puede esperar. Así que me levanto, recojo todo y regreso a mi antiguo hogar. No es un piso muy grande. Tiene dos habitaciones, y yo todavía conservo la mía, dos baños, la cocina y un salón con una terraza. Lo compraron mis padres hace unos cuantos años, cuando mi madre decidió abrir la floristería y les salió una buena oferta de un piso en el mismo edificio que el negocio. No se lo pensaron demasiado, a pesar de que los dos se dejaban el lomo trabajando para poder cubrir todos los gastos. Mi padre era albañil y todavía recuerdo el montón de horas extras y fines de semana que trabajó. Eso no fue impedimento para que fuéramos felices y compartiéramos todo el tiempo libre posible. Tengo un buen recuerdo de mi niñez, a pesar de que, en algún momento, eché en falta tener un hermano o una hermana.

—Ya he llegado —comento en la entrada y me quito las zapatillas.

—Estoy en la cocina —dice mi madre.

—Será posible —mascullo. Esto va a ser más complicado de lo que creía—. ¿Se puede

saber qué haces ahí de pie?

—Algo para cenar. Ya te dije que tenía hambre.

—Vamos a ver —bajo la cabeza, resignado, y me pellizco el puente de la nariz—, ¿qué parte de que debes hacer reposo no has entendido? Mamá, tienes que tomarte esto en serio o tardarás el doble en curarte.

—Lo siento. Siempre me he espabilado sola y... —se excusa.

—Y ahora estás lesionada y te tienes que dejar cuidar. Sabes que somos un equipo, hay veces que yo te necesito a ti y otras, como en esta ocasión, que me necesitas tú a mí. Solo serán unos días, cuando te recuperes, volveremos a nuestras rutinas. Pero, si sigues comportándote como una niña pequeña, vas a tardar el doble —le explico.

—¿Me estás echando la bronca? —pregunta con una ceja elevada.

—Por supuesto, y que sepas que, si tengo que tirarte de una oreja para que reacciones, lo haré —replico con los brazos cruzados en el pecho. Bufa, resignada.

—Está bien, me has convencido. Sería humillante que mi hijo tuviera que tirarme de una oreja. Llévame al sofá y acaba de preparar los bocadillos.

—Así me gusta —le comento con una sonrisa y la cojo para acomodarla.

Termino de preparar la cena, lo pongo todo en una bandeja y lo llevo al salón. Cenamos en silencio y, cuando acabamos, me pide que la lleve al baño. Le acerco la ropa que necesita y me ofrezco para ayudarla, pero me echa. Asegura que tiene dos manos y que, de momento, no necesita humillarse más, que prefiere seguir manteniendo sus intimidades para ella sola. No replico ni me quejo, si tuviera que hacerlo, no lo dudaría ni un momento, pero si lo puedo evitar, pues mejor, para qué os voy a mentir. Me apoyo en el quicio de la puerta cerrada para esperar a que salga y dejarla descansando en su cama. Abre la puerta y al verme esperándola, pone los ojos en blanco y yo intento disimular la sonrisa que asoma en mi cara. La elevo y la dejo con cuidado en la cama, se tumba y le pongo un cojín debajo del pie para que lo eleve, como ha recomendado el médico.

—Gracias, cariño.

—Te quiero, mamá. Descansa. He pedido unos días libres, mañana abriré yo y ya después veremos lo que hacemos.

—Está bien. Hasta mañana.

Le doy un beso en la cabeza y me retiro a mi habitación. Me desnudo como puedo y dejo caer mi cuerpo en el colchón. Pongo la alarma para no dormirme y, tan pronto planto la cabeza en la almohada, me duermo. Mañana será otro día.

Capítulo 15

Andrea

A medida que pasa la semana, cuesta más arrancar a mi pequeño de entre las sábanas. Menos mal que el piso nuevo está más cerca del colegio, aun así, estoy convencida de que llegaremos con el tiempo justo, como cada mañana.

—Vamos, cacahuete. Levántate, llegaremos tarde —le pido a mi hijo, destapándolo. Lleva diez minutos haciéndose el remolón.

—Yo quiero que sea sábado —se queja y vuelve a recuperar el edredón para taparse la cabeza.

—Para que llegue el fin de semana, primero hay que pasar el resto de semana. Venga, no te hagas el perezoso.

—¿Y eso qué es? —pregunta. Ya se ha destapado y me mira curioso.

—Lo que eres tú todas las mañanas. Un flojo y tan lento como una tortuga.

—Yo no soy flojo. El tío Hugo dice que seré tan fuerte como él. Además, en el cole, cuando nos toca correr, siempre soy el primero —replica.

—Pues seguro que tienes algún botón por aquí detrás —digo mientras hago que busco por su espalda haciéndole cosquillas—, que tengo que apretar cada mañana para que te levantes y me olvido de hacerlo.

—¡Vale, valeee, que me voy a hacer pis encima! Ya me levanto.

Lo suelto y sale disparado de la cama, pero cuando está llegando a la puerta de la habitación, suena el interfono exterior.

—¡Voy a ver quién es! —chilla.

—Pero ¿tú no te estabas haciendo pis? —le reclamo.

Cuando llego a la puerta, Jordi da saltitos para no mearse encima mientras mira la pantalla del interfono.

—Es la abuela Manuela —me dice ilusionado.

—Ya veo. Pero ahora vete al baño, antes de que te hagas pipí encima. Ya abro yo a la abuela.

—Jolín —se queja y le doy un pequeño golpe en el culo para que vaya a hacer sus necesidades.

Antes de que suene el timbre, abro la puerta a mi madre. No suele venir por las mañanas, a no ser que hayamos quedado previamente por algún contratiempo que me haya surgido en el trabajo, y no es el caso. Así que me sorprende su visita.

—¡Buenos días, mamá! ¿Va todo bien? —indago.

—Sí, claro. No te preocupes —dice mientras deja un beso en mi mejilla—. Venía a preguntarte si hoy me vas a necesitar para alguna cosa.

—En principio, no. ¿Necesitas ayuda en algo?

—Ayer fui a la floristería a visitar a Flora y, mientras charlábamos, se cayó y se ha hecho un esguince. Hugo y yo hablamos con Víctor y le dije que, si necesitaba alguna cosa, me avisara. Supongo que, por no molestar, no lo hará. Así que he pensado pasarme a media mañana por su casa a ver si puedo ayudarlos en alguna cosa. Víctor le ha pedido a tu hermano unos días libres —me explica mi madre.

—Pues vaya, menuda faena. Por nosotros no te preocupes. No sé si a este ritmo llegaremos al colegio, pero bueno...

—¡Abuela! —Aparece mi pequeño que corre solo con el jersey del pijama puesto.

—Pero ¿qué haces tú en pelotillas? —le pregunta mi madre.

—Es que se me ha escapado un poquito el pipí —contesta y pone su cara de «no he roto un plato en mi vida».

—Ya lo sabía yo —me quejo—. Haz el favor de vestirme de una vez, que vamos a llegar tarde al colegio.

—¿Me va a llevar la abuela?

—La abuela tiene cosas que hacer. Te llevaré yo y como no te espabiles, vas a ir desnudo —le advierto con las manos en las caderas.

—Sí, hombre. Se reirán de mí.

—Te quedan pocos minutos...

No dice nada y corre de nuevo por el pasillo para desaparecer en su habitación. Es bastante autónomo y no le gusta mucho que lo ayuden, aunque al final tengas que darle un repaso para centrar sus calcetines o desenroscar la cintura del calzoncillo.

—Bueno, hija, no te molesto más. Cualquier cosa, me llamas —se despide mi madre.

—Dale recuerdos a Flora y que se mejore pronto.

—Se los daré.

Nos damos unos besos en las mejillas y la observo marchar. Aprovecho para ir a la cocina y hacerme un café. La cafetera y el horno microondas son lo único que todavía no he guardado. Ojalá pudiera chasquear los dedos y que en el piso nuevo ya estuviera todo montado. Cojo el móvil y me apunto que tengo que llamar a una empresa de mudanzas para que lleven las cajas con todo lo que pertenecía a Gerard a casa de su madre, como así me lo exigió ella.

Cuando dejo el teléfono en la encimera, soy consciente de que esos pensamientos pesimistas que me invadieron esta mañana, al ver que Víctor había leído pero no contestado mi mensaje, es posible que no lo sean tanto. Mi mente había recreado mil y una posibilidades. Desde que estaba arrepentido de lo que pasó la otra noche hasta que era posible que hubiera pasado la noche con la rubia. Cosa que no podría reprocharle y sería totalmente comprensible, aunque no por eso duele menos.

Recupero el móvil y repaso mi agenda. Sonrío al ver que no tengo ninguna reunión a primera hora. Así que le envío un mensaje a Rosa para informar de que llegaré tarde. Me pasaré por la

casa de Flora por si necesitan alguna cosa.

—¡Ya estoy preparado! —anuncia mi pequeño al entrar en la cocina.

Lo miro y sonrío. Está despeinado de haberse puesto el jersey, uno de los calcetines le pilla el pantalón y lleva las zapatillas al revés. Mi cacahuete es un caso, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Es el que me da la fuerza para seguir adelante; cuando estoy con él, mi vida tiene purpurina, arcoíris y globos, aunque no sea tan idílica y pierda casi todo su brillo cuando estoy sola.



Aparco el coche a unos metros de la entrada de la floristería. Son las nueve y diez de la mañana, por lo que las luces del local están apagadas. Tampoco sé si la idea de Víctor es abrir el negocio. Aunque, si ha pedido los días libres, me imagino que sí. Respiro hondo y decido bajar del vehículo, es absurdo que lo demore más y, si sigo aquí sentada, es posible que me arrepienta. El otro día él vino a consolarme, quiero que sepa que también puede contar conmigo.

Me abrocho la chaqueta y me cuelgo el bolso en el hombro. Hace un frío del demonio, en cambio, mis manos estás sudorosas. ¿Cómo es posible que me afecte tanto la idea de verlo? Mi cabeza no ha dejado de recrear el roce de sus labios en los míos. Sus besos me trajeron tantos recuerdos... Recuerdos de lo feliz que era a su lado, de lo bien que lo pasábamos juntos, aunque tuviéramos que escondernos. De las escapadas que hacíamos a la playa, esas a las que supuestamente me iba con unas amigas y Víctor conseguía deshacerse de mi hermano Hugo con alguna excusa. Todavía recuerdo cómo sus manos adoraban mi cuerpo y del brillo que adquirían sus ojos al decirme que era la mujer más bonita del mundo. Gerard nunca me miró así, eso ya me debería haber abierto los ojos, pero es absurdo mirar hacia atrás si lo hecho ya no tiene remedio.

Cuando estoy a punto de empujar la puerta para entrar en el edificio, esta se abre y casi me choco con la persona que sale. Al levantar la mirada me encuentro con sus maravillosos ojos azules.

—¿Andrea? —dice extrañado.

—Buenos días. Me he enterado del percance de tu madre y venía a ver si necesitabais alguna cosa —me excuso.

Víctor me observa con las cejas elevadas y, en este momento, me siento una estúpida. Hace tanto tiempo que cada uno hace su vida que es ridículo que ahora me interese por ellos y esto es justamente lo que debe de pensar él. Pero Víctor también vino a consolarme el otro día, así que...

—Te lo agradezco —contesta mientras carraspea—. Sé que tengo un mensaje tuyo pendiente de contestar, pero ayer fue un día muy intenso.

—No pasa nada —aseguro mientras doy un manotazo al aire para restarle importancia.

—Iba a abrir la floristería —aclara y señala hacia el local—. Dentro de un rato vendrá Camila a traerme una silla de ruedas. Esta mujer va a acabar conmigo, no hay forma de mantenerla quieta ni un momento. ¿Me acompañas?

Asiento con la cabeza a la vez que sonrío por su comentario. Víctor y su madre siempre han estado muy unidos y ver cómo se preocupa por ella hace que todavía sea más consciente de cómo me equivoqué al dejarme atrapar por el dinero y el poder.

Lo dejo salir del edificio y lo sigo hasta la puerta del negocio. Entramos y una mezcla de

olores nos recibe: tierra, humedad, el olor de las rosas o las margaritas, es difícil descifrar entre tanta cantidad de fragancias. Víctor se dirige a la parte de atrás y rápido se encienden las luces. Echo un vistazo por la estancia donde se puede observar una gran cantidad de diferentes tonalidades de verdes, pero desvío la mirada hacia Víctor cuando lo veo aparecer. Hoy va vestido con un pantalón tejano ceñido a sus musculadas piernas, con varios rotos. En la parte de arriba, lleva un jersey con capucha en color azul oscuro y ha prescindido de su gorra, esa que lleva de forma habitual. Su pelo está más corto de lo normal, tanto por los laterales como por arriba, pero mantiene su barbita y bigote recortados a la perfección. Siempre fue un hombre muy guapo pero, con el paso de los años, se ha vuelto más maduro e interesante. Ahora tiene más marcadas las arrugas que se le forman en las mejillas al sonreír y algunas en el contorno de los ojos. Su cuerpo está mucho más desarrollado que hace seis años y también han aumentado sus tatuajes, esos que todos podemos observar en sus clases, cuando lleva las camisetas sin mangas y los pantalones cortos.

—¿Hoy no trabajas? —pregunta ante mi silencio.

—Sí, claro. Pero he ido a dejar a Jordi en el colegio y pensé pasar a veros antes de ir al hotel.

—¿Qué tal el pequeñajo?

—Bien, mejor. Ahora está enfadado porque no quiere irse de la casa. Son demasiados cambios para un niño tan pequeño, pero es la única manera de seguir adelante —le explico, encogiéndome de hombros—. Y tú, ¿ya sabes qué vais a hacer?

—Pues, de momento, me he pedido unos días libres y voy a tratar de convencer a mi madre para contratar a alguien que la ayude. Hace tiempo que insisto, ya tiene una edad, y me gustaría que disfrutara un poco de la vida y que no se pasara todo el día aquí metida —dice señalando con la mano la floristería.

—Es una buena idea —comento mientras me acerco a una planta que tiene una flor y la huelo con los ojos cerrados.

Noto cómo me observa. Siempre hemos sido hábiles con la mirada. Sabemos cómo comunicarnos solo con observarnos o, por lo menos, lo solíamos hacer. Me incorporo y me centro en él. Sus ojos brillan, tiene las pupilas dilatadas, sus grandes brazos cruzados en el pecho y uno de sus dedos se pasea por sus labios. Trago saliva, porque no puede estar más sexi y yo me muero de ganas de volver a besarlo. Nuestros ojos conectan y estoy segura de que él piensa en lo mismo. Tomo la iniciativa y, poco a poco, me acerco. Él no se mueve, pero en su rostro aparece una seductora sonrisa que consigue nublar mi mente y no pensar en que lo que deseo hacer no es buena idea. Pongo mi mano en su brazo y aproximo mi cabeza hasta que nuestros alientos se rozan. Vuelvo a cerrar los ojos cuando estoy a punto de sentir su boca, pero...

—¡Buenos días! —chilla una voz desde la puerta.

Pego un bote, asustada porque casi nos pillan besándonos y me alejo lo más rápido que puedo de Víctor, que frunce el ceño ante mi reacción.

—Buenos días, Meri —saluda Víctor. Ella se acerca a él y lo besa muy cerca de la comisura de los labios.

—Ayer te echamos de menos en la clase. Hugo me dijo que tu madre ha tenido un percance. Espero que no haya sido nada importante —comenta y pestañea más de lo necesario y, a mi parecer, demasiado cerca de Víctor.

—Solo ha sido un esguince. Gracias por preocuparte —dice Víctor, sonriéndole.

Carraspeo para que sean conscientes de que sigo aquí y algo enfadada. ¿Por qué? Pues, aunque está claro que no debería, después de cómo me comporté con él y que, dadas las circunstancias, no puede haber nada entre nosotros, me doy cuenta de que nunca conseguí olvidarlo, que Víctor siempre ha estado en mi corazón.

—Yo debo irme. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme —le digo a Víctor. A ella ni la miro.

—Gracias por venir, Andrea.

Le sonrío y me alejo de ellos para salir. Una vez fuera, y aunque intento resistirme, me giro y los veo muy juntos. Él rodea su cintura y ella acaricia su cara. Cierro los ojos y cojo aire para retener las lágrimas. «¡Qué tonta eres, Andrea!», pienso. Tu oportunidad pasó, lo dejaste escapar, ahora aprietas los dientes y te fastidias.

Capítulo 16

Víctor

Es posible que sea una señal. Que algún ser divino tenga la tarea de vigilarnos y haga lo imposible para que Andrea y yo no nos acerquemos. Puede que hasta haya sido contratado por Hugo. Lo que está claro es que la frustración se ha apoderado de mi cuerpo. Con las ganas que tenía de volver a besarla...

—Meri, estoy enormemente agradecido de que te preocupes por mi madre y por mí. Pero ¿no te parece que te has tomado demasiadas confianzas? —le pregunto. No ha dejado de tocarme desde que ha llegado.

—No hago nada malo. Ya sabes que eres importante para mí y creí que estaría bien venir a verte. No puedes negar que somos más que amigos —dice y rodea mi cuello con sus brazos. Pongo mis manos en su cintura y ella sonrío.

—Somos una mujer y un hombre que tenemos sexo cuando nos apetece, Meri. Pensé que eso estaba muy claro entre nosotros. ¿A qué viene este numerito? —indago.

—¿Y si yo quisiera algo más? —pregunta mientras pasa su dedo por mi mandíbula hasta llegar a mi boca.

—Pues lo siento mucho, pero entonces ya no tendríamos sexo. Sabes que no me interesa tener una relación. —Cojo sus manos y las alejo de mí.

—¿Es por ella? —ataca y señala con el dedo la puerta por donde ha salido Andrea.

—No digas tonterías. Andrea es la hermana de Hugo y acaba de quedarse viuda.

—Menuda mierda de excusas. Se nota que ella está loca por ti. No soy tonta, Víctor. Si no llego a entrar, os hubierais besado —asegura. Su cara ha cambiado y ahora sus ojos destellan rabia. Lo que menos necesito ahora son los celos de una mujer.

—Creo que es hora de que te vayas —le pido y me alejo de ella. Me meto detrás del mostrador para mantener una distancia.

—Espero que recapacites, Víctor. Y te des cuenta de que soy la mujer indicada para ti. A ella nunca la podrás tener y yo siempre te esperaré. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme o venir a mi piso. Ya sabes que sé cómo complacerte. Nos vemos pronto.

Se da media vuelta sin esperar mi respuesta y sale de la floristería meneando esas fabulosas caderas. Suspiro. Joder, no estoy preparado para tanta presión. Pienso en sus palabras y no son desacertadas. Meri y yo tenemos una conexión increíble a nivel sexual. Es una mujer explosiva y muy desinhibida a la que no le da miedo probar. Cualquier hombre caería rendido a sus pies y yo no he sido menos, aunque lo único que siento por ella es deseo. No pienso en ella cuando estoy

solo, ni es Meri la que aparece en mis sueños. Tampoco son sus labios los que deseo besar. Ojalá se pudiera mandar en el corazón, nadie sufriría por amor.

Decido que es hora de ponerme en marcha. Así que aparto mis pensamientos a un lado y me centro en el trabajo que debo realizar. A media mañana, aparece Camila, la mujer de Guillermo Guerrero. Es enfermera, tiene contactos y nos ha conseguido una silla de ruedas para que mi madre se pueda mover con más facilidad. Así también podrá estar en la floristería y no se volverá loca ni acabará con mi cordura. Le agradezco el favor y le prometo que se lo pagaré. Sé que va liada y no tiene tiempo de venir al gimnasio, así que le ofrezco alguna clase personal. Al principio se niega, pero al ver el brillo en sus ojos, no dudo en insistir. Al final acepta y quedamos que cuando mi madre se recupere, buscaremos una hora que nos vaya bien a los dos.

Pongo un cartel de «Regreso en cinco minutos» y subo a casa con la silla.

—¡Hola! —grito desde la puerta.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí? ¿Has cerrado la tienda? —Pongo los ojos en blanco ante su pregunta.

—Mamá, no habrá problema por cinco minutos, ¿no crees? ¡Hola, Manuela! —saludo a la madre de los Guerrero cuando me asomo y la veo sentada al lado de mi madre. Me sonrío en respuesta—. Te traigo una sorpresa.

Tiro de la silla y la planto en el salón.

—No estoy inválida, Víctor —se queja enfurruñada. ¿Será posible? Resoplo. Estoy rodeado de mujeres demasiado intensas.

—Por supuesto que no. Pero estás lesionada y si quieres salir de casa, tendrás que hacerlo en la silla. Si no te gusta, entonces vas a estar aquí encerrada todos los días de reposo.

—Flora, tu hijo tiene razón. Solo serán unos días y así podrás bajar a la floristería y podremos ir a tomar un café o dar una vuelta —apoya Manuela.

Mi madre alterna su mirada entre su amiga y yo y chasquea la lengua, dándose por vencida.

—¡Está bien! Solo la idea de tener que estar aquí encerrada más horas me produce dolor de estómago. —Sonrío al comprobar que cede. Aunque no haya dicho que ha sido buena idea, ni lo hará. Si la conozco yo.

—Pues la dejo aquí y me voy a la tienda. No vaya a ser que perdamos un contrato millonario para vender doce mil flores para una gran producción de cine —me burlo.

—Muy gracioso. Una venta es una venta, así que lárgate. —Suelto una carcajada al ver su cara de cabreo y me acerco a besar su mejilla. Se hace la remolona e intenta alejarme, pero en el fondo sé que le encanta que la mime.

—Si necesitáis alguna cosa, me llamáis.

—Creo que nos apañaremos. Vete de una vez, insolente.

Les digo adiós con la mano y Manuela me guiña un ojo. Ese gesto me da la tranquilidad de que dejo a mi madre en buenas manos. Ellas dos se conocen desde hace muchos años y son grandes amigas. Es bonito ver que mi madre tiene una persona en la que apoyarse y contarle cosas que, estoy convencido, a mí no me cuenta.

A media mañana, aparecen por la floristería. Ya tardaba mi madre en venir y, por supuesto, se ha puesto a dar órdenes y corregir todo lo que he hecho.

—¿Aquí te parece bien? —le pregunto mientras cambio por tercera vez una de las plantas de lugar.

—Necesita luz. Al final, se marchitará. —Echo la cabeza hacia atrás y miro el techo cansado de sus exigencias.

—De hoy no pasa que llame a Jimena y le haga una entrevista. Yo no creo que sea capaz de aguantar muchos días más bajo tu mando. Solo llevas aquí una hora y ya me tienes agotado —me quejo.

—Si es que la juventud no aguantáis nada —replica. Manuela nos mira y se ríe.

—Por el amor de Dios, mamá. Hemos cambiado esta planta veinte veces de sitio.

—Solo la has movido tres y no metas a Dios en esto. —Pongo las manos en la cintura, la miro y frunzo el ceño.

—Creo que necesito un café. —Me desabrocho el delantal que llevo puesto para no ensuciarme y lo dejo en el mostrador—. Manuela, ¿puedes quedarte un rato más con ella?

—Claro que sí, muchacho. No te preocupes por nosotras, que nos apañaremos.

—Tienes el cielo ganado por aguantarla —le aseguro a Manuela. Esta suelta una carcajada y mi madre pone cara de enfadada.

—¡Será posible! Cría cuervos y te sacarán los ojos —se queja.

Me acerco a ella y aprieto los puños delante de su cara para hacerle ver cuánto me saca de quicio y a veces, solo a veces, la mataría.

Salgo de mi actual cárcel y me meto en la cafetería que hay en la calle de enfrente. Necesito desconectar con urgencia. Me siento y le pido un café largo a la camarera que se ha acercado a mi mesa. Mientras espero, desbloqueo el teléfono y me paseo por las redes, a ver si así consigo olvidarme por un rato de dónde debe ir el *Tronco de Brasil* o cuánta agua le tengo que echar a la *Calathea*. Suerte que nadie ha venido a pedir un ramo de flores, no se me da muy bien hacerlos. Mientras le doy pequeños sorbos a mi café, el móvil me vibra en la mano y la cara de Hugo aparece en la pantalla.

—¿Estás aburrido sin mí? —le pregunto a modo de saludo.

—Parece mentira que vaya a decir esto, pero te echo de menos, tío.

—Eso ha sonado demasiado cariñoso. ¿Me tengo que asustar?

—Muy gracioso. ¿Qué tal sigue tu madre?

—Insoportable. Necesito encontrar a alguien para que la ayude en la floristería. Solo llevo con ella hora y media y ya me estoy volviendo loco. Un día entero y tenéis que encerrarme.

—Pues buena suerte, colega. ¿Quieres que ponga un letrero para solicitar *floristera*?

—Es florista, capullo. De momento, no, aunque no descarto esa opción. Voy a contactar con una posible interesada. Si no funciona, empapelaré toda Andorra si es necesario —le explico desesperado.

—Pues no eres exagerado ni nada. Si tu madre es un amor. —Se ríe Hugo.

—Si quieres, cambiamos y mañana yo voy al gimnasio y tú abres la floristería.

—Me encantaría ayudarte, pero tengo cosas importantes que hacer —se excusa.

—Menudo amigo. Oye, si necesitas que haga alguna clase a la tarde o a la noche me avisas.

—Tú, tranquilo. De momento, nos apañamos. Encárgate de tu madre, que es lo importante.

—Vale. Pórtate bien sin mí —le pido.

—Siempre.

Nos despedimos, pago el café y regreso a la tienda. Manuela y mi madre están conversando de sus cosas. Recojo mi delantal y me lo vuelvo a poner. Hago las tareas pendientes en la parte de atrás y, cuando creo que todo está más o menos al día, vuelvo al mostrador y saco de mi cartera una tarjeta.

—Mamá, voy a llamar a Jimena. ¿Te acuerdas de ella? Su abuelo dijo que podría trabajar aquí. Creo que deberíamos darle una oportunidad. —Intento convencer a mi madre.

—No sabemos nada de ella. No sé si quiero meter a un extraño en mi floristería.

—Podemos hacerle una entrevista. Tú viste, al igual que yo, cómo observaba todo. Tengo un presentimiento y creo que puede hacerlo bien. ¿Lo intentamos? —indago.

—Flora, tu hijo tiene razón. Una ayuda no te vendría nada mal, ni ahora ni cuando te recuperes. Solo tienes que encontrar a la persona correcta —le asegura Manuela. La miro y le agradezco el apoyo con una sonrisa y un guiño de ojo.

—¡Está bien! —claudica—. Que venga, a ver qué tal.

—Sí —digo y palmeo el mostrador.

Estoy convencido de que la nieta de Bruno será perfecta como empleada de mi madre. Me dio muy buenas sensaciones el día que estuvo aquí con su abuelo. El brillo en su mirada al observar las plantas y las flores debe de ser una señal. Solo espero no equivocarme y tener que recibir los reproches de mi madre y esos «te lo dije».

Jimena tarda tres tonos en coger el teléfono. Me presento y rápidamente se acuerda de mí. Me comunica que, en una media hora, estará aquí para la entrevista. La voz de Bruno me asegura que, si la contratamos, no nos vamos a arrepentir, mientras su nieta lo hace callar y se disculpa. La devoción que siente este hombre por su nieta me demuestra que no voy equivocado y que Jimena es la persona indicada.

Justo treinta minutos después de nuestra charla, aparecen en el exterior Bruno y Jimena. Se paran frente a la puerta y el abuelo coge las manos de su nieta, dándole así ánimos y confianza. Observo que le dice unas palabras, ella se acerca y besa su mejilla. Coge aire y lo suelta de forma lenta, se gira y entra en la tienda con una enorme sonrisa. Es perfecta, no me cabe la menor duda.

Jimena es una mujer con una gran vitalidad, tiene veintinueve años y hace dos que están en el país. Le ofrecieron un empleo a su padre y se vinieron. Por circunstancias de la vida, que no nos ha explicado, no ha podido estudiar una carrera, pero nos ha dejado claro que le fascinan las plantas y las flores. Ha aprobado de sobra el interrogatorio de mi madre y ha acertado con el nombre de cuatro de las cinco plantas que le ha preguntado mi progenitora. Ella no dice nada, pero en sus ojos veo que Jimena le ha gustado. Al despedirnos, le aseguramos que mañana la llamaremos y le diremos alguna cosa. Se va igual que ha entrado, con una gran sonrisa y, en el exterior, la espera su mayor fan, Bruno.

—Yo creo que es ideal —aseguro.

—A mí también me parece la adecuada —comenta Manuela—. Además de ser muy bonita, es dulce y amable.

—Lo consultaré con la almohada —susurra mi madre, haciéndose la dura.

Yo sé que esta chica le ha robado el corazón, como a Manuela y a mí. Estoy convencido de que será una persona importante en nuestras vidas. Hay algo en ella que atrae, que te atrapa. Estoy contento, por fin he conseguido lo que deseaba, una persona que acompañe a mi madre y la ayude con la floristería. Jimena es perfecta.

Capítulo 17

Andrea

Dos días han pasado desde la última vez que vi a Víctor. No he vuelto a saber nada de él, parece que se quedó de lo más contento con la rubia. Duele aquí, encima del pecho izquierdo y aquí, en la boca del estómago. Es duro resignarse, pero no tengo el derecho de reclamar nada. Él hizo su vida, como yo hice la mía, aunque mentiría si no me escociera saber que es ella la que disfruta de su tiempo, de sus besos y sus caricias. Esos que fueron para mí en su día.

—Jefa, ¿estás preparada? —me pregunta Rosa que asoma su cabeza por la puerta.

Hoy es el primer día que asistiremos juntas al gimnasio. Hemos escogido ir al mediodía, ya que, para mí, es mucho más práctico al tener a mi pequeño en el colegio. También ayuda saber que no nos encontraremos con Víctor. Sigue con sus días de vacaciones para ayudar a su madre. Lo sé porque la mía no sale de allí y me lo explica. También me ha contado que van a contratar a una chica para que ayude a Flora.

—Vámonos o llegaremos tarde —le digo a Rosa.

Nos subimos a mi coche para ir hasta el gimnasio que está a cinco minutos. Conseguimos dejar el vehículo en un hueco que hay en el aparcamiento y entramos en las instalaciones. Nos adentramos en el vestuario que está bastante lleno. A estas horas y a la tarde a partir de las ocho es cuando más gente viene. En la esquina de siempre se encuentra la amiga rubia de Víctor, Meri creo que se llama, con su grupo de amigas. Suelen ser varias, todas muy parecidas y con un físico bastante impresionante. Es muy probable que ninguna de ellas haya estado embarazada, no se les ven estrías por ninguna parte. Ni en la zona de la barriga ni en los muslos, como me pasa a mí. Por mucho ejercicio y millones de cremas que he utilizado, ahí siguen, recordándome lo más maravilloso que he vivido en mi vida, albergar a mi cacahuete en mi vientre y darle la vida.

—Yo pensaba que esas mujeres tan perfectas solo se veían en las películas —susurra Rosa—. Son las que estuvieron en la fiesta del otro día. Contra eso es imposible competir.

—El amor tiene que llegar solo, Rosa. No puede ser una batalla. No a todos los hombres les gusta lo mismo. —Mi ayudante me mira y eleva una ceja—. Vale, puede ser que para tener sexo se fijen en esas mujeres impecables, pero si quieren algo más serio, buscan otras compatibilidades.

—Espero que tengas razón o mi madre se llevará una gran decepción al enterarse de que su hija no es capaz de encontrar a un hombre que la lleve al altar.

—Cuando menos te lo esperes, llegará tu príncipe azul —le aseguro.

—¿Y tú desde cuando te has vuelto tan romántica? —indaga.

—Desde que supe que mi vida había sido una mentira y me di cuenta de que tuve el verdadero amor en mis manos y lo dejé marchar.

—Espero que algún día me expliques esa historia —me pide Rosa.

—Algún día.

Acabo de subirme las mallas y me ato las zapatillas cuando *Las perfectas* pasan por nuestro lado y se ponen a hablar. Me da la sensación de que incluso ralentizan sus pasos para que las oigamos.

—¿Ya sabemos quién da hoy la clase? —pregunta una de ellas.

—Creo que Víctor —dice Meri, mirándome—, el otro monitor se ha puesto enfermo.

Trago saliva e intento disimular, está claro que la rubia no es tonta y se ha dado cuenta de algo. El otro día casi nos pilla besándonos.

—¿Y tú cómo lo sabes? —indaga otra.

—Me lo ha dicho esta mañana al despertarnos en su cama —comenta y se observa las uñas perfectamente pintadas.

Bajo la cabeza para que no vea de qué manera me afectan sus palabras. Noto la mirada de Rosa, carraspeo y me incorporo para salir y dejar atrás al grupo de *Las perfectas* que rien como hienas.

—Si quieres, podemos hacer algo más suave en la sala. —Intento buscar una excusa para no ir a la clase de *Spinning*.

—A mí me apetece probar la clase. La hago a mi ritmo, por eso no hay problema. ¿Te encuentras bien? —se preocupa Rosa.

—Sí, es solo que...

—Pero ¿qué ven mis ojos? —nos interrumpe Hugo. Justo detrás viene Víctor—. La mujer más bonita de todo el gimnasio.

Mi ayudante empieza a sonrojarse hasta coger un color preocupante y yo no puedo evitar sonreír. Es curioso que solo le pasa con los Guerrero. Cuando mis hermanos se dirigen a ella, se queda sin palabras y le cuesta reaccionar.

—Rosa quería probar y me he ofrecido a acompañarla. Dudábamos si hacer la clase o no —intercedo por ella que sigue sin habla.

—¡Hola, chicas! —nos saluda Víctor.

—Hola. ¿Qué tal sigue tu madre? —me intereso. Espero que nadie se dé cuenta de la tensión de mi cuerpo.

—Mejor, gracias. Suerte que tu madre nos ayuda un montón. Temo volverme loco bajo sus órdenes todo el día —explica, sonriéndome. ¡Madre mía, es tan guapo!

—¡Víctor, que vamos tarde! —se queja Meri desde la puerta de la sala.

—Voy tirando, que se desesperan. Si no vais a venir, avisadme para ofrecer las bicicletas a otras personas —nos pide Víctor.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto a Rosa que sacude la cabeza para volver en sí.

—Vamos a probar. Si me desmayo, siempre puede venir a rescatarme tu hermano, ¿verdad?

—¡Rosa! —le reclamo, mientras mi hermano suelta una carcajada y ella se encoge de hombros.

—Por eso no te preocupes, Rosita. No voy a permitir que te pase nada. —Ruedo los ojos,

bufo y me dirijo a la sala.

Ya casi todos pedalean para calentar. Ajusto el sillín y el manillar de la bicicleta y, cuando me voy a subir, oigo a Rosa que me llama.

—¡Psst! ¿Cómo se hace esto?

Me acerco a ella y, cuando estoy a punto de tocar la bicicleta, unas grandes manos me rodean la cintura. Me tenso al sentir su cercanía, pero mi cuerpo reconoce su olor de forma inmediata. Noto su aliento en mi cuello y la piel se me eriza.

—Ya la ayudo yo. Calienta un poco —me pide Víctor.

Asiento con la cabeza y, al levantar la mirada, veo que Rosa nos observa y eleva parte de su labio a modo de pícara sonrisa. Me subo a la bicicleta y, al mirar al frente, me encuentro con los ojos furiosos de Meri a través del espejo. La ignoro, no me pienso dejar intimidar por ella.

La clase es cañera, como todas las que hace Víctor, aunque esta no sea su especialidad, y salimos con la cara colorada y las piernas temblorosas. Me río al ver bajar a Rosa de la bicicleta pues casi se cae al suelo al flaquear sus rodillas. Ha sido una campeona, era su primera clase y, aunque no ha podido seguir el ritmo, no ha parado ni se ha dado por vencida en ningún momento. Atravesamos la sala de pesas y nos tropezamos con mi hermano que eleva la mano y la choca con la de Rosa. Es posible que mañana y el domingo, mi ayudante no pueda moverse, pero estoy convencida de que el lunes estará aquí de nuevo.

—¡Oh, mierda! —la oigo susurrar.

—¿Qué pasa?

—¡Está ahí, es él! —comenta e intenta pasar desapercibida.

—¿Quién? —le pregunto, no sé de qué me habla.

—El chico de la fiesta. El que habló conmigo. En el banco de la esquina con la pesa en la mano. —Miro hacia donde me dice y lo veo—. Disimula, loca.

—¿Qué hay de malo en que te vea?

—Pero ¿tú me has visto? Parezco una gamba y huelo a... a... yo que sé a qué huelo. —Tira de mi brazo para que me apresure y, cuando logramos entrar en el vestuario, la oigo suspirar.

—Madre mía, estoy muerta. No sé si seré capaz de quitarme las zapatillas.

Justo en ese momento, vemos pasar a Meri por delante de nosotras. Lleva la toalla colgada en el hombro y se pasea desnuda enseñando su perfecto cuerpo. La verdad es que es una mujer impresionante.

—Esto no es nada motivador. ¿Has visto qué cuerpo? ¿Y el tatuaje que lleva entre los pechos? Y yo aquí, con mis lorzos —lloriquea Rosa.

—Te aseguro que esa perfección no dura toda la vida y querer aparentar en todo momento no es bueno. Te lo digo por experiencia. Ellas también se harán viejas y les saldrán arrugas. Si quieren ser madres, tendrán celulitis y estrías, y si no, vivirán pendientes de su cuerpo cada día y eso no creo que las haga dichosas.

—Tienes razón, pero es imposible no comparar y no envidiarlas un poquito.

—Todos tenemos algo que nos hace especiales y únicos. Así que...

—Pues a ver si te aplicas un poquito el cuento, que la teoría te la sabes a la perfección, pero la práctica la has suspendido. —Se gira y la veo desaparecer en las duchas.

Tiene razón, soy muy buena dando consejos, pero los debería utilizar yo también. Aunque me escude en mi fuerte carácter, siempre he sido una persona insegura y con poca autoestima. Estar casada con un hombre como Gerard tampoco ha ayudado. Rara era la vez que me vestía para ir a alguna de sus cenas de negocios y estaba de acuerdo con mi vestimenta. Siempre acababa cambiándome de ropa. «En casa o cuando vayas a ver a tu familia, vístete como quieras, pero si sales conmigo, tienes que estar a la altura», me dijo un día que llegó a casa cargado con varios vestidos y trajes que había comprado su madre para mí. Según él, ella sí tenía criterio para vestir. Mi vida de cara a la galería podía parecer perfecta. Pero, de puertas para adentro no era tan idílica. Solo hay que ver qué clase de vida llevaba el que se hacía llamar mi marido.

≡≡≡

Ya solo quedan unas horas para empezar el fin de semana. Dentro de media hora tengo una reunión y después iré a buscar a Jordi y nos prepararemos para hacer la mudanza. El teléfono me anuncia que he recibido un mensaje y al abrir la aplicación sonrío al ver que es del grupo de hermanos.

Daniela:

¡Buenos días, mis queridos hermanos! ¿Va todo bien por ahí?

Guillermo:

¡Hola, canija! Por aquí todo en orden. Con falta de sueño, pero feliz. ¿Y tú?

Daniela:

Empezando el día. Andrea, ¿cómo va la mudanza?

Andrea:

¡Hola! Invasión de cajas y preparada para mañana cambiar de casa. Sé que me queda mucho por hacer, pero tengo muchas ganas.

Hugo:

¡Eo, familia! ¿A qué hora hay que estar mañana en tu casa, Conguito? No nos hagas madrugar mucho que hoy quiero salir de fiesta.

Andrea:

¿A las ocho? Y no me llames Conguito.

Daniela:

¿Vosotros dos habéis hecho las paces?

Hugo:

¿Qué paces?

Guillermo:

¡Venga ya! Llevamos unos años aguantando vuestras peleas y ahora nos vais a decir que no pasaba nada.

Miro el teléfono sin saber qué decir. No es justo que les ocultemos nuestra desavenencia, nunca hemos tenido secretos y nos hemos apoyado en todo, pero ¿qué puedo decirles?

Daniela:

Bueno, como veo que estos dos no nos van a explicar qué ha pasado, Malcom y yo tenemos que daros una buena noticia. ¿Hacemos una videollamada a las ocho, hora de Andorra?

Guillermo:

Por mí, perfecto.

Hugo:

Allí estaré.

Andrea.

Me lo apunto para no olvidarme. Últimamente no doy una.

Nos despedimos y cuando dejo el móvil en la mesa oigo dos toques en la puerta. Doy paso y Rosa se asoma con su habitual sonrisa.

—El señor Salazar ha llegado —me informa.

—Está bien. Hazlo pasar.

El señor Salazar se puso en contacto con nosotros porque acaba de montar una nueva empresa de organización de eventos en Barcelona y estaba interesado en llegar a un acuerdo con varios hoteles de Andorra para colaborar mutuamente.

—¡Buenas tardes, señora Guerrero! Un placer conocerla —me saluda, entra en el despacho y alarga su mano para estrecharla con la mía.

—¡Buenas tardes! Puede llamarme Andrea.

—Tienen un hotel precioso. Ojalá podamos llegar a un acuerdo.

—Seguro que sí. Explíqueme qué idea tienen.

—Pues verás, Andrea —dice, remarcando mi nombre. Se incorpora en la silla, se desabrocha la chaqueta y, al retirarla, veo que lleva un arma—. Resulta que tu marido tenía ciertos tratos con mi jefe. Sabemos que él ha fallecido, pobrecito, pero no es de buena persona liarse con la mujer de tu socio y robarle mercancía y dinero. Era un traidor y pagó por ello. Como te puedes imaginar, mi jefe tiene que recuperar lo que le robó. Seguro que tú puedes ayudarnos. Al fin y al cabo, era tu esposo.

Frunzo el ceño y trago saliva, trato de asimilar todo lo que me ha dicho este hombre, y mis manos empiezan a temblar. ¿En qué mierda estaba metido Gerard?

—Te juro que yo no sabía nada de sus negocios —le digo con la voz trémula.

—Pues vas a tener que investigar para saber dónde ha ocultado el señor Pons cierta información. Hay un contrato que involucra a mucha gente importante que mi jefe precisa recuperar. La copia original la tenía tu marido y ahora que está muerto, ese contrato no puede caer en manos de cualquiera. Eso sería un desastre.

—¿Y puedo saber de qué trata ese acuerdo? —susurro. Casi no me salen las palabras.

—Eso no es de tu incumbencia, cuanto menos sepas, mejor. Tienes un mes para encontrarlo. No te va a servir de nada si llamas a la policía, hay mucha gente preocupada por ese contrato. Conocemos todos los movimientos de tu familia y, por cierto, déjame decirte que tienes un hijo muy guapo.

—Si alguien le toca un pelo a mi hijo, me va a importar una mierda quién sea tu jefe. Díselo, porque moveré cielo y tierra para dar con él y arrancarle las pelotas. —No sé de dónde saco el

valor para decir esas palabras, pero si alguien toca a mi pequeño, soy capaz de matar.

—No te alteres, Andrea. Si haces correctamente tu trabajo, nadie sufrirá. Acércate a la tumba de tu marido y dale las gracias por ser tan cabronazo. Te dejo mi tarjeta, cuando sepas alguna cosa, me llamas. Un mes —me dice levantándose de la silla y vuelve a abrocharse la chaqueta.

—¿Cómo se supone que voy a encontrar algo que no tengo ni idea de qué es? —le pregunto antes de que abandone la estancia.

—El sobre y el documento llevan el mismo logo que hay en mi tarjeta. Suerte. —Hace un saludo militar al salir de mi despacho.

Soy incapaz de moverme, estoy paralizada. Así me encuentra Rosa. Solo la oigo llamarme con voz alarmada y noto que me zarandea, pero no puedo reaccionar. ¿Qué coño voy a hacer?

Capítulo 18

Víctor

Hoy es el segundo día de Jimena en la floristería y la verdad es que se desenvuelve muy bien y mi madre está encantada. Es media tarde y me he acercado a la tienda para ver si puedo echar una mano antes de hacer las últimas clases de la semana.

—Víctor, me ha explicado tu madre que eres monitor de gimnasio —me dice Jimena con una sonrisa.

—Así es. Me encanta meterle caña a la gente y hacerlos sudar. Soy un poco malo. Si algún día te animas, puedes venir a probar.

—¡Uy, qué va! Aparte de ser bastante patosa, no tengo mucho tiempo libre. Tampoco es que me lo hayas pintado muy bien... —explica mientras hace una mueca.

—Es verdad —me río—, como entrenador no lo hago mal, pero para vender, como puedes comprobar, no valgo.

Nos liamos en una charla mientras muevo unos sacos y ella monta una cesta con varias plantas. Le explico en qué consisten mis clases y Jimena se ríe al decirme que ya se imaginaba que no daba clases de yoga. Poco averiguo de ella, le cuesta abrirse. Se le nota incómoda y rehúye las preguntas más íntimas o relacionadas con su familia. Su actitud llama mi atención y me crea más ganas de saber qué esconde.

—Víctor, cariño, está sonando tu teléfono —chilla mi madre desde el mostrador.

Me limpio las manos en el delantal y me acerco a cogerlo donde lo dejé con mi cartera. Es un número que me suena, pero que no tengo registrado.

—¿Dígame?

—Víctor, soy Rosa, la ayudante de Andrea —se presenta. El tono alarmante de su voz me pone en alerta.

—Hola, Rosa. ¿Va todo bien?

—Verás, ¿crees que podrías venir al hotel? Te llamo de parte de Andrea. Ha pasado algo...

—¿Ella está bien? —le pregunto inquieto.

—Sí, sí... Creo que sería mejor que vinieras y ella te explica.

—Vale, estaré allí en diez minutos.

Nos despedimos y cuelgo la llamada. Mi madre me mira preocupada y me interroga con la mirada. Intento ignorarla porque no sé qué decirle, pero sé que no va a ser fácil escabullirme de su interrogatorio.

Me deshago del delantal y recupero la cartera y las llaves.

—Hijo, ¿va todo bien? ¿Ha pasado algo? —intenta averiguar.

—Un problema con una máquina del gimnasio. Voy a ir hasta allí, después vendré a acabar de guardar los sacos —comento de corrido. Su rostro me demuestra que no se ha creído mi excusa pero, por suerte, no indaga más. Le doy un beso en la mejilla y me despido con un adiós alto para que Jimena me oiga.

Tardo siete minutos en coger el coche, desplazarme hasta el hotel y aparcarlo en el exterior. No estorba, pero lo he dejado atravesado. Al entrar en la recepción ya me encuentro con Rosa que anda de un lado al otro, nerviosa.

—¡Oh, qué rápido has llegado! —me dice alucinada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras nos adentramos por un pasillo que da a los despachos.

—No lo sé muy bien. Tenía una reunión con un hombre y cuando este se marchó, me la encontré temblando y como ida. Lo único que me pidió, después de asegurarme de que estaba bien, era que te llamara para que vinieras. Algo le ha dicho ese hombre para dejarla en ese estado.

Asiento con la cabeza y acelero mis zancadas para llegar a ella lo antes posible. Oigo los rápidos pasos de Rosa que intenta seguirme. Al llegar a la puerta de su despacho ni siquiera me molesto en llamar. Andrea está sentada en su silla, con un codo apoyado en la mesa, cabizbaja y la mano tapando sus ojos. Nos oye entrar, levanta la cabeza y un torrente de lágrimas invade su cara. Se me encoge el alma al ver cómo la mujer fuerte, que casi nunca llora, se desmorona delante de mí. Me acerco a ella, que se levanta de la silla, y la rodeo con mis brazos. Ojalá pudiera llevarme yo todo ese dolor que demuestra el llanto.

—¡Shhh, nena, tranquila! —le pido y acaricio su espalda. Nos quedamos así un rato. Noto mi camiseta mojada, venía tan nervioso que no he cogido ni la chaqueta.

Rosa se mantiene cerca de la puerta en silencio. Por su cara de preocupación, se nota que le tiene mucho aprecio a Andrea.

Cuando noto que se ha calmado un poco, la separo de mi cuerpo, enmarco su cara con mis manos y le limpio las lágrimas con los pulgares. Andrea se pasa un pañuelo que lleva en la mano por la cara y la nariz, roja por el llanto. ¡Qué bonita es!

—¿Estás más tranquila? —le pregunto y ella asiente con la cabeza. Todavía le tiemblan un poco las manos. Le doy un beso en la frente y Andrea vuelve a abrazarme—. Rosa, ¿crees que podrías conseguir una tila?

—Claro que sí. Ahora vengo. —Sale y cierra la puerta tras ella.

—¿Quieres explicarme qué ha pasado? —intento averiguar con tiento.

—Supongo que debo pagar por las veces que no me he portado bien y no he sido justa con la gente. Puedo soportar los castigos por mis errores, pero no puedo comprender por qué tengo que asumir los de los demás.

—Nena, si no eres más clara, no te entiendo —le digo.

—No sé cómo pude estar tan ciega y me dejé arrastrar por esa familia. Siento tanto haberte fallado, me equivoqué. Me cegó su estatus, su posición social, qué sé yo... —sigue hablando sin mucho sentido.

—Andrea, deja el pasado atrás. Necesito que te centres y me expliques por qué estás así.

—No puedo dejarlo atrás, está muerto y todavía me persigue —exclama con un tono de voz elevado. Por un momento, tengo miedo de que pierda el juicio y valoro en llamar a alguno de sus hermanos, hasta que nuestras miradas se cruzan—. No estoy loca, Víctor.

Cuando estoy a punto de contestarle, unos toques en la puerta desvían nuestra atención y vemos entrar a Rosa con la tila.

—¿Estás mejor? —quiere saber mi ayudante.

—Creo que sí. Gracias por la tila. ¿Nos podrías dejar a solas? —le pide Andrea.

—Por supuesto.

Esperamos a que salga y cierre la puerta para volver a centrarnos en nosotros. Andrea rodea la taza con las manos y suspira. Yo me mantengo en silencio a la espera de que ella esté preparada para hablar.

—Tengo que encontrar un contrato que involucra a muchas personas importantes.

—¿Perdona? —le pregunto alucinado.

—Supuestamente, hoy me tenía que reunir con el gerente de una empresa de Barcelona para ver si podíamos llegar a un acuerdo laboral. Y nos reunimos, pero su objetivo era otro. Parece que Gerard era socio de su jefe y lo estafó, aparte de tirarse a su mujer. Debo encontrar un documento que mi marido tenía en su poder y este hombre quiere recuperar. Me ha dado el plazo de un mes para averiguar dónde lo guardó mi querido marido y devolvérselo.

—¡Jo-der!

—Lo peor es que me ha amenazado. Dice que conocen los movimientos de toda mi familia e incluso me ha nombrado a Jordi —me explica mientras se le apaga la voz.

—Vale, tranquila. Primero nos calmaremos y tenemos que pensar. Podemos llamar a Fernández y explicárselo. —Andrea niega con la cabeza.

—Me ha dicho que no lo haga, que no meta a la policía. Víctor, si le pasa algo a mi hijo o a alguien de mi familia, yo me muero.

—Todo va a ir bien —la animo y me agacho para abrazarla de nuevo—. ¿Sabes por dónde empezar?

—No tengo ni idea, sé que debe llevar este logo —dice enseñándome una tarjeta—. Menos mal que todavía no he mandado las cajas de Gerard a casa de su madre. Empezaré por revisar todos los documentos, a ver si encuentro algo. ¿Cómo ha podido hacernos esto? Entiendo que yo no le importara, pero ¿su hijo? —dice y vuelve a llorar.

—Supongo que el poder, la ambición y el dinero pueden llegar a cegar a uno. Lo que está claro es que a vosotros os utilizaba de tapadera. A saber cuántos años llevaba metido en ese mundo.

—Y yo fui una estúpida que no dudé de él en ningún momento, por lo menos no de que estuviera metido en semejante mundo. Sospechaba que tenía una amante, creo que siempre lo tuve claro, pero mi orgullo no quería reconocerlo.

—No creo que valga la pena lamentarse por lo que pudo ser y no fue. Te harás más daño y no conseguirás nada. Ahora, debemos centrarnos en encontrar el contrato que te reclaman.

—Tienes razón. Faltan cuarenta minutos para que salga Jordi del colegio, nos iremos a casa

y empezaré la búsqueda. —Se lleva la taza a la boca y se bebe la tila de golpe.

—Andrea, creo que deberías contarle esto a tus hermanos y a tus padres —le aconsejo.

—No, de ninguna manera. No quiero preocuparlos antes de tiempo. Seguro que consigo encontrar el documento y esta pesadilla se acabará. Es una tontería que se inquieten —asegura, convencida de sus palabras. Parece que ha vuelto la Andrea fuerte y valiente.

—Está bien. Pero si en unos días no encontramos nada, se lo explicarás. Puede que ellos estén en peligro y deberían saberlo.

—Vale, lo prometo. Gracias por venir y por apoyarme, no sabía a quién acudir. Eres un hombre maravilloso, con un gran corazón que, a pesar de que te hice daño, sigues ayudándome y estás a mi lado —dice mientras acaricia mi mejilla.

—Ojalá pudiera odiarte y alejarme de ti. Todo sería mucho más fácil, te lo aseguro —le susurro y apoyo mi frente en la suya.

—Estoy convencida de que, algún día, serás muy feliz, te lo mereces. Perdí mi oportunidad, pero no te imaginas lo que daría por una segunda.

Acerco mis labios a los suyos y los beso, con ternura al principio para profundizar más a continuación. Mi lengua sale en busca de la suya y me pierdo en ella. Rodeo su cuerpo con mis brazos y la estrecho contra mi cuerpo. La oigo gemir y con ese simple sonido consigue erizar toda mi piel. ¡Dios, cómo echaba de menos tenerla entre mis brazos!

Un carraspeo hace que nos separemos de golpe, alarmados porque nos hayan pillado en un acto tan íntimo.

—Siento interrumpir —dice Rosa, que sonrío de forma pícaro—. He llamado dos veces y, al no darme paso, he decidido entrar. Solo quería avisarte de que deberías irte para recoger a Jordi si no quieres llegar tarde.

—Tienes razón, Rosa. Gracias.

—De nada, para eso estamos.

—Por cierto —la frena Andrea cuando está a punto de salir—. Supongo que no has visto nada, ¿verdad?

—Ciega, muda y sorda —asegura la ayudante, que sale dando saltitos como si fuera una niña pequeña y los dos sonreímos ante su actitud.

Andrea coge la chaqueta y recupera su bolso. De este, saca un pequeño espejo y mira su aspecto.

—Espero que durante el trayecto se vayan un poco las rojeces y no se note tanto que he llorado —me dice y frunce los morros. Se los volvería a comer sin ningún problema.

—Ya casi no se nota. Siempre estás preciosa, eres preciosa. —Se acerca a mí y me da un sonoro beso en los labios.

—Sé que esto no está bien, pero eres como una balsa de agua en medio del desierto. Ojalá no fuera todo tan complicado.

—Vendrán mejores momentos, ya lo verás. A la noche te llamo e intentaré pasar por tu casa para ayudarte a encontrar algún rastro de ese contrato —le digo a la vez que rodeo su cintura con mis manos y la vuelvo a besar.

—No hace falta que vengas. Hoy es viernes y seguro que tienes planes con mi hermano.

Es verdad, habíamos quedado para salir a tomar algo. Pero compartir tiempo con ella, después de tantos años separados, aunque sea por algo tan peliagudo, me parece un mejor plan.

—Tú por eso no te preocupes. Te aviso antes de ir.

—Vale. Me voy, que llegaré tarde.

Vuelve a acercarse a mi boca para despedirse con un nuevo beso. Salimos del despacho los dos juntos, pero mantenemos la distancia. Nos despedimos de Rosa y cada uno coge su coche para dirigirse a su destino.

Entro por las puertas del gimnasio con el tiempo justo y, mientras atravieso el pasillo hasta el vestuario, me cruzo con Hugo que me mira con las cejas elevadas. Muy pocas veces en mi vida laboral he llegado apurado. Da la casualidad de que en las ocasiones en las que ha sucedido, también fue por culpa de Andrea. Espero que mi amigo no asocie las cosas.

Las tres clases que doy acaban con toda mi resistencia. El hecho de que sea final de semana y que ponga toda la energía en mi trabajo, tiene mucho que ver. Por suerte, Meri hoy no ha asistido a clase. Lleva unos días de lo más persistente, y su insistencia para quedar ya empieza a incomodarme.

—¿A dónde quieres ir a cenar? —me pregunta Hugo cuando se sienta a mi lado en el banco mientras me acabo de vestir.

—La verdad es que estoy reventado y había pensado en no salir. —Espero que mi excusa cuele.

—Había quedado con Lorena y Meri. No puedes negarte a eso.

—Lo siento, de verdad. Pero hoy paso. Miraré algo tranquilo en la tele con mi madre y me iré a dormir pronto. ¿Quedamos mañana? —expongo, a ver si así me puedo escaquear.

—¡Está bien! Te has vuelto un aburrido, pero no me voy a quejar. Más mujeres para mí. — Niego con la cabeza, dándolo por imposible mientras él sonríe de forma pícaro.

—Hablamos mañana, entonces —comento. Me levanto, recojo la mochila y nos chocamos las manos a modo de despedida.

No me gusta nada mentirle y salgo con una mala sensación. No suelo hacerlo y todas las veces que me he visto obligado a ello, siempre ha sido por algo relacionado con Andrea. Justo como ahora. Espero que no se entere, no quiero estar entre dos fuegos, los dos son demasiado poderosos y me chamuscaría con cualquiera de ellos.

Capítulo 19

Andrea

Desde que he salido del hotel, tengo la sensación de que me persiguen y me observan. Debo calmarme o me volveré loca. A la salida del colegio, la mamá de un compañero de Jordi me ha tocado el hombro y he pegado un salto por el susto que incluso ella se ha disculpado. ¿De qué será capaz esa gente? ¿Podrían llegar a matar por el contenido de ese documento? «No, no creo que puedan llegar a eso», asegura la parte ingenua de mi cerebro. «Eso no te lo crees ni tú. Mira lo que le ha pasado a Gerard», esa es la parte racional. Sacudo la cabeza para alejar todos esos pensamientos que me harán perder la cordura.

Sonrío al ver cómo corre mi pequeño hacia mí. Con él cerca se me olvida todo o eso debo intentar.

—¡Hola, mami! —saluda con una gran sonrisa.

—¡Hola, cacahuete! ¿Qué tal ha ido el día? —pregunto.

Se adentra en una de sus charlas y me explica todo lo que ha pasado con sus amigos. Hoy parece que ha habido una pelea y la profesora ha castigado a los culpables; además, han perdido una pelota y una de sus amiguitas se ha caído y se ha raspado la rodilla.

—Lloraba un montón, pero yo creo que no era para tanto.

—No a todos nos duelen las cosas de la misma manera —le explico mientras nos dirigimos a casa en el coche. Sigo un poco obsesionada y miro los retrovisores de forma constante.

—¿Pasa algo, mami? —pregunta mi pequeño desde su silla infantil.

—¿Qué?

—No paras de mirar todo el rato hacia atrás. ¿Has visto algún coche que te ha gustado?

—Sí, eso, era un coche muy chulo —le aseguro para que no note mi nerviosismo.

—¿A ver? —indaga curioso.

—Jordi no te quites los cinturones de la silla. Podemos tener un accidente y saldrías volando —le pido inquieta.

—Vaaaleee —dice. Alarga las vocales, resignado, y se sienta de forma correcta—. ¿Podemos ir a merendar a casa de los abuelos?

—No les hemos avisado y a lo mejor no están en casa.

—Llámalos, porfa —me pide, pone cara de pena y eleva las manos a modo de súplica.

Cedo y llamo a mis padres con el manos libres. La voz de mi madre invade el interior del vehículo y Jordi le hace la petición sin dejarme hablar siquiera. Así que no me queda otro

remedio que cumplir los deseos de mi pequeño. Me encanta visitar a mis padres y charlar con ellos, pero mi estado de ansiedad y preocupación es difícil de disimular y temo que tendré que mentir para que no descubran la verdad. Lo último que quiero es inquietarlos. Encontraré el contrato y podré seguir con mi vida.

—¡Hola, abuela! —saluda mi hijo que sale del coche a la carrera. Le da un abrazo y rápido desaparece para jugar con Loqui.

La casa de mis padres está en una finca alejada de la carretera principal. Hay un desvío para acceder a la propiedad. Es bastante grande, aquí nos criamos los cuatro con ellos y está a cinco minutos andando del hotel. Guillermo y Camila viven muy cerca de aquí y dentro de poco se mudarán a una casa que se están construyendo no muy lejos. Hugo vive en el centro de la parroquia en la que viven mis padres. Aquí en Andorra, no estamos divididos por ayuntamientos, sino por parroquias y en total hay siete. Mi familia siempre hemos residido en la parte noroeste del valle. Con Gerard vivíamos en el centro de Andorra, la casa que estoy a punto de dejar y mi nuevo piso también están cerca del hotel y de mis padres.

Salgo del coche y repaso con la mirada el trozo de carretera que se ve desde aquí, por si veo algo sospechoso. No parece que haya nada raro.

—¿Buscas a alguien? —Oigo que dice mi padre desde una de las terrazas.

—No, qué va. ¿A quién voy a buscar? —digo nerviosa. Madre mía, qué complicado va a ser mantener la compostura para no ser descubierta. Pero si he vivido durante seis años una vida donde todo era teatro, podré ser una gran actriz un mes más.

Cuando entro, mi hijo ya se ha quitado la chaqueta y se sube en uno de los taburetes de la cocina donde le espera una taza de chocolate caliente.

—¿Quieres uno? —me pregunta mi madre. La verdad es que el chocolate que hace está de muerte, pero no me entra nada, tengo el estómago cerrado.

—No, gracias. No tardaremos en irnos. Todavía tengo cosas que guardar y mañana empezamos la mudanza —explico.

—¿Necesitas que te ayudemos? —se interesa mi padre cuando entra en la cocina. Se acerca a mí y me besa en la mejilla—. ¡Hola, pequeño guerrero! —saluda a Jordi y le alborota el pelo.

—¡Hola, abuelo! —contesta mi hijo con los morros marrones del chocolate.

—No hace falta, papá. Ya tengo a toda la juventud para ayudarme.

—¡Vaya! Muchas gracias por llamarme viejo —se queja.

—No quería decir eso...

—Ya, seguro que no. ¿No hay una taza de esas para mí? —le pide a mi madre.

—Eusebio, tú no deberías ingerir tanto azúcar —le reprende mi progenitora.

—Voy a acabar hundido en la miseria. Mis hijos se piensan que soy un vejestorio y tú no me dejas disfrutar de ningún placer. Me vais a matar antes de tiempo —declara enfadado.

—Por el amor de Dios. Mira que eres exagerado —contraataca mi madre.

—No les hagas caso, abuelo, eres guay —lo defiende mi hijo.

—Así me gusta, que los hombres de la familia nos defendamos. Gracias, cariño. —Tanto mi madre como yo ponemos los ojos en blanco ante tanto dramatismo.

Charlamos un rato de varios temas del hotel y Jordi les explica sus batallas en el colegio

hasta que el sonido de la entrada de un mensaje en mi teléfono me descentra.

Desconocido:

Tic, tac, tic, tac... Empieza la cuenta atrás.

A dicho texto lo acompaña una foto de mis padres paseando por la calle. Intento mantener la compostura y disimular cómo me afecta lo que acabo de recibir, pero es casi imposible.

—¿Malas noticias? —pregunta mi padre. Al levantar la cabeza veo que los dos me observan preocupados.

—Mi suegra, que es como un grano en el culo —intento disimular como puedo. Me tiemblan las manos y he debido de perder el color de mi rostro.

—Esa mujer siempre ha sido una bruja —dice mi padre.

—¡Papá! —le reclamo—, no quiero que habléis así de ella delante del niño.

Los tres miramos a Jordi que está sentado en el suelo del pasillo y juega con Loqui. Por muy mala que sea Lucía es su abuela, aunque ella no actúe como tal.

—Cariño, intenta tener un poco de paciencia. Ya sabemos cómo es, pero perder un hijo debe de ser muy duro. Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo —comenta mi madre y un escalofrío le recorre el cuerpo.

—Lo sé, mamá. Pero ni Jordi ni yo tenemos la culpa. Puedo entender que no quiera saber nada de mí, pero mi pequeño es su nieto. Me dolió mucho que pusieran la cláusula de la paternidad.

—Eso me parece totalmente fuera de lugar —apoya mi padre—. ¿Qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé. Tengo que hablar con Adrián para saber las consecuencias de no realizar la prueba de ADN. Yo no quiero nada de esa familia, pero mi hijo tiene derechos.

—¡Mami! —nos interrumpe Jordi—, ¿me puedo quedar a dormir con los abuelos? Mañana no hay cole, ¡porfa!

—Cacahuete, tenemos que acabar de recoger las cosas para mañana cambiarnos de casa. Además, seguro que los abuelos tienen cosas que hacer.

—Abuela, ¿a que puedo quedarme? Me voy a portar superbién. Seré obediente y haré todo lo que me pidas —le dice mi hijo que salta inquieto.

—¿Estás seguro? Mira que te voy a hacer trabajar un montón —advierte mi madre poniéndose seria, cosa que no consigue al ver el ceño fruncido de mi hijo.

—Bueno, seguro que el abuelo me ayuda, ¿verdad?

—Con una condición —le pide mi padre—, que después juegues conmigo a la oca y no te enfades si pierdes.

—Trato —asiente mi pequeño y levanta la mano para que mi padre se la choque.

Miro a mi madre que me sonrío y afirma con la cabeza para confirmar que no hay problema en que Jordi se quede con ellos. Como suele hacerlo a menudo, ya hay una muda y un pijama fijo en casa de mis padres. Mi hijo disfruta mucho con ellos, son unos grandes abuelos.

—Está bien. Te quedas. Pero como la abuela o el abuelo me digan que te has portado mal, te voy a castigar.

—Sííí —chilla mi pequeño y sale de la cocina a buscar a su amigo perruno.

—Vete tranquila, cariño. Seguro que así puedes avanzar mucho más —dice mi madre.

Le pido que si hay alguna cosa que me llame. Les doy un beso a mis padres y me despido de mi cacahuete pidiéndole que se porte bien. Subo al coche y me dirijo a mi casa; bueno, a esa que fue mi casa durante casi seis años. He vivido muy buenos momentos en ella, pero también los más duros de mi vida. Ahora toca empezar de nuevo y tengo muchas ganas de cerrar este capítulo. Lo malo es que no lo haré por completo hasta que encuentre ese puñetero documento y me deshaga de todas las mierdas de Gerard. No sé si es sano odiar tanto a una persona fallecida.

≡≡≡

El camino de regreso fue tenso, es un milagro que no haya tenido un accidente. No he podido evitar estar alerta durante el trayecto. Todo lo que veo me parece sospechoso. Ojalá encuentre ese contrato lo antes posible o esta inquietud va a acabar conmigo.

Me he duchado y ya tengo vacía la habitación de Jordi. No quedaban muchas cosas, así que ahora está preparada para llevar todo a nuestro nuevo hogar. Estoy tan entretenida que me he olvidado de que había quedado con mis hermanos para hacer una videollamada. Descuelgo el teléfono, ya tenía tres llamadas perdidas, y ya veo las caras de todos, incluso están mis padres.

—¡Ya era hora! —se queja Hugo cuando me ve aparecer en la pantalla.

—Lo siento. Estoy recogiendo cosas y me he olvidado —me excuso.

—No pasa nada —asegura Daniela—. Ahora que ya estamos todos, Malcom y yo tenemos que contaros una cosa.

Los observo a través de la pequeña pantalla de mi móvil. Tengo una familia increíble y la sola idea de pensar que les pudiera pasar alguna cosa por mi culpa, hace que mi corazón se detenga. Mis padres son felices al ver que sus hijos también lo son y disfrutan mucho con sus nietos. A Daniela y Malcom les brilla la mirada, afrontan su vida juntos después de un duro comienzo. Guille y Camila han vuelto a disfrutar el uno del otro después de una complicada separación que afectó a toda la familia. Y a Hugo todavía le tiene que llegar su momento. Se hace el fuerte, pero sé que aparecerá esa mujer que ponga su mundo del revés. No hemos sido los hermanos que mejor se han llevado, sobre todo después de enterarse de mi relación con Víctor, pero sé que me quiere tanto como yo a él, aunque a veces sea un insoportable. Debo controlarme o acabaré con un ataque de ansiedad, los preocuparé y estropearé el momento de Daniela.

—... así que hemos empezado con los trámites de adopción —oigo la última frase de mi hermana.

—Pero eso es fabuloso, enhorabuena —los felicita mi madre con una gran sonrisa.

Todos aplauden y los felicitan entre risas y alegría menos yo. Me he quedado paralizada.

—*Conguito*, ¿estás bien? ¿No piensas felicitar a Daniela y Malcom? —pregunta Guille.

—¡Eh, sí, claro! Enhorabuena a los dos. —Intento sonreír, pero no me sale muy bien.

Me siento observada y sé que mi reacción no le gusta a mi familia. Normal, es una gran noticia, aunque solo haya escuchado el final. Que mi hermana y mi cuñado hayan decidido adoptar, me parece una gran decisión, de verdad que sí. Ojalá les pudiera contar que mi actitud nada tiene que ver con la noticia.

—¡Vaya! Pensé que mi hermana Andrea había vuelto, pero veo que solo fue un espejismo —se queja Hugo.

—Hugo, por favor —reclama mi madre.

—Es verdad, joder. ¿Tan complicado le resulta alegrarse por ellos?

—Yo... —No tengo argumentos, por una vez Hugo tiene razón. Este era un gran momento y yo se lo he destrozado—. Lo siento. Dani, me alegro mucho, te lo juro.

Bajo la cabeza e intento disimular las lágrimas que descienden por mi cara.

—Andrea, ya lo sé. Todos entendemos que no pasas por tu mejor momento. ¿Verdad, Hugo? —le reclama a mi hermano y este asiente con la cabeza—. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea. Vendrán tiempos mejores, ya lo verás.

Se genera un silencio general y aprovecho para coger un pañuelo y limpiarme la cara.

—Pero, Dani, cuéntanos cómo es. ¿Tienes alguna foto? —rompe el silencio mi cuñada Camila.

La ilusión regresa a la cara de mi hermana y nos enseña a una preciosa niña de un año, más o menos. En la fotografía resaltan su piel oscura y unos enormes y curiosos ojos. Es preciosa. Es una niña huérfana y estoy convencida de que va a ser muy feliz con Daniela, Malcom y rodeada de los Guerrero.

Los ánimos se han calmado, yo estoy más tranquila e incluso he conseguido sonreír. Nos explican la complejidad de la adopción y que esperan poder agilizar los trámites con la ayuda e influencia de la familia Davis.

Nos despedimos, pero sé que, a pesar de la alegría general por la noticia, todos están preocupados por mí. Cuando se corta la llamada y me quedo sola en esta gran casa, rodeada de un absoluto silencio, me hundo y caigo derrotada al suelo. No puedo controlar las lágrimas que se derraman por mi rostro y el dolor tan grande que nace en mi pecho. ¡Maldito seas, Gerard Pons!

Capítulo 20

Víctor

Doy unos toques en la puerta de la habitación de mi madre y asomo la cabeza. Cuando acabé mis clases, Jimena ya había cerrado la floristería y acompañado a mi madre hasta su piso. Al llegar, me la encontré haciendo algo para cenar. La ayudé y comimos juntos. Le comenté que había quedado con Hugo para salir de fiesta un rato y que no sabía a qué hora llegaría. Otra mentira, lo peor es que yo sabía que esto de engañar a mi gente no me iba a traer nada bueno. Mi madre siempre me decía que caía antes un mentiroso que un cojo, y sé que tiene razón, pero no puedo evitarlo.

—Mamá, me voy. Si necesitas alguna cosa, me llamas al móvil, ¿vale?

—Vale, cariño. Vete tranquilo y disfruta de la noche. Dale recuerdos a Hugo, a ver cuándo se pasa a verme por la floristería.

—Ya se lo digo —le contesto y evito su mirada. Me conoce tan bien que es posible que solo con observar mis ojos sepa que le miento.

Me despido de ella con un beso y la dejo centrada en un libro. Cojo mi coche y me dirijo a la casa de Andrea. Cuando aparco delante de la puerta, le envío un mensaje para que me abra. Entro en la finca y dejo el coche al lado del suyo. La puerta principal está medio abierta y la empujo para entrar.

—¡Hola! —llamo.

—En la habitación —me contesta.

Cierro la puerta y recorro el pasillo hasta llegar a su habitación. La observo desde la puerta. Lleva un pantalón de deporte holgado y una chaqueta larga de lana. Su pelo está recogido en un moño alto y deshecho. Al darse cuenta de que estoy en la estancia, se gira y me sonrío. Está rodeada de cajas abiertas y papeles por todos los lados. Un mechón que se ha soltado del moño le cae por la cara y, cuando se lo pone detrás de la oreja, me doy cuenta del estado de su rostro. Ha llorado, mucho. Tiene la nariz roja y los ojos hinchados. Duele ver el daño que le ha hecho el cabrón de Gerard. Desde que la conozco, puedo contar con los dedos de una mano las veces que la he visto llorar y aún me sobrarían. Andrea siempre ha sido una mujer fuerte y entera, incluso a veces demasiado, haciéndola parecer fría. Pero, desde la muerte de su marido, es raro no verla triste y decaída. Y no es para menos. Ahora tiene un gran problema encima, con gente con la que no se juega. La apoyaré en todo lo que pueda, no pienso dejar que se rinda. Le demostraré que el amor lo puede todo, incluso borrar el dolor que me ocasionó al dejarme por Gerard.

Nuestros ojos no dejan de observarse hasta que ella baja la cabeza y rompe el contacto. La chaqueta se le ha resbalado del hombro, arrastrando la camiseta y dejándolo al aire. Es una mujer

tan bonita... Pero ahora se la ve indefensa, derrotada.

—No puedo más —susurra.

Me acerco a ella y la envuelvo con mi cuerpo. Por mi altura y dimensiones parece una muñeca entre mis brazos. Apoya su cabeza en mi pecho y la oigo suspirar. Beso su cabeza y cierro los ojos para absorber su olor, ese que he respirado en tantas ocasiones y que, con el paso del tiempo, casi había olvidado.

—No está permitido rendirse —le pido—. Yo te ayudaré en todo lo que necesites. Lo haremos juntos, ¿vale?

—Gracias —me dice, fundiéndose más en mi cuerpo.

Nos mantenemos así un rato hasta que ella despega su cara y me mira. Le sonrío. Alargo la mano para volver a poner el mechón suelto detrás de su oreja y acaricio su mejilla. Amo a esta mujer, nunca conseguí olvidarla. Quizá no era nuestro momento y necesitábamos algunas lecciones de la vida para darnos cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Todo lo que vivimos juntos, a pesar de que nuestra relación fuera un secreto, no puede quedar en nada. Allí había amor, como lo hay ahora en esta habitación.

—Deberíamos ponernos en marcha. Hay mucha documentación que revisar —me pide.

—Claro —comento, separándome de ella—. ¿Qué buscamos?

—No tengo ni idea. Solo sé que el sobre o el documento deben llevar este logo —contesta y suelta una carcajada nerviosa que resuena en la estancia casi vacía. Me giro de forma inconsciente hacia la puerta por si veo aparecer a Jordi—. No está. Se ha quedado a dormir en casa de mis padres.

Asiento con la cabeza y me agacho a su lado para coger un montón de papeles de una de las cajas. Nos pasamos así más de dos horas, donde removemos hojas de un lado al otro. No tenemos ni idea de qué buscamos. Hay miles de contratos y algunos dudosos. Este hombre era una caja de sorpresas. Aparte del documento de compra del piso de Barcelona, donde lo mataron, no hemos encontrado ningún papel que lleve el logo especificado. Mientras buscábamos, Andrea me ha explicado que Daniela y Malcom van a adoptar a una niña. Yo le cuento que he conseguido convencer a mi madre y hemos contratado a Jimena para que la ayude. Compartimos una botella de vino y, al final, acabamos los dos sentados en el suelo con el cuerpo apoyado en la cama. He revisado mi teléfono en varias ocasiones, por si me llamaba mi madre y tengo tres llamadas perdidas de Hugo. Ya me extrañaba a mí que se diera por satisfecho con mi excusa.

—Tengo ganas de marcharme de aquí, encontrar el puñetero contrato y empezar una nueva vida —me explica Andrea que apoya su cabeza en mi hombro.

—Paso a paso. Mañana ya empiezas por uno.

—Es verdad. Me queda mucho trabajo por delante, pero poder dormir en un piso donde no haya recuerdos con él, va a ser muy bueno.

Mi mandíbula se tensa al igual que lo hace todo mi cuerpo y sé que Andrea se ha dado cuenta. Pensar que la tuvo entre sus brazos, la besó y le hizo el amor, saca mi lado celoso y no lo puedo evitar. Duele saber que Gerard tuvo el poder para arrebatármela y dejarme vacío. Andrea se incorpora y se sienta a horcajadas en mi cuerpo. Nuestras miradas se encuentran y sé todo lo que la mía desprende. Dolor, resignación, pena...

—Lo siento. No quería hacerte sentir incómodo. Perdóname, por favor —me pide y enmarca

mi cara para que me centre en ella—. Sé que no tengo derecho a decirte esto. Que parecerá que, ahora que estoy sola, intento convencerte de mis sentimientos. Pero no hubo un solo día de mi vida que no pensara en ti. Que no recordase tus besos, las risas que compartimos y lo feliz que era a tu lado. Sueno egoísta, lo sé. Fui una estúpida y no supe gestionar lo que sentía. Me vi absorbida por todo lo que él me ofrecía. Me ofusqué con su interés por la rarita de Andrea y me dejé llevar. Está claro que no tomé la mejor decisión pero, ahora, no puedo volver atrás y cambiarla.

—Me hundiste. Acabaste con toda mi ilusión y me resigné a vivir sin ti. Es lo más difícil que he hecho en la vida. Verte por el gimnasio y no poder tocarte fue un suplicio. Me dolía pensar que ya no recordabas las veces que te hice mía, quería olvidar todos tus besos y caricias que martilleaban en mi cabeza cada vez que pensaba en ti —le explico—. No lograba entender por qué me dejaste amarte y con un chasquido desapareciste sin más. No creo que mereciera lo que me hiciste.

—No sé qué decir. No hay palabras ni excusas que justifiquen mis actos. Lo único que me queda es esperar que me perdones y me dejes demostrarte lo mucho que te quiero.

Esta situación no nos traerá nada bueno, pero no soy capaz de resistirme a ella, a la forma en la que me mira. Una parte de mí sabe que debería estar enfadado y alejarme de Andrea; la otra, que no me miente y que me quiere tanto como yo a ella. Ya tuve que vivir sin Andrea durante seis años, ahora no pienso perder la oportunidad de tenerla a mi lado.

Acerco mi boca a la suya y la beso con delicadeza, con todo el amor que he retenido en este tiempo. Ella se acerca más a mi cuerpo y sus manos van a parar a mi pelo. Nuestras lenguas se tropiezan y se saborean. Es exactamente como lo recordaba. Soy incapaz de retener mis manos que van a parar al interior de su camiseta, suben por sus costados, y hacen que su piel se erice. No lleva sujetador, ya me había dado cuenta y me ha tenido tonto todo el rato. Sin dejar de besarla, recorro con mis dedos el contorno de sus pechos hasta que mi pulgar llega a sus pezones. La oigo jadear en mi boca y es el toque final para que mi miembro se endurezca por completo y brinque en mis pantalones.

—Deberíamos parar, si continúo, después no voy a ser capaz de hacerlo —le susurro, separándola de mis labios.

—No quiero que pares —me pide, dándole un mordisco a mi labio inferior.

Demasiada tentación para echarme para atrás. Intento controlar mi impaciencia o le arrancarí la ropa y, con ella, quiero ir con calma. Deslizo mis manos por la chaqueta de lana y Andrea me ayuda moviendo los hombros. Una vez la prenda cae al suelo, Andrea coge el bajo de mi camiseta y me la quita. Prosigo con la suya y dejamos así nuestros torsos desnudos. Bajo mis manos por los hombros hasta sus pechos firmes, que encierro entre mis manos y, al retirarme, pellizco sus pezones. Andrea se arquea, dejándolos así preparados para mi boca. Los saboreo, los beso y los muerdo disfrutando de sus jadeos.

—¡Joder! Eres preciosa —le digo mientras beso su cuello. Andrea no dice nada, solo me sonrío.

Necesito liberar mi miembro de los pantalones y Andrea parece leerme la mente porque acerca sus manos al botón y lo desabrocha, haciéndolo también con la cremallera. Suspiro al dejar de notar la presión. Cierro los ojos al sentir cómo cuele sus manos en el interior de mi ropa interior y siseo cuando sus manos me tocan el pene. No necesito mucha estimulación, está más que preparado para disfrutar de ella. Aprieto la mandíbula en un intento de contención, si sigue con

esos movimientos, conseguirá que me vacíe en un minuto.

—No quiero correrme en tus manos —le digo reteniéndola y sacándolas de mis calzoncillos. Se las beso.

Se suelta de mi agarre y se pone de pie. Mete los dedos por la cinturilla de su pantalón y lo hace bajar junto con sus bragas, quedándose así totalmente desnuda delante de mí. No sé cuánto rato me quedo mirándola, embobado, hasta que ella eleva un dedo y me llama. No me hago esperar, me saca la cartera del pantalón y cojo un preservativo. Lanzo la cartera encima de la cama y me quito el pantalón a trompicones. Me matan las ganas de volver a estar en su interior. Me acerco a ella y la beso, saboreo sus labios carnosos con ganas. No me puedo creer que la vuelva a tener entre mis brazos. Me separo para coger aire y observarla. Tiene las mejillas sonrojadas y el moño desecho, así que su melena casi cubre sus pechos desnudos. Es perfecta. Mientras la miro, abro el preservativo con la boca y me lo coloco sin dejar de disfrutar de su cuerpo. Cuando me aseguro de que la goma está bien puesta, me lanzo a ella. Literalmente. Rodeo su cuerpo con mis fuertes brazos y Andrea lo hace con sus piernas en mi cintura. La apoyo en la pared y dirijo mi miembro a su interior. Noto el calor de su cuerpo que hace que mi erección se endurezca más si cabe. En la estancia solo se oyen nuestros jadeos, gemidos y suspiros.

—Esto es una puta locura —le susurro mientras dejo besos por su cuello y su clavícula.

—Te he echado tanto de menos...

Al oír sus palabras una rara sensación invade mi cuerpo. No puedo descifrar de qué se trata, pero una especie de rabia se apodera de mí, y la sesión dulce se transforma en penetraciones profundas y duras. Ya no hacemos el amor, esto es puro sexo. Ese «te he echado de menos» ha sacudido mis cimientos y la incomprensión ha vuelto a mi cabeza. No fui yo el que la abandonó, el que se alejó de ella dejándola destrozada. Sé que la amo por encima de todo, pero todavía duele. Sigue doliendo mucho.

Capítulo 21

Andrea

Estoy aturdida por el orgasmo, pero también por el cambio de actitud de Víctor. Dejó de ser el hombre tierno y sus envites se volvieron duros e intensos. No me quejo, pero un regusto amargo se ha apoderado del acto.

A medida que recuperamos la respiración, Víctor sale de mi interior y me deja despacio en el suelo. Evita mi mirada y se ha convertido en un hombre frío. ¿Qué narices ha pasado?

—¿Puedes mantenerte en pie? —pregunta antes de soltarme.

—Sí. Víctor, ¿estás bien? —Un temor invade mi cuerpo. ¿Y si no ha sentido lo mismo que antes?

—Claro —me contesta, pero sigue sin mirarme.

Se deshace del preservativo, le hace un nudo y lo deja en el suelo. Recupera su ropa y se viste en silencio. Es una situación incómoda, ¿dónde ha quedado la complicidad que teníamos hace un rato? Cojo mis bragas, el pantalón y la camiseta y hago lo mismo que él.

—Víctor, yo..., ¿he dicho algo...?

—Todo está bien, Andrea —me corta sin dejarme acabar la frase—. Creo que será mejor que me vaya, es tarde. A media mañana vendré a ayudarte a hacer la mudanza.

—No hace falta que vengas —le contesto algo borde. Ya no somos niños y está claro que algo le ha molestado y me duele que no me lo diga.

—Cuando deje a mi madre en la floristería, me acercaré. Nunca van mal dos manos más.

—Como quieras —concluyo.

Recoge el preservativo del suelo, recupera la cartera que dejó en la cama y sale de la habitación. Suspiro. No sé qué situación con él me gusta más, si la de la distancia o la de la frialdad. Lo sigo y veo cómo se mete en la cocina, supongo que a tirar el condón. Vuelve a salir y coge su chaqueta que dejó encima de un sofá.

—Nos vemos en unas horas —dice. Son casi las tres de la mañana.

—Vale.

Se da la vuelta, da tres pasos y se para. Veo que se gira y deshace lo andado para estrellar sus labios contra los míos. Cierro los ojos para disfrutar de la invasión de su lengua que busca la mía. Los recuerdos de todo lo vivido con Víctor se acumulan en mi cabeza, pero también hay un hueco para lamentarme por lo que me perdí al no estar a su lado. Hay muchas cosas que cambiaría de mis últimos seis años, probablemente la mayoría, a excepción de mi embarazo y maternidad. Mi cacahuete es mi mundo y es lo único bueno de esa etapa. A lo mejor exagero, el primer año y

medio fue bueno, pero queda tan lejos y los últimos acontecimientos son tan duros que los he olvidado con demasiada facilidad.

Víctor concluye el beso y esta vez sí lo veo alejarse y entrar en su vehículo. Presiono el botón para abrir la puerta y que pueda salir. Espero hasta que desaparece y el portalón se cierra por completo.

Al quedarme sola otra vez, mi cerebro regresa a la realidad, a esa donde debo buscar un importante contrato y no tengo ni idea de por dónde empezar. Me doy cuenta de que mi querido marido tenía muchos secretos y escondía demasiada información de lo que era su vida. Dejo resbalar mi cuerpo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, hundo la cara en mis manos y me dejo llevar por el desconsuelo y la impotencia de comprobar que estoy metida en un buen lío y en el que, sin quererlo, he involucrado a mi familia. Pensar que le puede pasar algo a cualquiera de ellos, e incluso a mi pequeño, hace que mi estómago dé un brinco y tenga que apresurarme al baño para vaciar lo poco que había ingerido. Necesito centrarme, pensar y, dado el caso, es posible que necesite ayuda. ¿Dónde la busco? No tengo ni puñetera idea.

≡≡≡

He dormido a ratos, con sueños extraños que me hacían despertar a cada momento. Son las ocho de la mañana, así que he debido de descansar unas tres horas. Mis ojeras demuestran a la perfección mi falta de sueño.

Estoy duchada, vestida y ya he llamado a mi madre para saber qué tal ha dormido Jordi. Tengo una taza de café en las manos cuando suena el interfono que avisa de la llegada de mis primeros ayudantes. En la pantalla compruebo que es el coche de Guille. Hugo llegará más tarde, le cuesta madrugar, sobre todo si ayer salió de fiesta. Abro la puerta de la entrada, con mi taza aún en la mano para recibirlos.

Del vehículo descienden Camila, Adrián y Guille. Entorno los ojos al pensar que el amigo de mi hermano y mi actual abogado puede tener alguna forma de ayudarme en la búsqueda del dichoso documento. Tengo que meditarlo con calma. ¿Y si se va de la lengua y se lo cuenta a mi hermano? «Ya veremos, Andrea», me reclamo a mí misma para volver a centrarme en mis ayudantes.

—¡Buenos días, *Conguito!* —saluda mi hermano, dándome un beso en la mejilla. Yo le pongo los ojos en blanco, pero no le contesto—. Parece que te has levantado con el pie izquierdo.

—¡Hola, Andrea! —dice mi cuñada, obsequiándome con dos besos a los que se le suman los de Adrián.

—Tu mujer se ha ganado el cielo contigo —me burlo de Guille.

—Ni que lo digas —secunda mis palabras Adrián.

—Ya empiezo a arrepentirme de venir a mover cajas.

—No te quejes, anda. Prometo compensar vuestro esfuerzo —comento.

—Pues venga. ¿Por dónde empezamos? Porque si tenemos que esperar a Hugo, vamos apañados.

Nos organizamos y asumimos cada uno una tarea. Las mujeres acabamos de guardar las pocas cosas que quedan, cerramos cajas y los hombres las transportan.

—A ver, chicos —reclamo su atención antes de que hagan el primer viaje—, cada caja lleva

un número y cada estancia del piso también, están puestos en puertas o paredes. Solo tenéis que emparejar. El uno con el uno, el dos con el dos... ¿Queda claro?

—*Conguito*, lo explicas como si fuéramos gilipollas —se queja mi hermano con las manos en las caderas a la vez que Camila estalla en una carcajada. No puedo evitar unirme a ella. Ellos mueven las cajas entre gruñidos.

Sobre las diez y media apareció Víctor y unos minutos después Hugo, cargado de cruasanes y donuts. Noté cómo frunció el ceño al ver a Víctor y crucé los dedos para que la jornada transcurriera con calma.

Víctor parece que se ha levantado de mejor humor, por lo menos, no está tan distante como ayer, incluso hemos compartido algunos roces, miradas y sonrisas.

—¿Me vas a explicar qué pasa entre Víctor y tú? —me pregunta mi cuñada en voz baja.

—Nada, qué va a pasar —le respondo algo nerviosa. Yo que pensaba que lo teníamos controlado y nadie se iba a dar cuenta, ilusa.

—Sí, ya. Di que no me lo quieres contar, pero esas miraditas demuestran lo contrario. — Nuestros ojos se encuentran y ella me sonríe—. No voy a juzgarte, Andrea. Me gusta verte sonreír. A todos nos gusta la nueva Andrea que está renaciendo.

Camila alarga su mano y recoge una lágrima que ha descendido por mi mejilla. Estas últimas semanas he llorado más que casi en toda mi vida. Supongo que los acontecimientos valen mis lágrimas y me puedo permitir aflojar un poco.

—¿Va todo bien por aquí? —pregunta Guille detrás de mí. Bajo la cabeza para que no me vea.

—Claro. Ya casi hemos guardado todo —comenta Camila, acercándose a su marido y dándole un beso en la boca. No sabe cómo le agradezco esta acción de despiste.

—Genial. Vamos a hacer otro viaje —nos dice.

Camila lo acompaña por el pasillo para darme tiempo a recomponerme y poco después aparece de nuevo.

—Lo chicos se han ido. ¿Estás mejor? —Se preocupa.

—Sí, gracias. Ya veo que no sabemos disimular muy bien.

—No te preocupes. No creo que los chicos se hayan dado cuenta. Ellos no se suelen fijar tanto.

—Te agradezco la maniobra que has realizado con Guille para que no me viera. Hacía tiempo que no lloraba tanto —le explico.

—Has vivido una situación muy traumática, Andrea. Tu marido ha fallecido asesinado y te has enterado de cosas muy fuertes. Yo estaría destrozada. Eres una mujer muy valiente.

—Eso parece, pero no es así. Lo único que me mantiene con fuerzas es Jordi. Mi pequeño se merece ser feliz y no vivir con una madre fantasma. Debo reír, comer y respirar por él.

—Estoy de acuerdo. Pero todavía eres una mujer joven y no solo debes hacer las cosas por tu hijo. Ellos, cuando son mayores, se alejan y hacen su vida, que es como tiene que ser. No puedes hacer girar tu vida en torno a él, no puedes olvidarte de ser mujer.

—Si lo dices por Víctor...

—Por él o por cualquier hombre que se cruce en tu camino y te haga feliz. No puedes ni

debes dejar de disfrutar. —La cojo de la mano y la arrastro hasta mí para darle un abrazo. La pobre debe de estar alucinando, yo no suelo tener estos actos con casi nadie.

—Estoy muy feliz de que Guille y tú hayáis podido arreglar vuestros problemas. Eres una gran mujer y estoy orgullosa de que formes parte de nuestra familia —le digo sin aflojar el abrazo.

—¡Uy, madre! A ver si ahora me voy a poner a llorar yo.

—No, por favor. Por hoy ya hemos tenido suficiente conmigo. —Nos separamos y reímos por mi comentario. Mientras continuamos con la tarea de guardar cosas y cerrar cajas, decido desahogarme con ella—. Víctor y yo fuimos novios.

Observo su reacción por encima de mis pestañas y la veo fruncir el ceño. Camila lleva con nosotros muchos años y puedo entender que le extrañe mi afirmación.

—Estuvimos juntos año y medio antes de conocer a Gerard —continúo mi explicación—. Lo hicimos en secreto. Es el amigo de Hugo y es más joven que yo. Ahora que lo pienso, me parece una auténtica tontería, pero en su momento los dos creímos que era lo mejor. Sobre todo por Hugo. Fue la mejor etapa de mi vida. Nos queríamos y divertíamos mucho. Ahora estoy segura de que nunca lo olvidé ni dejé de quererlo.

—¿Qué pasó para que no siguierais juntos? —pregunta Camila centrándose en mí.

—Pues lo que siempre pasa en mi vida. Que tomo las decisiones equivocadas. Me obnubilé con el saber estar y el estatus de Gerard. No me podía creer que un hombre tan guapo como él y con su posición social se fijara en mí y me dejé llevar. Me arrepentí muchas veces, sobre todo cuando te das cuenta de que tu vida no es tan idílica y el que pensabas que era el marido perfecto no lo era tanto. Al principio, todo era mágico, hasta que nació Jordi. Ahora que veo las cosas desde otra perspectiva, me doy cuenta de que hace muchos años que nuestra relación había mermado.

—Pero aun así te casaste —afirma Camila.

—Así es. Recuerdo que Gerard insistió mucho. Hablamos y yo le planteé mis dudas. Le dije que nuestra relación no iba bien y que no creía que casarnos fuera una buena idea. Se disculpó, dijo que había sido culpa suya por dejarse arrastrar por el trabajo, pero que la cosa iba a cambiar. Y así fue. Hasta que nos casamos, y las cosas se volvieron a torcer.

—Sé que no es consuelo, pero todos pensábamos que era un buen hombre y que te hacía feliz. Nadie imaginó que podías vivir semejante calvario.

—¿Qué hubiera conseguido poniéndoos en alerta? Cada uno tiene bastante con sus problemas. Ahora ya está. Espero que, poco a poco, pueda levantar cabeza y empezar a marcar un nuevo camino para mi pequeño y para mí.

—Víctor me cae bien. Creo que es un buen hombre, con un gran corazón y no hay duda de que está loco por ti. Solo hay que ver cómo te mira. A lo mejor él puede acompañarte en ese nuevo camino —dice mi cuñada con una sonrisa traviesa en la cara.

—Estoy segura de que me quiere tanto como yo a él, pero ahora quizá no sea el momento adecuado. Además, está Hugo. No creo que le hiciera gracia que estuviéramos juntos.

—¡Espera! ¿Por eso os peleáis siempre? —pregunta Camila con los ojos abiertos.

—Correcto. Hice mucho daño a Víctor cuando lo abandoné y aún no entiendo cómo me ha perdonado y si lo ha hecho del todo. Mi hermano estuvo a su lado en aquel momento, sin saber que la culpable de la tristeza de su amigo era yo. Hace unos años, se enteró que fuimos novios, así

cabos y puso el grito en el cielo. Tuvimos una fuerte discusión y la relación se enfrió bastante.

—Madre mía, Andrea. No te ofendas, pero siempre pensé que eras una mujer bastante sosa y tu vida es como una película de romance y acción. —La miro y me echo a reír. Ella se une a mí.

—Supongo que no hace falta que te diga que te mantengas callada, ¿verdad? No quiero más líos. Ahora necesito tranquilidad para ver si consigo centrarme.

—Seré una tumba, aunque no me gusta tener secretos con tu hermano —dice y frunce los morros.

—Cuando esté preparada se lo contaré a mis hermanos y mis padres. Pero ahora mismo no puedo.

—Tranquila, lo entiendo. Es tu vida y yo no tengo derecho a desvelar nada. Andrea, que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿vale?

—Gracias.

Nos volvemos a unir en un abrazo, en esta ocasión propiciado por ella. Aunque sé el lío en el que estoy metida, hablar con Camila me ha ayudado mucho. He conseguido abrirme y eso es un indicador de que voy por buen camino.

Capítulo 22

Víctor

El nuevo piso de Andrea es bastante grande para ella y su pequeño. No es comparable con la mansión que compartió con Gerard, pero está muy bien. Las vistas desde la terraza son impresionantes. Tiene tres habitaciones, dos baños, cocina y comedor, todo bien distribuido. Se ve que es un piso nuevo. Estarán muy bien aquí, aunque no tenga jardín como quería el pequeño Jordi.

—¿Qué tal ayer con tu madre? —me pregunta Hugo mientras colocamos unas cajas en la estancia número tres, la habitación de Andrea.

Sé que a mi amigo le ha extrañado que me acercara a ayudar. No habíamos quedado en nada y que esté aquí no le ha hecho mucha gracia. Ha fruncido el ceño y los morros al verme y eso lo ha delatado. Somos amigos desde hace muchos años, así que nos conocemos a la perfección. Debería tenerlo en cuenta cada vez que se me pase por la cabeza engañarlo.

—Bien. Vimos una película y nos fuimos a dormir pronto. Estaba destrozado. Esto de tener dos empleos va a acabar conmigo —le digo con una sonrisa que él no me devuelve. ¿Sabrá que estuve con Andrea? No, imposible—. ¿Y tú que tal con las chicas?

—Nada nuevo. Meri preguntó por ti. Estaba muy triste porque la dejaste colgada.

—Últimamente está un poco pesada, la verdad. Creo que quiere pasar la línea y yo, ahora, no quiero ninguna relación.

—No vas desencaminado, está loquita por ti. Pues está bastante buena, ¿qué tiene de malo? —interroga mi amigo.

—Nada. Es una mujer impresionante, pero solo me atrae a nivel sexual. No estoy enamorado de ella y nuestras salidas siempre empiezan y acaban igual. Tenemos gustos muy diferentes y pocos temas de conversación. Ella quiere más y yo no.

—Olvidaba que el gran Víctor tiene corazón y necesita amor. ¡Cómo os gusta complicaros la vida! —me recrimina.

—Pues siento informarte que tú también lo tienes y algún día comenzará a latir con más fuerza y no serás capaz de controlarlo. Pondrá tu vida del revés y ahí estaré yo para verlo. No sabes cómo voy a disfrutar —me burlo. El ingenuo de Hugo piensa que es inmune al amor, pero todos sabemos que su momento llegará.

—Sigue soñando —dice. Se da media vuelta y sale de la estancia, dejándome a mí con una enorme sonrisa.

Hacemos otro viaje de regreso para transportar más cajas. Lo realizamos en silencio, cosa

rara en mi amigo. Me da miedo preguntar, algo me dice que la respuesta no me va a gustar, así que decido esperar a que él se abra. Si tiene algún problema, acabará por confesar. Delante va el coche de Guille, que comparte con Adrián, con los dos vehículos vamos más rápido. Cuando llegamos a la casa, podemos comprobar que ya no queda mucho para acabar, otra cosa es el trabajo que todavía tiene Andrea en el piso nuevo.

Las encontramos en el salón riendo a carcajadas. Mi corazón salta de alegría al verla tan contenta, parece que, por un momento, ha olvidado los problemas que la rodean. Es una mujer con una fortaleza impresionante y esa amplia sonrisa la hace más bonita si cabe. Cuando nos oyen entrar, se giran y nuestras miradas quedan entrelazadas. Lo que daría por acercarme a ella y robarle un beso, de la misma manera que hace Guille con Camila. Carraspeo para volver al mundo real y que Hugo, que está justo a mi lado y nos mira el uno al otro, no se dé cuenta de mis ganas por su hermana.

—Voy a buscar más cajas —me excuso, dirigiéndome al pasillo. Las pisadas de Hugo me persiguen. Pasa por mi lado y tropiezo conmigo, hombro con hombro—. Tranquilo, hombre. Ya sé que tienes ganas de acabar, pero no hace falta que me empujes.

—Eres un puto mentiroso —dice, malhumorado, encarándose a mí una vez entramos en la habitación de Jordi.

No esperaba su reacción y me quedo apoyado en la pared al tropezar con una caja. Está muy cerca de mi cara y puedo observar su enfado en sus ojos claros. Está rabioso, parece que ha estado reprimiéndose algo durante toda la mañana y al final ha estallado.

—¿A ti qué coño te pasa?! —me quejo y reacciono empujándolo por el pecho para alejarlo de mí.

—¡Te dije que te mantuvieras alejado de ella! ¡Me lo prometiste! —me reprocha con los dientes apretados.

Tiene razón, pero las cosas han cambiado y Andrea me necesita. Sigo amando a esta mujer con toda mi alma y, a pesar del daño que me hizo, no puedo obviar lo que siento por ella.

—No sé de qué me hablas. —Sigo sin hacer lo correcto y sé que al final me voy a quemar.

—Ayer llamé a tu casa. Lo hice al móvil y no me cogías las llamadas. ¿Adivinas qué? Resulta que mi mejor amigo me mintió y no estaba en casa, como me había dicho que haría. Hasta tu madre se extrañó porque le dijiste que estabas conmigo. ¿A qué cojones juegas, Víctor?

—¿Quién te crees que eres para vigilarme de esa manera? Te recuerdo que no soy un chaval de once años que tiene que justificarse ante sus padres. Hago con mi vida lo que me da la gana, Hugo. Y aunque seas mi mejor amigo, no tengo que darte explicaciones de todos mis pasos. — Intento justificarme.

—Si me mientes para meterte entre las piernas de mi hermana, sí es asunto mío —reclama en voz alta. Lo suficiente como para alarmar al resto de componentes de la casa y que vengan a averiguar qué pasa.

—Andrea y yo somos mayorcitos para hacer lo que nos dé la gana.

No lo veo venir y, tan pronto acabo la frase, el puño de Hugo estalla en mi cara partiéndome el labio. La rabia se apodera de mí y no me quedo atrás devolviéndole el golpe. Esta vez, el que sangra es él. Le he partido la ceja. Con rapidez unos brazos rodean mi pecho por detrás para bloquear los míos, es Adrián y Guille hace lo mismo con su hermano.

—Eres un mierda —gruñe Hugo. No le contesto, es posible que tenga razón.

—¡Vale ya! —chilla Guille que empuja a su hermano para alejarlo más de mí—. Pero ¿a vosotros qué coño os pasa?

—Pregúntale a ese —contesta Hugo, señalándome con el dedo—, que se hace pasar por amigo y después te apuñala por la espalda.

Todos centran la mirada en mí. No tengo palabras, estoy en su terreno, Andrea es su hermana y lo último que quiero es perjudicarla. Repaso la estancia y la veo en una esquina con los ojos llorosos. Camila la abraza con cariño. No puedo soportar el dolor que veo en su rostro, así que muevo mi cuerpo de forma brusca para que Adrián me suelte y poder irme de allí. Los tres nos encontramos en una situación complicada, los tres tenemos mucho que perder y nadie tendría que verse en la situación de tener que escoger bando.

Me dirijo hacia la puerta para largarme, pero Camila se pone delante, obstaculizándome el paso.

—Déjame mirarte esa herida —pide de forma suave, señalando mi labio. Me paso el dedo y veo que sangra.

—Estoy bien, no te preocupes.

La esquivo y salgo de la estancia, recorro el pasillo y una vez en el exterior, cuando estoy a punto de subirme a mi coche, la oigo.

—¡Víctor, espera! —me pide, dirigiéndose a la carrera. Una vez llega a mí, me mira con tristeza y chasquea la lengua—. No te vayas, por favor. Arreglemos las cosas con Hugo.

—Lo siento, Andrea. Tu hermano nunca va a ceder y yo no puedo desmontar vuestra familia.

—Por favor —susurra. Apoya sus manos en mi torso y deja caer la cabeza en mi pecho. Apoyo mi barbilla en su pelo y suspiro. Estoy a punto de claudicar, pero no debo permitirlo.

—No puedo, nena. Y me niego a mentirle a todo el mundo. No quiero ni voy a esconder mi amor por ti, no tengo nada de qué avergonzarme ni hago nada malo. Pero quizás ahora tampoco sea nuestro momento. Vamos a coger distancia e intentar ver las cosas de forma objetiva. Ahora mismo, lo más importante es tu familia. Debes encontrar el dichoso documento. —Intento que mi tono de voz suene sereno y no demuestre cómo me rompo por dentro.

—¿Te rindes? —me pregunta en un sollozo.

—Para nada. Pero cuando medites un poco la situación, verás que tengo razón. Yo siempre estaré ahí para lo que necesites. He esperado por ti durante seis años, seguro que puedo esperar algún tiempo más.

Se separa de mí y levanta la cabeza para que sus preciosos ojos conecten con los míos. No tengo palabras ni modo de demostrar todo lo que amo a esta mujer. Se pone de puntillas y enmarca mi cara con sus manos. Acerca sus labios a los míos y me besa con cuidado de evitar el lado partido. Cierro los ojos para sentirla, no sé cuándo será la próxima vez que la bese. El roce es como un cosquilleo que me sabe a poco, pero ahora no es lugar ni momento para exigir más. Una vez nos separamos, le doy un toque con mi dedo en la nariz, le sonrío y me adentro en el coche para alejarme, por mucho que todo mi ser se resista. Intento no mirar por el retrovisor o no seré capaz de irme.

Una vez salgo del recinto, gruño y golpeo el volante con fuerza. Me siento frustrado y necesito vaciar la furia que tengo de alguna manera. Decido pasar por mi piso, aprovecharé para

descargar mi ira con el saco de boxeo que está colgado en una de las habitaciones y, de paso, pondré el lugar un poco a punto.

Me vendo las manos, las enfundo en los guantes y empiezo a golpear el saco. Primero son golpes suaves, para después convertirse en impactos duros y fuertes. Me duele la mano de golpear a Hugo, aunque no tanto como el corazón. Somos amigos desde muy pequeños, hemos compartido casi todas nuestras aventuras de adolescencia y juventud, además de meternos en multitud de líos. Los mejores y peores momentos los he pasado con él. ¿Y ahora qué? Sé que está decepcionado, pero yo no estoy jugando con Andrea. Amo a su hermana, y eso, él debería entenderlo.

No sé el tiempo que llevo atizándole golpes al saco. Me arden los pulmones y me tiemblan los músculos de los brazos, señal de que debo parar. Apoyo los guantes en mis rodillas e intento recuperar la respiración mientras veo que las gotas de sudor caen al suelo. El sonido de la vibración del teléfono me hace reaccionar. Me quito un guante y miro a ver quién me llama. Tengo varias llamadas perdidas de Guille y cinco de mi madre. Mientras lo reviso, vuelve a vibrar anunciando una nueva llamada entrante.

—Dime, mamá.

—Menos mal que me coges el móvil, estaba preocupada —me abronca—. Quería saber si ibas a venir a comer, son casi las tres de la tarde.

—Sí, claro. —Me pinzo la nariz, he perdido la noción del tiempo—. Estoy en mi piso, recojo unas cosas y salgo para ahí. ¿Estás en casa?

—¿Dónde voy a estar? Jimena me ha subido. ¿Va todo bien, cariño? —pregunta. Me conoce y con ella no puedo disimular.

—Podía ir mejor. Después te cuento. Dame quince minutos.

—Pues aquí te espero.

Nos despedimos, dejo los guantes en el cajón que tengo destinado a ellos, me quito las vendas y voy a la ducha. A medida que me desnudo, dejo caer la ropa en el cesto para lavar y me meto debajo de los chorros de agua caliente. Mi cuerpo se relaja al instante pero, cuando levanto la cabeza para dejar caer el agua por mi cara, un pinchazo en el labio me recuerda que todavía sigue partido y que no he hecho nada para ponerle remedio. Intento no liarme mucho, ya que mi madre me espera para comer. Me seco con la toalla y salgo desnudo hacia mi habitación. Me pongo mi ropa interior, unos pantalones tejanos y una camiseta negra básica. Escojo una sudadera y echo un vistazo a la estancia. Se suponía que iba a arreglarla un poco y me he entretenido tanto que, al final, no he hecho nada. Cuando estoy a punto de salir, mi teléfono vuelve a vibrar en mi mano. Esta vez es Guille. Valoro si cogerlo, no tengo ni idea de qué me voy a encontrar al otro lado. Decido hacerlo, no soy ningún cobarde.

—Dime, Guille.

—Hola, Víctor. ¿Cómo estás? Te he llamado varias veces y no he podido hablar contigo. — Su tono de voz me relaja, no parece estar enfadado.

—He estado ocupado y tenía el móvil en silencio. Lo siento. Estaba a punto de ir a comer con mi madre.

—Camila se ha quedado preocupada por tu labio. Dice que le pongas hielo para que no se te hinche —me explica.

—Gracias a los dos por preocuparos. Ya está mejor, no fue para tanto.

—Victor, espero que arregléis pronto vuestras diferencias. Hugo te tiene mucho aprecio y si se ha puesto en ese estado, es por miedo a que vuestra relación se estropee. Cuando estéis más calmados, deberíais hablar.

—Claro, eso haremos. —No tengo muy claro si Guille conoce mi relación con Andrea, así que no digo nada más.

—Genial. Nos vemos pronto, tío.

Nos despedimos y reinicio la marcha hasta la casa de mi madre. Nada más abrir la puerta, un increíble olor me recibe. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Voy a la cocina donde encuentro a mi madre apoyada en el mármol y con la cuchara en la mano.

—Ven, cariño. A ver qué te parece —me pide con una sonrisa. Me da la cuchara y la introduzco en la olla. Son lentejas, pero mi madre le da un toque mágico y saben de maravilla.

—Perfectas. Como siempre —le digo mientras saboreo—. Ven, siéntate, que ya acabo yo.

—Muévelas un poco y bájale el fuego. Ya casi están. —Se hace un silencio que rompe ella—. ¿Me vas a contar qué ha pasado para que traigas el labio partido?

—Hugo se ha enfadado conmigo.

—Me lo imagino. Ayer nos mentiste a los dos —me reprende.

—Lo siento —me disculpo y bajo la cabeza, avergonzado. Siempre me he llevado muy bien con mi madre y no me gusta mentirle pero, a veces, las circunstancias llevan a hacerlo.

—Victor, hijo. Ya eres mayorcito y no voy a echarte una charla de cómo debes comportarte. Sé que tu situación no es fácil, pero no tendrías que engañar a nadie para disfrutar de tiempo con la mujer que amas. Tú no te mereces eso. Debes ser feliz por completo y no a medias. No sé si Andrea será la mujer de tu vida, pero debes exigir una relación entera. Ya no tenéis edad para estar a escondidas.

Me arrodillo a su altura y la abrazo. ¿Qué le puedo decir si tiene toda la razón? Yo también quiero un amor completo. No sé qué haría sin mi madre. Es la que me devuelve al camino correcto cuando me desvío. Es mi guía.

Capítulo 23

Andrea

Al regresar al interior de la casa me enfrenté a Hugo. Sé que lo hace porque nos quiere y se preocupa por nosotros, pero esto ya pasa de castaño oscuro. Llegar a las manos ha sido la gota que ha colmado el vaso. Debe entender que no puede meterse en mi vida, por mucho que Víctor sea su amigo. Chillamos y nos reprochamos muchas cosas. Él acabó marchándose enfadado y yo llorando, como no podría ser de otra manera últimamente.

Los brazos de Camila volvieron a ser un gran consuelo y lo que no tenía precio era la cara de alucinados que tenían Guille y Adrián. Espero que mi hermano mayor no me reclame nada pues no estoy de humor para aguantar más broncas.

—Andrea —me llama Guille de forma suave.

—Si me vas a recriminar alguna cosa, ahora no es un buen momento.

—Solo te iba a preguntar si estabas bien. Pero está claro que tú y yo tenemos una charla pendiente.

—Está bien. Pero hoy no. Haced un último viaje y lo que queda ya lo llevaré yo mañana — les pido a los dos.

Cuando pasan por mi lado, Guille me da un beso en la mejilla y Adrián, un apretón en el hombro. Me centro en las pocas cosas que quedan por guardar. Camila me observa, sé que quiere decirme algo y no sabe cómo hacerlo. No tengo ganas de volver a tocar el tema, ahora mismo estoy demasiado saturada. Entre Hugo, Víctor y el maldito documento que debo encontrar, voy a acabar medio loca.

—Por favor, por hoy cerremos este tema, ¿vale? —le pido a mi cuñada cuando la veo abrir la boca para decirme algo. Hace un gesto de cerrársela, haciéndome ver que no va a hablar.

A la vuelta de los chicos, les doy las gracias por la ayuda y les pido que se vayan, necesito estar sola. Lo hacen, pero refunfuñan, sobre todo Guille. Soy muy afortunada por estar rodeada de una gran familia, pero hay momentos en los que necesitas meditar contigo misma. Los despido en la puerta y, cuando veo que se alejan, cojo aire y lo suelto despacio.

El silencio, la calma y la paz que se respiran en la casa vacía, y que yo creía que necesitaba, ahora me ahogan. Intento tragar saliva, pero el nudo de mi garganta no me permite hacerlo con comodidad. Vuelvo al salón para cerrar varias cajas y numerarlas. En esta estancia ya solo queda por guardar una pequeña estantería donde hay varios libros de arquitectura y alguna figurita de decoración. Monto la caja para recogerlo y cuando estoy a punto de hacerlo, me freno. «¿Para qué narices necesito yo libros de arquitectura?», me pregunto, y una nueva oleada de rabia me invade. Lo primero que lo paga es una escultura en forma de pájaro, feísima, que compró Gerard a un

colega suyo y le costó mucho dinero. Al acordarme de él y de todo lo vivido, la cojo y la estampo contra la pared. Chillo a la vez que la lanzo y veo cómo se hace añicos en el suelo. Siento un pequeño alivio, pero no es suficiente. Una maléfica sonrisa ilumina mi cara y la idea de romperlo todo se apodera de mí. No me reprimo.

—¡Cabrón! —bramo con todas mis fuerzas mientras tiro otra figura.

—¡Te odio! —Esta vez lanzo uno de los libros que deja una marca en la pared.

Pierdo la noción del tiempo mientras tiro y rompo objetos y libros a diestro y siniestro. Cuando ya he vaciado todo y el silencio reina de nuevo en el salón, noto una presencia a mi espalda. Me giro alarmada, y ahí está mi madre que me observa preocupada.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto mientras resuello por el esfuerzo realizado. Ahora mis fuerzas empiezan a flaquear.

—El suficiente. No quería interrumpirte. Supongo que necesitabas desahogarte.

—No veas lo bien que me he quedado —digo y me entra la risa. Mi madre niega con la cabeza, pero no puede evitar unirse a mí.

—Vamos a recoger este estropicio, anda. Así me cuentas qué ha pasado. Por cierto, he utilizado las llaves que tenía en casa, acuérdate de que te las devuelva.

—Como si Guille no te hubiera dicho algo —aseguro y obvio lo de las llaves. Si mi hermano estuviera calladito, ella no estaría aquí.

—Algo se le ha escapado. Pero no quiero que me lo explique él, sino tú. Cuando quieras puedes empezar.

Le suelto todo. Desde el tiempo que estuve con Víctor a escondidas, lo que sentía a su lado o cómo lo herí al pensar que Gerard era mejor partido que él. Mis dos últimos años de matrimonio, donde algo me decía que mi marido me era infiel y me hice la tonta. O cuando Hugo se enteró de que su mejor amigo y yo habíamos sido novios.

—Ahora entiendo esos enfrentamientos que nos llevaban a todos de cabeza. Pero ¿por qué ha estallado hoy tu hermano? Guille me ha dicho que han acabado a puñetazos.

—Ayer Hugo y Víctor habían quedado para cenar y salir a dar una vuelta. Víctor le dijo que prefería quedarse en casa, pero al final vino hasta aquí —le explico. No sé cómo se lo va a tomar mi madre, así que evito su mirada. Tampoco le digo el objetivo principal de Víctor al venir a mi casa—. Se marchó de madrugada. Por los reproches de Hugo, supongo que se enteró de que le había engañado para venir y se les fue de las manos.

—Este hermano tuyo tiene tanto corazón como impulsividad. A Hugo siempre le costó más dialogar que al resto de vosotros.

—En este caso, no creo que fuera necesario llegar a las manos, mamá.

—Nada justifica la actitud de ningunos de los dos, y de Hugo menos, por empezar la pelea. Se debe de sentir impotente, os quiere mucho e imaginaros juntos no le debe de hacer mucha gracia.

—El problema de Hugo es que no cree en el amor. Piensa que no puedes ser feliz con una sola persona toda tu vida. Como si no tuviera vuestro ejemplo —me quejo enfadada.

—Cariño, su visión no es ni mejor ni peor que la nuestra, solo diferente. Lo que pasa es que él tampoco hace el esfuerzo por entender a los que no compartimos su idea. Me imagino que da

por hecho que, si tenéis una relación, la cosa no duraría y si os separáis, él se queda en medio. La reacción que ha tenido hoy se llama miedo. A quedarse sin su mejor amigo, sin su hermana o sin ninguno de los dos.

—Puede ser. Pero ¿por ese motivo debo dejar de hacer lo que me apetece? —Puedo comprender la posición de mi hermano, pero ¿quién entiende la mía?

—¿Todavía lo amas? —Asiento con la cabeza—. ¿Víctor te corresponde?

—Todavía sigue algo dolido por cómo actué hace unos años, pero sé que me quiere.

—Nunca te he visto tan feliz como la temporada que estuviste con Víctor. Sonreías de forma constante y habías alejado a la Andrea seria y algo fría, la que volvió poco después de empezar tu noviazgo con Gerard. A todos nos costó mucho ver cómo te volvías oscura con el tiempo. —Alarga la mano y me limpia las lágrimas con el pulgar—. Había ocasiones en que te hubiera azotado con ganas al escuchar alguno de los comentarios mordaces que solías lanzar. Tenías una inmensa capacidad de hacer daño con unas simples palabras que, en ocasiones, hasta asustaban.

—Lo siento —me disculpo. Casi no me sale la voz. Sabía que no me había portado bien, aunque no pensaba que les hubiera afectado tanto.

—Mi vida, no te digo esto para regañarte. Solo quiero que veas que Víctor te hace bien, piense lo que piense tu hermano. Y que, pase lo que pase, nosotros, tu familia, siempre vamos a estar ahí cuando nos necesites. Sabemos que pasas por un momento muy complicado y te hemos dado tiempo pero, ahora, toca cerrar el pasado e iniciar una nueva vida.

Me lanzo a su cuerpo y la abrazo con todas mis fuerzas mientras no puedo frenar las lágrimas que descienden por mis mejillas. Ojalá fuera tan fácil dejar atrás el pasado, ojalá hubiera abierto los ojos antes y me hubiera alejado de mi marido para no tener que solucionar sus mierdas.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti, mi niña.

Acabamos de limpiar todo el estropicio, provocado por mi rabia y enfado, y decidimos dar por concluida la tarde. Al tener todo manga por hombro, hoy y mañana, Jordi y yo dormiremos en casa de mis padres.

Dejo mi coche detrás del de mi madre y cojo las dos mochilas con ropa que preparé para pasar estas noches. Guille y Camila deben de estar por aquí todavía, pues su vehículo sigue en el interior del aparcamiento.

—¡Mamiiii! —me recibe mi pequeño con entusiasmo.

—¡Hola, cacahuete! —Lo acojo entre mis brazos, hundo mi nariz en su pequeño cuello y cierro los ojos para absorber su olor. Hasta que lo muerdo de forma suave cual vampiro.

—¡No me comas! —se queja mientras intenta deshacerse de mi agarre. Loqui salta y ladra a nuestro alrededor.

—¿Te has portado bien?

—Sí. ¿Sabes qué? —me pregunta emocionado.

—¿Qué?

—Esta mañana, con el abuelo, he escogido mi trozo de jardín.

—¿En serio?

—Sí. Como en la casa nueva no hay, los abuelos me han dejado un cachito para mí. ¡Ven, que

te lo enseño! —me pide.

—Jordi, ahora no. Ya es de noche y hace frío —le explica mi padre—. Mañana se lo enseñamos.

—Valeee —contesta resignado. Lo dejo en el suelo y sale a la carrera hacia el salón con Loqui detrás de él.

—¿Cómo estás? —me pregunta mi padre. Mi progenitor es un hombre muy discreto, incluso hay veces que parece que no se entera de nada, pero siempre está al tanto de nuestros problemas.

—Ahora mejor.

—Ya conoces a Hugo. Cuando esté más calmado, deberíais tener una charla.

—Eso haremos, papá.

Nos adentramos en la casa y voy hacia el salón para saludar a Guille, Camila y los niños. Falta Aura, que ha salido a cenar con Pablo, su novio. Decido tomarme un respiro y aprovecho para subir las mochilas a mi antigua habitación, donde aún conservo algunas cosas de mi niñez. Varias muñecas como la típica que te regalan cuando haces la primera comunión a la que, por cierto, le falta un ojo que le rompió Hugo. Apuntaba maneras y destrozaba casi todo lo que caía en sus manos. Desde bien pequeño ya le gustaba el riesgo en exceso.

Cojo el teléfono y le echo un vistazo por si hay algún mensaje, ya sea de mi hermano o de Víctor, pero no hay nada. Decido ser yo quien dé el paso. Primero lo hago con Hugo.

Andrea:

*Espero que estés bien. Creo que deberíamos tener una conversación.
Cuando las cosas se calmen hablamos, ¿vale?*

Espero un momento a ver si el estado del mensaje cambia, pero no está conectado. Cuando lo haga ya lo verá.

Ahora le toca el turno a Víctor. Me pidió distancia hasta que todo se arregle, pero es tan difícil mantenerme alejada...

Andrea:

*Hola. Sé que me pediste distancia, pero no dijiste nada de los mensajes.
Espero que no me prives de esto también. ¿Qué tal tu labio?*

En esta ocasión, rápido se marca como leído y yo me quedo con el teléfono en la mano como una adolescente entusiasmada con su primer amor.

Víctor:

Hola, nena. ¿Qué voy a hacer contigo? No sé si tener contacto, aunque sea por mensaje, me ayudará a mantener la distancia que necesitamos. Mi labio bien, están peor mi orgullo y mi corazón.

Andrea:

*Vamos a darle unos días a Hugo y hablaré con él. Ya sabes cómo es.
Necesita tiempo para procesar las cosas.
Te echo de menos y va a ser un auténtico suplicio mantenerme alejada de ti.*

Víctor:

No me lo pongas más difícil, por favor. Va a ser duro para los dos, pero necesario, y lo sabes. Quiero que lo nuestro sea para siempre, pero tenemos que empezar con el alma limpia.

Andrea:

Está bien. Pero prométeme que hablaremos cada semana.

Víctor:

Vale. Y tú, prométeme que, si necesitas mi ayuda, me la pedirás, ¿vale?

Andrea:

Trato. Te quiero, Vic.

Víctor:

Y yo a ti, nena.

Suspiro. Sé que esto nos va a costar un mundo a los dos, pero también tengo claro que este distanciamiento es necesario. Ahora toca hacer las cosas bien y tener paciencia para que, cuando regrese a la casilla de salida y empiece una nueva partida, esté tranquila porque tendré a mi lado a un hombre que me dará la mano si caigo en el pozo, me hará sonreír y secará las lágrimas que se me puedan escapar.

Capítulo 24

Víctor

La semana pasa sin pena ni gloria. Hugo y yo intentamos evitarnos y tenemos a todos en el gimnasio alucinados. Siempre estamos de broma y buen rollo; en cambio, ahora se respira un ambiente cargado e incluso incómodo. Nadie osa decir nada, no vaya a ser que el jefe le suelte una bronca de campeonato. Cuando Hugo se enfada es mejor esquivarlo y dejar que se enfríe.

Con Andrea no ha ido mejor la cosa. A pesar de los diferentes mensajes que nos hemos intercambiado, hemos mantenido la distancia tal y como le pedí. A estas alturas, es absurdo negar que estoy loco por ella; el problema es que hay algo en mi interior que me impide lanzarme de cabeza. Un trozo de mi alma y mi corazón siguen dolidos e indecisos, se niegan a sufrir de nuevo, y el miedo a que vuelva a suceder me tortura.

Dadas las circunstancias, el tiempo libre que antes estaba en el gimnasio, ahora lo invierto en la floristería. Cada día que pasa, soy más consciente de que la decisión de contratar a Jimena ha sido una idea estupenda y lo más importante es que mi madre también se ha dado cuenta. Es una mujer apasionada, responsable y, con solo observarla un rato, puedes comprobar lo que disfruta entre flores y plantas. Además, tiene una mano increíble para combinar flores, hace unos ramos espectaculares.

—Mierda —me quejo y aprieto la mandíbula. Un saco de tierra se me ha resbalado y ha impactado en mi pie. Eso me pasa por tener la cabeza en otro lado.

—Ahora solo falta que te nos lesiones tú también —reprocha bajito Jimena para que no la oiga mi madre—. ¿Estás bien? Pareces algo despistado.

A pesar de ser una chica tímida, que camufla su inseguridad con una enorme sonrisa, he congeniado muy bien con ella. Aunque todavía evita cualquier pregunta relacionada con su familia o su vida personal.

—Se me han juntado varios problemas y tengo la cabeza en otro lado —le explico, apretándome el pie con la mano para aliviar el dolor.

—A mí se me da de lujo escuchar, por si te apetece desahogarte —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Tienes novio, Jimena? —No sé a qué viene esa pregunta, que no tiene mucho sentido ahora mismo, pero el hermetismo con sus temas me crea curiosidad.

—No intentarás ligar conmigo, ¿verdad? —Abre sus increíbles ojos azules, sorprendida. Su reacción me arranca una carcajada—. No te rías de mí.

Noto cómo se enfada a medida que avanzan los minutos y a mí me es imposible dejar de reír. Intento controlarme, sin mucho éxito, lo último que quiero es que se moleste conmigo.

—No te enfades, anda. No iba con segundas ni pretendía nada deshonesto contigo. —Frunce el ceño, a saber qué pasa por esa cabecita—. Eres una mujer preciosa, a la vista está, pero mi corazón lleva mucho tiempo ocupado.

—Ya me imaginaba que en tus despistes tenía que haber una mujer. ¿Es la chica rubia que viene muchas tardes a saludar a tu madre?

—¿Rubia? No, Andrea es morena. —Jimena nota mi sorpresa por su pregunta, pero pronto recapacito y ya me imagino quién es la mujer que viene—. Meri.

Mi susurro no pasa desapercibido para Jimena que pone cara de circunstancia pensando que, a lo mejor, ha metido la pata. Lo que no puedo entender es por qué mi madre no me ha dicho nada.

—Sí, creo que se llama así. Discúlpame por meterme donde no me llaman, pero al venir tan a menudo, pensé que ella era la mujer que te tiene robado el corazón.

—No, qué va. Meri es solo un rollete.

—Pues perdona que te lo diga, pero no creo que ella piense lo mismo. —Sus ojos me miran y percibo que sus próximas palabras no van a ser amables—. Pero ¿tú no dices que estás enamorado de Andrea? ¿Entonces qué narices haces con la tal Meri?

—Es una historia un poco larga, que te explicaré algún día con calma —le comento, guiñándole un ojo—. Por cierto, todavía espero que respondas a mi pregunta.

—Vivo con mi padre y mi abuelo, no quiero más hombres en mi vida.

Pongo mi mano en su frente, para comprobar que no tenga fiebre y ella me mira sorprendida. No es para menos, pero es que, al lado de Jimena me encuentro muy cómodo, como si fuese una amiga o la hermana que nunca tuve. Es increíble la conexión que hemos creado en tan pocos días y no tengo duda de que ella también la nota.

—Has desvelado un dato personal. No estarás enferma, ¿verdad?

—Muy gracioso.

Se agacha, mete las manos en una maceta con la tierra húmeda, se mancha los dedos que acerca a mi rostro y deja en él dos manchas en mi mejilla izquierda.

La miro con los ojos y la boca abiertos, asombrado por esta acción tan descarada. Su cara de satisfacción y de creerse ganadora me hace entrecerrar los ojos. Me agacho todo lo despacio que puedo para que sepa que viene la revancha.

—Ni se te ocurra —comenta con el dedo levantado y manchado de tierra.

—Haberlo pensado antes de realizar dicha imprudencia.

Cuando me doy cuenta de que su idea es correr hacia la tienda para refugiarse con mi madre, consigo cogerla del brazo y la retengo. Rodeo su cintura con uno de mis brazos mientras mi mano se pasea por su nariz y la lleno de tierra. Jimena emite un pequeño chillido y los dos estallamos en carcajadas mientras peleamos el uno contra el otro hasta que un carraspeo nos hace reaccionar. En la puerta que da al almacén, tres pares de ojos nos observan. Mi madre niega con la cabeza, Manuela sonrío y Andrea nos mira a los dos de forma alternativa, pero no soy capaz de interpretarla.

—¡Vaya dos! —reclama mi madre—. Ya podéis empezar a recoger todo este desastre.

Jimena y yo miramos el suelo hacia donde señala mi madre. Sin darnos cuenta hemos montado una buena. Mi progenitora le pide a Manuela que la lleve de vuelta a la tienda y esta

obedece mientras maneja la silla de ruedas.

—Hola —saludo a Andrea sin saber muy bien qué decir—. Ella es Jimena, la chica que ayuda a mi madre.

—Encantada —la saluda Jimena—. No me acerco mucho que estoy un poco manchada.

Intento contener una nueva carcajada, pues la situación no puede ser más ridícula. Al tropezarme con la mirada inquisidora de Andrea, carraspeo e intento mantener la compostura.

—Yo soy Andrea. —Se presenta y desvía la mirada hacia Jimena.

—Anda, Andrea —dice, mirándome. Yo afirmo con la cabeza para asegurar que es esta «la Andrea» que me ha robado el corazón—. Bueno, será mejor que me vaya y os deje solos.

La vemos desaparecer hacia el baño y, cuando nuestras miradas se vuelven a cruzar, noto la decepción en los ojos de Andrea. Me duele, pero no voy a justificarme, no creo que deba. Si a estas alturas no se ha dado cuenta de que estoy loco por ella, no vale la pena esforzarse mucho más.

—¿Cómo estás? —le pregunto para romper el silencio. Andrea se acerca a mí y me limpia la mejilla. Su contacto me hace cerrar los ojos.

—Bien. Echándote de menos. —Cuando los abro, compruebo que está muy cerca de mí y yo me muero de ganas por besarla.

—Para mí, tampoco está siendo nada fácil.

—Cuando he entrado aquí, no parecía que sufieras mucho —me reprocha. Una sonrisa ilumina mi rostro al sentir su recelo.

—¿Está celosa, señora Guerrero?

—Qué pregunta más estúpida —me contesta, haciéndose la remolona.

—Ven aquí, anda —le pido, rodeo su cuerpo con mi brazo para acercarla, más si cabe, a mí—. Parece mentira que todavía no te hayas dado cuenta de que solo tengo ojos para ti. Que hace unos años te apoderaste de mi corazón y nunca pudo olvidarte.

—Te quiero, Víctor. —Suspiro ante sus palabras y la beso de forma suave, saboreándola.

Algo en mi interior me recuerda que esas mismas palabras me las dijo, en varias ocasiones, antes de dejarme para irse con Gerard. Mi cuerpo se tensa un poco ante esos pensamientos y estoy seguro de que Andrea lo ha notado, pero no me dice nada.

—¿Cómo va la búsqueda? —indago y cambio de tema.

—Sin ningún avance. Estoy desesperada, Víctor. No tengo ni idea de dónde más mirar. En las cajas que tengo de Gerard en el piso no he encontrado nada. ¿Y si lo escondió en la casa de su madre? ¿O en la oficina? Además, no te imaginas quién ha ocupado su puesto... su primo Agustín.

—¿El ex de tu hermana?

—El mismo. Como te puedes imaginar, con todo lo que ha pasado, no creo que sea muy bien recibida en el estudio.

—A lo mejor, si hablas con Adrián, encuentra alguna forma legal de conseguir documentación.

—No creo y tampoco estoy segura de querer involucrar a más gente. ¿Cómo le pido que me ayude sin poder decirle lo que busco? Básicamente, porque ni yo tengo idea de qué es.

La observo con calma, es preciosa, pero no es eso lo que me llama la atención. Hay alguna

cosa más que le preocupa y no me dice.

—¿Qué más te preocupa? —Resopla. Sabe que la conozco y no me puede ocultar nada.

—Sigo recibiendo mensajes con fotos.

Desbloquea el teléfono y me lo tiende. No hay texto, solo fotos. En una sale Guille con su familia y la otra es de Daniela y Malcom. Las dos son actos cotidianos. Van de paseo y sonríen. Estas imágenes dan a entender que controlan sus pasos.

—Nena, creo que deberías pedir ayuda. Habla con Fernández, él nos conoce y estoy seguro de que será discreto.

—¿Y si se enteran y le hacen algo a alguien? No me lo perdonaría nunca —me dice, tapándose la cara con las manos.

—Te entiendo, Andrea. Pero tú sola no puedes con todo esto. —La acerco de nuevo a mi cuerpo para abrazarla—. Piénsalo, ¿vale?

Asiente con la cabeza y se separa de mí para limpiarse las lágrimas de las mejillas.

—Me voy. Tengo que ir a buscar a Jordi.

—Avísame si cambias de opinión y hablamos con Fernández.

—Está bien. Quizás, esta noche, podrías...

—Andrea —la corto—, vamos a hacer las cosas bien. No quiero que haya dudas cuando volvamos a estar juntos.

Lo digo más por mí que por ella. Ese runrún que flota de forma permanente por mi cabeza, cada vez que me invade el temor a que vuelva a dejarme, no me permite entregarle mi corazón por completo.

—Te quiero. —Vuelve a decirme, esta vez pone su mano encima de mi pecho. Mis latidos se aceleran ante su contacto.

Me acerco y me apodero de sus labios para demostrarle todas las ganas que tengo de ella. Nos separamos y sin decir nada más, la observo abandonar el almacén. Miro la puerta por la que ha desaparecido y me meso el pelo. Se supone que el amor debería ser fácil, entonces, ¿por qué para nosotros todo se complica siempre?

—No me habías dicho que Andrea es tan guapa —comenta Jimena, sacándome de mis pensamientos.

—Diga lo que diga, no sería objetivo. Para mí es la mujer más bonita del mundo. Ojalá no fuera todo tan complicado y no se nos resistiera tanto el amor.

—Mi abuelo siempre dice que, si el amor es verdadero, es indestructible. Que por mucho que te resistas a él o parezca que es imposible, siempre gana. Él estuvo separado de mi abuela en varias ocasiones y tuvieron muchos problemas para poder estar juntos pero, al final, lo consiguieron y siempre me recuerda lo feliz que fue a su lado. Yo nunca he estado enamorada, así que no tengo ni idea de qué decirte.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Es el pilar de la familia; nos sostiene con su positivismo y no permite que nos derrumbemos a pesar de las dificultades. Aunque si te soy sincera, hay veces que me saca de quicio —dice con su familiar sonrisa, aunque esta no le llegue a los ojos.

—Al final voy a pensar que estás enferma de verdad. Ya es la segunda intimidad que me

cuentas —le comento para suavizar el intenso momento que se había creado.

—¿Se puede ser más burro? —Me río y la veo dirigirse hacia la tienda mientras resopla.

Jimena es como un soplo de aire fresco. En ella he encontrado el apoyo que no puedo buscar en Hugo. Primero, porque está cabreado conmigo y segundo, por el vínculo familiar con la mujer que amo. Necesito expresar mis inquietudes y tengo claro que, con Jimena, puedo hacerlo. ¿Cómo lo sé?, os preguntaréis, pues solo hace unos días que nos conocemos. No tengo ni idea. Es de esas casualidades que te lanza la vida, tropiezas con alguien especial y tu interior te dice que va a ser una persona importante para ti. Yo no me voy a negar esta oportunidad, al revés, estoy encantado.

Capítulo 25

Andrea

Aparco en la plaza de siempre y bajo del coche a la carrera. Llego tarde. Es una de las feas costumbres que he adquirido desde que me he mudado. Parte de culpa la tiene mi cacahuete, que cada día se hace más el remolón y le cuesta un mundo levantarse para ir al colegio. Lo curioso es que el fin de semana madruga sin ningún problema, el muy puñetero.

—Lo sé, lo sé. Llego tarde —le digo a Rosa que ya me espera en la recepción—. ¿Ya están aquí?

—Sí, han llegado hace cinco minutos. Están en la sala de reuniones con tu hermano.

—Genial —gruño.

Dejo la chaqueta y el bolso en el mostrador de la recepción y le pido a Mar, la recepcionista, que lo deje en mi despacho. Con el teléfono en la mano, recojo las diferentes carpetas que me tiende Rosa, mientras me informa qué contiene cada una. No sé qué haría sin ella. Entro en la sala y le pido que me acompañe, mi cabeza últimamente alberga demasiados frentes abiertos y no tengo claro que consiga centrarme y que no se me pase alguna información importante.

Saludo a los directivos de una importante empresa española y me excuso por mi retraso. Mi hermano me mira y me guiña el ojo. Eso me relaja un poco, por lo menos, no está enfadado por no llegar a la hora. Pasamos casi dos horas negociando diferentes términos de un posible contrato que sería realmente beneficioso para nuestro hotel. La cosa pinta bien y se despiden de nosotros con la promesa de que durante la semana tendremos una respuesta.

Me dejo caer en la silla de mi despacho y suspiro. Madre mía, qué tensión de buena mañana. Empezar el día a la carrera y con semejante estrés no debe de ser bueno para la salud.

—¡Jefa! Mira lo que te traigo —me dice Rosa y deja una taza encima de mi mesa.

El olor del café invade mis fosas nasales y me hace cerrar los ojos. Por favor, qué ganas de tomármelo.

—Si conseguimos este contrato, recuérdame que te suba el sueldo. Eres un cielo.

—Te va a salir caro que te traiga el café cada día —se burla mi ayudante.

—Muy graciosa. Tengo el resto de la mañana libre, ¿verdad?

—Sí. ¿Vendrás al gimnasio conmigo? —pregunta algo vergonzosa—. Demasiadas arpías juntas. No me gusta ir sola ni cómo me miran, me siento incómoda.

—No deberías darle tanta importancia a lo que piensen los demás.

—¿En serio? —me pregunta y eleva una ceja.

Entiendo su duda, desde que empecé mi vida junto a Gerard, siempre iba pendiente del «qué

dirán». Me levantaba media hora antes para escoger el atuendo que llevaría. Recuerdo el montón de veces que mi marido me decía que la camisa o la falda que había elegido no era la adecuada. Debía controlar la indumentaria, gestos, contestaciones, tono de voz... Calcular todo para no dejar en ridículo a la familia Pons. ¿Qué diría la gente si la mujer de Gerard Pons llevara un escote demasiado provocativo? Es curioso con qué facilidad nos conformamos y nos cegamos. Si analizo ahora parte de las situaciones vividas, me doy cuenta de que estaba en una especie de cárcel donde mi marido y mi suegra cortaban el bacalao. Chasqueo la lengua antes de contestar a Rosa.

—Siempre hay tiempo de intentar enmendar los errores. Ya sé que yo no fui mucho mejor que ellas, pero ahora vuelvo a ser yo y estoy a tiempo de rectificar —le explico.

—Si te sirve de consuelo, nunca me sentí ofendida por tu parte. Siempre has sido una buena jefa pero, ahora, molas más. Aunque sigues triste y preocupada, es agradable ver asomar tu sonrisa más a menudo. —Rosa sonrío ante su comentario y consigue que yo haga lo mismo.

—Gracias. Tu sinceridad se merece una recompensa. Te acompañaré al gimnasio con una condición.

—Ya sabía yo que me iba a salir cara la petición —suelta mientras pone los ojos en blanco—. A ver, suelta por esa boquita.

—Si está el chico de la fiesta, tienes que acercarte a saludarlo.

—Ni loca. Prefiero ir sola y aguantar los comentarios de *Las perfectas*, que acercarme a ese hombre y quedar en ridículo —confiesa mi ayudante.

Unos toques en la puerta me impiden contestar. La cabeza de Fernández se asoma.

—Perdón pero, como no había nadie fuera, me he arriesgado a entrar —se excusa.

—¡Hola, Fernández! ¿Cómo estás? —Rosa se acerca a él y le da dos besos. No tenía ni idea de que se conocieran.

—Todo bien. Venía a hablar con Andrea. ¿Qué tal tu familia?

—Mis padres, con sus achaques de la edad y mis hermanos bien. A ver si quedamos y nos tomamos un café para ponernos al día. Os dejo para que podáis hablar.

—Estaría genial. Gracias.

La vemos salir del despacho y Fernández no la pierde de vista hasta que desaparece. ¡Oye, que parece que aquí hay merengue!

—¿Qué te trae por aquí, Fernández? —pregunto y le ofrezco la silla con la mano para que se siente. Sacude la cabeza y acepta mi oferta.

—Tenemos novedades en el caso de Gerard.

—Genial. Sorpréndeme.

—Siento lo que te voy a decir y lo hago porque hay confianza, pero menuda pieza era tu marido —asegura.

—Eso parece. Creo que ya nada relacionado con Gerard puede impresionarme.

Lo miro a la espera de que me explique qué venía a decirme, pero Fernández está centrado en algo encima de mi mesa. Dirijo la mirada hacia la suya y compruebo con pesar que la tarjeta de Salazar, el hombre que me dijo que debía encontrar el contrato para su jefe, resalta encima de la madera de mi mesa como si fuera un neón. Alargo la mano con rapidez y la escondo debajo de mi palma.

—Andrea... —me reprocha la voz de mi amigo policía. Cierro los ojos resignada—. Déjame ver esa tarjeta.

—Es de un cliente. No tiene importancia —le digo e intento disimular. Qué tontería más grande, pero no se me ocurre otra cosa para evitar el interrogatorio. Está claro que algo de dicha tarjeta le ha llamado la atención.

—Andrea... —Vuelve a advertirme y alarga la mano para que se la entregue. Está claro que no voy a poder escaquearme.

Se la doy, qué más puedo hacer. Al verla más de cerca, retira la mano, se saca un guante de látex del bolsillo y se lo pone. Yo lo observo alucinada. Es solo una maldita tarjeta.

—¿Quién más la ha tocado? —indaga.

—Pues aparte de mí, creo que nadie, o puede que Víctor.

—¿Desde cuándo la tienes y cómo la has conseguido? —interroga. Ya sabía yo que iba a salir el Fernández profesional para acribillarme a preguntas.

Me resigno y decido arriesgarme con Fernández. Estoy estancada y asustada. No sé a lo que me enfrento con esa gente y pensar en las fotos que me envían, hace que me estremezca. Le explico cómo conocí a Salazar, la conversación que tuvimos y lo que me pidió que buscara. Bueno, no me lo pidió, me lo exigió con amenazas. Le enseñé las fotografías que he recibido y Fernández las mira sin perder detalle. Apunta en una pequeña libreta lo que le cuento y en ningún momento deja de lado el semblante profesional que ha puesto nada más ver la tarjeta. Me explica que ha reconocido el logo, ya que ayer recibieron más información de la investigación de los colegas españoles. Parece que hay un gran entramado de empresas que son utilizadas para el blanqueo de capitales, drogas y prostitución. Por supuesto, el nombre de Gerard sale en la documentación recibida y, al parecer, también asoman muchos personajes con posiciones importantes de varios países.

—Supongo que el contrato que debes conseguir debe de ser uno de los más importantes, de ahí la coacción y la inquietud por conseguirlo. Andrea, no quiero asustarte, pero esto es un buen lío. Esa gente no se anda con tonterías. Son escurridizos y muy poca gente conoce a los cabecillas. Llevan de culo a la policía de todo el mundo.

—¿Y qué narices hago? No tengo ni idea de dónde buscar. He revisado toda la documentación que Gerard tenía en casa y no he encontrado nada destacable.

—Pensé que toda la documentación relacionada con Gerard estaba en manos de la policía.

—Estuvieron en casa y removieron todo, pero no se llevaron nada.

—Qué raro —comenta a la vez que frunce el ceño.

—Fernández, esto no puede salir de aquí. Si se enteran de que he hablado con un policía, pongo en riesgo a toda mi familia. No me perdonaría nunca que les pasara algo por mi culpa —le pido nerviosa. La sola idea de pensarlo me produce escalofríos.

Oímos unos toques en la puerta y cuando se abre, mi hermano Guille hace presencia.

—¡Hombre, Fernández! ¿Qué te trae por aquí? —le pregunta con una sonrisa que desaparece al mirarme a mí—. Andrea, ¿estás bien? ¿Qué pasa aquí?

—Nada —me apresuro a decir—. Fernández me explicaba las novedades en la investigación de la muerte de Gerard.

—Pensé que eso ya estaba todo aclarado. ¿Es necesario seguir inquietando a mi hermana? — Sé que Guille quiere protegerme, pero no es justo que Fernández se lleve el sermón.

—Solo venía para ponerme al día.

Noto la mirada interrogativa de los dos. Mi hermano no se ha tragado mi excusa y mi amigo está claro que cree que mi familia debería saber lo que pasa. Me centro en Fernández e intento negar con la cabeza de forma sutil. No puedo inquietar a mi gente, todos se pondrían nerviosos, con motivo, y estoy convencida de que las personas que nos vigilan sabrían que he hablado con la policía.

—Andrea, suelta por esa boca —me exige Guille, y yo resoplo.

—Gerard estaba metido en cosas muy peligrosas, debe mucho dinero y nos ha dejado sin nada —miento como una bellaca e intento poner mi mejor cara para que mi hermano no me descubra. Algo tenía que decir y es lo primero que se me ha ocurrido—. Tengo que hacer frente a alguna deuda, pero sin importancia. Lo más importante lo cubrirán las propiedades que tenía mi marido.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días.

—Andrea, somos tu familia. Estamos para ayudarte. No puedes cargar tú sola con todos los problemas.

—Estoy bien. Te lo prometo. Quiero seguir con mi vida sin que el recuerdo de Gerard me perturbe. Así que no quiero dramas, ¿entendido? —Guille asiente con la cabeza—. Eso significa que nada de decírselo a papá y mamá, tampoco a Daniela ni a Hugo.

—Vale. Pero si necesitas algo...

—Te lo diré —lo interrumpo—. Ahora llévate a este hombre, que se merece una cerveza. Gracias por haber venido, Fernández. Cualquiera cosa, estamos en contacto.

Mi amigo me mira y entrecierra los ojos por la sutileza que he utilizado para quitármelos de encima. Después lo llamaré para saber qué debo hacer a partir de ahora y recordarle que debe ser discreto. Se despiden de mí cuando Rosa entra en el despacho con su mochila a la espalda. Fernández la mira, le sonrío y se despiden con dos besos.

—Jefa, ¿estás preparada? —pregunta con su habitual desparpajo. Si es que Rosa se hace querer.

—Vamos. ¿Qué te traes tú con Fernández?

—¿Qué pasa con él? Es muy amigo de mi hermano. Hace años que nos conocemos. Es un buen hombre.

—Y guapo —intento sonsacarle.

—Por supuesto. La que no lo piense no tiene ojos en la cara. Está como un queso.

—Pues yo creo que le gustas —comento mientras salimos del despacho. Rosa se frena al oír mi comentario y yo tropiezo con ella.

—Menudas tonterías dices. No estarás enferma, ¿verdad? —Pone su mano en mi frente para medir mi calentura—. Algo acalorada te veo, pero supongo que es por ir a ver a Víctor.

Empujo su mano para retirarla de mi frente y prosigo el camino sin hacerle ni caso.

—Algún día me lo tendrás que explicar —me pide a la carrera detrás de mí.

—¿El qué?

—Pues vuestra historia, qué va a ser.

—Lo haré cuando admitas que Fernández está loquito por ti. Solo hay que ver cómo te mira y te sonrío.

—Andrea, por favor. ¿De verdad crees que alguien como David se iba a fijar en mí? Ya te he dicho que nos conocemos desde hace muchos años y siempre nos hemos llevado bien. Nada más. Es posible que su mirada sea de cariño, como si mirara a una hermana. David siempre ha estado rodeado de mujeres preciosas, como *Las perfectas* del gimnasio.

—Está bien. Lo que tú digas. Algún día me darás la razón.

La dejo despotricando mientras nos subimos al coche y ponemos rumbo al gimnasio. Tengo ganas de ver a Víctor y también de contarle lo que ha pasado con Fernández. Mi cabeza es un hervidero de imágenes, pensamientos e ideas para buscar algún tipo de pista que me lleve al dichoso contrato que debo encontrar.

El sonido elevado de la música me saca de mis pensamientos. Desvío un momento la mirada de la carretera y observo a Rosa, que baila en el asiento del copiloto. Nuestras miradas se tropiezan y ella me saca la lengua. Sonrío por la energía y el buen rollo que desprende mi ayudante. Ojalá algún día me pueda dejar llevar y me desmelene como lo hace ella a mi lado en estos momentos.

Capítulo 26

Víctor

Me giro hacia la puerta y la veo entrar acompañada de Rosa. Es como si tuviera un radar para detectarla, como si algo en mi interior la presintiera. La observo hasta que nuestras miradas conectan. Me sonrío y yo hago lo mismo. Un gesto con la cabeza llama mi atención, me indica que me dirija hacia el despacho, es posible que tenga algo que decirme.

No me lo pienso, limpio las pesas que he utilizado y las dejo en su lugar. Me seco el sudor y salgo a su encuentro.

—¡Pero bueno! ¿Adónde vas con tanta prisa? —La que se interpone en mi camino es Meri.

—Hola, Meri. Iba a buscar unas rutinas que necesito. ¿Cómo estás?

—Echándote de menos. No haces más que darme largas —se queja, pone morritos y con su dedo recorre mi pecho.

—Ya sabes cómo está mi madre, no puedo dejarla sola mucho tiempo —me excuso y cojo su mano para frenar su contacto—. Por cierto, muchas gracias por preocuparte por su salud, pero no es necesario que vayas tan a menudo.

—Todo el mundo sabe que, si conquistas a la madre, es más fácil atrapar al hijo —suelta sin ningún pudor y mordiendo el labio inferior de forma tentadora.

En otro momento de mi vida, es posible que la hubiera arrastrado hasta el despacho y le hubiera dado su merecido, por provocadora. La follaría fuerte, como sé que a ella le gusta. Pero las cosas han cambiado y Meri debe entenderlo.

—Ya veo. Pues siento informarte de que a este hijo no le gusta que utilicen a su madre.

—Vaya. ¿Qué te ha pasado para que te hayas vuelto tan señorito? —pregunta mientras se acerca más a mi cuerpo y su mano roza mi miembro, que se emociona ante el contacto.

—Pensaba que tenías claro que lo nuestro solo era sexo, sin ataduras. Lo hemos hablado en muchas ocasiones —le digo.

—¿Y quién te ha dicho que quiero algo más? El problema es que tengo muchas ganas de ti, de que me hagas gritar de placer como solo tú sabes. Me tienes abandonada y provocas que haga cosas desesperadas.

Trago saliva por lo tentadora que es esta mujer y lo necesitado que estoy tampoco ayuda, pero lo que yo quiero no es sexo con Meri, sino con otra mujer que debe de estar esperándome.

—Oye, mira...

—¡Víctor! —me llama la chica de recepción e interrumpe la excusa que iba a poner. «Justo a tiempo», pienso—. Necesito que me firmes estos papeles.

—Lo siento, pero tengo cosas que hacer —le comento a Meri, me giro y la dejo en medio de la sala.

Noto sus ojos en mí y tengo claro que, si pudiera fulminarme, lo haría sin ningún remordimiento. Me acerco a firmar los documentos y me escapo al despacho. Abro la puerta con una sonrisa que desaparece al ver que la instancia está vacía. Mierda. La decepción me invade. ¿Por qué no me ha esperado? Me apoyo en el marco de la puerta para controlar cuándo sale del vestuario. No tardo en oír su risa, la reconocería entre un millón.

—¡Andrea! —la llamo. Se gira y, al ver que la espero, le comento algo a Rosa y se dirige hacia mí. Le dejo paso y entramos en el despacho de Hugo. Menos mal que mi amigo hoy no está —. Hola.

—Hola. Pensé que ya no venías. —No le dejo acabar la frase y me lanzo a sus labios.

¡Joder!, qué ganas tenía de ella. La aprisiono contra la pared y Andrea hunde sus manos en mi pelo. Es un beso que abarca miles de cosas. Impotencia por no poder estar a su lado, serenidad, pasión, amor y miedo. El mismo que, en ocasiones, me paraliza y no permite que avance y me enfrente a todo por ella. Ese miedo a que vuelva a pensar que yo no soy suficiente para ella.

—Me cuesta controlarme cuando estás a mi lado —le susurro mientras intento recuperar la normalidad de mi respiración.

—Sabes que, por mí, no tienes que cortarte. Si tú quisieras...

—Andrea, ya lo hemos hablado. No quiero empezar nada contigo a medias. Necesitamos eliminar nuestros fantasmas o las cosas no saldrán bien por mucho que nos queramos. Además, está Hugo. Quiero que entienda lo que siento por ti.

—Está bien. De nuevo tienes razón —me dice y acaricia mi nuca.

—¿Ha pasado algo? Pareces preocupada. —La conozco y su mirada tiene un velo de inquietud que a mí no me puede ocultar.

—Hoy ha estado Fernández en el hotel. Ha visto la tarjeta y ha reconocido el logo. Se lo he tenido que contar todo, Víctor.

Me explica que está inquieta por las repercusiones que pueda tener si se enteran de su charla con la policía y que tiene mucho miedo por los suyos. Parece que nuestro amigo no le ha pintado demasiado bien la cosa y esa gente es realmente peligrosa. Si tuviera ahora mismo aquí a Gerard, lo cosería a hostias.

—Dios mío, esto cada vez se complica más y yo no sé por dónde tirar —susurra. Me abraza por la cintura y deja caer su cabeza en mi pecho.

—Todo va a ir bien, nena. Seguro que Fernández sabrá manejar la situación para que no ocurra nada. —Intento consolarla.

Deposito un beso en su pelo cuando la puerta se abre de golpe sin darnos apenas tiempo a reaccionar.

—Esto ya es el colmo —gruñe Hugo entre dientes.

Me separo de Andrea de forma lenta. No tengo nada que esconder ni hacíamos nada malo, así que enfrento su mirada. Sigue con su cabreo irracional y lo puedo entender, el problema es que él no nos entiende a nosotros. Me sabe mal porque es la primera vez que estamos tantos días sin hablarnos. Nos hemos enfadado en muchas ocasiones, pero casi siempre cedíamos. Unas veces él,

otras yo y, antes de que acabara el día, ya habíamos hecho las paces.

—¿Tú no tienes una clase que dar? —me pregunta de malas formas y sin mirar a su hermana. Si lo hiciera, se daría cuenta de la tristeza que emanan sus ojos.

—Hugo, yo...

—No tengo nada que hablar contigo —le reprocha a Andrea—. Haced lo que os dé la gana. Pero que sea la última vez que utilizáis mis instalaciones para vuestro escarceo.

—Eres un gilipollas —gruñe Andrea al pasar por su lado para salir del despacho.

Yo no le insulto, no quiero problemas y no tengo ninguna duda de que es capaz de echarme a la calle si le toco mucho los huevos. Solo lo miro y niego con la cabeza, dándolo por imposible. Tendrá que pedir muchas disculpas cuando todo se arregle y salga a la luz.

—Víctor —me llama cuando estoy a punto de salir. Me paro a la espera de que continúe, pero no me giro—, si te vuelvo a ver tan cerca de mi hermana en mis instalaciones, no dudaré en prescindir de ti.

—Haz lo que creas conveniente —contesto y salgo del despacho.

Me asomo al pasillo para ir hacia la sala donde voy a dar la próxima clase y me tropiezo con Meri, que está apoyada en la pared. Nuestras miradas se encuentran y no dudo ni por un momento de que la culpable de que Hugo entrara en el despacho para pillarnos es ella. Parece que mis negativas no le sientan bien, pero tendrá que acostumbrarse. Paso de largo con la rabia instalada en mi cuerpo. Pobres de los que hoy asistan a mi clase, van a sudar la gota gorda.

No me vuelvo a encontrar con Andrea, pues ellas se han quedado en la sala de máquinas y cuando acabo ya se han ido. Decido, mientras me desvisto y me meto en la ducha, que más tarde le enviaré un mensaje.



Paso la tarde con mi madre y Jimena en la floristería, como ya es habitual desde que Hugo y yo nos hemos enfadado. Antes, aprovechábamos para disfrutar del rocódromo que hay en el gimnasio y por las noches, al acabar, siempre íbamos a tomar una cerveza o cenábamos alguna cosa antes de ir a casa. Espero que mi amigo recapacite pronto y podamos recuperar esa complicidad que teníamos.

—¿Y esa cara de acelga? —me pregunta Jimena.

—Parece que, últimamente, es la que tengo. No todos poseemos la habilidad de estar todo el día con una sonrisa permanente —le reclamo, señalándola con el dedo.

Es una mujer muy hermética y apenas nos conocemos, pero nunca he visto a una persona que sea capaz de sonreír de forma constante como hace Jimena.

—Mi abuelo siempre dice que una sonrisa mueve el mundo y eso intento hacer yo cada día.

—Pues ya me contarás el truco, porque a mí me es imposible hacerlo.

—Mira —dice, poniéndose delante de mí—, debes estirar este lado de la cara y después el otro. A poder ser, también deberías enseñar un poco los dientes para que no se vea tan forzada.

La miro y elevo una ceja. Debo de tener una cara de estúpido que te mueres con esta especie de mueca que se me ha quedado. Jimena amplía su sonrisa al verme y contiene una carcajada. Así nos pilla mi madre, que nos mira al uno y al otro para intentar adivinar qué narices hacemos en vez de trabajar.

—Flora, ¿ha visto qué guapo es su hijo cuando sonrío? —le indica Jimena, señalándome.

—Está más guapo —le contesta, remarcando el «más».

—Vaya dos patas para un banco —me quejo ante sus halagos para restarle importancia o me pondré colorado.

—¿Tú no tienes nada mejor que hacer que molestar a mi empleada? —reprocha mi madre—. Voy a prohibirte venir a la floristería. Siempre os pillo de brazos cruzados. ¡A trabajar!

Cuando gira la silla con la intención de volver a la tienda, veo que sus labios quieren estirarse, igual que hizo Jimena conmigo hace un momento.

—¿Se habrá enfadado? —pregunta Jimena preocupada.

—Qué va. Pero será mejor que sigamos con el trabajo. No te gustaría conocer a mi madre cabreada.

—¡Víctor Pérez!, te estoy oyendo. —Pongo los ojos en blanco a la vez que Jimena suelta una carcajada y volvemos a nuestras tareas.

A mi madre se le ha antojado que tocaba un cambio de escaparate y ya he retirado tres plantas que pesan un montón para poner otras de dimensiones similares. Ya solo me queda una, cuando unos golpes en el cristal llaman mi atención. Me giro y veo a Bruno, el abuelo de Jimena, que me llama desde el exterior. Por su forma de ponerse el dedo en la boca, para que no hable, y su nerviosismo cuando mira hacia adentro, me hace suponer que no quiere que su nieta se entere de que está aquí. Dejo la planta en el sitio exacto que me ha indicado mi madre, para no tener broncas, y salgo al encuentro de Bruno.

—¡Buenas tardes, muchacho! —saluda.

—¡Buenas tardes, Bruno! ¿Qué le trae por aquí?

—Quería darle una sorpresa a mi nieta. Espero que le guste mi regalo —me comenta ansioso.

—¿Y qué celebra?

—¡Cómo! ¿No os ha dicho que hoy es su cumpleaños? —Niego con la cabeza—. ¡Esta niña!

—A lo mejor es de esas mujeres a las que no les gusta cumplir años —la excuso.

—Qué va. Además, todavía es muy joven como para no querer cumplirlos. Sumar años es vida y ella lo sabe. Mi nieta es una chica muy tímida, ha pasado por muchas cosas que la han marcado. Le cuesta confiar en la gente y suele mantener las distancias por miedo a que le hagan daño. Pero es una mujer maravillosa. —Bruno no puede evitar, en la voz, el orgullo que siente por su nieta. Y yo cada día estoy más intrigado con Jimena.

—No lo dudo. La verdad es que ha encajado a la perfección en la floristería. Estamos encantados con ella.

—No sabes cómo me alegro. Ella lo necesitaba —contesta, pensativo—. ¿Me podrías dejar entretenerla un momento para darle el regalo? Serán unos minutos, tengo cosas que hacer y, si me lío, llegaré tarde. Entonces no habrá regalo que sirva para evitarme la bronca de mi nieta.

—Faltaría más. Si nos lo hubiera dicho, tendría el día libre para disfrutar con la familia.

—Gracias, muchacho —dice, dándome palmadas en la cara, con un brillo en sus sabios ojos.

Se apresura a entrar en la floristería apoyado en su bastón y con un paquete, envuelto en papel de regalo, en la otra mano. No pienso perderme la reacción de Jimena, así que me apresuro

a entrar detrás de él. Al oír la puerta, Jimena asoma la cabeza y al ver a su abuelo se ruboriza.

—Abuelo, ¿qué haces aquí?

—Feliz cumpleaños, mi niña —la felicita Bruno, entregándole el paquete.

—No deberías haber venido hasta aquí —le reprocha.

—Se dice «gracias» —contesta el abuelo. Ella lo mira de nuevo y sus ojos se suavizan derrochando una inmensa ternura. Es maravillosa la relación que tienen.

—Gracias. —Sale de detrás del mostrador y lo abraza con cariño.

—Niña, nos tenías que haber dicho que es tu cumpleaños —reclama mi madre y le da un abrazo y dos besos.

—¿Tantos cumpleaños que no quieres que nadie lo sepa? —me burlo, y Jimena me saca la lengua.

Abre el regalo que le ha ofrecido su abuelo y los ojos se le inundan de lágrimas. Es una guía de viajes. Islandia.

—Esto es solo el principio. Estoy convencido de que algún día lo podrás disfrutar en persona.

—Te quiero, abuelo.

—Y yo a ti, cariño —le contesta Bruno—. Ahora me voy o llegaré tarde.

Le guiña el ojo a su nieta y se despide de nosotros elevando la mano. Jimena mira el libro y se seca las lágrimas.

—Feliz cumpleaños —le digo, acercándome a ella y la abrazo.

No puedo evitar la ternura y el cariño que me transmite Jimena. Cada día tengo más claro que va a ser una gran amiga. Ojalá consiga que se abra a mí y me desvele todo ese misterio que envuelve su vida para poder ayudarla.

—Buenas tardes. Perdón, ¿molesto?

Esa voz, la que tiene el poder de hacer que mi piel se erice y que mi corazón palpite con más rapidez. La voz de la mujer que amo. La voz de Andrea. Aunque en esta ocasión no ha sonado nada dulce.

Capítulo 27

Andrea

Ya es la segunda vez que los pilla en una actitud demasiado cariñosa y escuece, para qué os voy a engañar. ¿Suena egoísta? Por supuesto. Fui yo quien se alejó y pensó que la vida al lado de Gerard iba a ser mejor. Ilusa.

—¡Hola, cielo! —me saluda Flora desde su silla de ruedas—. ¿Y este muchacho?

—Soy Jordi —le responde mi hijo, todo resuelto.

—Caramba, cómo has crecido. —Ante el piropo, mi hijo se hace el vergonzoso.

—¿Qué te cuentas, pequeño guerrero? —lo saluda en esta ocasión Víctor, que ya se ha separado de la chica.

—Hola, Víctor —contesta mi cacahuete, lanzándose a él para abrazarlo—. Venimos a comprar unas plantas para que nuestra casa nueva esté más bonita. ¿Verdad, mami?

Víctor se alza con Jordi en brazos que me mira con una sonrisa mientras yo asiento con la cabeza.

—Pues me parece una idea estupenda. ¿Vas a escogerlas tú? —indaga Víctor.

—No sé si sabré hacerlo, pero lo intentaré. El abuelo me está enseñando a ser jardinero y mola mucho. —Justo en ese momento se fija en Jimena, creo que así se llama la chica que ayuda a Flora—. ¿Y esta chica quién es? ¿Es tu novia?

—¡Jordi! —lo reprendo por su curiosidad.

—¿Qué? No —contesta con rapidez la chica a la vez que niega con la cabeza.

—Jimena ayuda a mi madre en la floristería —le explica Víctor.

—¿Es chulo ir en silla de ruedas? —curioseas mi hijo, olvidándose de Jimena.

Jordi se remueve para que Víctor lo deje en el suelo y mi pequeño se acerca a Flora y la acribilla a preguntas.

—Haremos una cosa —oigo que dice Flora—. Te sientas aquí conmigo y Jimena nos acompañará para encontrar las mejores plantas para tu nueva casa. ¿Te parece?

—¡Mami! ¿Puedo? —me pide mientras da saltitos de la emoción.

—Vale, pero vigila que no hagas daño a Flora en el pie.

—¡Qué bien! —Aplaudes mi cacahuete.

Jimena lo sienta encima de Flora y los conduce hasta el fondo de la tienda, dejándonos solos. Cuando los veo desaparecer, centro mi mirada en Víctor, que está apoyado en el mostrador con los brazos cruzados en el pecho. Es tan, tan guapo. Ya no es solo ese maravilloso cuerpo, trabajado en

el gimnasio, ni esa barbita recortada a la perfección o la sonrisa socarrona que tiene ahora mismo... No, es lo que me transmite su mirada y el recuerdo de lo feliz que fui a su lado. De todas las risas compartidas, esas que tanto echo de menos. Reír es vida y yo estuve muerta mientras compartía mis días con Gerard, pues lo que menos hacíamos era justamente eso, reír.

—¿Qué rondará por esa cabecita? —pregunta sin moverse.

—Solo pensaba. Eres jodidamente guapo —confieso.

—¡Vaya! No me puedo creer que hayas dicho una palabra malsonante. ¿Qué te está pasando, Andrea Guerrero?

—Mira, ahora no solo eres jodidamente guapo, también muy tonto.

Suelta una carcajada y alarga su brazo para tirar del mío y envolverme con su cuerpo. Besa mi cabeza, aunque continúa riéndose.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta, separándonos un poco para centrarse en mi mirada.

—Besarme, por ejemplo.

La seriedad regresa a nosotros mientras nos observamos, así, cerquita. Su mano retira un mechón de mi cara y se pasea por mi mandíbula. Nuestros ojos no dejan de mirarse, intentando expresar todo lo que tenemos miedo a decir con palabras. Los dos somos conscientes de lo que sentimos el uno por el otro, pero estamos heridos. Él por mi culpa y yo... bueno, yo por mi culpa también. Hace muchos años que hago las cosas mal y ahora no se va a arreglar todo en un día.

Nos acercamos, los dos a la vez, hasta que nuestros labios se encuentran. No soy capaz de describir lo que me hacen sentir sus besos. Es una mezcla de sensaciones que chocan las unas con las otras, elevándome a la cima y haciéndome caer al pozo a la vez. Amor, pasión, miedo, tristeza, locura, pérdida...

Las voces de Flora y Jordi a lo lejos nos hacen regresar a la realidad y nos separamos, pero no demasiado. El calor de su cuerpo me reconforta.

—¿Has podido hablar con Hugo? —me pregunta. Sé que está preocupado por la reacción de mi hermano y estoy convencida de que lo echa de menos.

—No, ni lo he intentado. Es un cabezón inmaduro.

—Es tu hermano y mi amigo, es normal que esté enfadado.

—No lo defiendas.

—No lo hago, pero puedo entenderlo. Está en el medio, nos quiere a los dos y nos conoce a la perfección.

—Hugo solo se quiere a sí mismo —le replico.

—Nena, eso no es verdad y lo sabes. Eres injusta. Tu hermano es el tío con el corazón más grande que nunca he conocido. Yo siempre he podido contar con él para cualquier cosa, le debo mucho...

—Y ahora por mi culpa no os habláis —lo interrumpo.

—Hugo necesita su tiempo. Cuando crea que es el momento oportuno, hablaré con él y tú deberías hacer lo mismo. —Chasqueo la lengua, restando importancia a sus palabras, aunque sé que tiene razón—. ¿Has sabido algo de Fernández?

—Me ha enviado un mensaje. Quiere que nos veamos, pero no me ha quedado claro ni cuándo ni dónde. Es un texto bastante raro. ¿Crees que pueden haber pinchado mi teléfono? —Es

posible que haya visto demasiadas películas de acción y policíacas, pero ya nada me puede sorprender. El enrevesado mensaje de Fernández me ha hecho sospechar.

—No lo sé. Seguramente solo es precavido.

La proximidad de los chillidos de mi hijo hace que me aleje de él. Viene a la carrera y todo entusiasmado.

—Hemos escogido unas plantas superchulas. Van a quedar genial. Jimena me ha explicado cómo tengo que echarles agua. Es muy fácil, lo podemos apuntar en un papel y así no se nos olvidará —explica de forma atropellada.

—Está bien. El fin de semana lo prepararemos y lo engancharemos en la nevera.

Le pido a Flora que me haga la cuenta mientras mi cacahuete salta alrededor de Víctor, explicándole algo que ha hecho en el colegio. Es bonito verlos juntos, se llevan muy bien sin forzar la situación y eso me gusta mucho.

—Jordi, cariño. Despídete, que nos vamos —le pido. Se acerca a Flora y Jimena y les da un beso a cada una. Con Víctor hace un raro juego de manos.

—¿Podremos venir otro día? —pregunta, mirándome.

—Claro que puedes —contesta Flora por mí—, si tu madre no puede traerte, le dices a la abuela que lo haga.

—Genial.

Víctor nos acompaña al coche para llevar las cuatro plantas que hemos comprado y se despide de mí con un guiño de ojo. Ojalá pudiera acercarme a él y aliviar estas ganas que tengo de abrazarlo y besarlo. «Algún día llegará», me digo a mí misma.



Me tiro en el sofá y suspiro. Son casi las once de la noche y Jordi ya duerme. No sé qué hacer con mi vida. Tengo tantos frentes abiertos que estoy muy perdida. Ya no sé por dónde buscar el dichoso contrato; bueno, sí que lo sé, pero para eso tengo que armarme de valor y encontrar la manera de que me dejen entrar en el despacho de arquitectos que ahora lleva Agustín, el primo de Gerard y ex de mi hermana Daniela. Un auténtico imbécil.

Tampoco sé qué hacer con el mensaje de Fernández. ¿Le contesto, espero...? Por otro lado, está el cabezón de Hugo. A pesar de nuestros rifirrafes constantes durante los últimos años, ahora que no me habla, lo echo de menos. Debería conversar con él y dejar las cosas claras. También está Víctor, yo no tengo ninguna duda de mis sentimientos por él y sé que los suyos son recíprocos, pero hay algo que lo frena. Ya sé que mi situación actual no es para tirar cohetes y no quiero que también esté en el punto de mira de esos delincuentes, pero algo me dice que no es ese el motivo, si no, no me ayudaría a buscar el documento.

La entrada de un mensaje en mi móvil me saca de mis pensamientos y las manos empiezan a temblarme. Me incorporo para coger el teléfono y mirar quién es. Esto es un sinvivir y respiro aliviada cuando veo quién me ha escrito. Me sorprende ver el nombre de mi hermano en la pantalla.

Hugo:

¿Estás despierta?

Andrea:

Sí.

Hugo:

Estoy abajo. Ábreme.

No le contesto y me apresuro a la puerta para apretar el botón del telefonillo y dejar entrar a mi hermano. No me lo esperaba, así que no sé si estoy preparada para esta charla. Solo espero que me entienda y me deje vivir este amor de nuevo, aunque volvamos a equivocarnos.

Abro la puerta de casa cuando oigo el ascensor llegar a mi rellano y observo a Hugo salir. Su semblante es serio y no parece que venga en son de paz, así que cojo aire, lo dejo escapar lentamente y me preparo para lo que está por venir. Mi hermano pasa raudo por mi lado, sin mirarme ni pedir permiso. Todo su cuerpo está en tensión y es posible que nunca lo haya visto tan enfadado. Lo sigo, cierro la puerta y me lo encuentro esperándome en el salón, de pie y con las manos en las caderas.

—¿Me vas a explicar qué cojones pasa entre Fernández y tú? —Frunzo el ceño, esa pregunta no me la esperaba.

—Hola a ti también —le contesto para intentar recomponerme del asombro.

—No estoy para gilipolleces, Andrea. Contesta a la puta pregunta.

—Si te crees que puedes venir a mi casa y exigirme respuestas en ese tono, estás muy equivocado.

—Esto es el colmo. Pero ¿a ti qué cojones te pasa? Primero, Víctor; ahora, Fernández. ¿Sabe mi amigo tus chanchullos con él? —me reprocha.

—Hugo, te estás pasando. No pienso permitirte, por muy hermano mío que seas, que vengas a insultarme y a juzgarme sin saber de qué narices hablas.

—Entonces, explícamelo. ¿Por qué cojones me ha dado este teléfono Fernández para ti? —dice y lanza un móvil al sofá.

—No tengo por qué darte explicaciones. —Intento mantener la compostura, pero no sé lo que aguantaré. No quiero que Hugo se entere de lo que pasa. Ni él ni nadie de mi familia debería saberlo.

—Andrea, te juro que no hay quien te entienda —asegura. Ha rebajado su tono y se me encoge el corazón al notar su mirada de desilusión—. Víctor no se lo merece, otra vez no. Creía que lo querías. ¿A qué juegas?

No soy capaz de contener las lágrimas ante sus palabras. Me duele que piense eso de mí, pero está claro que voy a arrastrar mis errores toda mi vida.

—No es lo que parece —le susurro. ¿Qué puedo explicarle sin decir la verdad?

—Pues acláramelo, porque no lo entiendo y te puedo asegurar que parece justo lo que yo he dicho.

—Lo siento, pero no puedo contártelo. —Mi tono de voz ha sido tan bajo que no tengo claro que me haya oído.

Hugo me observa, pero no se mueve del sitio. Su cabeza trabaja a toda velocidad, y sé que no va a dejar las cosas como están. Yo no he sido capaz de frenar mis lágrimas e intento esquivar

su mirada.

Una nueva vibración de mi teléfono rompe el silencio creado. Desde la visita de Salazar y sus amenazas, cada vez que el dichoso aparato vibra, mi cuerpo se tensa sin poder impedirlo. Por supuesto, esa reacción no pasa desapercibida para mi hermano.

—¿No piensas cogerlo? —Niego con la cabeza mientras retuerzo mis manos—. Pues lo haré yo.

—¡Hugo! —le reclamo, acercándome a él para intentar quitárselo de las manos.

Está bloqueado, pero mi contraseña no es muy original, es la fecha de nacimiento de Jordi y mi hermano la sabe. Forcejeo con él para que no consiga ver el mensaje, a la vez que suplico para que sea un mensaje de Víctor o de mis hermanos. Está de espalda a mí mientras su mano libre intenta retenerme. Me doy cuenta de que mis súplicas no han debido de servir para nada cuando Hugo deja de hacer fuerza y yo puedo robarle el aparato.

—¿Qué cojones es esto, Andrea? —me pide.

Observo las fotos que he recibido; en todas ellas sale Hugo en varios momentos de su día a día. Me derrumbo y un sollozo sale de mi garganta a la vez que mis piernas ceden y me quedo arrodillada en el suelo. No puedo más, esto me supera y no veo el final del camino. No puedo dejar de ver las instantáneas entre lágrimas y oigo la voz de mi hermano, pero sin saber qué me dice. Un nuevo mensaje entra, esta vez es un texto:

Desconocido:

No olvides que sus vidas están en tus manos. El tiempo corre. Tic, tac...

Retengo la respiración al leerlo, todo da vueltas a mi alrededor y, de pronto, oscuridad.

Capítulo 28

Víctor

El nombre de Hugo iluminado en la pantalla de mi teléfono me hace fruncir el ceño. Es tarde y no tengo ganas de discutir a estas horas. Opto por no coger la llamada, mañana será otro día. La vibración se corta, pero no tarda ni un segundo en volver a sonar. Tampoco le hago caso, ya se cansará. Después de intentarlo en varias ocasiones y no obtener respuesta, decide enviarme un mensaje.

Hugo:

Coge el puto teléfono. Es urgente.

Al leerlo, soy yo el que decide llamarlo, parece ser algo importante.

—¿Qué pasa, Hugo? No tengo ganas de discutir.

—Es Andrea. —Me incorporo de un salto de la cama ante el tono de nerviosismo de su voz —. Se ha desmayado, necesito que vengas.

—¡Joder! Ahora mismo voy.

No me despido, cuelgo la llamada y me cambio el pantalón del pijama por uno de deporte, me coloco la sudadera y salgo de casa a la carrera. No tardo ni cinco minutos en llegar y aparcar el coche. Aviso a Hugo de que he llegado para que me abra, ya que supongo que Jordi dormirá y lo que menos necesitamos ahora es que se despierte y vea a su madre en ese estado.

Llego al rellano resollando por subir las escaleras de dos en dos y encuentro la puerta entreabierta. Entro y veo a Hugo, moviéndose de un lado al otro, despeinado y con cara de angustia y a Andrea tumbada en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, acercándome a ella y acaricio su cara.

—No lo sé. Estábamos hablando y ha recibido un mensaje en el teléfono que la ha puesto muy nerviosa y se ha desplomado. No he tenido tiempo de reaccionar y se ha dado un golpe contra la mesa —me explica preocupado.

Me fijo en que, en la parte alta de la cabeza, muy cerca del pelo, tiene colocada una gasa. Está manchada de sangre, aunque no empapada. La levanto y observo la pequeña brecha que se ha hecho.

—¿Has llamado a alguien?

—Solo a ti. No sabía qué hacer. Jordi duerme en su habitación y no podía irme y dejarlo solo.

—Creo que lo mejor será no moverla. Voy a llamar al médico, a ver si puede venir o que nos

diga qué debemos hacer. —La verdad es que no tengo muy claro de dónde me sale esta serenidad, ya que estoy muy nervioso y me inquieta ver así a Andrea—. Debes tranquilizarte, Hugo —le pido a mi amigo mientras saco el teléfono y me dispongo a llamar.

César, mi doctor y amigo, me indica que se acercará a echarle un vistazo y entonces decidirá si es aconsejable llevarla al hospital, mientras nos aconseja que no la movamos. Los minutos que tarda en llegar César se nos hacen eternos. Hugo no hace más que acariciarle las manos y no ha dicho nada en todo este rato. Cuando el médico me avisa de su llegada, le doy acceso al edificio y lo espero en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mientras nos dirigimos al salón.

—La verdad es que no lo sé. Hugo estaba con ella y te lo podrá explicar.

César saluda a Hugo y le hace la misma pregunta que a mí. Mi amigo le explica cómo han sucedido las cosas a la vez que el médico examina a Andrea. Le toma la tensión, la ausculta y revisa su herida.

—¿Crees que deberíamos llevarla al hospital? —le pregunto al ver que todavía no reacciona.

—El golpe ha sido pequeño y no es el motivo de su desmayo. ¿Ha estado sometida a mucha tensión últimamente?

—Solo hace un mes que falleció su marido y tiene varios problemas —le comento.

—Pues es posible que su cerebro y su cuerpo hayan colapsado. Suele pasar cuando hay mucho estrés y preocupación. Sus constantes son buenas, así que yo no me preocuparía. No tardará en despertar. Lo que sí es necesario es que se relaje y se tome las cosas con calma. Si le pasara muy a menudo, puede ser peligroso.

—Muchas gracias por todo, César. Mañana paso a verte y te abono la consulta.

—Cuando puedas, tranquilo. Si necesitas cualquier otra cosa o si despierta y no se encuentra bien, me vuelves a llamar.

Despido al médico en la puerta y regreso al salón con ganas de que Andrea reaccione y que podamos respirar tranquilos.

Hugo está sentado a su lado y le acaricia la mano. Está cabizbajo, no parece mi amigo. Creo que nunca lo he visto tan preocupado.

—¿Tú sabes qué pasa? ¿Por qué mi hermana recibe esas fotos? —me pregunta.

—Sí, algo me ha contado.

—Quiero saber qué es —me exige.

—Hugo, no soy yo quien te lo tiene que explicar.

—Eres mi mejor amigo y ella, mi hermana, creo que merezco saber qué pasa. Además, en las fotos que ha recibido hace un rato, salía yo. —Se levanta para recuperar el teléfono, y cuando está a punto de desbloquearlo, un gemido de Andrea hace que centremos la atención en ella.

Intenta incorporarse y suelta un quejido llevándose la mano a la cabeza. Hugo regresa a su lado y la obliga a recostarse de nuevo. Lo que daría yo por abrazarla, por tener alguna poción mágica que me ayudara a protegerla siempre.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Te has desmayado —le aclara Hugo.

—Victor, ¿y tú que haces aquí?

—Nos has dado un buen susto, nena. —Me acerco a ella, le retiro con cuidado un mechón del pelo que se ha enredado en el apósito de la frente y le doy un beso en la cabeza.

Hugo le explica cómo han sucedido los acontecimientos y le exige una explicación. Está realmente preocupado y no es para menos. Le entrega el teléfono a Andrea de nuevo y esta se incorpora un poco en el sofá. Me sitúo detrás de ella y le froto los brazos para animarla a desahogarse. Creo que es necesario que alguien de su familia sepa lo que sucede y tenga su apoyo y así se lo hago saber:

—Andrea, todo esto es demasiada carga para ti sola. Puedo entender que no quieras que tus padres se enteren, pero Hugo merece saberlo. Te ha visto desfallecer y está preocupado por ti.

—Yo no quiero que le pase nada malo a nadie —comenta entre sollozos.

—Lo sé. Sé qué haces todo esto por tu familia, pero ellos están para ayudarte. Sabemos que la situación es demasiado arriesgada como para que se entere todo el mundo, pero estoy convencido de que, entre Hugo, Fernández, tú y yo, conseguiremos encontrar lo que han pedido.

Andrea me mira con los ojos rojos de llorar y soy consciente del bloqueo y el cansancio que arrastra con todo este tema. Asiento con la cabeza para alentarla a hablar.

—*Conguito*, mírame —le pide su hermano—. No pienso parar hasta saber qué narices pasa. Prefiero enterarme por ti, pero si tengo que partirle la cara a Víctor o a Fernández para que me lo digan, te juro que lo haré.

Miro a mi amigo y levanto una ceja cuando nuestros ojos se cruzan, ya que, a pesar de estar fuerte, nunca ha sido capaz de ganarme en un combate de boxeo. Eso Hugo no lo lleva muy bien. Noto cómo sus comisuras se estiran, aunque intenta evitar reírse.

—Está bien. Pero prométeme que te lo tomarás con calma. Es un tema delicado —cede Andrea.

—Vale.

—Prométemelo, Hugo.

—Te lo prometo.

Andrea empieza la explicación con la visita de Salazar y le cuenta lo que le ha exigido, la cantidad de mensajes y fotos recibidas y cómo Fernández la descubrió el otro día. Los dos recuerdan el teléfono que le ha traído Hugo y asumimos que Fernández se lo dio para poder hablar con Andrea sin riesgos.

—¿Y ahora qué? —le pregunta Hugo.

—Ese es el problema, que no tengo ni idea de por dónde continuar. He revisado todos los documentos que encontré en casa, Víctor me ayudó —explica mientras acaricia mi mano—, y no hemos encontrado nada. Debería buscar en el despacho, pero ahora el director es Agustín y no sé cómo acceder a él.

—¿Y tu suegra? —indaga mi amigo.

—¿Qué pasa con ella?

—Quizás tenga alguna cosa en su casa. Tenía muy buena relación con su hijo. A lo mejor le dio el contrato a ella para que se lo guardara —explica Hugo.

—Puede ser. Y ahora que lo dices, hace muchos días que no me llama ni me molesta. Eso es

raro.

—¿Cuántos días faltan para cumplir el plazo que han estipulado?

—Unos veinte días, creo, o alguno menos.

—Está bien. Haremos lo siguiente: vamos a mantener la calma y actuar como si no pasara nada. Víctor y yo hablaremos con Fernández para saber qué pasos seguir a partir de ahora. Tú necesitas descansar y bajar el ritmo —le exige. Andrea está a punto de replicar cuando le recuerda—: Lo ha dicho el médico.

Decidimos que Hugo se quedará esta noche con ella, por si se encontrara mal y yo me voy a casa para ayudar a mi madre. Aunque le he pedido que no lo hiciera, Andrea me acompaña hasta la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunto y enmarco su cara con mis manos.

—Lo estaré.

—Sabes que no tienes que hacerte la fuerte, tienes a mucha gente que te apoya, Andrea. Todo se arreglará. Ahora toca descansar y reponerte.

Se acerca a mí y me rodea la cintura con sus manos, yo hago lo mismo con sus hombros y nos fundimos en un abrazo que los dos necesitamos.

—Gracias —oigo que dice pegada a mi pecho.

—Siempre estaré si me necesitas.

Se separa de mí y se pone de puntillas para darme un beso en los labios. Ojalá pudiera profundizarlo, que le pudiera demostrar todo lo que siento por ella. Nos despedimos con varios besos más y me dirijo a mi casa.

Es casi la una de la madrugada cuando entro por la puerta. Estoy agotado por la tensión vivida y por ver a Andrea tan indefensa y no saber cómo actuar. Intento no hacer ruido para no despertar a mi madre, pero parece que no he sido lo suficientemente sigiloso cuando se enciende la luz del pasillo y mi progenitora aparece con las muletas. Miedo me da, no es una cosa que domine mucho y a veces temo que se vuelva a caer al verla tan inestable.

—Cariño, ¿va todo bien? —pregunta preocupada. Supongo que me ha oído marchar y, al no decirle nada, se ha asustado.

—Sí. Una pequeña emergencia, pero sin graves consecuencias. ¿Qué haces levantada? Es muy tarde.

—Te has ido a la carrera. Supuse que había pasado algo, no podía dormir, estaba inquieta.

—Vamos a la cama, anda.

Le retiro las muletas y la cojo en brazos. Refunfuña, pero sé que le gusta que la mime. La dejo tumbada en la cama y la arropo. Ella cuidaba de mí y aún lo hace y, aunque me consta que es una mujer fuerte e independiente, ahora es mi turno de velar por ella.

—¿Quieres explicármelo? —demanda, reteniéndome por el brazo. Me siento en la cama y suspiro.

—Andrea se ha desmayado y Hugo estaba con ella. Me ha llamado para que fuera.

—¡Ay, Dios mío! Pobre muchacha.

—Está fuera de peligro y deberías guardar el secreto —le pido para que no se lo cuente a Manuela—. Su madre no sabe nada.

—Claro, hijo. Si se encuentra mejor, no vale la pena preocuparla —asegura.

—Desde que Gerard falleció, ha tenido muchos problemas y está sometida a demasiada presión. Al final, la ha superado.

—¿Todavía la quieres? —indaga, mirándome con cariño.

—Creo que nunca he dejado de hacerlo.

—Pero...

—¿Cómo sabes que hay un pero? —apunto. Qué bien me conoce mi madre.

—Eres mi hijo, cariño.

—Ya... —Me quedo callado unos segundos para meditar mis palabras—. No tengo ninguna duda de mi amor por ella. Tanto mi cabeza como mi cuerpo lo saben. El problema es la inseguridad que me creó su abandono. Si en aquel momento no fui suficiente para ella, ¿quién me asegura que ahora sí lo soy? Temo hacerme ilusiones y volver a caer en el pozo. Esta vez no estoy seguro de poder salir de nuevo. Además, nos rodean demasiados problemas como para iniciar una relación y también está Jordi. Ahora no somos unos adolescentes que pueden lanzarse al vacío sin preocupaciones. Si la cosa no funcionara, hay un pequeño que puede sufrir. No sé, mamá, son muchos frentes abiertos.

—Lo sé, Víctor. Pero la felicidad no llega sola, hay que batallarla. A veces, se consigue de forma rápida y es para siempre pero, en otras ocasiones, cuesta alcanzarla o dura lo justo para saborearla. Uno no sabe lo que va a pasar pero, si no se intenta, nunca lo sabrá. Yo pienso que es mejor llorar por lo que no pudo ser que sufrir por no haberlo intentado. Tómatelo con calma y asegúrate de lo que quieres y, una vez lo tengas claro, lánzate de cabeza, hijo. La vida es efímera, a veces demasiado, disfrútala.

—Lo tendré en cuenta —aseguro. Dejo un beso en su mejilla y me levanto para irme. Antes de salir me giro y le digo—: Gracias, mamá. Te quiero.

—No más que yo.

Una vez entro en mi cuarto, me cambio y me tumbo en la cama boca arriba. Estoy confundido y no sé qué hacer. Supongo que lo prioritario ahora es encontrar el dichoso documento y que todos los Guerrero puedan respirar tranquilos.

Me paso la noche soñando con caballeros, dragones, pergaminos y princesas en apuros. Menudo día me espera.

Capítulo 29

Andrea

Me miro en el espejo y frunzo los morros al ver la imagen que me devuelve. Estoy hecha un desastre. Tengo unos enormes surcos oscuros debajo de los ojos de pasarme parte de la noche dando vueltas en la cama. Mi mirada está apagada, llena de preocupaciones. El pelo enmarañado, la frente con un color rojizo que pronto se volverá morado y un apósito que me puso ayer el médico. Una pena, vamos. Lo importante ahora es inventarme una buena excusa para esta herida.

Salgo del baño un poco más decente después de una buena ducha y de vestirme de forma cómoda. Menos mal que es sábado y no tengo que ir a trabajar. Recuerdo que Hugo se quedó a dormir en el sofá, así que me dirijo de forma sigilosa hasta la cocina y allí me lo encuentro.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Cansada.

—No me extraña. Te has pasado la noche soñando y hablando sola —explica.

—Siento mucho que no hayas podido descansar por mi culpa —me excuso.

—No digas tonterías, *Conguito*. ¿Qué clase de hermano sería, si ahora que me necesitas, no estuviera a tu lado? —Lo miro y pongo los ojos en blanco. No porque no sea cierto lo que dice, yo haría cualquier cosa por mis hermanos, sino por el tono que ha puesto y esa sonrisa canalla. La misma que utiliza cuando quiere embaucar a alguien.

—Huguito, tu cara de niño bueno no te va a funcionar conmigo.

—Siempre fuiste un hueso duro de roer —dice, guiñándome un ojo—. Te he robado leche y cacao. Es mi premio por aguantarte toda la noche.

Mi hermano es como un niño pequeño. No suele tomar café, sino su leche con cacao, caliente en invierno y fría en verano. Le encantan las chucherías, recuerdo que, si no las escondías, Hugo siempre se comía las suyas y las de los demás. Es el primero en apuntarse a jugar a cualquier cosa, ya sean juegos de mesa, videoconsolas o hacer ahogadillas en la piscina. Se lleva genial con Aura y Júnior, nuestros sobrinos mayores, y con Pablo, el noviete de Aura. Lo dicho, es un niño encerrado en el cuerpo de un hombre guapo a rabiar. Lo sé, lo sé, no soy muy objetiva pero, en ocasiones, parece que se niega a crecer, es como una especie de Peter Pan.

—Ya sería hora de que empezaras a madurar, Hugo. Tienes una edad y, a veces, eres peor que Jordi —me burlo.

—¿Qué tiene de malo disfrutar de la vida? Para ello hay que soltarse y ser un poco niño. Solo hay que saber actuar en cada momento. Estoy seguro de que mis ligues no piensan, en

absoluto, que sea infantil.

—No sigas, por favor. Mi cabeza no soportaría escuchar tus hazañas amorosas —le pido, tapándome los oídos.

—¡*Meeeck*, error! Son hazañas sexuales, hermanita. Nada de amor. No caricias tiernas, no escenas románticas, no dormir en mi cama... Sí gemidos, sí *mete-saca*, sí explorar zonas oscuras... —aclarar. Niego con la cabeza, dándolo por imposible y girándome para encender la cafetera. Se genera un silencio y sé que quiere decirme algo y no sabe cómo hacerlo—. Necesito saber qué pasa con Víctor.

Frunzo el ceño ante su pregunta. Esperaba un interrogatorio a raíz de los mensajes de ayer o del porqué le oculté la amenaza de Salazar, pero no imaginaba que quisiera indagar en mi relación con Víctor.

—No me mires así, Andrea. Sé que me he comportado como un auténtico capullo, pero él es mi mejor amigo y tú, mi hermana. Estoy en medio de los dos y esta relación me salpica, lo quiera o no. Estuve a su lado cuando una supuesta novia lo dejó por otro. Estaba destrozado, Andrea. Se pasaba los días como alma en pena, lloró en mi hombro y, tanto a Flora como a mí, nos costó un mundo que volviera a resurgir. A pesar de todo, nunca fue el mismo. Se negó a decirme quién era, te juro que la odié. Joder, odié con toda mi alma a esa mujer que había destrozado a mi amigo. Al enterarme de que habías sido tú, se derrumbó todo a mi alrededor. Tuve un choque de sentimientos que sacudió mi cerebro. Lo asimilé, estabas casada con Gerard, pero ahora —me mira y suelta un suspiro—, ahora veo cómo le vuelven a brillar los ojos y quiero confiar ciegamente en ti, pero no puedo. Vi a Víctor tocar fondo y no quiero que eso vuelva a suceder.

Acerca su mano a mis mejillas y me limpia las lágrimas. Qué duro es darte cuenta del daño que le has hecho a una persona que amas. ¿Cómo lo arreglas? Y lo más importante, ¿tiene arreglo?

—Lo siento —me disculpo entre sollozos.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón, *Conguito*. Mírame —me pide y levanta mi mentón con sus dedos—, yo no me pienso meter más en vuestra relación, pero sí te voy a pedir que pienses bien las cosas. Que estés segura de que lo amas y que nada ni nadie se va a interponer entre vosotros de nuevo. Víctor te quiere, joder, nunca he visto a nadie más enamorado que él; bueno, a nuestros hermanos, y eso da un asco que flipas —dice, mostrando su lado infantil para quitarle intensidad a la conversación.

—Qué tonto eres —le reclamo entre risas y lágrimas.

—Fuera bromas. Prométeme que lo vas a pensar bien.

—No tengo nada que pensar, Hugo. Quiero a Víctor con toda mi alma, lo hice hace años y nunca dejé de hacerlo. Sé que es difícil de entender y que mis actos no se corresponden con ese amor, pero nunca he tenido algo tan claro. Es verdad que tuve que hostiarme para darme cuenta y te puedo asegurar que estoy pagando muy caro mi error.

Mi hermano me mira, pero sé que le cuesta creerme. Lo conozco bien.

—¿Sabes? Creo que deberías irte unos días. —Niego con la cabeza—. Solo dos o tres. Puedes ir a la casa de la playa. Siempre te ha gustado pasear, hundir los pies en la arena, mirar al horizonte...

—No puedo hacerlo ahora, Hugo. Tengo que encontrar el dichoso documento. Quiero que esta pesadilla acabe cuanto antes. Esto es un sinvivir.

—Ayer, al ver que te desmayabas, me asusté mucho. El médico ha dicho que debías descansar. Dos días, Andrea, solo eso. Los papás se quedarán con Jordi, y Rosa te mantendrá informada de cualquier cosa que pase en el hotel.

—¿Y qué le digo a Guille? ¿Qué pasa con las amenazas? —Por un lado, me muero de ganas de salir de la rutina y despejar mi mente pero, por otro lado, tengo miedo, mucho miedo.

—De eso me encargo yo, ¿vale? Ayer hablé con Fernández y hemos quedado en vernos hoy. Tienen las fronteras vigiladas. Gerard era un tío importante en el país y la investigación sigue activa. Él ya ha hablado con su superior y van a vigilar a nuestra familia.

—Hugo, si esa gente se entera...

—Nadie se va a enterar. Dos días, Andrea. Despeja la cabeza. A lo mejor, si cambias de aires, te surge alguna idea de dónde buscar el puñetero documento.

Resoplo. No sé si esto es una buena idea o no pero, cuando me doy cuenta, estoy preparando una pequeña maleta para poner rumbo a la casa que mis padres tienen en la costa.

—¡Mami! Me ha dicho el tío Hugo que tienes que irte de viaje —dice mi pequeño, que aparece a la carrera en la habitación.

—Sí, cacahuete. Serán poquitos días. Te quedarás con los abuelos, ¿vale? —le explico sin levantar mucho la cabeza para que no vea el golpe de mi frente.

—¡Chachi! Podré jugar con Loqui y seguro que la abuela me deja merendar churros y chocolate.

—Seguro que sí. —Sonrío y continúo guardando la ropa.

—¿Te has hecho pupa? —me pregunta con el rostro preocupado.

—Últimamente, está un poco despistada y se ha dado un golpe con la puerta —le contesta mi madre que acaba de llegar para recogerlo y ha entrado en la habitación.

—¡Vaya! Y después se queja de mí porque dice que tengo la cabeza llena de pajaritos. Cuando eso es imposible y todo el mundo lo sabe. —Miro a mi hijo y sonrío. Mi pequeño guerrero.

—Pórtate bien con los abuelos —le pido.

—Siempre lo hago —se queja y pone los ojos en blanco.

—Venga, a vestirte, cariño, que nos vamos.

Mi cacahuete se acerca a mí, me da un beso y me abraza. Aprieto su cuerpo con cariño y cierro los ojos para llenarme de su olor. Parece mentira que se pueda querer tanto a algo tan pequeño. Lo veo desaparecer a la carrera, igual que hizo al llegar.

—No voy a preguntar nada, ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias, mamá. —Besa mi mejilla y acoge mi cara en sus manos. Me mira y niega un poco con la cabeza.

—Avísanos cuando llegues. Toma, debería estar todo limpio. Cualquier cosa, me avisas.

Cojo las llaves que me ofrece y la observo salir de la habitación. Sé que está preocupada y lo último que deseo es que estén inquietos por mi culpa.

Media hora después, mi madre ya se ha llevado a Jordi y solo quedamos Hugo y yo. Acercó la maleta a la puerta, me pongo la chaqueta y cojo el bolso para bajar al aparcamiento, coger el coche y emprender el viaje. Cuando estoy a punto de apretar el botón de la planta menos dos, su

mano frena la mía y se adelanta para tocar el cero.

—Hugo, tengo el coche aparcado dentro —le informo.

—No te va a hacer falta el coche.

—¿Me vas a llevar tú? —Niega con la cabeza, pero no me dice nada más.

Cuando salimos del portal, un guapísimo Víctor me espera apoyado en el vehículo y con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto, aunque sea más que obvio.

—No pensabas que íbamos a dejarte ir sola, ¿verdad? —me dice Hugo—. Víctor te acompañará.

Lo miro con la duda reflejada en mis ojos. Ayer no nos hablaba y hoy nos envía juntos de viaje. ¿Quién lo entiende?

—*Conguito*, no me mires así. Víctor y yo hemos tenido una charla de hombres y ya sabe a qué atenerse —me cuenta y se encoge de hombros, quitándole importancia al asunto.

Observo cómo se sonríen y los doy por imposibles. Tampoco me quejo por el apelativo que utiliza mi querido hermano. Le pido que me mantenga informada de cualquier cosa y me despido dándole las gracias y un beso en la mejilla. Es un golfo, pero nunca podré agradecerle todo lo que hace por mí. Casi, casi, se gana el premio de hermano favorito. Digo casi, porque cuando cojo el teléfono que me dio Fernández, y que ha vibrado en mi bolso, veo que ha creado un grupo de chat, las ganas de estrangularlo superan con creces cualquier agradecimiento. ¡Cómo le gusta a mi hermano crear grupitos!

Hugo creó el grupo «Misión rescate».

Hugo te añadió.

Al ver el nombre del grupo un escalofrío recorre mi cuerpo. «No será capaz de añadir a mis hermanos en el grupo», me digo a mí misma. Lo primero que hago es ver la gente que lo componen: mi hermano Guille y Camila; mi hermana Daniela y Malcom; Fernández; Rosa; Víctor y, por supuesto, Hugo y yo. Será imbécil. Resoplo, cierro los ojos y me toco las sienes para aliviar el dolor de cabeza que se está formando.

—¿Pasa algo? —me pregunta Víctor sin retirar la mirada de la carretera.

—Yo debí portarme muy mal en otra vida para que, en esta, me haya tocado un hermano tan tonto.

Víctor suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Al final, lo ha hecho —asegura. Lo miro con los ojos entornados, aunque no pueda mirarme, sé que siente cómo lo mato.

—A mí no me hace gracia. Esto se nos va de las manos, Víctor. No es para tomárselo a broma. Esa gente es peligrosa y toda mi familia está en riesgo.

—Tu hermano no haría nada que no tuviera controlado. Parece mentira que no lo conozcas.

No le contesto. Apago el teléfono y me cruzo de brazos, enfurruñada como una niña pequeña. Y después me quejo de Hugo, madre mía. Poco me dura el cabreo, no tardo ni dos minutos en apoyar la cabeza en la ventanilla y quedarme dormida.

Es la hora de comer cuando Víctor aparca el coche delante de la casa de mis padres. Me despierta con movimientos suaves y, al abrir los ojos, me tropiezo con su increíble mirada azul.

Sonríe y aprovecho para acercarme y darle un beso en la mejilla. Soy muy feliz de que esté aquí conmigo.

Le doy al botón del mando y la puerta que da acceso a la vivienda se abre. Es una casa grande, como todo lo que envuelve a mi familia, no por el poder adquisitivo, sino porque somos muchos. Está muy cerca de la playa, aunque no en primera línea. Cuando sales a la terraza del piso superior, las vistas a parte de la playa y al horizonte son increíbles, por la magnitud del mar Mediterráneo.

Nos instalamos y, al bajar a la cocina, me encuentro con una nota de Marta, la señora que cuida la casa en nuestra ausencia.

«Bienvenida, niña Andrea. Tiene varios recipientes en la nevera que puede calentar, si le apetece. Cualquier cosa, solo tiene que llamarme».

Sonríe. Marta lleva mucho tiempo con nosotros y es una gran mujer. Abro la nevera y saco uno de los envases, el que lleva arroz con pollo. Mientras lo caliento en el microondas, decido encender mi nuevo teléfono. El aparato no deja de sonar y, al acceder a la aplicación, tengo un montón de mensajes nuevos. Maldito Hugo. Pienso matarlo con mis propias manos cuando lo vea.

Capítulo 30

Víctor

Dejo mi maleta en una de las habitaciones. No tengo muy claro que Andrea quiera que durmamos juntos. O a lo mejor soy yo el que no lo tiene claro.

Cuando Hugo me llamó esta mañana para informarme de lo que tenía planeado, no supe qué contestar. Su decisión me dejó sin palabras. Había pasado de no hablarme a pedirme que me fuera con su hermana a pasar unos días a la playa. Parecía que el golpe en la cabeza se lo había dado él en vez de Andrea.

«Me imagino que ahora mismo parezco bipolar, pero sé lo que hago, Víctor. También soy consciente de que te debo una disculpa y lo haré, por supuesto, pero delante de unas birras y unas tapas, no por teléfono. No puedo dejarla sola y necesita alejarse de aquí. No me imagino a nadie mejor que tú para acompañarla. Sé que la quieres y que estará segura contigo. Vais a tener vigilancia, pero serán discretos. Sobre todo, no se lo digas a mi hermana. Sé que puedo confiar en ti, colega», me dijo, y aquí estoy. Me prometió cuidar a mi madre y dormir con ella las noches que estaré fuera.

Para mi sorpresa, a mi progenitora no le extrañó que me ausentara cuando le expliqué el motivo, sin profundizar en las partes más delicadas. Lo que no le hizo tanta gracia es que Hugo tuviera que cuidarla. Qué le vamos a hacer.

Cojo el teléfono para enviarle un mensaje a mi madre y decirle que hemos llegado. Abro mucho los ojos al ver la cantidad de mensajes que hay en el nuevo grupo creado por Hugo. Decido que es hora de bajar a encontrarme con Andrea, cuando vea semejante actividad le va a dar algo.

La encuentro en la cocina, con el móvil en la mano, mordiéndose el labio inferior y sorbiendo por la nariz. Decido darle espacio, me retiro un poco para que no me vea y opto por leer yo también los mensajes.

Hugo:

Bienvenidos a este grupo. No me mates, Andrea. Es necesario y lo sabes.

Guille:

¿Qué has hecho esta vez, hermanito?

Malcom:

¡Hola! El nombre del grupo es interesante. Contad conmigo.

Daniela:

Hugo, ¿qué pasa? ¿Y de quién es este número que no tengo registrado?

Camila:

Es verdad. Y está Fernández. Eso no puede ser bueno.

Fernández:

Gracias por vuestra confianza.

Guille:

Eres policía, tío. Mal rollo.

Hugo:

El teléfono no registrado pertenece a Andrea. Ella y Víctor están viajando a la playa. Nuestra hermana tiene un problema y vamos a ayudarla. Es grave y nos afecta a todos.

Daniela:

Si tu objetivo era asustarnos, lo has conseguido.

Camila:

¡Ay, Dios mío!

Guille:

¿Nos vas a explicar qué pasa?

Hugo:

En dos horas hacemos videollamada y os explicamos todo.

Miro el reloj y veo que queda media hora para la conexión.

Daniela:

Conguito, sea lo que sea, lo resolveremos juntos. Lo que le pasa a un Guerrero, les pasa a todos.

Guille:

La canija tiene razón. Todos para uno, uno para todos.

Asomo la cabeza de nuevo y veo que tiene la cara hundida en sus manos y su cuerpo se mueve por los sollozos. No lo dudo, me acerco a ella, la rodeo con mis brazos y la pego a mi pecho.

—Nena... —susurro en su oído—. Debes calmarte. El objetivo de este viaje es relajarte.

Se da la vuelta y se hunde en mi cuerpo en busca de consuelo. Acaricio su espalda y beso su cabeza.

—No es justo. Yo los pongo en riesgo y ellos solo piensan en ayudarme.

—A eso se le llama familia, Andrea. Cuando Daniela os necesitó, estuvisteis allí. Cuando Guille no sabía qué hacer con su matrimonio, vosotros lo apoyasteis. Ahora te toca a ti, y ellos están al pie del cañón. Estoy convencido de que, si a Hugo le sucediera alguna cosa, también moveríais cielo y tierra.

—Por supuesto —asegura con la cara hundida en mi cuello.

Sé que no es el momento propicio para que mi miembro reaccione, pero notar su aliento en mi cuello y el calor de sus manos, que están introducidas en el interior de mi camiseta y acarician

mi espalda, me matan. Tengo que alejarla un poco de mí o mandaré a la mierda al caballero que soy y acabaremos los dos desnudos y yo, en su interior.

—Ve a lavarte un poco la cara y comemos, que en breve sonará el teléfono.

Frunce los morros, esos que me comería todo el día, pero me hace caso. Retiro el envase que se ha calentado en el microondas mientras leíamos los mensajes. Busco los platos y los encuentro después de abrir varios armarios. Reparto el contenido en dos raciones y el olor hace que mis tripas se remuevan. Joder, qué hambre tengo.

Nos sentamos y comemos sin emitir ningún sonido, concentrados en el alimento, que está de muerte. Al acabar, dejamos los platos en el fregadero y, justo cuando entramos en el salón, el teléfono de Andrea suena. Señal de que ya es la hora. Me mira, asiento con la cabeza y le sonrío para darle ánimos.

—Hola —saluda bajito.

—¡Conguito!, ¿estás bien? —se interesa Guille.

—Sí, sí... Esto no debería suceder. Lo siento mucho, pero Hugo es un bocazas.

—Deben saberlo, Andrea —asegura Hugo.

—Yo también lo pienso —apoya Fernández.

—¡Joder, David! Ya podías haber echado a la *churri* antes de conectarte —le reclama Hugo al ver pasar una rubia por detrás de él.

—A las otras podrá echarlas, pero conmigo no puede —dice Rosa, que aparece por delante del teléfono.

Todos soltamos una carcajada, incluida Andrea, que parece que se ha relajado un poco al ver a su amiga.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —Esta vez es Daniela la que se interesa.

—Me desmayé y me di un porrazo. Es solo un golpe, no te preocupes —le aclara al ver el semblante preocupado de su hermana.

—Bueno, vamos al lío. Han amenazado a Andrea —suelta Hugo sin anestesia.

Se pasa un buen rato explicando, con ayuda de Fernández y Andrea, los pormenores de la situación.

—¿Y dices que has recibido fotos? —interroga Malcom.

—Así es. —Se crea un silencio general. Todos estamos inquietos y preocupados.

—Creo que ahora lo importante es mantener la calma y, por supuesto, encontrar el dichoso documento —les digo. Mi mirada se une a la de Andrea y, por un momento, nos olvidamos de que la cámara nos enfoca.

—Vosotros estáis liados. ¿Andrea...? —interroga Daniela que frunce el ceño.

—Vamos a centrarnos en lo que nos atañe —corta Hugo el incómodo momento. A ver si me acuerdo de abrazarlo cuando lo vea.

—De momento, Andorra es un sitio seguro. Las fronteras están controladas. Pensad que la mayoría de los contactos o socios que tenía Gerard son delincuentes muy buscados a nivel mundial —nos explica Fernández—. No os puedo hablar mucho del tema, como sabéis, es información confidencial, pero nunca os imaginaríais con qué clase de gente trataba ese hombre.

—Menudo cabrón, qué engañados nos tenía.

—¡Rosa! —la regaña Andrea.

—Me dirás que no. El mejor arquitecto y estaba de mierda hasta el cuello. Espero que se ahogue con ella en su tumba —prosigue la rubia, que se cruza de brazos, enfadada. El resto soltamos una carcajada por su espontaneidad.

Rosa está muy agradecida con los Guerrero y me consta que quiere mucho a Andrea, así que ya forma parte del grupo y nosotros encantados.

Cuando Fernández se recupera de las risas y consigue alejar la mirada, una que dice mucho, por cierto, de la rubia, prosigue:

—Debemos estar todos alerta, pero sin obsesionarnos.

—Lo siento. Debo de ser muy tonta, pero no entiendo nada —comenta Camila—. Por supuesto que ayudaremos a Andrea, pero ¿qué tiene que ver esto con nosotros? Es decir...

—Las fotos que recibo son de vosotros —susurra Andrea, echándose a llorar.

Se oyen varios «mierda» y en las caras de casi todos se refleja el miedo y la preocupación. Le retiro el teléfono a Andrea de la mano y lo dejo encima de la mesita, sin cortar la llamada. Me giro hacia ella y elevo su cabeza para limpiar las lágrimas que descienden por sus mejillas.

—No te olvides de que todo esto que está pasando es culpa de Gerard, no tuya. Aquí eres una víctima más. Es una putada, sí. Da miedo, también, pero entre todos conseguiremos encontrar el documento. Lo entregaremos y, después, la policía hará su trabajo. ¿Entendido? —No soy consciente de que todos me escuchan hasta que se oyen las palabras de Rosa.

—¡Joder, qué bonito!

El poco filtro que tiene la ayudante de Andrea vuelve a conseguir que nos relajemos un poco y volvamos a reír.

—¡Ay, rubia! No sé qué voy a hacer contigo. —Oímos decir a Fernández.

—Yo te puedo dar ideas —le contesta ella con voz melosa y, después, lo único que se oye son ruidos raros. Recuperamos el teléfono y vemos que han tapado la cámara y silenciado el altavoz.

—Esto no es serio —se queja Hugo—. Fernández, te juro que, como le estés metiendo mano a la rubia en medio de esta conversación, te voy a dar una paliza.

—Ya le gustaría a él —dice Rosa, que aparece de nuevo en la pantalla.

Se vuelve a generar un silencio que encoge el corazón.

—¿Cuáles son los pasos que hay que seguir a partir de ahora? —pregunta Guille.

—Como os he dicho, hay que estar alerta.

Fernández les da consejos de cómo actuar. Que no salgan solos y que presten más atención a los jóvenes, como Aura o Júnior. Por la parte de Nueva York, las autoridades también están en alerta. Son capos importantes y a todo el mundo le interesa pillarlos. Malcom comenta que hablará con un capitán conocido de su familia y que mantendrá informado a Fernández.

—Andrea, no llores —le pide Daniela. No ha dejado de hacerlo en toda la conversación—. Al final, caerás enferma y lo primero es la salud.

—Ahora iremos a pasear y despejarnos un poco, ¿verdad? —digo y Andrea afirma con la cabeza.

—Voy a intentar hacer una lista con los posibles sitios donde buscar el dichoso documento

—les explica—. Después, habrá que ver cómo hacemos para acceder a ellos.

—Andrea, por eso no te preocupes —la tranquiliza Fernández—, es verdad que estaría muy bien tener algunas ideas de por dónde continuar, pero puede esperar.

Acordamos seguir en contacto para cualquier novedad y cuando todas las llamadas desaparecen, Andrea deja el teléfono en la mesita y se echa hacia atrás en el sofá. Apoya las palmas de las manos encima de sus ojos y suspira.

—Nena...

—Estoy tan bloqueada... Hay tanta gente involucrada, tanta gente que quiero en peligro, que yo...

—Ven aquí, anda —le pido, sentándola encima de mí.

Apoyo mi espalda en el sofá y la abrazo con fuerza. Odio verla tan indefensa, tan perdida. La Andrea fuerte y con carácter ha desaparecido, como si se hubiera dado por vencida. Una parte de mí desea que regrese la mujer contestona y que te plantaba cara cuando algo no le gustaba. Sé que lo que más la angustia es ver involucrada y en peligro a toda su familia.

Ahora no llora, solo se deja mimar. Su respiración se acompasa con la mía, tranquilizándonos a ambos. Su nariz acaricia mi cuello y su boca deja suaves besos en él. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Andrea se remueve encima de mí, pegándose más a mi cuerpo, como si quisiera que nos fusionáramos. Estamos susceptibles y preocupados, no es el mejor momento para la fogosidad, pero mi cuerpo no piensa lo mismo. Sobre todo mi miembro, que se endurece ante su contacto.

El roce de su nariz y sus besos ascienden hasta mi mandíbula, acercándose peligrosamente a mi boca. Si nuestros labios se tocan, no sé si tendré la suficiente fuerza de voluntad como para frenar mis ganas de ella.

—Deberíamos parar —susurro con la voz ronca debido a la excitación.

—Te necesito —dice, apoderándose de mi boca. Se sienta a horcajadas sobre mi cuerpo y yo ya estoy perdido.

Nos besamos con anhelo y ganas. Andrea se separa de mí para coger aire y aprovecha para quitarse el jersey, la camiseta y quedarse en sujetador. Nuestras miradas se entrelazan y observo cómo se muerde el labio. Es una mujer preciosa y muy sexi. Su cuerpo ha madurado, pero no por eso me atrae menos, al revés. Acercó mis manos a sus clavículas y las bajo en una caricia hasta llegar a sus pechos y pellizcar sus pezones por encima de la ropa interior. Sus gemidos resuenan en las paredes de una vivienda en silencio que acoge nuestro deseo. Desabrocho el sujetador y cae por sus brazos. Estoy convencido de que mis ojos brillan con fuerza al mirarla.

«Estás loco por ella, pero recuerda que ya te abandonó una vez», evoca mi mente.

Aparto ese dichoso pensamiento y la tumbo en el sofá, quedándome encima de ella. Una parte de mí, la que está rabiosa por lo que sucedió hace unos años, se apodera de mi cuerpo, y lo que era dulce se convierte en desesperado. Introduzco las manos entre nuestros cuerpos, para desabrochar su pantalón mientras saqueo su boca y mi lengua navega con la suya. Cuando lo consigo, se lo bajo como puedo y con su ayuda me deshago de la prenda. Hago lo mismo con mi ropa, quitándome primero la parte de arriba y sigo con la de abajo lo suficiente para liberar mi miembro. La miro desde arriba y repaso con mis dedos sus labios. Con la otra mano, acojo uno de sus pechos y cuando la oigo gemir y veo cómo arquea su cuerpo por el placer, la penetro. Ella está

preparada; yo, desesperado. Una mezcla de sensaciones y sentimientos se apoderan de mí, pero la rabia no desaparece y es la que me domina. Mis estocadas son rudas y profundas, temo hacerle daño pero, por la manera que empuja mis caderas hacia ella con sus pies, parece que le gusta igual que a mí. Nos corremos los dos a la vez. Ella, con mi nombre en los labios y yo, con un gruñido de liberación.

Ha sido espectacular, pero algo falla. Algo frena que disfrute de forma completa. Sé lo que es y se llama miedo.

Capítulo 31

Andrea

Me centro en todas las sensaciones que me aportan el ruido de las olas rompiendo en la orilla, el aire frío que golpea mi cara o el olor a salitre del mar. Hace un día desapacible, casi tanto como me siento yo. Está nublado, como mi mente, y amenaza lluvia. A mí la playa siempre me gustó más así, nostálgica por encontrarse vacía, que en verano llena de gente.

Todavía es temprano y el sol empieza a querer hacerse un hueco entre las nubes, que hoy van a ganarle la batalla. No podía dormir y, en vez de dar vueltas en la cama, he decidido salir a pasear por la playa. Pierdo la mirada en el horizonte, ese que no puedo ver en Andorra al estar rodeados de montañas, me arrebujó dentro de la chaqueta y cierro los ojos para dejarme llevar. Dios, debo centrarme en encontrar el dichoso documento, volver a hallar la tranquilidad y reencontrarme de nuevo.

Soy consciente de que, en el muro de arriba, el que bordea la playa, alguien me observa o, más bien, me vigila. Mantienen la distancia y no se entrometen, pero no son muy discretos. Saber que están ahí me tranquiliza.

Hago un rápido repaso por los diferentes lugares en los que podría estar el contrato; en el despacho de arquitectos, en casa de Lucía, en el piso donde lo mataron... ¿Y si tenía más propiedades sin yo saberlo? No sería raro, tampoco conocía la existencia del piso de Barcelona. Me apunto, mentalmente, buscar la manera de averiguar si hay alguna propiedad más. A Gerard nunca le gustó la playa, así que no quiso comprar ninguna vivienda por la costa. ¿Y si lo hizo para despistar? Otra cosa para tener en cuenta. En verdad, son demasiadas cosas. Vuelvo a tener la cabeza aturdida y ya empieza a dolerme. ¿Puede una cabeza estallar?

Abro los ojos, lleno los pulmones de aire y lo expulso con calma por la boca. Decido alejarme un poco de la orilla para no mojarme y me siento en la arena. Está fría y algo húmeda. Cojo un puñado y la dejo escapar entre mis dedos. Esta es mi vida, una que se me escabulle y no sé cómo controlarla.

Miro a mi izquierda y veo que alguien se acerca. Mi cuerpo se tensa al instante, pero cuando reconozco la silueta de Víctor me relajo. Al llegar a mi altura no dice nada, solo sonríe. Ese gesto consigue erizarme la piel y me doy cuenta de cuánto lo quiero. Le agradezco que esté aquí conmigo, aunque no lo haga al cien por cien. Algo ronda por su cabeza. Primero, pensé que estaba preocupado por lo que pasa, como lo estamos todos, pero ayer pude comprobar en su mirada, mientras se introducía en mi cuerpo y me hacía ver las estrellas, que hay algo más.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Una media hora.

Se sienta detrás de mí y me envuelve el cuerpo con sus brazos. Acerca sus labios a mi cuello y deja un suave beso que consigue hacerme estremecer. Debe de pensar que tengo frío porque me acerca más a su cuerpo.

—¿Puedo saber qué ronda por esta cabecita? —pregunta y apoya la barbilla en mi hombro.

—Demasiadas cosas. Ojalá pudiera cerrar los ojos y retroceder en el tiempo.

—Pero no podemos hacerlo. Volver al pasado tampoco es bueno, Andrea. Ahora solo queda vivir el presente. La vida es efímera y debemos aprender a dejar de mirar hacia atrás y disfrutar de lo que tenemos.

—Suená bonito.

—Lo es. Tendríamos que mirar las cosas como lo hacen Jordi o tu hermano Hugo.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. Si hay una cosa que admiro de Hugo es su forma de afrontar las cosas y transformar lo negativo en algo positivo.

—No todos podemos ser como mi hermano —le digo sin separar la mirada del horizonte.

—¿Tú te das cuenta de las cosas que nos perdemos por actuar como adultos responsables? Dime una cosa que siempre hayas querido hacer y no has hecho por vergüenza —me pide. Entrecierro los ojos para pensar en algo—. Vamos, nena, seguro que hay alguna cosa.

De pronto, me viene a la cabeza la escena de una película romántica que vi con mi hermana Daniela hace muchos años. Solíamos reservar unos días al mes para ver «cosas cursis de tías», como decía Hugo. Ya apuntaba maneras.

—Es una tontería —susurro, restándole importancia.

—Seguro que no. Cuéntamelo.

Me giro y coloco las piernas por encima de las tuyas para rodear su cadera. Paso mis brazos por su cuello y me centro en sus ojos azules.

—Prométeme que no te vas a reír —le pido.

—Prometido.

—Está bien. Hace años, veíamos una película con Dani, los protagonistas se enzarzaban en una batalla de almohadas que empezaban a soltar plumas e inundaban la habitación. Me encantó y siempre quise hacerlo. Un día, aticé a Gerard con un cojín que teníamos en la cama y se puso como loco. Me dijo que ya no era una niña para esas tonterías. No había vuelto a pensar en eso hasta hoy.

Levanto la vista que había bajado por vergüenza al contar algo tan tonto, y me encuentro con un principio de sonrisa que me hace fruncir el ceño hasta que suelta una carcajada.

—Eres un imbécil. Me lo has prometido. —Le suelto un castañazo en el hombro y me levanto enfadada, mientras él se deja caer hacia atrás y no deja de reír.

—Nena, no te enfades —me dice sin poder parar de carcajearse—. No corras, no tienes escapatoria, sabes que te voy a pillar.

Miro hacia atrás y veo que se levanta y echa a correr detrás de mí. Es absurdo, su zancada es el doble que la mía. Pero soy muy cabezona y no dejo de acelerar mi paso. Cuando veo que está a punto de alcanzarme, chilló. Me freno e intento esquivarlo. Lo consigo, pero mojándome los pies con el agua.

—Jolín, que fría —me quejo y no lo veo venir. Me hace un placaje, literalmente, y caemos los dos al mar.

En un primer momento, me quedo sin aire, no por el daño que me haya hecho, he caído encima de él, sino por el contacto del agua helada en mi cuerpo. Lo miro con los ojos muy abiertos y puedo percibir el temor de mi reacción en su mirada. No puedo evitarlo y ahora soy yo la que estalla en carcajadas. Me pongo en pie, como puedo, y lo ayudo a levantarse. Víctor se ha unido a mi risa, no puedo parar y no os imagináis lo bien que me sienta reírme hasta que me duele la barriga.

—Vamos a la casa, anda. O nos pondremos enfermos —me pide.

—Sí, creo que el vigilante ya se ha divertido bastante con nuestras tonterías —digo y señalo con la cabeza hacia el muro que rodea la playa.

Coge mi mano y tira de mí hasta que nuestros cuerpos se tropiezan. Vamos calados hasta los huesos y la chaqueta pesa como si llevara miles de piedras en su interior. Suspiro. He conseguido alejar todo lo malo por un ratito, lo necesitaba y Víctor lo sabía.

≡≡≡

La cara de mi pequeño aparece en la pantalla. Y una enorme sonrisa invade mi rostro. Lo echo mucho de menos, pero ver cómo disfruta con mis padres me deja más tranquila.

—¡Hola, peque! —saludo.

—¡Hola, mami! ¿Te has bañado en la playa?

Solo de pensar en el chapuzón improvisado, se me pone la piel de gallina. Hacía mucho que no me reía tanto.

—No, cariño. Estamos en invierno y el agua está muy fría. ¿Te estás portando bien?

—Pues claro. He ayudado al abuelo a poner unos cereales pequeñitos en la tierra. Dice que pronto saldrán flores, pero yo no me lo creo. —La última frase la dice bajito y frunce los morros.

—Seguro que eran semillas para que nazcan flores de colores.

—¿Estás segura de que saldrá algo de ahí? —pregunta incrédulo.

—Por supuesto.

—Pues a ver si Loqui no se las come. Dice la abuela que es un terremoto y lo destroza todo.

—Habrá que castigarlo.

—La abuela no le deja comer chuches de perros. A mí me da penita y ayer cogí una y se la di a escondidas.

—Como se entere la abuela...

—¿De qué me tengo que enterar? —pregunta mi madre, haciéndose la tonta.

—Nada, abuela, nada. Son cosas de mamá y mías.

—Ya sabes que los abuelos nos enteramos de todo —asegura. Pasa por su lado y le da un abrazo y un beso que arranca una carcajada de mi pequeño—. ¿Está todo en orden por ahí abajo?

—Sí, mamá. Marta tiene todo impecable y ha dejado comida en la nevera.

—Me alegro. Y tú, ¿estás bien? —indaga mientras sienta a Jordi en el mármol de la cocina.

—Sabes que bajar aquí y pasear por la playa me ayuda mucho —aseguro. Soy la única Guerrero que tiene más preferencia por el mar que por la montaña.

—Espero que la compañía también ayude. —Su comentario consigue hacer que me ruborice.

—Abuela, ¿ya me puedo ir con el abuelo? —pregunta mi hijo impaciente.

—Primero te despides de mamá.

—¡Adiós, mami! Te quiero mucho.

—Y yo a ti, cacahuete.

Mi madre lo ayuda a bajar y desaparece a la carrera, como siempre.

—Gracias por ayudarme tanto, mamá.

—No me lo agradezcas. Solo quiero que estés bien, cielo. Sé que pasa algo, todos estáis muy raros. Os he parido y no vais a poder darme largas durante mucho tiempo. Así que arregla lo que tengas que arreglar e intenta continuar con tu vida, Andrea.

—Lo haré —susurro con los ojos llorosos.

—Dile a Víctor que su madre está bien, que no se preocupe. Al final, hemos hecho un cambio, Hugo viene a dormir a casa y yo acompaño a Flora en la suya.

—Gracias, Manuela —le contesta Víctor, que sale de la cocina y ha oído a mi madre.

—De nada, muchacho. Cuida a mi niña, que se hace la fuerte y no le gusta pedir ayuda, pero precisa, más de lo que ella imagina, de un buen abrazo.

—Lo haré —contesta Víctor sin titubear.

—Hablamos mañana. Cualquier cosa, me avisas —le pido.

—Disfruta de estos días, cariño. Un beso para los dos.

—Igualmente.

La veo desaparecer de la pantalla y dejo caer la cabeza encima de mi brazo. Oigo sus pasos y cómo se planta detrás de mí. Sus brazos, que rodean mi cintura, y el calor de su boca en mi cuello consiguen que se me erice la piel. Mi cuerpo reacciona a él de la misma manera que la primera vez. Con Gerard nunca sentí esta sensación en mi cuerpo, es posible que fuera una señal y yo no quise darme cuenta.

«Olvídate del pasado», me recuerda mi mente.

—¿Algún plan para lo que queda de día? —pregunta a la vez que hunde su nariz en mi pelo, que todavía está algo húmedo. Estoy sentada en un taburete de una pequeña barra que hay en el salón, así que estamos casi a la misma altura.

Levanto la cabeza y la giro para buscar su boca. La verdad es que no me apetece nada salir ahora mismo. Todavía son las once de la mañana, el día continúa bastante desapacible y no creo que tarde en ponerse a llover.

—¿Qué te parece si encendemos la chimenea y nos acurrucamos un ratito en el sofá? —le pido melosa, dándome la vuelta para que quede entre mis piernas.

—Es una idea estupenda.

Con sus dedos, repasa mi mandíbula mientras sus ojos se funden con los míos. Su lengua se asoma para mojar su labio inferior y después lo arrastra con los dientes. Ese simple gesto consigue que mi sexo palpite impaciente por sentirlo. Con Víctor casi no preciso de preliminares, mi cuerpo al notarlo cerca siempre está en alerta y desea ser mimado por él.

Acerca sus labios a los míos hasta que se unen. Se exploran diciéndose cómo se han echado

de menos. En esta ocasión, es mi lengua la que busca la suya, que la recibe con ganas. Nos disfrutamos con calma. A veces abandona mi boca para bajar a mi cuello o mi clavícula. Sus manos se aventuran a recorrer mis pechos por encima del sujetador y de la camisola que me he puesto después de ducharme al llegar mojados. No evito los gemidos que salen de mi boca, tengo tantas ganas de él...

Rodeo sus caderas con mis piernas y lo acerco a mi cuerpo. Su duro pene impacta con mi sexo y su jadeo eriza mi piel. Dios, cómo me pone este hombre. No quiero esperar más, así que le bajo el pantalón de deporte. Me sorprende ver que no lleva ropa interior, mejor. Rodeo su miembro con mis manos, lo aprieto y hago movimientos suaves. Víctor echa la cabeza hacia atrás y la visión de su cara, desencajada por el placer, me hace apretar las piernas o es posible que me corra solo con mirarlo.

—¡Joder, nena! Ven aquí.

Rodea mi cintura con un brazo, acercándose de nuevo a él, y me eleva del taburete para apoyarme en una de las paredes más cercanas. Estamos muy cachondos y no vamos a perder el tiempo en llegar hasta el sofá.

Introduce una mano entre nuestros cuerpos para apartar mi ropa interior y me penetra de una estocada. Los dos chillamos de placer. Es rudo en sus movimientos e invade mi interior hasta el fondo, y me encanta. Mi cuerpo empieza a vibrar sin control hasta llegar a un increíble orgasmo. Tres penetraciones después, el gruñido de Víctor y la tensión de su cuerpo demuestran que se vacía en mi interior.

—Ahora que mi cuerpo te ha vuelto a recordar, no sé si seré capaz de parar —susurra con la respiración agitada.

No le contesto, porque lo único que saldría de mi boca sería un «te quiero», que estoy convencida lo asustaría. Cada vez soy más consciente de cómo la cagué y de que, sin duda, es el hombre de mi vida.

Capítulo 32

Víctor

Es lunes por la mañana y estamos de regreso a Andorra. Ha sido un fin de semana increíble. No por que hayamos hecho muchas cosas, sino por volver a disfrutar de un «nosotros». A pesar del problema que Andrea tiene encima, hemos podido desconectar.

La mayoría del tiempo hemos estado desnudos, enfrente del fuego y disfrutando de esa conexión que hemos tenido siempre. Sé que parece absurdo, pero es como si en otra vida ya nos hubiéramos amado.

—¿En qué piensas? —le pregunto al ver lo callada que va a mi lado.

—Repasaba mentalmente la lista de lugares donde poder buscar el documento —confiesa.

—Todo irá bien, ya lo verás. —La animo y dejo mi mano en su muslo.

—Eso espero.

El silencio vuelve a hacer acto de presencia en el vehículo, solo roto por la música que sale de la radio. Justo en ese momento, anuncian una nueva canción de Reik y, a medida que escucho la letra, el estómago se me cierra e intento disimular que me afecta. Expresa a la perfección todo lo que sentí hace unos años, cuando me dejó sin mirar atrás.

«Y todavía me exiges que olvide tu sonrisa y borre de mi mente todas tus caricias. Me subes hasta el cielo y luego caigo al suelo porque tú te vas, cuando más te quería». (*Te hubieras ido antes*, Reik).

El miedo vuelve a atenazarme y me cierra la garganta, incluso me cuesta tragar, así que decido cambiar de emisora y dejar de escucharla o tendré que parar el vehículo para no tener un accidente.

Estoy seguro de que Andrea se ha dado cuenta de mi reacción. Carraspeo en un nuevo intento de disimular, pero no lo consigo.

—¿Así te sentiste tú? ¿Tanto daño te hice? —musita, mirándome.

—Eso es pasado. Dejémoslo ahí.

—Sí, pero tú no lo has olvidado. Lo noto en tu mirada, Víctor. Sé cuándo piensas en ello, porque se te oscurece y te cambia el semblante. Tengo claro que lo hice mal, que me equivoqué y no te imaginas lo que me arrepiento, pero no puedo retroceder. Tú me lo dijiste, vivir el presente. —Al ver que no le respondo, insiste—: ¿Qué va a pasar con nosotros, Víctor?

Decido parar el vehículo, no puedo mantener esta conversación conduciendo. Pongo el intermitente y me desvío por un camino. Freno y me giro en el asiento para encararla.

—No tengo ni puta idea de lo que va a pasar, Andrea. Yo he sido el que siempre lo ha tenido

claro, ¿qué pasa contigo? No fui yo el que se fue con otra, dejándote rota.

Sé que me comporto de forma ruin pero, en mi caso, la inseguridad y el miedo le pueden al amor. Me muero de ganas de alargarse la mano y limpiarle una lágrima que desciende por su mejilla, pero no lo hago. No quiero y ni siquiera sé si sería capaz de llevar una relación en la que tenga que estar pendiente de sus reacciones por si vuelve a escoger a otro hombre. Necesito sentirme seguro a su lado, que me demuestre que no soy poco para ella, de lo contrario, no puedo vivir así...

—Sabía que te había lastimado, pero no imaginaba cuánto. Lo siento, de verdad. Te quiero, Víctor, siempre ha sido así, pero...

—Pero apareció otro que te ofrecía más, yo nunca fui suficiente.

—No fue así... Tú lo eras todo.

—¿Qué me faltaba para ser el ideal? —le pido. Necesito saber el motivo de su abandono.

—Nada. Eres perfecto tal como eres. ¿Quizás debería recordarte la última vez que nos vimos? Te pedí que me perdonaras, que me arrepentía de la decisión que tomé y que iba a dejar a Gerard. Me follaste en el despacho de Hugo y después me dijiste que me olvidara de ti para siempre. —Su tono es de enfado y eso consigue alterarme a mí también.

—Estaba dolido, no soportaba ver cómo te paseabas con él, joder. Solo quería vengarme, hacerte daño.

—Ya veo. Muy maduro.

—No tienes ni puta idea de lo que se siente cuando quieres arrancarte a alguien de la cabeza y del corazón y no lo consigues. Ni borracho conseguía olvidarme de ti. Para correrme, tenía que follarme a las tías por detrás para no ver su rostro; si no era el tuyo, no conseguía llegar al orgasmo, así que tiraba de imaginación.

—Eres cruel —se queja.

—Soy sincero. —Cierro los ojos e intento relajarme—. Creo que será mejor tomar un poco de distancia. Los dos estamos heridos y necesitamos sanar.

—O sea, que lo que ha pasado este fin de semana no ha sido nada, ¿verdad?

—Lo ha sido todo, Andrea. No quiero que dudes de mi amor por ti, pero, por mi parte, necesito espacio.

—No confías en mí —asegura.

—Lo intento, te juro que sí.

Los dos nos quedamos en silencio, solo observándonos. Sé que me entiende o por lo menos intenta hacerlo.

—¿Podemos continuar el camino? —pide, girándose hacia delante y da así por finalizada la conversación.

—Por supuesto.

Pongo el vehículo en marcha y me incorporo a la carretera general. Hacemos el resto del camino en completo silencio, solo roto al preguntarle dónde quiere que la deje. En el hotel, me pide.

Cuando llegamos, me da un beso en la mejilla y susurra un «nos vemos». La observo caminar por el aparcamiento, subir las escaleras de acceso y desaparecer en el interior del edificio.

«Ya la echas de menos, ¿eh?», susurra el angelito de mi hombro.

«Mejor así. No deberías entregarle tu corazón de nuevo», al colorado de los cuernos y la cola le encanta meter el dedo en la llaga.



Mi primera parada es la floristería para comprobar que mi madre está bien. Mañana tenemos consulta con el traumatólogo. Está de los nervios y muerta de ganas de poder poner el pie en el suelo de nuevo.

El sonido de la campanilla hace que, tanto Jimena como mi madre, dirijan su mirada a la puerta.

—¡Cariño! Ya estás aquí. ¿Cómo ha ido? —pregunta mi progenitora.

—Por su cara, yo diría que no se ha relajado todo lo que debería —contesta Jimena.

—Mírala, cumple años y se piensa que ya es más listilla —me burlo.

—Qué quieres que te diga. Yo te esperaba con una enorme sonrisa y traes cara de perro apaleado. ¿Te han dado calabazas? Os creéis tan guaperas que, cuando se os tuercen las cosas, no sabéis afrontarlas.

—¡Muchacha! —la reprende mi madre.

Mi mirada tropieza con la de Jimena y le indica que su comentario no me ha gustado nada. Esta chica me cae bien, podríamos ser muy buenos amigos, pero ahora se ha cogido unas confianzas que nadie le ha dado. Jimena rompe el duelo de nuestras miradas, resopla y la vemos desaparecer en el interior del almacén.

—¿Y a esta qué le pasa? —pregunto a mi madre.

—No tengo ni idea. Lleva todo el día muy callada. Es buena nena, pero parece que tiene su carácter. No quiero meterme en su vida, pero cada vez que le pregunto algo más personal, se cierra como una almeja y no hay forma de sacarle nada.

—Mientras haga bien su trabajo, lo que haga en su intimidad no debería importarnos —aclaro. No se lo digo a mi madre, pero después iré hablar con ella. Quiero saber a qué narices ha venido ese comentario.

—Claro, hijo. —Me acerco a ella y le doy el beso que todavía no le había dado.

—¿Qué tal todo por aquí? —me intereso.

—Bien. Estas dos noches me ha hecho compañía Manuela y la verdad es que nos hemos divertido mucho. Aprovechamos para ver varias películas y charlar de mil cosas.

—Me alegro, mamá. Deberíais hacer esto más a menudo. Salir a cenar o al cine.

—¡Uy, cariño! Ya no somos unas jovencitas para trasnochar. —Se ríe.

—Pues yo no lo veo tan raro. Además, con lo guapa y maravillosa que eres, quién te dice que no conozcas a un buen hombre y puedas volver a salir a bailar o viajar a Lisboa, como querías hacer. —Un sentimiento de nostalgia cruza su rostro.

Sé que echa de menos a mi padre, pero ella merece ser feliz de nuevo. Aunque me consta que disfruta de su soledad, sé que hay muchas cosas que añora. La conozco y no le gusta ver sola la televisión, por eso, antes del accidente, he pasado noches por su casa para ver algún programa con ella. Han sido muchos años con mi padre y que cambien las rutinas y las costumbres, después

de tanto tiempo, debe de ser duro.

—¡Qué tonterías dices! —exagera para quitarle importancia al tema—. No quiero más hombres en mi vida. Ya perdí al que amaba. El que tendría que mirar por su felicidad, eres tú. Me encantaría disfrutar de algún nieto o nieta antes de morirme, así que deberías darte prisa.

—Pues lo siento mucho, pero la cosa está bastante complicada —le digo y hago una mueca.

—¿Os habéis enfadado? —intenta averiguar.

—Creo que no —respondo y frunzo el ceño, porque no tengo claro en qué estado estamos—. Las cosas no son tan sencillas.

El sonido de la campanilla, que da entrada a alguien, corta nuestra charla. Es una de las vecinas del barrio que viene a interesarse por el estado de mi madre. Las dejo de charla y me adentro en el almacén. Echo un vistazo y encuentro a mi objetivo arrodillada, trasplanta un *Cyclamen* en una jardinera donde ya hay otra variedad de plantas. Me acerco a ella mientras escucho el murmullo de las voces de la tienda.

—¿Me vas a explicar de qué iba el comentario que has hecho antes? —le pregunto cuando llego a su altura.

—Perdón, ha estado fuera de lugar —contesta sin mirarme.

—No voy a insistir porque empiezo a conocerte y sé que no te gusta hablar de tus cosas pero, si algún día necesitas desahogarte con alguien, a mí se me da bien escuchar. Dar consejos no tanto, solo hay que ver el desorden de mi vida. —Veo asomar una sonrisa en su rostro.

—Gracias —dice, levantándose del suelo y poniéndose frente a mí—. Parece que no ha ido tan bien tu escapada.

—Una parte, sí; la otra, no tanto. —Asiente con la cabeza y se muerde el labio con ganas de preguntar algo más—. Dispara.

—¿Qué pasó para que no estéis juntos? —Menea las manos en el aire de forma graciosa y continúa—: No es necesario que me contestes si no quieres.

—Te respondo si me dices qué te pasa para que estés tan apática. *Quid pro quo* —le digo mientras elevo las cejas y alargo la mano para sellar el pacto.

Jimena me mira y entrecierra los ojos para valorar si el trato es bueno o no. Al final su mano se acerca a la mía y la estrecha.

—Empieza tú —me pide.

—Voy a hacer un resumen. Fuimos novios en secreto cerca de un año y medio. Después conoció a Gerard, su marido, y me dejó por él. Fin.

—¿Por qué en secreto? —curioseas.

—Soy el amigo íntimo de su hermano y unos años más joven que ella. Quisimos ser precavidos, una cosa llevó a la otra y, cuando estaba a punto de contárselo a Hugo, ya no hizo falta.

—¡Vaya!

—Sí, vaya.

—¿Y ahora?

—Siempre he estado enamorado de ella. Me costó mucho levantar cabeza después de su abandono. Ahora es complicado.

—Entiendo.

—Genial. Tu turno —le pido. No se va a librar, un trato es un trato.

—No es nada importante ni concreto. Tengo la mala suerte de rodearme siempre de gente que me decepciona y, en ocasiones, me tropiezo con personas que me recuerdan que mi vida no es para nada fantástica ni maravillosa. Solo un camino por el que debes avanzar con una sonrisa para hacer más fácil el suyo a la gente que quieres.

—Eres muy joven para estar tan desencantada con la gente —aseguro.

—Es verdad. Supongo que alguna cosa mala debí de hacer en otra vida y ahora lo estoy pagando.

La voz de mi madre que reclama a Jimena interrumpe nuestra charla.

—Estoy convencido de que solo es una mala racha, que lo mejor para ti está por venir.

Me sonrío y deja un beso en mi mejilla cuando pasa por mi lado. La vida, como bien ha dicho Jimena, es un camino lleno de obstáculos y cada uno afronta los problemas a su manera. ¿Por qué es tan complicado ser feliz?

Capítulo 33

Andrea

Debería cerrar la campaña de Semana Santa y soy incapaz de concentrarme. Cuando llegué, Rosa había ido a comer y mi hermano Guille estaba fuera del hotel en una reunión, así que pude instalarme sin ninguna presión.

Le pedí a Asier, nuestro camarero, un bocadillo que todavía no he acabado. Estoy apática y solo tengo ganas de meterme en la cama y ocultar la cabeza debajo del edredón. Cosa que no va a ser posible, ya que el repiqueteo de los tacones de Rosa me indican que mi tranquilidad ha llegado a su fin.

—¡Hombre, jefa! ¿Ya has llegado? —pregunta, asomando la cabeza.

—Qué va. Solo soy un ente.

—¡Vaya! Este sarcasmo es del tipo «estoy hasta el *chirri* y deberías irte» o del «me he pasado el fin de semana desnuda debajo de un hombretón y todo me resbala».

—Las dos son opciones correctas. Por eso, si no tienes nada importante que contarme, es mejor que te retires.

—Así, sin más. ¿No me vas a explicar nada? —dice, sentándose en la silla que hay delante de mí.

—Por supuesto que sí.

—¡Qué bien! —exclama y aplaude como una niña pequeña—. Cuenta, cuenta...

—Pero vamos a ver, Rosa. ¿Desde cuándo te has vuelto tan cotilla? —le pregunto. Su semblante de emoción cambia, dándose cuenta de que seguía con mi sarcasmo.

—¿No me vas a explicar nada? —insiste—. Es que tu vida se ha puesto de un interesante y la mía es tan aburrida...

—Vamos a hacer una cosa, si no quieres que te despida y tu vida sea mucho más aburrida, haz el favor de ponerte en contacto con Fernández y le dices que quiero hablar con él. ¿Estamos?

—Recibido, alto y claro. Qué poco dura el buen rollo en esta oficina —la oigo refunfuñar mientras sale de mi despacho.

Suspiro, pero una sonrisa asoma en mi rostro. Rosa es pura energía y siempre consigue levantarme el ánimo.

Continúo con la revisión de unos bocetos de publicidad cuando, después de unos diez minutos, mi ayudante vuelve a aparecer en el despacho.

—¿Has podido localizar a Fernández? —indago.

—Me ha dicho que en media hora estará aquí.

—Bien. Gracias. —Se gira, pero antes de que llegue a la puerta, la vuelvo a llamar—: ¡Rosa! ¿Tú no tienes nada que explicarme?

—¿Yo? ¡Qué va! —responde nerviosa.

—¿Qué hacías el sábado en casa de Fernández?

—Me pidió que fuera para aclarar unas cosas de tu caso. Somos amigos y yo, tu empleada.

—¿Solo eso? ¿No pasó nada más? —Resopla y pone los ojos en blanco. Está a punto de confesar.

—¡Está bien! —Se da por vencida y eleva los brazos—. Se nos fue de las manos, ¿vale? Pero solo ha sido un calentón. Muy bien apagado, por cierto. Pero no va a volver a suceder. Nos conocemos desde siempre, forma parte del grupo de amigos de mi hermano. Te juro que no sé cómo pasó.

—¡Ya! —La miro y sonrío.

—¿Qué significa esa sonrisilla burlona? No puede volver a pasar. ¿Tú lo has visto? Yo sí, y desnudo gana mucho, mucho, por cierto. No soy su tipo de mujer, además, poco después de acabar, se inventó un tema urgente y me echó sin contemplaciones. Se le notaba en la cara que estaba arrepentido —comenta y eleva los hombros para restarle importancia—. Yo disfruté mucho, la verdad. No todos los días tengo la suerte de tener sexo con un hombretón de esa clase.

—¿Lo has vuelto a ver? —le pregunto. Estoy convencida de que Fernández está loco por Rosa y esa reacción que explica no tuvo nada que ver con lo que ella imagina.

—Qué va... Ahora me da un poquito de cosa mirarlo o hablar con él. No sé cómo va a reaccionar. Sería una pena que perdiéramos la relación que teníamos por un maravilloso y estupendo calentón.

—Pues quizás deberías hablar con él. ¿No crees?

—Puede. ¿Eso es lo que has hecho tú con Víctor?

—Justamente. Pero siento informarte que, en mi caso, el resultado no ha sido nada positivo.

—Perdón, ¿molesto? —pregunta mi hermano Guille, asomándose.

—Salvada por la campana. Continuará...

Asiento con la cabeza. No tengo amigas íntimas y Rosa conoce todos los pormenores de mi vida, quizá me vaya bien hablar con alguien y no veo mejor opción que ella.

—Pasa, Guille —le pido a mi hermano.

—Me retiro. Estaré fuera, si me necesitas —me informa Rosa.

—Avísame cuando llegue Fernández, por favor.

—Claro.

—Gracias, Rosa —dice mi hermano—. Por cierto, ¿te has hecho algo en el pelo? Te noto diferente.

El tono rojizo del rostro de mi ayudante, que siempre asoma cuando alguno de mis hermanos está presente, se torna granate. Intento reprimir una carcajada y Rosa me mira cabreada.

—Pues no sé qué será, no me he hecho nada nuevo.

—Ha tenido un fin de semana movidito —aclaro yo y remarco la palabra «movidito».

—¡Oh, entiendo! Será eso —asegura Guille, mirándola.

—Me voy, antes de que comenta un asesinato —nos dice entre dientes.

Una vez Rosa se retira, mientras despotrica cosas que no entendemos, Guille se acerca a mí para darme un abrazo y besa mi pelo con cariño.

—Lo siento —le susurro hundida en su pecho. Las lágrimas amenazan con volver a brotar.

—Nada de esto es culpa tuya, *Conguito*. Debes estar tranquila. Sé que tienes miedo, todos estamos asustados. Hablé con Fernández y me contó que es gente muy peligrosa, pero sus palabras me tranquilizaron bastante. Tienen todo controlado, aun así, no debemos bajar la guardia.

—Lo sé. Te prometo que hago todo lo que puedo para averiguar dónde puede estar el dichoso documento —le aseguro, separándome de su cuerpo.

—No me cabe la menor duda. ¿Cómo te ha ido el fin de semana? ¿Has podido descansar?

—Sí, ya sabes que pasear por la playa me ayuda a despejarme.

—Hay algo que no puedo entender. El otro día que estaba aquí Fernández, ¿por qué no me dijiste la verdad? No es un reproche, Andrea. Sé que eres la más reservada y no sueles hablar de tu vida, pero me dolió que no confiaras en mí. Incluso Camila sabía de tu relación con Víctor.

—Yo no quería que nadie supiera nada. Que yo pasara el mal trago ya era suficiente y que Hugo se enterara de la amenaza fue un cúmulo de cosas —le explico lo que pasó la noche que mi hermano vino a casa y le aseguro que tiene una mujer muy observadora que descubrió mi relación con Víctor.

—¿Qué pasa con él? ¿Estáis liados, sois novios? —indaga.

—Es complicado. Le hice mucho daño y, a pesar de disfrutar de estos días juntos, la cosa no está muy clara. Necesitamos tiempo y eso es lo que vamos a hacer, mantener la distancia todo lo que nos sea posible.

—Está bien. El tiempo pone todo en su lugar, lo sé por experiencia.

—Y vosotros, ¿qué tal? —me intereso por ellos.

—Es duro, no te lo voy a negar. Reconstruir algo que parecía roto es complicado. Pero los dos nos queremos y vale la pena hacer el esfuerzo diario. Hemos aprendido muchas cosas y la principal es no olvidarnos de nosotros como pareja. En ocasiones, la rutina te invade hasta sepultarte en un foso, ahora que lo sabemos, intentamos no caer en ella.

—Me alegro de que seas feliz, Guille. Te lo mereces y Camila también. ¿Qué tal Aura? ¿Sigue con Pablo? ¿Y Júnior? —pregunto. Hace días que no sé nada de mis sobrinos mayores, el pequeño sé que debe de estar genial.

—Sí, Aura sigue con Pablo y eso todavía no lo llevo muy bien. Sé que ya no es una niña, pero cuando los veo tan cerca el uno del otro... Mejor no pensarlo. Júnior en su mundo, como siempre.

Unos toques en la puerta interrumpen nuestra conversación y Rosa me anuncia que Fernández espera fuera. Le pido que le dé paso y, de inmediato, vemos entrar al policía. Tanto Rosa como él, tienen cara de pocos amigos, así que es probable que hayan hablado y la cosa no haya ido bien.

—Gracias por venir, Fernández.

—Solo faltaba. ¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta.

Le ofrezco asiento y Guille se sienta a su lado.

—¿Quieres algo para beber?

—No, acabo de tomarme un café en la oficina.

—Está bien. —Carraspeo y le acerco una nota para que la lea—. Estos son los sitios que se me han ocurrido donde puede estar el documento. El problema es cómo vamos a acceder a ellos.

—La señora Pons está fuera del país. Lleva unas semanas en Barcelona. Hay una patrulla vigilándola, pero casi no sale de casa. Parece que está bastante desanimada.

Las palabras de Fernández hacen que sienta, por primera vez desde que la conozco, pena por Lucía. Yo también soy madre y, por muy capullo que fuera Gerard, era su hijo. Debe de ser duro asimilar su pérdida.

—El despacho de arquitectura —continúa con el papel que le he entregado—, se rastreó, de arriba abajo, unos días después de la muerte de Gerard. Incluso se confiscaron varios documentos muy suculentos, pero nada del contrato. Lo repasé el otro día. El piso de Barcelona ya fue revisado, había dinero, armas y drogas, pero nada de documentación. La casa de la hermana es una buena opción. Miraré qué puedo hacer en este caso.

—Yo podría acercarme allí, siempre he tenido buena relación con ella...

—Nada de eso —pide Fernández y niega con la cabeza—. Andrea, prométeme que no vas a hacer nada que pueda ponerte en riesgo.

—Pobre de ella —reafirma Guille.

—Está bien, solo era una sugerencia. ¿Qué sigue ahora? El tiempo pasa y sigo sin nada. Saben cómo poner nerviosa a la gente, recibir esos mensajes me desequilibra.

—¿Has recibido alguno más? —Asiento con la cabeza y le entrego el teléfono.

Guille acerca la cabeza y los dos observan la fotografía adjunta, en esta ocasión es de mi padre paseando con mi hijo. El estómago se me contrae al pensar en que algo malo les puede pasar y las lágrimas se acumulan en mis ojos hasta que soy incapaz de retenerlas.

—¡Oye, *Conguito!* Tranquilízate, todo va a ir bien y no le pasará nada a nadie —intenta consolarme mi hermano, que se ha levantado y limpia mis lágrimas.

Mientras intento calmarme, Fernández saca su teléfono y le hace una foto al mío para registrar la imagen.

—Andrea, no puedo darte más información, pero te aseguro que vamos por buen camino. Debemos tener paciencia. Esta gente está muy bien organizada y es complicado pillarlos. Acuérdate de realizar cualquier llamada privada con el teléfono que te di y mantener la calma, ¿vale? Vida normal, dentro de lo posible, ya sé que no es fácil. Si necesitas alguna cosa o recuerdas un nuevo sitio donde poder buscar, me llamas.

—Gracias.

—No me las des. Es mi deber, además, sois mis amigos, así que la implicación es doble.

Fernández se despide de nosotros y asegura que, si tiene alguna información relevante, nos avisará.

Casi es la hora de ir a por Jordi. Avisé a mi madre de que ya estaba en Andorra y lo recogería yo. Después de prometer un millón de veces a mi hermano que estaría bien, cojo mi coche, que le pedí a Hugo que me dejara en el hotel, y salgo dirección al colegio. No os imagináis qué ganas tengo de achuchar a mi pequeño.

Llego cinco minutos antes y saludo a varias madres. Andorra es muy pequeña y casi nos conocemos todos. Las puertas se abren y todos entramos en masa. Espero en la fila a que llegue mi turno y cuando la profesora me ve, frunce el ceño. Seguro que mi pequeño ya ha liado alguna cosa y lo dejan para el final. Los niños salen, pero yo no veo a Jordi. Empiezo a inquietarme y ponerme nerviosa.

—¡Oye, perdona! —me entrometo entre otra madre que me mira mal, pero en este momento me da igual. Es más, con lo nerviosa que estoy, es mejor que no me diga nada o la liamos—. ¿Puedes entregarme a mi hijo? Hace rato que espero.

—Jordi no está aquí —contesta.

—¿Eso qué quiere decir? —le pido con la respiración acelerada. Intento coger aire, pero no me llega el suficiente.

—Se lo llevaron a media tarde —me explica.

Mi madre no puede ser, porque sabía que venía yo. Guille estaba conmigo en el hotel y Hugo está trabajando y, si viniera a recogerlo, me lo diría. Ya no me quedan opciones y empiezo a desesperarme.

—No puede ser —susurro, respirando con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta la profesora al verme tan apurada—. Entra y siéntate, seguro que ha venido alguien de la familia. No le damos los pequeños a cualquiera. Voy a llamar a dirección y me informo.

Asiento con la cabeza e intento sacar mi móvil del bolsillo. Las manos me tiemblan tanto que esa simple tarea me resulta de lo más complicada. Busco en las últimas llamadas y localizo el nombre de Fernández. No sé si suena tres veces o veinte, pero a mí me parece un siglo hasta que oigo su voz al otro lado.

—Jor-di. —Cada vez tengo más dificultad para respirar y no tengo claro cómo le voy a explicar a Fernández lo que ha pasado.

—Andrea, ¿estás bien? —me pregunta preocupado.

—Jor-di no está.

—Necesito que te calmes o no te entiendo —lo oigo hablar con alguien.

—Me ahogo —consigo decirle.

De pronto, un hombre llama a la puerta del aula, haciéndome saltar en la silla. Lo miro, pero al no conocerlo, no hago el amago de levantarme. Tampoco tengo claro que pudiera. Se retira hacia atrás y levanta la pierna para darle una patada a la puerta. Yo chilló y me tapo la cara con las manos. Estoy totalmente paralizada. Por suerte, la puerta no cede.

—¡Ay, Dios mío! —oigo decir a alguien y unos pasos que corren hacia la puerta.

Quiero chillar, decirle que no abra, que seguro que son los hombres de Salazar. Que se han llevado a mi hijo y ahora vienen a por mí. No quiero mirar, estoy aterrorizada. Solo quiero coger a mi pequeño e irme a casa. ¿Y si le han hecho algo malo? ¿Y si no lo vuelvo a ver ni puedo abrazarlo de nuevo?

Noto cómo intentan retirarme el teléfono que mantengo en la mano, pero me resisto. Es lo único que me puede salvar. Oigo voces, hay varias personas, pero no comprendo nada de lo que dicen. Alguien se arrodilla delante de mí y el calor de unas manos encima de las mías. Mi

respiración sigue inestable y todavía no sé cómo no me he desmayado.

—Andrea, soy Merche. No pasa nada, todo está bien. Mírame, debes respirar con calma — me pide.

Retiro las manos poco a poco y veo la cara conocida de Merche, la chica que nos ayudaba en casa cuando vivía con Gerard. Ni me planteo qué hace ella aquí, mis ojos empiezan a descargar lágrimas y me abrazo a ella.

—Se han llevado a Jordi —le explico como puedo.

—Mírame —insiste—, vas a coger aire y soltarlo conmigo. Así, como yo lo hago.

La miro e intento seguir el ritmo de su respiración para calmarme o el corazón me explotará.

—Genial, así, perfecto. Escucha, Jordi está con tu suegra. Ha venido esta tarde y se lo ha llevado. Al parecer, era una persona autorizada para recogerlo y por eso no se han extrañado. El pequeño guerrero está bien, ¿vale?

Asiento con la cabeza, el alivio se apodera de mí y lloro.

Necesito que todo esto acabe o semejante inquietud, miedo y congoja van a acabar con mi salud.

Capítulo 34

Víctor

Tan pronto como Fernández llamó a Hugo para informarle de que habían llevado a Andrea al hospital y le explicó lo que había sucedido, cogimos mi coche y fuimos a su encuentro. Coincidimos con Guille en el aparcamiento. No sabría decir cuál de los tres estaba más nervioso.

Tuvimos dificultad para que nos dejaran entrar en Urgencias y el tono de voz de Hugo no ayudó en absoluto. Al final, Fernández salió a interceder por nosotros. El box donde se encontraba Andrea parecía el camarote de los Hermanos Marx. Sus chillidos se oían en el exterior mientras el médico le decía alguna cosa. Una enfermera acompañaba a este y una chica morena intentaba calmar a Andrea mientras un hombre esperaba en la puerta.

Cuando Andrea nos vio, se echó a llorar.

—Por favor, decidle que no quiero nada, solo ver a mi hijo —dice, suplicando con la mirada.

—Son los hermanos y la pareja —le aclara Fernández al médico que nos mira con cara de agobio.

—Está bien. Hablen con ella y háganla recapacitar. Debería tomar un tranquilizante —nos pide el médico—. Estaré fuera si necesitan cualquier cosa.

Le agradecemos el gesto y, cuando él y la enfermera se retiran, los Guerrero se fusionan en un abrazo. Es tan mágico el cariño que se tienen...

—Quiero salir de aquí e ir a buscar a mi cacahuete. Necesito tocarlo, ver con mis propios ojos que está bien. Llamo a Lucía y no me coge el teléfono. ¿Estáis seguros de que se lo llevó ella? —le pregunta desconfiada a Fernández y a la chica que hay en la habitación.

—Estamos seguros, Andrea —afirma la chica.

—¿Y tú que haces aquí? —indaga Hugo, mirándola.

—No te lo vas a creer —asegura Andrea con una risa nerviosa.

—Es mi compañera —aclara Fernández.

No conozco de nada a esa mujer y, a pesar de cómo me hormigean las manos de las ganas que tengo de abrazar y consolar a Andrea, me mantengo al margen en una esquina.

—¡Qué cojones...!

—Resulta que Merche, no solo nos ayudaba en casa, sino que también vigilaba a mi marido —explica Andrea, que mira mal a Fernández.

—¿De qué coño va todo esto? —En esta ocasión es Guille quien pregunta cabreado—. ¿Eso significa que ya sabíais lo que hacía Gerard hace tiempo?

—Lo siento, pero es mi trabajo y no podía decir nada.

—Eres un cabronazo —se queja Hugo, que coge a Fernández por las solapas y lo empuja contra la pared. Este levanta las manos y se queda impasible.

—¡Para, Hugo! —le pido e intento que mi amigo no cometa una estupidez—. No sirve de nada que perdamos la paciencia. ¡Que es un policía, joder!

—Me importa una mierda. ¿No se suponía que teníais todo controlado? —le recrimina—. ¿Cómo es posible que Lucía se haya llevado al niño y nadie supiera nada?

—Sé que estáis enfadados y os pido disculpas. Pero trabajamos con tanta gente y miles de fuentes que a veces pasan estas cosas. En algún punto del circuito falló el protocolo y no teníamos constancia de que Lucía había vuelto a Andorra. Somos un país pequeño con efectivos limitados y, aunque esta operación es a gran escala, no podemos cubrir todo lo que nos gustaría.

—¡No puedo creer que te hayas llevado al niño sin decirme nada! —oímos que dice Andrea y, al prestarle atención, vemos que habla por teléfono—. Que seas su abuela no te da derecho a sacar a Jordi del colegio sin hablar conmigo primero. Eres una maldita bruja. Ahora mismo voy a buscar a mi hijo y que sea la última vez que lo recoges sin mi permiso.

Cuelga la llamada y suelta un chillido de rabia. Sus ojos echan chiribitas, nunca había visto a Andrea tan cabreada. Se baja de la camilla, coge la chaqueta y se la pone.

—¡Fernández! Haz algo útil y pídemelo el alta médica que me voy a buscar a mi hijo. —El policía abre la boca para decir alguna cosa, pero Andrea levanta la mano para hacerlo callar—. Te juro que estoy al límite de mi paciencia. No tengo fuerzas para discutir, me encuentro agotada. Si te importa, aunque sea un poco, la amistad que nos une, haz lo que te pido. Cogeré a mi hijo, me iré a nuestra casa e intentaré que este día desaparezca de mi mente, porque nadie se imagina la angustia y el miedo que he vivido hoy. ¿Estamos?

Fernández asiente con la cabeza, le hace un gesto a la tal Merche y salen del box sin decir nada más. Andrea se deja caer en una de las sillas que hay en la habitación y suelta el aire, derrotada. Hugo, Guille y yo nos miramos sin saber muy bien cómo consolarla.

—Necesito que alguien me lleve a recoger mi coche para ir a buscar a Jordi —pide.

—Nosotros te llevaremos, no vas a ir sola —le contesta Hugo.

—Me parece bien. Necesito que alguien me controle para no cometer un asesinato.

La puerta se abre y el médico entra con unos papeles en la mano.

—Me dicen que quieres el alta. No me parece buena idea, pero es tu deseo y yo no puedo retenerte. Necesito que me firmes estos papeles y podrás irte.

—Gracias, doctor. Siento mucho si le he complicado su trabajo.

—No hay problema. Cuídate.

Andrea le devuelve los documentos firmados y el médico se despide y abandona la habitación.

—Estas son las llaves del vehículo de Andrea. He pedido que lo trajeran —dice Fernández, entregándomelas.

—Gracias.

Andrea coge el bolso y, cuando está a punto de salir por la puerta, Fernández la retiene por el brazo.

—Sé que estás muy enfadada. Lo siento mucho, de verdad. Ojalá pudiera hacer más, pero soy un pobre policía y hay muchas cosas que escapan a mi control.

—Estoy cabreada con el mundo y, en especial, con un difunto. Es muy triste, pero es lo que hay. Puedes estar tranquilo, no te culpo de nada. Al revés, gracias por tu ayuda y por tu apoyo. Hablamos otro día.

Los dos Guerrero y yo seguimos a Andrea en silencio hasta el aparcamiento. Abro el coche y vemos que se introduce en el asiento del copiloto.

—Yo no puedo acompañarla. Tengo una reunión que me es imposible cancelar —nos dice Guille—. Después hablamos. Creo que es mejor que esta noche no se quede sola.

—Vale —contesta Hugo.

Se aleja de nosotros dos, abre la puerta del copiloto y se arrodilla al lado de Andrea. Le dice algo y ella lo abraza con cariño hasta que se despiden, Guille sube a su coche y desaparece.

—¿Quieres que la acompañe yo? —le pregunto a mi amigo. Se mira el reloj y asiente.

—Será lo mejor. Cubriré tus clases y, cuando acabe, iré a su casa y pasaré la noche con ella.

—Perfecto. Te voy informando —le comento.

—Por favor, vigíla mucho y que no cometa ninguna locura en casa de esa vieja arpía —me pide.

—Tranquilo, todo irá bien.

Nos despedimos y yo me mantengo un poco alejado, dejándoles intimidad para que hablen antes de subir al vehículo.

—Gracias por acompañarme. Siento mucho que siempre tengas que comerte mis marrones —dice una vez arrancamos. Tiene la cabeza apoyada en el cabecero y los ojos cerrados.

—Sabes que no es ninguna molestia. —Cojo su mano, le doy un apretón y me la acerco a la boca para besarla. No ha abierto los ojos, pero una tímida sonrisa hace aparición en su rostro y, de momento, con eso tengo bastante.

—Cuando todo esto acabe, voy a coger a mi pequeño y nos vamos a ir de vacaciones.

—¿Adónde te gustaría ir? —le pregunto.

—Da igual dónde, pero a un sitio en que haya playa.

—Me parece una idea estupenda.

Le pregunto la dirección de Lucía y ella me indica el camino. Tardamos unos veinte minutos en llegar a una enorme mansión. La verdad es que tiene más pinta de castillo que de casa. Las puertas de acceso a la propiedad se abren sin que hayamos llamado y, al mirar hacia arriba, se ve un cámara de vigilancia. Entramos con el vehículo y Andrea baja cuando todavía no he apagado el motor. Me apresuro a seguirla, pues ya ha desaparecido en el interior y, antes de poner un pie en la casa, un grandullón, vestido con un traje y una camisa negra, coloca una mano en mi pecho y me corta el paso.

—Ni se te ocurra tocarme de nuevo —le reclamo, dándole un manotazo a la mano para retirarla.

—No puede entrar sin permiso de la señora —gruñe.

—Mira, colega. Me importa una mierda lo que diga la señora. He venido a acompañar a Andrea y eso voy a hacer. Sé defenderme, así que o te haces el despistado y entro o te quitas la

chaqueta, te meto una paliza y entro. Tú decides.

Me observa de arriba abajo para valorar mi petición, al final escoge la más inteligente. Se hace a un lado para dejarme entrar.

Sigo el ruido de las voces hasta una enorme sala. Parece una librería y casi es tan grande como mi piso. Las paredes están forradas de estanterías llenas de libros, hay una chimenea, una mesa de centro y dos sillones. En uno de ellos se encuentra Lucía, sentada con su habitual porte de mujer importante. Nunca he visto a una mujer tan estirada como esta. Viste de manera impecable y es posible que el valor de su ropa sea el de mi sueldo de un mes.

Me siento pequeño; yo, que le saco tres cuerpos a la señora Pons. Este poder económico me abruma y me debilita. Es una tontería, lo sé, pero Andrea me abandonó por todo esto, algo que yo nunca, ni aunque viviera cien vidas, podría darle. Un escalofrío recorre mi cuerpo y tengo unas ganas imperiosas de salir de esta casa.

—Que seas su abuela no te da derecho a llevártelo sin hablar conmigo —la enfrenta Andrea y yo me sitúo a su lado.

—Querida Andrea, siempre has sido muy dramática —comenta Lucía de forma desdeñosa.

—Dramática, dice —se queja Andrea y se presiona el puente de la nariz con dos dedos para intentar mantener la calma.

—Veo que no has perdido el tiempo —le reclama la suegra, mirándome.

—Ni se te ocurra juzgarme. Lo que yo haga con mi vida ya no es problema tuyo. Te recuerdo que tu hijo se tiraba a todo lo que se movía cuando estaba casado conmigo. Que se montaba orgías mientras yo pensaba que estaba trabajando —le recuerda con los dientes apretados.

—No me equivocaba contigo. Eres vulgar y ni tú ni tu familia estuvisteis a nuestra altura. Nunca creí que Gerard estuviera enamorado de ti, él era un Pons y necesitaba a una verdadera mujer a su lado. ¿Te has preguntado por qué tuvo que buscar cosas fuera del matrimonio?

—Eres una... —Retengo a Andrea por la cintura antes de que comente una locura. La verdad es que a ninguno de los dos nos faltan ganas de arrancarle los pelos a la bruja esta.

—Señora, ojalá algún día se dé cuenta de lo triste que es su vida —le digo mientras pego a Andrea a mi cuerpo—. Que por mucho dinero que tenga, jamás será feliz, porque no tiene corazón. Perdió a su hijo y todos esos billetes que tiene no pudieron hacer nada. Como siga comportándose de esta manera, tampoco podrá disfrutar de su nieto. Así que yo de usted, haría un pensamiento y, antes de juzgar a los demás, mire su propio ombligo.

—Hacéis buena pareja, sois los dos igual de fracasados —se queja Lucía ante mis palabras.

—Ya que te molesta tanto nuestra presencia, dame a mi hijo y nos marcharemos de tu fabulosa mansión —le pide Andrea.

Lucía hace un gesto con la cabeza a alguien que está detrás de nosotros y por el rabillo del ojo veo que el grandullón se retira. Se genera un silencio que consigue que la estancia se convierta en una sala fría y lúgubre.

—¿Cuándo piensas hacerle al niño la prueba de ADN? —Lucía rompe el silencio.

—Nunca. Después de todo lo que nos ha hecho su padre y lo mal que nos has tratado tú, no quiero para mi hijo nada que venga de esta familia.

—Ni que me hiciera ilusión mantener algún contacto con vosotros... —replica Lucía.

—¡Mamiiii! —aparece Jordi a la carrera y se lanza a los brazos de su madre.

—¡Mi pequeño! —susurra Andrea, que intenta mantener las lágrimas para no preocupar al niño.

—¡Hola, Víctor! —me saluda, separándose de su madre y también me abraza.

—Mira lo que me ha comprado la abu... —Jordi mira a su abuela y entonces rectifica—, Lucía. Es un coche con un mando que corre un montón.

—Es muy chulo, cariño. Recoge tus cosas y despídete de Lucía que nos vamos.

—Vale. Víctor, ¿me ayudas a llevar el coche? —me pregunta el pequeño que da saltitos de la ilusión.

—Claro.

No soy muy niñoero, la verdad. Supongo que como no tengo sobrinos y nunca he sido padre, la falta de ese contacto con un ser pequeño hace que te cueste interactuar con ellos. Jordi es un niño muy espabilado para su edad, habla de forma muy fluida y en ocasiones parece una persona adulta metida en un cuerpo de niño. Por ese motivo, su compañía no me incomoda, al revés, me lo paso muy bien con él. Hay veces que Hugo se ha quedado alguna tarde con el pequeño y hemos disfrutado mucho.

Jordi se acerca a su abuela y le da un beso fugaz que ella aprovecha para limpiarse de forma rápida, como si el pequeño pudiera contagiarle alguna enfermedad. Ese gesto consigue que mi corazón lata con más rapidez de la habitual por la rabia que siento. Quiero salir de esta casa, respirar aire puro. Me parece increíble que Andrea haya aguantado a esta vieja arpía durante todos estos años.

Sin despedirnos siquiera, abandonamos la estancia con la alegría de Jordi explicándonos todo lo que el magnífico coche teledirigido puede hacer.

Una ráfaga de aire frío sacude mi cara al salir, recompone mi cuerpo de nuevo y aleja esa sensación tan rara que he vivido en el interior de esta casa tan grande y tan triste.

Capítulo 35

Andrea

Los días pasan, pero el episodio vivido el otro día con Jordi me ha marcado y me he dado cuenta de que, en un segundo, tu vida se puede desmoronar. El hecho de no poder controlar tantas cosas me crea ansiedad en todos los ámbitos de mi día a día.

Sé que es absurdo, pero no tengo ni idea de cómo convencer a mi cerebro. Estoy obsesionada con todos los movimientos de mi alrededor que me parecen sospechosos, lo que provoca que no pueda vivir tranquila.

Hugo y Víctor pasan casi todas sus horas libres conmigo e incluso es raro que mi hermano no se quede a dormir, con lo incómodo que es mi sofá. Menos mal que Flora ya se ha recuperado y puede caminar. Todavía debe hacer rehabilitación, pero ya es más independiente. Aún no he ido a visitarla, no me encuentro muy animada para hacerlo.

Tuvimos que explicar a mis padres lo que había sucedido con Jordi y Lucía. Andorra es muy pequeña, así que creímos que era mejor que se enteraran por nosotros. Por supuesto, omitimos el tema de las amenazas.

Todos están muy preocupados y pendientes de mí y se alternan para mantenerme entretenida. A mí lo que más me apetece es estar sola o con mi hijo, pero intento no quejarme. Somos una familia y, si me pongo en su lugar, yo haría lo mismo. Incluso Rosa, que entra en mi despacho doscientas veces al día. Ya le he dicho que podría poner su mesa al lado de la mía, en vez de tanto entrar y salir. Fernández mantiene las distancias, pero me envía mensajes a menudo con la información que puede darme del caso de Gerard. Han pasado catorce días y todavía no sabemos en qué lugar se encuentra el dichoso documento. Es una desesperación.

—¡Jefa, nos vamos! —indica Rosa, asomando la cabeza. Es nuestra hora de ir al gimnasio, al que, por supuesto, voy obligada.

—Le has cogido el gustillo, ¿eh?

—Tengo que mantener este cuerpo serrano y alegrarme la vista.

—¿Cómo van los avances con aquel chico? —me intereso.

—Nada, cero patatero. A veces nos miramos, pero suele estar rodeado de gente, sobre todo de *Las perfectas*, así que paso de acercarme.

—¿Es eso o que ya no te interesa tanto como antes? —le pregunto mientras cojo mi chaqueta y la mochila.

—También puede ser. Nunca pensé que pasar una noche loca con David me iba a afectar tanto. Jamás lo vi como algo diferente a un amigo. Estoy confundida. Pero bueno, eso ya da igual,

porque hace días que no hablamos. Me imagino que no fue lo mismo para él que para mí —explica mientras nos dirigimos hacia el coche.

—Yo no estaría tan segura. El caso de Gerard lo tiene muy liado. ¿Has probado a llamarlo y preocuparte por él?

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Estoy convencida de que le haría ilusión. Siempre habéis sido amigos, ahí tienes una excusa —le aseguro. Por la manera que Fernández mira a Rosa, no puede ser solo sexo.

—Bueno, quizás lo haga —dice con una enorme sonrisa en la cara. De vez en cuando, mi amiga necesita un pequeño empujoncito. Su baja autoestima la frena a disfrutar de forma plena.

Entramos en las instalaciones del gimnasio y busco a Víctor con la mirada, como cada vez que sé que está cerca. Nuestra relación, si se le puede llamar así, está en reposo. Nos cuesta mantenernos alejados, pero sabemos que antes de disfrutar de los sentimientos que tenemos el uno por el otro, debemos arreglar nuestras vidas, sobre todo yo.

Lo encuentro al momento, está de espaldas y asesora a alguien en una de las máquinas. A medida que avanzo, el espejo me los descubre y un calor súbito me recorre las venas. Está con Meri, la rubia perfecta. Ella está con el culo en pompa, literalmente, y por la forma de moverse, no me cabe la menor duda de que se roza con su miembro. Los celos se apoderan de mí y la rabia me invade. ¿Se puede saber por qué él no se retira y deja de tocar su pierna?

—¡Vaya! La rubia esa no pierde coba —comenta Rosa a mi lado.

—Por mí como si se lo montan aquí, delante de todos —contesto con desdén y me dirijo al vestuario.

—Sí, ya... —oigo que dice mi amiga, siguiéndome.

Nos cambiamos en silencio, aunque escuchando los comentarios de *Las perfectas*, a las que poco después se une Meri. No me pasa desapercibida la mirada de triunfo que me dedica al pasar por mi lado. Me apresuro a vestirme para salir de allí y no oír los comentarios malintencionados de la rubia que, a pesar de saber que lo hace para fastidiarme, no duelen menos.

Salgo enfadada, a mi edad no tendría que soportar estas tonterías. No debería dejar que una mujer tenga tanto poder sobre mí y que, con un simple comentario, me haga sentir tan mal. Quizás en otro momento de mi vida la hubiera enfrentado, pero ahora no tengo fuerzas ni ánimos para hacerlo. Todo lo que he vivido estos días me debilita y saldría más perjudicada si cabe.

—Andrea, ¿cómo estás? —me pregunta su voz ronca al cruzarse conmigo por el pasillo.

—Bien —gruño y sigo mi camino.

—¡Eh, oye! —Frena mi avance, reteniéndome por el brazo—. ¿Qué pasa?

Justo en ese momento salen el resto de las chicas con Meri en cabeza.

—Víctor, no te entretengas con cualquier cosa, que después empiezas la clase con retraso —dice con desdén mientras suelta una palmada en el culo de Víctor.

—Meri, no te pases —la increpa él, pero la rubia no se inmuta y sonríe—. Preparad la sala, ahora voy.

Me coge de la mano y me lleva al despacho de Hugo.

—Cuéntame qué sucede —me pide. Lo miro y elevo una ceja. No puede estar preguntándome eso después del numerito de Meri—. No le hagas caso, ¿vale? Está dolida por no conseguir lo que

quiere. Ya le he dicho en varias ocasiones que no quiero nada más con ella.

—Pues debes decírselo más convencido, porque parece que no le ha quedado demasiado claro. No veas cómo le gusta rozar su culito contigo. —Intento controlar mi voz, para que no vea de qué manera me afecta, pero no lo consigo.

—¿Estás celosa? —pregunta muy cerca de mí.

—¿Qué? No. Qué tonterías dices. —Hace tiempo que sé que no sirvo para actriz, pero yo lo intento por si acaso.

—Es una pena. Porque yo sí me pongo celoso cuando veo a alguien merodear por tu lado y se fijan demasiado rato en este magnífico culo. —Estruja una de mis nalgas con su mano y me deja un casto beso en los morros antes de abrir la puerta y salir.

—Esto no es justo —chillo para que me oiga—. Maldito hombre.

Tomo aire y me recompongo un poco del paso del huracán Víctor. Es increíble cómo me afecta un solo roce de su piel con la mía, y si encima me deja con más ganas de sus labios..., la clase va a ser muy larga.

Cuando me incorporo, la clase ya ha comenzado, así que me sitúo al lado de Rosa que me mira con una sonrisa en los labios y me ayuda a ponerme los guantes de boxeo.

—¿Lo has pasado bien, jefa? —susurra para que nadie nos oiga.

—Voy a matarlo —contesto.

—Pues estás en la clase perfecta. Ya puedes lanzarte a por el saco y pensar que es el profesor. Te recuerdo que tienes que pegarle, no besarlo —me dice y suelta una carcajada. La empujo y la miro mal.

Me centro en la clase, suelto toda la adrenalina que puedo en aporrear el saco. Víctor corrige en varias ocasiones mi posición que, por cierto, es perfecta. Su objetivo es rozarse conmigo y dejarme cachonda perdida.

Meri lo persigue durante toda la clase, pero él solo le presta la atención indispensable como profesor que es. En esta ocasión, soy yo la que no pierdo la ocasión de pasar por su lado, antes de salir del vestuario y reírme en su cara. Si quiere guerra, la tendrá.

≡≡≡

Deseaba estar sola, una noche para mí, para poder revolcarme en mi desdicha. Llorar, si me apetece, sin tener que reprimirme o reír sin que me miren como si estuviera loca.

Hugo se ha llevado a Jordi y van a dormir en casa de mis padres. Mi cacahuete se ha ido la mar de contento ya que su tío le ha prometido que mañana lo llevará a dar un paseo con la moto de nieve. Así que se ha ido encantado y cargado con su traje de nieve.

Me asomo a la ventana, como hago varias veces al día si estoy en casa, para asegurarme de que la patrulla que vigila en la calle hace su trabajo. Utilizan tres vehículos diferentes, uno de color negro, otro rojo y el último gris. No siempre están estacionados en el mismo sitio, pero sí en mi calle. En esta ocasión, es el de color negro y está justo enfrente de la puerta del edificio donde vivo. Parece una tontería, pero me calma saber que están ahí.

Suspiro al girarme y no tener ni idea de qué hacer. Tantas ganas de estar sola y ahora encima estoy apática. Qué triste.

Me siento en el sofá y me tapo con la manta, a pesar de tener la calefacción puesta y llevar

puesto mi pijama calentito y antimorbo. Lo recuperé con la mudanza y debe de tener un motón de años. Creo que fue un regalo de alguna Navidad.

Estoy a punto de encender el televisor, pero el sonido del timbre de la puerta me asusta. Doy un salto e incluso un pequeño grito sale por mi boca. Me levanto poco a poco, no espero a nadie, así que mi corazón empieza a latir con rapidez en mi pecho, voy de puntillas hasta la puerta y acerco mi oreja. Las palmadas en la puerta consiguen que vuelva a sobresaltarme.

—¡Jefa, abre! Sé que estás ahí —dice la voz de Rosa. Me desinflo al momento. Jolín, qué susto. Retiro las veinte vueltas de la llave y el cerrojo que hay más arriba y abro.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —pregunto nerviosa.

—Hola a ti también. Tu madre tiene llaves. ¿Me ayudas? —pide y señala varias bolsas que la rodean.

De pronto se abre la puerta del ascensor y llegan a nosotras el rumor de las risas y varias voces. Levanto la vista y abro mucho los ojos. Del habitáculo salen mi madre, mi cuñada Camila, mi sobrina Aura y mi hermana.

—¿Dani? —La absurda pregunta la hace sonreír.

—No iba a dejarte sola en estos momentos —susurra en mi oído cuando nos abrazamos.

—Gracias por venir. —Besa mi mejilla, me guiña un ojo y se adentra en el piso.

El resto me saludan con abrazos y besos y entramos todas.

—¡Noche de chicas! —chilla Rosa desde el interior.

Cierro la puerta a mi espalda y sonrío. Este plan es mucho mejor del que tenía pensado, sin duda.

Han traído de todo. Croquetas, patatas bravas, calamares y algún revuelto... Todo hecho por mi madre. Camila se ha encargado del postre, un fantástico pastel de chocolate que devoramos dejando solo las migas. Daniela y Rosa han sido las responsables del alcohol y los refrescos para Aura. Mi sobrina está a punto de cumplir los dieciocho años y su madre solo le ha dejado beber una copita de vino.

Es cerca de la una de la madrugada y hacía mucho tiempo que no me reía tanto y no me olvidaba por un rato de los problemas. Observo a estas mujeres, una a una, en silencio. Son todas fabulosas y estoy orgullosa de formar parte de ellas, sea de la manera que sea. Mi madre está sentada en el sillón, Daniela y Camila recostadas en el sofá grande y Rosa, Aura y yo sentadas en el suelo.

—Deberíamos jugar a alguna cosa —dice mi amiga que va algo perjudicada.

—Por favor, Rosa, que ya no somos unas niñas —se queja Camila, que no va mucho mejor.

—¿Qué tal si confesamos un secreto que las otras no sepan? —insiste Rosa.

Todas nos quedamos calladas, supongo que cada una pensando qué escondemos, que por supuesto, todas tenemos alguna cosa. Nos miramos unas a otras y nos echamos a reír.

—¡Venga, será divertido! Empiezo yo —asegura mi amiga—. Creo que me he enamorado de David.

—¿Fernández? —pregunta mi hermana, y Rosa asiente. Yo no me sorprendo, me lo imaginaba.

—Mira la pillina, no tienes mal gusto, ¿eh? —Se ríe Camila.

—¡Mamá! —se queja Aura.

—¿Qué? No es mentira.

—Es un buen muchacho —dice mi madre y mira a mi amiga.

—Lo sé. Nos conocemos de toda la vida, es amigo de mi hermano —comenta Rosa.

—Pero...

—Daniela, ¿tú lo has visto? Es un hombre impresionante y no soy su tipo. Está claro.

—Por eso os revolcasteis el otro fin de semana, ¿no? —le digo.

—¿Os habéis liado? —se interesa Camila.

—Tu turno, Daniela —pide Rosa, desviando el tema.

—Pues... Creo que estoy embarazada —suelta mi hermana como si nada.

—¿Cómo? —chilla Aura.

—Pero ¿vosotros no ibais a adoptar? —le pregunto.

Ahora me doy cuenta de que Daniela no ha probado el alcohol y, al mirar a mi madre, compruebo que ella lo sabía o ha llegado a la misma conclusión que yo.

—Y lo vamos a hacer. Es una decisión que hemos tomado los dos. Eso no quiere decir que no quisiéramos engendrar uno. Pero no ahora —dice con los ojos aguados.

—¿Malcom lo sabe? —se interesa mi madre.

—No. Ni siquiera yo estoy segura de ello.

—Pues nada, mañana habrá que salir de dudas —asegura Camila.

—Siguiente —aplaude Rosa—. Esto se pone interesante.

Nos quedamos calladas hasta que mi progenitora decide hablar.

—Estuve a punto de separarme de Eusebio. Lo pillé besando a una de las recepcionistas —confiesa mi madre con la cabeza gacha.

—¡Toma ya! —suelta Rosa.

—¿En serio? —Esta vez es Daniela la que pregunta alucinada. Nuestra madre asiente con la cabeza.

—Nunca me lo hubiera imaginado —le digo confundida. Siempre han sido una pareja ejemplar y jamás se me pasaría por la cabeza que mi padre le fuera infiel a mi madre.

—Arrastrábamos el cansancio de criar a tres hijos e intentar mantener el hotel. La noticia del nuevo embarazo nos desanimó bastante. Aunque, después, nos hicimos a la idea y estábamos muy contentos. Cuando nació Hugo todo se complicó. El hotel pasaba por sus peores momentos y yo no podía con todo. Eusebio se refugió en el trabajo y en que el hotel no se hundiera y pasaba más tiempo allí que en casa. Nos alejamos y encontró consuelo en esa mujer. Él siempre me juró que nunca se había acostado con ella y que, el día que los pillé, era la primera vez que se besaban.

—Aun así, lo perdonaste —afirma Camila.

—Durmió en el sofá varios meses y solo hablábamos cuando nuestros hijos estaban delante, para que no sospecharan nada. Siempre tuve claro que no quería vivir alejada de él. Es el padre de mis hijos y el amor de mi vida. Hizo todo lo que estuvo en sus manos para conseguir mi perdón y no me pude negar.

—Todos merecemos una segunda oportunidad —asegura Aura mientras mira a su madre.

—Así es, pequeña —le dice mi madre y le acaricia el pelo.

Se vuelve a generar otro silencio, donde cada una se mete en sus pensamientos.

—Ojalá yo pudiera tener una segunda oportunidad con Víctor. —Al notar la mirada de todas en mí, me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—¿Eso qué significa? —pregunta mi hermana con las cejas elevadas.

—Pues que lo tuve, lo amé y lo estropeé al escoger a un hombre que nunca me hizo ni la mitad de feliz que Víctor. Ahora yo estoy arrepentida y él sigue dolido. Sé que me quiere, pero ya no confía en mí. No sé cómo demostrarle que si no es él, no es nadie.

—Cariño, la confianza se cuece a fuego lento, pero te aseguro que se puede recuperar. Si tienes tan claro que lo amas, no desistas y demuéstraselo —asegura mi madre.

Vuelvo a repasar el salón y todas afirman con la cabeza. Soy afortunada, muy afortunada y, a pesar de todo, mi vida es estupenda por tenerlas a ellas a mi lado.

Capítulo 36

Víctor

Esta noche ya he dormido en mi piso. Mi madre, a pesar de tener que acudir a rehabilitación, ya se desenvuelve a la perfección ella sola. No ha tardado ni un día en echarme de su lado. Nunca he conocido mujer tan cabezota como ella.

Como todos los sábados por la mañana, ayudo en la floristería. Ayer llegó mercancía y hay que recolocarla. Las cosas más pesadas son tarea mía, que para eso tengo los brazos que tengo. A mi madre, a pesar de sus quejas, la hemos sentado a repasar el papeleo, Jimena prepara varios encargos y yo guardo unos enormes tastos que pesan media tonelada.

El sonido de la campanilla que avisa la entrada de clientes nos hace levantar la mirada de nuestras tareas. Sonríe al ver a Hugo con el pequeño Jordi, que entra a la carrera, como ya es habitual en él. Menudo torbellino.

—¡Hola! —nos saluda en general—. ¡Vaya, Flora! Ya no tienes la silla con ruedas.

—¿Cómo que no? Lo que pasa es que esta es más moderna —le aclara mi madre, moviéndose con la silla de despacho donde se encuentra sentada.

Jordi la mira y eleva las cejas para valorar las palabras de mi progenitora.

—Pues esta no mola tanto —contesta de forma segura, y todos reímos.

—¿De dónde vienes con el traje de esquiar? —le pregunto.

—El tío Hugo me ha llevado con la moto de nieve —explica y da saltitos como siempre que cuenta algo ilusionado—. No veas qué *chuli*. Me ha dejado conducir y nos hemos chocado con la nieve. ¿A que sí, tío?

—¡Vaya! Lo ha hecho muy bien, será un gran piloto —lo apoya Hugo, revolviéndole el pelo.

La mirada de Jordi se desvía a mi espalda y abre mucho los ojos al ver a Jimena.

—¡Cuántas flores! ¿Lo has hecho tú? —pregunta mientras señala el ramo en el que trabaja Jimena.

—Sí, ¿te gusta? —El pequeño asiente con la cabeza y se acerca a ella sin perder detalle—. ¿Quieres ayudarme?

—Vale —contesta.

—Jordi, no molestes, por favor. Además, tenemos que irnos —le pide Hugo.

Lo miro y frunzo el ceño por el tono de voz que ha utilizado. El pequeño baja la mirada y da media vuelta para volver con su tío, pero Jimena lo retiene por el brazo.

—A mí no me molesta —gruñe. Jordi mira primero a su tío y después a Jimena, pero no dice

nada. Chico listo.

—Claro que no —intercede mi madre al ver la tensión del momento—. Id a tomar algo y Jordi se queda un ratito con nosotras y así ayuda a Jimena a acabar el ramo. ¿Verdad, cielo?

Hugo mira a su sobrino primero y después desvía la mirada hacia Jimena, chasquea la lengua y asiente.

—Pues vamos. —Cojo mi chaqueta en el almacén y al regresar, Hugo ya me espera en la calle.

Al pasar por su lado, le revuelvo el pelo al pequeño guerrero y entorno los ojos para mirar a Jimena. Cuando nuestras miradas se cruzan, ella se encoge de hombros y, de forma rápida, rompe nuestro contacto centrándose de nuevo en el ramo. Si cree que se va a librar de una charla, lo lleva claro. Tanto Hugo como ella, han actuado de forma rara y voy a averiguar el motivo.

—Estamos aquí al lado. ¿Queréis que os traiga alguna cosa? —les pregunto. Jimena dice que no y mi madre me pide un té.

Salgo en busca de Hugo y nos acercamos a la cafetería que hay cerca de la floristería. Al entrar, saludo a la dependienta, que sonrío al verme de nuevo por aquí, y nos sentamos a una de las mesas vacías.

—¿Qué te apetece tomar? —le pregunto a mi amigo, que no ha dicho nada desde que ha salido.

—Una cerveza.

—Nos pones dos cervezas y le llevaré un té a mi madre —le pido y me siento al lado de Hugo—. ¿Qué sabes de las mujeres?

Ayer llegaron por sorpresa Daniela y Malcom de Nueva York para pasar unos días con la familia antes de que se lleve a cabo la adopción que tienen prevista. Así que decidieron hacer una fiesta de chicas en casa de Andrea sin que ella supiera nada. Estoy convencido de que le ha ido muy bien reunirse con todas y sentir su apoyo.

—Mi madre estaba esta mañana en casa, pero Daniela no. He hablado con Guille y sus chicas tampoco habían vuelto —comenta y recupera su sonrisa—. Dice mi madre que se lo pasaron muy bien, pero que alguna que otra tendrá hoy un día complicado.

—Me imagino. Lo importante es que disfrutaran y consiguieran olvidar por un rato los problemas.

—Sí, ese era el objetivo. He vuelto a hablar con Fernández, primero para disculparme; se me fue la cabeza, pero es que esta presión me mata. Y, después, para que me informara de cómo van las cosas —me explica.

—Supongo que ha sido comprensivo contigo.

—Menos mal, tío. Si llega a ser otro, paso la noche en el calabozo y con un problema de cojones. Me mató encontrarme a mi hermana así. No estoy acostumbrado a verla tan afectada. La conoces, Andrea siempre ha sido la fuerte, la mujer fría que parecía que nada removía su corazón. Pero desde que ese capullo salió de su vida, solo ha tenido problemas y supongo que tantos golpes la han sensibilizado.

—Yo recuerdo a la Andrea de hace unos años y era una mujer diferente. Es verdad que, de los Guerrero, ha sido la más seria y responsable, pero disfrutábamos y nos reíamos mucho juntos. Conmigo era dulce, divertida y alegre.

—En aquella época era feliz. Nunca entenderé qué se le pasó por la cabeza para hacer lo que hizo —asegura Hugo.

—Eso ya es pasado y no nos va a llevar a ningún sitio. Lo importante es que consiga rehacer su vida y vuelva a ser feliz.

—¿Cómo va lo vuestro? —me pregunta, mirándome de reojo. Supongo que no es un tema cómodo para él.

—¿De verdad quieres hablar de mi relación con tu hermana?

—Me preocupo por vosotros. Ya que he perdido a mi compañero de juergas, qué menos saber si vale la pena —comenta con una sonrisa y se lleva el botellín de la cerveza para darle un trago.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea. Discutimos al volver de la playa, le pedí tiempo pero, después de los últimos acontecimientos, no quiero separarme de ella. Estoy loco por Andrea, pero hay algo que me frena. Por supuesto, lo primero es que se arregle todo este lío con el puñetero documento. Y después, ya se verá.

—¿Ves por qué yo paso de rollos del corazón? Solo traen dolores de cabeza. La vida sin ataduras es más fácil. Si antes ya pasaba de una relación, ahora que te veo a ti, con tus líos, peor todavía.

—¿Sabes el problema? —Me mira y niega con la cabeza—. Que es una cosa que no se escoge, que pasa sin que te des cuenta y cuando quieres recular, ya estás enganchado como en una telaraña. Cuando eso sucede, puedes liar te y tener sexo con mil mujeres, aunque en tu mente siempre está ella y no hay cojones a sacarla de ahí.

—Para esa enfermedad hay vacuna, colega. Y yo ya me la puse hace mucho tiempo. Así que te informo de que no me puedo contagiar. —Sonríe y apura la cerveza hasta acabarla.

—El día que caigas, que pasará, estaré ahí para reírme en tu cara. —Golpeo su hombro y niego con la cabeza, dándolo por imposible—. Vamos, anda.

Nos levantamos, pago las consumiciones, cojo el té para mi madre y salimos de la cafetería.

—Por cierto —le pido reteniéndolo por el brazo—. ¿Qué pasa con Jimena?

—¿Con quién? —me responde haciéndose el despistado, pero no cuela.

—Venga, Hugo. Tú no eres así de borde, y ella tampoco.

—Nada a lo que haya que darle importancia. El fin de semana que estuviste en la playa con mi hermana y vine a ayudar a tu madre, no nos entendimos. Eso es todo.

—Oye, Jimena es buena tía. No sé cuál fue el problema, pero no deberías meterte con ella —le pido.

—Tócate los cojones. ¿Así que, sin saber nada, el culpable soy yo? —dice ofendido.

—Os conozco a los dos, a ti más que a ella, y casi pondría la mano en el fuego de que así fue.

—Piensa lo que te dé la gana. Es tu empleada, no la mía, así que no la tengo que ver si no quiero. Creo que le das más importancia de la que tiene. No todo el mundo tiene que llevarse de maravilla, y esa chica y yo no hemos congeniado. Punto.

—Está bien, si tú lo dices...

—Genial. Ahora vámonos, que tu madre se va a beber frío el mejunje ese —pide y señala mi mano.

Sonrí. Hugo es todo un personaje, pero se lleva bien con todo el mundo. Por eso, su comentario relacionado con Jimena no me cuadra. Probaré con ella, a ver qué me cuenta. Damos por zanjado el tema y entramos en la floristería.

—¿Qué tal va todo, muchacho? —le pregunta mi madre, que coge el vaso de té que le ofrezco y lo rodea con sus manos.

—Pues no podemos quejarnos, Flora. Luchando cada día, supongo que como usted.

—Dices bien. Por cierto, ¿vas a ver hoy a tu madre?

—Sí. Ha llegado mi hermana Daniela de Nueva York y aprovecharemos para reunir a la familia.

—Genial, pues llévale esto. —Mi madre le acerca una planta—. Dile que ya haremos cuentas cuando pase por aquí.

—Como esta mujer compre más plantas tendremos que salir nosotros de casa. —Reímos ante su comentario—. ¡Cacahuete, venga, que nos vamos!

—¡Jolín, ahora que venía lo más divertido! —Aparece Jordi con cara de enfadado.

—Otro día le dices a mamá o a la abuela que te traigan. ¿Te has portado bien? —le pregunta Hugo, señalándolo con el dedo, y este asiente con la cabeza.

—Jordi siempre se porta muy bien y nos ayuda mucho. Te esperamos otro día, ¿vale?

—Súper, así Jimena me enseñará más cosas de las flores y las plantas. —Sonreímos por su entusiasmo, aunque me fijo en mi amigo y, su boca se ha estirado de una forma prudente que me demuestra que aquí pasa algo seguro.

—Despídete, anda.

Jordi se acerca a mi madre y la abraza con cariño. Esta le da una piruleta y el pequeño sonrío ilusionado. Después, se acerca a Jimena, le da un beso en la cara y le susurra algo al oído que no entendemos. Jimena se ríe y le revuelve el pelo. Por último, se acerca a mí, me agacho y lo estrecho en mis brazos.

—Pórtate bien, ¿vale? —Levanto mi mano y Jordi la choca, después cerramos el puño y volvemos a impactar uno con el otro.

—Hablamos después —dice Hugo, dirigiéndose a mí—. Podrías venir a cenar. Así saludas a Malcom y Daniela.

—Ya te digo algo.

Los vemos salir de la floristería y volvemos a nuestras tareas. Falta poco para ir a comer, así que me doy prisa para acabar pronto y no tener que volver por la tarde. Aprovecho para acercarme a Jimena. Me pongo a su lado, ella me mira, sonrío y sigue con lo suyo. Me mantengo en silencio, pero sin dejar de mirarla. La conozco poco, pero sé que pronto saltará. Vuelve la cabeza de nuevo hacia mí y frunce el ceño al ver que me mantengo callado. Al final, suelta las tijeras que lleva en la mano encima del banco de trabajo, y por la fuerza que ha utilizado, he conseguido sacarla de quicio.

—Víctor, ¿necesitas algo? —pregunta, girándose hacia mí.

—Me preguntaba cómo una chica tan dulce como tú y un tío tan cachondo como mi amigo

pueden llegar a contestarse de forma tan borde y mirarse como si quisieran matarse. —Bufa y se vuelve a centrar en el nuevo ramo que prepara—. ¿Me vas a explicar qué ha pasado?

—No todo el mundo puede llevarse bien. Ese hombre y yo no nos entendemos. Así que, si no te importa, debería seguir con estas flores, vendrán a recogerlo esta tarde y todavía no está preparado. No vale la pena darle importancia a cosas que no la tienen.

Vaya, qué curioso que Jimena ha contestado lo mismo que Hugo. ¿Qué habrá pasado entre estos dos?

—Está bien. De momento lo dejamos así, pero me enteraré, ¿lo sabes, verdad? —Pone los ojos en blanco y me empuja.

—Lárgate de aquí, que al final me voy a llevar una bronca de tu madre por tu culpa. — Obedezco, pero solo porque yo también tengo cosas que hacer.

Media hora después colgamos el cartel de cerrado. Nos despedimos de Jimena y me voy a comer con mi madre. La cena la pasaré con los Guerrero.

Capítulo 37

Andrea

Es media tarde y todavía tengo dolor de cabeza. Pero no soy la única, Camila tiene una cara de muerta que no puede con ella. Ni la siesta que se ha pegado le ha servido para despejarse. Ha sido la burla de su marido y sus hijos durante la comida.

Daniela, como no bebió, debido a su supuesto embarazo, tiene un aspecto fabuloso e impecable, la maldita. La que todavía no ha dado señales de vida es Rosa. Aún no ha contestado a los mensajes que le he enviado, seguro que continúa dormida.

Después de comer, mi madre ha decidido hacer una clase magistral de galletas y está metida en la cocina con todos sus nietos. Mi cuñada ha desaparecido, seguro que se ha colado en alguna habitación a echar otra cabezadita. Papá y Malcom están en el garaje con no sé qué rollo del coche de mi padre, así que en el salón quedamos los cuatro hermanos.

Daniela está recostada en el sofá grande con los pies encima de mis piernas. Lo que me deja en una posición de lo más incómoda, pero no me quejo, no tengo fuerzas. Guille y Hugo ocupan los dos sillones pequeños. Noto que mi hermana se mueve y cuando desvío la mirada de la televisión, veo que se sienta y deja sitio para mis hermanos. Me empujan hasta que quedo en el medio, entre Daniela y Hugo.

—¡Oh, oh! —me quejo al ver lo que se acerca.

—No pensabas que te ibas a librar de una charla de hermanos, ¿verdad? —me dice Guille.

—Pues tenía la esperanza.

—Para empezar, queremos saber cómo estás. Y no sirve decir «bien» y quedarte tan pancha —aclara Dani.

Resoplo porque me ha quitado la respuesta.

—¿Hasta la zona vaginal sirve?

—Joder, *Conguito*. Con lo fácil que es decir «hasta el coño».

—¡Hugo! —nos quejamos las dos hermanas a la vez.

—Sabemos que estás nerviosa y preocupada por todo lo que está pasando —intercede Guille—. ¿Has vuelto a hablar con Fernández? ¿Sabemos cómo avanza la investigación?

—Me informa por mensajes, pero nada importante. Pasan los días y no avanzamos. Estoy por investigar por mi cuenta.

—Ni se te ocurra —me advierte Hugo—. Fernández ha dicho que se encargaban ellos, así que no vamos a hacernos los héroes. Esa gente es chungu.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo de brazos cruzados viendo cómo se acaba el plazo que me han

exigido? Lo siento, pero no puedo. No quiero poner en riesgo a nadie por confiar en la policía.

—Andrea, te puedo asegurar, por experiencia, que intentar arreglar las cosas sin saber a lo que te enfrentas nunca trae nada bueno —dice Daniela.

Miro a mi hermana y recuerdo lo mal que lo pasó ella cuando Malcom tuvo un percance con lo que pensaba que era un grupo de pandilleros y casi no lo cuenta.

—Lo sé. Pero no os podéis imaginar lo difícil que es vivir así, siempre en alerta. Todo me parece sospechoso, esta obsesión no me puede traer nada bueno.

—¿Has vuelto a recibir amenazas? —se interesa Hugo. Niega con la cabeza.

—Hace días que no recibo nada y eso no sé lo que significa.

—Adri espera que le digas alguna cosa de la prueba de ADN. ¿Has decidido qué vas a hacer? —La pregunta en esta ocasión es de Guille.

—Después de lo que pasó el otro día con Lucía y cómo nos trató, he optado por no hacer ninguna prueba. Que piense lo que le dé la gana. No quiero nada que tenga que ver con esa familia.

—Andrea, en este caso, debes pensar en Jordi —se preocupa Daniela, acariciándome la mano.

—Lo sé. Pero mi hijo vivirá igual de bien sin el dinero de esa gente. Pensaréis que estoy loca, pero los Pons solo me han traído problemas. Quiero dejar toda esta pesadilla atrás, intentar ser feliz de nuevo.

—¿Con Víctor? —dice Hugo mientras eleva las cejas varias veces.

—Qué tonto eres... —Ni afirmo ni desmiento.

Creo que no hace falta contestar a esa pregunta. Sé que sería feliz sola con mi hijo, pero si decido tener a un hombre a mi lado, sin duda, ese sería Víctor. No creo que otra opción diferente sea factible.

—Un día me tienes que explicar cómo lo hicisteis para mantener vuestra relación en secreto tanto tiempo sin que nadie se enterase. —Se ríe Daniela.

—Fácil. Haciéndole creer a tu hermano que estaba liado con una tía bastante fea y me daba vergüenza que él la conociera —explica Víctor, sobresaltándonos.

—De eso me acuerdo. —Hugo suelta una carcajada y yo oculto la cara en mis manos—. Yo no entendía cómo, un tío como Víctor, tenía que liarse con una chica fea y esconderla. Él se excusaba en que solo era un rollo, pero que compensaba porque tenía unas buenas tetas.

Todos estallan en carcajadas y yo levanto la cabeza para mirar a Víctor con los ojos muy abiertos. Él se encoge de hombros, restándole importancia. Consigo hacerme con un cojín y se lo lanzo sin mucha puntería, porque lo coge en el aire.

Mi cacahuete aparece corriendo en el salón y al ver a Víctor se lanza a sus piernas. Este se agacha, lo coge y le da un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, colega? —pregunta Víctor.

—Bien. He aprendido a hacer galletas con la abuela. ¿Quieres probar una?

—Claro.

Mi hijo se revuelve para que lo deje en el suelo y une su mano con la de Víctor para arrastrarlo a la cocina. Sonrío cuando los veo desaparecer.

—Estoy convencida de que te hará muy feliz —asegura Dani.

Los miro uno a uno y los tres asienten con la cabeza. Abro los brazos y acaban encima de mí. Mis hermanos, mi familia, mi refugio.

≡≡≡

A pesar de la situación que nos rodea, no han faltado las risas y burlas habituales en todas las reuniones familiares de los Guerrero. No puedo entender la manía de tener que acabar sacando los trapos sucios de alguno de nosotros cada vez que hay una oportunidad.

En esta ocasión y dado que Víctor estaba invitado, la que ha recibido por todos los lados he sido yo, por supuesto. Si ya es humillante que te recuerden tus pequeñas vergüenzas casi a menudo, pues ya os podéis imaginar si lo hacen delante del hombre que te hace suspirar. Sé que muchas de las escenas las conoce, Víctor siempre ha estado presente en la familia, pero eso no lo hace menos humillante.

Pensé que tenerlo aquí, entre nosotros, ahora que todos saben que tuvimos una relación y que seguimos con nuestro tonteo, me haría sentir más incómoda, pero no ha sido así. Sé que mi familia se alegra de que sea feliz y Víctor es un hombre fantástico, es el hombre, en mayúsculas. Solo espero que lleguemos a espantar los fantasmas que arrastramos y consigamos una estabilidad de pareja. Nada me haría más feliz.

—¿Cómo sigues? —Palmeo la pierna de mi hermana y me siento a su lado en el sofá.

Está despistada y preocupada y cada vez que sus ojos se desvían hacia Malcom, se le entristece la mirada. Los hombres siguen sentados a la mesa, hablando de deportes. Mi madre se resiste a sentarse, como pasa siempre, y Camila le echa una mano en la cocina. Júnior ha desaparecido, los pequeños están dormidos y Aura se ha arrinconado en un sillón y, por la tonta sonrisa que ilumina su cara en varias ocasiones, seguro que charla con Pablo.

—Estos mejunjes que hace mamá son mano de santo —dice, enseñándome la taza que tiene en la mano y sonrío, aunque esta no le llega a los ojos. Se queda pensativa antes de continuar—: Está todo calculado, estamos preparando la llegada de la pequeña, faltan unos meses, Andrea. Todavía no tenemos claro que la casa que nos gusta sea la ideal o no. Hemos discutido mil veces por tonterías, los nervios nos comen y si encima ahora estoy embarazada, ¿qué será de nosotros?

—Dani, no puedes llevar todo al extremo. No va a ser fácil, eso está claro, pero hay parejas que tienen trillizos y salen adelante. No es por malmeter, pero incluso con mucho menos poder adquisitivo que vosotros, que oye, no es la solución, pero ayuda. Nosotros estaremos lejos, pero allí tienes a los Davis, que los van a malcriar un montón. —Nuestras miradas se encuentran y nos sonreímos—. Debes confirmar el embarazo de una vez, decírselo a Malcom, que estoy segura de que estará encantado, y volver a reestructurar vuestros planes.

—¿Así de simple? —pregunta.

—Pues sí, así de simple.

—¿Y si el embarazo es un problema para la adopción? —susurra con lágrimas en los ojos.

—Bueno, eso no lo sé. Pero esos americanos estarían locos si echaran marcha atrás el proceso. Esa pequeñaja no encontrará mejor familia en ningún lugar del mundo —aseguro y aprieto su mano para darle ánimos.

—¡Ay, Andrea! ¡Es tan bonita! Es una muñequita, no creo que tarde en andar, aunque necesita

mucha motivación y cariño. La mayoría de las casas de acogida hacen un buen trabajo, pero tienen muchos niños —me explica emocionada.

—¿Tienes fotos? —le pregunto.

—Solo tres, pero mira... —Se saca el teléfono del bolsillo, lo desbloquea y me lo acerca para enseñarme a una preciosa niña, de ojos oscuros, igual que su piel. En la foto, sale con una enorme sonrisa, donde tiene marcados sus pequeños incisivos centrales. Es realmente bonita.

—Madre mía, Daniela. Es un bomboncito. —Mi hermana me mira con una enorme y orgullosa sonrisa.

—¿Quién se anima a jugar a alguna cosa? —pregunta Hugo, frotándose las manos.

En todas las reuniones que acabamos con algún juego de mesa, siempre ganan los mismos: Daniela o Hugo, así que ya empiezan a cansar tantas derrotas. Al final, por votación popular y porque estamos a gusto y en buena compañía, decidimos animarnos todos menos mi padre, que prefiere sentarse en su sillón y leer o por lo menos intentarlo.

Mi madre también se abstiene, siempre dice que ella es muy burra para esas cosas, que prefiere tener nuestros estómagos llenos para que no acabemos matándonos los unos a los otros. Al final jugamos por parejas. Daniela con Malcom, Guille con Camila, Hugo con Aura, y Víctor conmigo.

—No sé a qué vamos a jugar, pero yo para esto soy muy malo. Te lo digo para que después no te quejes y me echés la culpa a mí si perdemos —me aclara Víctor.

—Tranquilo, ganar en esta casa, cuando están Hugo y Daniela, es tarea imposible. —Nuestras miradas se unen y una sonrisa ilumina nuestros rostros.

Ahora sería un buen momento para acercarme a él y besarlo. Me muero de ganas de hacerlo y sé que a él le pasa lo mismo, pero no debemos. Todavía hay muchas cosas que arreglar, tanto entre nosotros, como de forma individual.

—¿A qué jugamos? —pregunta Guille, sacándonos de nuestro mundo perfecto.

Nos hemos entretenido con doscientos juegos diferentes, no exagero, además de compartir miles de risas y enfados, como siempre pasa en nuestras reuniones. No pienso decir quién ha ganado la mayoría de las ocasiones, no vale la pena y ya os lo imagináis.

Son casi las dos de la madrugada cuando decidimos que es el momento idóneo para recoger e irnos a descansar. Guardo varias fichas que hemos utilizado en su caja correspondiente y noto que mi móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Un escalofrío me recorre el cuerpo, haciéndome saber que no puede ser nada bueno. Toda la familia está aquí y es de madrugada... Al levantar la mirada, mis ojos tropiezan con los de Víctor que se encuentra a mi lado, ayudándome a recoger. Me mira con el ceño fruncido y su cuerpo se pone en alerta. Cojo el teléfono y el número del hotel se refleja en la pantalla, suelto el aire que retenía en mis pulmones debido al miedo. Es raro que me llamen a mí, pero a lo mejor ha pasado alguna cosa que no han podido resolver y mi hermano tendrá su móvil en silencio.

—Es del hotel —le comento a Víctor, excusándome, y me encojo de hombros.

Cojo la chaqueta que se encuentra colgada en una silla y salgo al porche delantero para contestar.

—¡Hola! —saludo con cautela. Todo esto es muy raro y no me gusta nada.

—¡Vaya, vaya, señorita Andrea! —Salazar. Esa voz, su voz... —. Me gustaría saber en qué

momento pensó que somos estúpidos y no nos íbamos a enterar de que ha hablado con la policía.

Mi cuerpo empieza a temblar y miles de lucecitas invaden mis ojos por el miedo que tengo.

—Lo sien-to —tartamudeo. No me salen las palabras.

Oigo a mi espalda cómo se abre la puerta y la presencia de Víctor me acompaña. Al darse cuenta de mi estado, su rostro se torna preocupado. Mete la mano en el bolsillo y saca su teléfono.

—Dile a tu amiguito que si pulsa una tecla, le vuelo la cabeza —me pide.

Cuando levanto la cabeza me apresuro a darle un manotazo al móvil de Víctor, haciéndolo caer al suelo. Él me mira sorprendido y, justo en ese momento, un punto de color rojo señala su cabeza.

—No, no, no... —le pido al teléfono y me pongo delante de él para evitar que el arma apunte a Víctor—. No tengo ni idea de los negocios que tenía mi marido, por favor, te lo juro...

No puedo evitar mis lágrimas y no tengo ni idea de si Salazar ha entendido algo de lo que le he dicho.

—Quiero ese puñetero documento. Es mi última advertencia. —Justo en ese momento se oye un disparo a nuestro lado que rompe el cristal del porche. Se oyen varios chillidos que acompañan al mío y Víctor hace que los dos nos agachemos para quedar a cubierto—. Te puedo asegurar que la próxima vez no voy a fallar. Dile a tu amigo policía que deje de hacer el imbécil si no quiere tener un cadáver en su bonito país.

El pitido que da por finalizada la llamada consigue que las lágrimas descendan por mi cara sin control. Se ha generado un silencio que desaparece a medida que ya no se oyen más disparos.

—¡Nena! ¿Estás bien? —pregunta Víctor, incorporándome, y revisa mi cuerpo y mi cara con sus manos—. Estás sangrando.

—No es nada, es de los cristales.

—¿Estáis todos bien? —chilla Hugo desde el interior. Todos contestan de forma positiva.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Nos han disparado? —pregunta Malcom.

Se forma un revuelo general y los teléfonos no paran de sonar. En menos de diez minutos la casa está rodeada de coches de policía. Mis padres están alucinados y muy nerviosos, incluso Camila ha tenido que revisar la tensión arterial de mi padre.

Yo sé que alguien me sostiene, incluso que han revisado mis cortes, sé que tengo varios porque me escuecen. Mi único objetivo es llegar al piso de arriba y comprobar que mi hijo está bien. Quiero acurrucarme a su lado, cerrar los ojos y dormir. No puedo más.

Capítulo 38

Víctor

Lo vi. El destello rojizo que salía de la montaña de enfrente. Se paseó por la espalda de Andrea antes de impactar en el cristal, haciéndolo añicos. El muy cabrón nos tenía a su entera disposición y, si hubiera querido, habría hecho una masacre sin importarle una mierda. Ese documento debe de ser demasiado importante.

—Toma. Póntelo encima del corte y presiona fuerte —me pide un sanitario. Al levantarme del suelo me he clavado algún cristal sin mayor repercusión.

Estamos todos en estado de *shock* y que la casa esté llena de policías tampoco ayuda. Andorra es un país tranquilo, donde no suelen pasar estas cosas, así que ver este despliegue, en plan película americana, llama la atención. Suerte que la casa de los Guerrero está alejada de la carretera principal, aun así y a pesar de la hora que es, hay varias luces de los edificios de enfrente encendidas.

—¿Estás bien? —me pregunta un Hugo preocupado, que rodea mis hombros con su brazo.

—Nos podía haber matado. Solo tenía que apuntar y disparar, tío. Si no lo hizo es porque ese puto documento es muy valioso. Hay que hablar con Fernández, tenemos que encontrarlo, dárselo a ese cabrón y que salga de nuestras vidas. La próxima vez no tendremos tanta suerte y acabaremos llorando —le explico a la desesperada—. Si le llega a pasar algo a Andrea, yo...

—Pero no ha pasado nada. Haremos todo lo posible para que esto se arregle. No voy a permitir que le pase nada a ningún miembro de mi familia y eso te incluye a ti —me dice y se abraza a mi cuerpo.

Cuando me separo de él, vemos que Guille se acerca. Su estado es como el de todos en esta casa, con los nervios de punta e intentando entender cómo es posible que alguien haya podido llegar a estar tan cerca de nosotros, nos apuntara con un arma, incluso la disparara, y que la policía no haya sido capaz de capturarlo y que, ahora mismo, ni siquiera sepan dónde se encuentra y no hayan localizado el arma.

—¿Lo han encontrado? —pregunto.

—Nada. Ha conseguido escabullirse. Suponen que estará por la montaña y, al ser de noche, es complicado hacer un rastreo. Han puesto controles en las carreteras y las fronteras —nos explica Guille.

—¿Cómo están todos? —me intereso.

—Muy nerviosos, sobre todo mis padres, Aura y Júnior, que son quienes no sabían nada. Si a nosotros, que estábamos en alerta, ya nos ha afectado, imagínate a ellos. Creo que van a ser una noche y un día muy largos.

—¿No se suponía que este país era seguro? —comenta Malcom, acercándose a nosotros. El tono de su voz nos hace saber que intenta quitarle hierro al asunto.

—No vengas de sobrado. Ni que en Nueva York anduvierais a tiros todos los días —se burla Hugo de él. Es necesario suavizar lo que ha pasado o acabaremos todos locos.

—Muy gracioso. Pero yo me llevé algún que otro sermón por poner a Daniela en peligro.

—¡Chicos! Creo que sería mejor que se llevaran a Eusebio al hospital y le hicieran un chequeo —les dice Camila a los Guerrero—. Tiene la tensión muy alta, pero no hay forma de hacerlo razonar.

—Este hombre es tan cabezón... —suspira Hugo y, en compañía de Guille, se acercan a él para convencerlo.

—Voy a subir a ver cómo está Andrea —le digo a Malcom, que se ha quedado conmigo.

—Buena idea. Yo he pasado por algo similar y la sola idea de perder a Daniela y que estuviera en riesgo, me destrozaba por dentro. Es lo más importante que hay en mi vida. Ella lo ilumina todo y ya no sabría vivir sin tenerla a mi lado. Así que me hago una idea de cómo te sientes. —Palmea mi hombro, dándome consuelo, y se aleja.

Aprovecho, antes de subir, para llamar a mi madre e informarla de lo sucedido. Se enterará igualmente y prefiero que sea por mí. Ya está dormida y, cómo no, en un primer momento se asusta e insiste en venir hasta la casa de los Guerrero para cerciorarse de que no la engaño. Consigo sacarle la idea de la cabeza y le prometo que, tan pronto pueda, iré a verla.

Una vez cuelgo la llamada, no me lo pienso y subo los escalones de dos en dos hasta el piso de arriba. Me meto en el primer lavabo que encuentro y me aseguro de que la herida ya no sangra. Retiro la gasa y la lanzo a la papelera. Recorro el pasillo y me paro en la puerta tras la que sé que se encuentran Andrea y Jordi. El pequeño se quedó dormido encima de mí y acompañé a Andrea a acostarlo.

Empujo la puerta y puedo observar los dos bultos que se encuentran en la cama. Entro sin hacer mucho ruido, me quito las zapatillas y me tumbo con mucho cuidado de no despertarlos. Encajo mi cuerpo al de Andrea y rodeo su cintura con mi brazo, acercándola a mí. Ella une sus dedos con los míos, haciéndome ver que está despierta. Hundo mi nariz en su pelo y recorro su cuello como si fuera un toxicómano que necesita su dosis para poder vivir.

—Casi me da algo al ver ese círculo rojo en tu cabeza. Pensé que iba a disparar —solloza—. He pasado tanto miedo, Víctor.

Ahora entiendo su reacción en el porche, la forma en que se interpuso entre el arma y yo, cómo me arrebató el teléfono. No se lo pensó e intentó salvar mi vida de las amenazas de Salazar.

—Ya está, nena. Por suerte, no ha pasado nada. Lo pillarán y todo esto acabará. Después, Jordi, tú y yo nos iremos a pasar unos días a la playa para que puedas hundir los pies en la arena, como sé que te gusta.

—¿Me lo prometes? —pregunta y gira su cuerpo para quedar frente a mí.

—Por supuesto.

Le retiro un mechón de pelo y recorro su rostro con mis dedos. Mi visión ya se ha adaptado a la oscuridad, a pesar de que entra algo de claridad de una de las luces exteriores de la casa. Igualmente, sería capaz de repararlo con los ojos cerrados, me lo sé de memoria. Puedo marcar dónde tiene la peca más cercana a la nariz o una diminuta cicatriz que tiene encima de la ceja

derecha que casi no se percibe, pero yo sé que está ahí. Sus manos rodean mi cara y hunde sus uñas con cariño en mi barba, como sabe que me gusta. Acerca sus labios a los míos y me besa de forma suave, demostrándome en ese roce todo lo que siente por mí. Le devuelvo el contacto hasta que nuestras lenguas se encuentran. Un gemido sale de nuestras bocas, haciéndonos partícipes del anhelo que sentimos, de las ganas que nos tenemos...

—Te quiero, nena —le confieso. Andrea une nuestras frentes y suspira, absorbiendo mis palabras.

—Yo también te quiero, no sabes cuánto...

—¡Mami! Me voy a caer de la cama —se queja Jordi medio dormido. Se incorpora un poco y nos mira. Si le sorprende nuestra cercanía o que yo esté con ellos en la misma cama, no comenta nada—. ¿Me puedo poner en el medio?

—Claro, cacahuete. Ven aquí —le dice su madre. Nos movemos como podemos para dejar que el pequeño se incorpore entre los dos.

Lo dejamos hacer. Primero se acomoda hacia su madre, para después dar media vuelta y se acurruca en mí. El calor de ese pequeño cuerpo me hace suspirar. Lo conozco desde que nació, es un niño increíble para llevar los genes de los Pons y eso solo se debe a la suerte que tiene de estar rodeado de los Guerrero, sin duda.

Estiro el brazo por encima de mi cabeza hasta que mis dedos rozan el pelo de Andrea. Se lo retiro de la cara y nuestros ojos se encuentran. No cabe duda de que el suceso de hoy ha cambiado muchas cosas entre nosotros. Quizá no por completo, pero mis temores a que ella vuelva a huir de mí o que no sea su prioridad nuevamente se diluyen.

—Deberías descansar un poco. Va a ser un día duro —le pido en un susurro para no despertar a Jordi.

—Cada vez que lo intento, solo veo luces rojas. No sé si voy a ser capaz de dormir.

—Cierra los ojos —le sugiero. Sé que no lo ha hecho, así que insisto—. Vamos, ciérralos. —En esta ocasión me hace caso—. ¿Oyes el susurro del mar? Hoy está en calma. Las pequeñas olas golpean las rocas que hay a la izquierda. Siente el frío del agua que moja tus pies y cómo estos se hunden en la arena mojada. La sensación de que el mar te absorbe...

Le susurro las palabras y, cuando su respiración se ha relajado, me doy cuenta de que he conseguido cumplir mi propósito. No será así toda la noche, las emociones han sido muy duras, incluso a mí me costará descansar.

Bajo la cabeza y me centro en el pequeño bulto que sigue pegado a mi pecho. Bendita inocencia a estas edades. Quizás, si hubiéramos continuado con nuestra relación, Jordi podría ser hijo mío. Después de todo lo que pasó, nunca volví a plantearme ser padre. El pequeño va en el paquete de Andrea, por supuesto. Si algo tengo claro es el amor que ella siente por su hijo. Imagino que como la mayoría de las madres, donde incluyo a la mía.

Con esos pensamientos y centrado en la respiración de Jordi, cierro los ojos y me dejo llevar, aunque sean cinco minutos.



El movimiento de un cuerpo hace que mis ojos se abran y doy un pequeño salto alarmado. Ya es de día y la claridad invade la habitación. Miro hacia mi derecha y una maravillosa sonrisa con

unos ojos somnolientos me reciben.

—Buenos días —me saluda Andrea—. Parece que le ha gustado la almohada.

Bajo la mirada y compruebo que la cabeza de Jordi está prácticamente encima de mi pecho y su pequeña mano intenta rodear mi cintura.

—Eso parece. ¿Has podido descansar algo? —indago. Andrea asiente con la cabeza.

—¿Y tú? —pregunta, y justo cuando voy a contestar, la puerta se abre y asoma la cabeza de Hugo.

—Buenos días. No os quería molestar, pero ha llamado Fernández y nos quiere ver en una hora —nos informa.

—Dime que lo han encontrado —quiere saber Andrea, que se incorpora en la cama, esperanzada.

—No, *Conguito*. Todavía no han dado con él. Pero caerá —asegura Hugo. Andrea bufando y se deja caer en la cama de nuevo—. Por cierto, Víctor, tu madre está abajo. La pobre no ha pegado ojo.

—Gracias, tío.

—A ver cómo te quitas a ese monito de encima. —Hugo señala a Jordi con el dedo y sonrío.

—Algo haremos —aseguro, pasándole la mano por la espalda de forma suave.

—Os esperamos abajo —nos dice Hugo, dejándonos solos de nuevo.

Una vez mi amigo desaparece, Andrea se incorpora un poco y se acerca a mí para besar mis labios. Un roce que me sabe a gloria bendita, a comienzo, a familia y me deja con ganas de más.

—¡Señorito! —llama al pequeño, meneándolo con dulzura—, hay que despertarse. Después no te quejes si Loqui se come tu desayuno. Seguro que la abuela tiene chocolate, de ese que tanto te gusta —intenta convencerlo, susurrándole en la oreja.

—Me chifla cómo huele el chocolate que hace la abuela —asegura el pequeño, que se arrodilla con una velocidad inédita. Nunca he visto a nadie despertarse con tanta rapidez.

—Pues venga, en marcha. A lavarse la cara, vestirse y bajamos antes de que nos dejen sin nada.

—¡Vamos, vamos...! —chilla Jordi que salta en la cama.

Miro a Andrea que me sonrío, supongo que mi cara de alucinado, ante tanta vitalidad, le debe de hacer gracia, y no es para menos. Ella sigue al pequeño y yo aprovecho para levantarme y encontrar un baño donde poder adecentarme un poco.

El panorama al entrar en la cocina de los Guerrero es el siguiente: Jordi tiene la cabeza metida en su taza de chocolate y, cuando la levanta, todo el morro está manchado del líquido marrón. A su lado, Hugo, como no podría ser de otra manera. Mi amigo suele tener esa habilidad para ser niño siempre, como si se negara a madurar. Por ese motivo no sé quién disfruta más del desayuno, si el pequeño o el grande. Loqui está sentado en sus cuartos traseros, con la lengua fuera, al lado de Jordi y a la espera de que se le escape algo que él pueda aprovechar.

Manuela está apoyada en uno de los laterales de la cocina y habla con mi madre. Supongo que están poniéndose al día de lo que sucedió ayer. Cuando Manuela se da cuenta de mi presencia, me sonrío.

—Buenos días —saludo.

—¡Víctor, cariño! —Mi madre no tarda ni un segundo en acercarse y abrazarme—. ¡Qué susto me he llevado! ¿Estás bien?

Sus manos enmarcan mi cara y la gira en varias ocasiones para buscar posibles heridas que yo quiera esconder.

—Estoy bien, mamá. Ya te lo dije ayer. No hacía falta que vinieras.

—Ya sabes cómo somos las madres, que hasta que no lo vemos con nuestros propios ojos no nos quedamos tranquilas. —Rodea mi cuerpo con sus brazos y me dejo querer.

—Víctor, ¿quieres chocolate o te pongo un café como un adulto normal? —me pregunta Manuela mientras mira a su hijo con cariño, que no levanta la cabeza de la taza.

—Un café estaría genial, gracias —aseguro—. Tenemos que ir a declarar a la policía, ¿quieres que te acerque a la floristería?

—Qué va, cariño. He llamado a Jimena y ella ha abierto. Después pediré un taxi y ya me bajo.

—No te preocupes por ella. Yo la llevo después —dice Manuela y palmea mi brazo.

—¿Cómo sigue Eusebio? —me intereso. Supuestamente ayer lo llevaron al hospital, o eso intentaban.

—Descansando. Llegamos tarde, no quiso quedarse allí bajo vigilancia. No hay hombre más cabezota sobre la faz de la tierra. No tardará en llegar Camila. Hoy me echará una mano para controlarlo.

—Abuela, quiero más chocolate —pide Jordi con cara de no haber roto nunca un plato.

—Se acabó, ya no queda más. Sé que te gusta, pero hay que tener cuidado, que después te duele la barriga.

Justo en ese momento, hace aparición Andrea en la cocina. Se ha cambiado de ropa. Lleva unos pantalones tejanos y un jersey de color morado que la hace más bonita si cabe. Se ha maquillado pero, aun así, la preocupación de su rostro es latente. Está clara la tensión que se respira, a pesar de que todos queremos mantener la normalidad. Andrea se acerca a mi madre y le da un beso en la mejilla. Se susurran algo que nadie oye y se sonríen.

—Creo que será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde —nos pide Hugo, que se limpia los morros y deja la taza en el fregadero.

Andrea le pide a Jordi que se porte bien y los tres salimos de la casa. El cristal ya está reparado y no queda rastro de la pesadilla que vivimos ayer, como si todo hubiera sido un mal sueño.

Capítulo 39

Andrea

Noto el calor de sus dedos que van enlazados a los míos. Estamos en el edificio central de la policía a la espera de que Fernández nos atienda. Ayer aseguraron que no corríamos ningún peligro, que Salazar no se iba a exponer a que pudieran atraparlo. ¡Ja, me río yo! Desde el otro lado de la barrera todo se ve muy bien, pero los que estuvimos en el punto de mira fuimos nosotros.

No quiero ser pesada con la lucecita roja, pero no os imagináis la noche que he pasado. Me desperté sobresaltada por las escabrosas imágenes que se paseaban por mi mente, donde Salazar no fallaba y mi cara quedaba salpicada con la sangre de Víctor. Una caricia en mis dedos me devuelve al presente. Miro a este hombre que me tiene robada el alma y me sonrío. Sabe que estoy muy nerviosa, igual que él, pero se mantiene firme y sé que lo hace por mí.

Unos cinco minutos después, vemos a Fernández acercarse a nosotros. Ayer no lo vimos. Me consta que habló con Hugo, pero parece que fue el que gestionó el operativo para intentar localizar a Salazar. Tiene cara de cansado, de no haber dormido nada. Sé que hacen todo lo que pueden pero, cuando tu familia y tu vida están en peligro, ningún esfuerzo es suficiente. No hasta que los cojan y podamos respirar con tranquilidad.

—¡Hola! —nos saluda—. Acompañadme, por favor.

Lo seguimos por un pasillo hasta llegar a una sala con una mesa ovalada y unas cuantas sillas.

—Antes de empezar con todo el papeleo, ¿cómo estáis? —pregunta.

—No sé qué responderte —refunfuño. Sé que él no tiene la culpa, pero estoy enfadada y alguien tiene que pagar mi rabia—. Nos apuntaron con un arma, dispararon en casa de mis padres, donde estábamos todos, y supongo que no tenéis ni idea de dónde se encuentra ese cabrón. Que encima, si tengo oportunidad de verlo algún día, deberé agradecerle que nos perdonara la vida y no le volara los sesos a Víctor. Creo que la situación es surrealista y siento mucho si eres tú el que te llevas mi rapapolvo, pero tengo derecho a estar enfadada, preocupada y sobrepasada con la situación. Quiero respuestas, Fernández. Dime qué debo hacer para buscar el puñetero documento. Con quién debo hablar para que me explique todo lo que pasa, porque estoy convencida de que, entre estas paredes, hay mucha información que se nos ha omitido.

—Sé que estás enfadada y sobre todo preocupada. No hemos dejado de trabajar en toda la noche para encontrar y capturar a Salazar. A primera hora de la mañana, se ha activado la patrulla canina que rastrea la montaña. Toda la información de la que dispongo y la que puedo difundir os la cuento, pero ya os comenté que el tema es muy complejo. Hay muchos países detrás. No os

imagináis la red que hay montada. Nos llega la información a cuentagotas y la importante solo llega a las altas esferas —intenta aclarar Fernández.

—Tu padre es un jefazo, algo podrás hacer —le reclama Víctor.

—Siento no poder hacer nada más, de verdad. Prometo informar tal y como he hecho hasta ahora. Es lo único que puedo prometer —dice y pasa su mirada por cada uno de nosotros—. Sé que es una mierda volver a recordar lo que pasó ayer, pero necesito vuestras declaraciones.

Pasamos casi dos horas con el relato de lo sucedido. Intento recordar todas las palabras de Salazar. Empiezo a estar saturada y el cerebro no me da para mucho más. Quiero acabar con esto de una vez y regresar a la rutina. Cuando ya casi me doy por vencida, recuerdo un comentario al que no le presté demasiada atención y que ahora me parece curioso.

—Ahora que me acuerdo, Salazar, antes de cortar la comunicación, me dijo: «Dile a tu amigo policía que deje de hacer el imbécil si no quiere tener un cadáver en su bonito país». No sé si son palabras textuales, pero su mensaje era muy similar —le aclaro a Fernández al que le ha cambiado el semblante—. ¿Qué quiso decir?

—No tengo ni idea —asegura, pero a mí no me engaña, algo oculta—, pero toda esta información nos será de gran ayuda.

—¿Y ahora qué? —le pregunta Hugo, inquieto—. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Nos encerramos en una cueva hasta que pase el peligro? ¿Nos exponemos a que nos maten? ¿Hacemos vida normal?

—Mantendremos y reforzaremos la vigilancia que había hasta ahora. Sé que es complicado, pero os pediría hacer la vida lo más normal posible, pero sin correr riesgos. Merche será la sombra de Andrea —dice, mirándose—. Ya os conocéis y será más cómodo para todo el mundo.

—¿Va a tener que volver a limpiar mis baños? —ironizo. Tantos años con una mujer que ayudaba en casa y resulta que era policía. Manda narices.

Fernández no tiene ocasión de contestar cuando la puerta se abre y alguien reclama su presencia. Se despide de nosotros y promete mantenernos actualizados sobre cualquier novedad.

—¿Qué pensáis de todo esto? —nos pregunta Hugo.

—Hay muchas cosas que no nos cuentan, por supuesto. Pero hay algo raro —comenta Víctor.

—¿Os habéis fijado en la cara de Fernández cuando he comentado el mensaje de Salazar?

—Está claro que lo ha entendido, aunque se haya hecho el tonto —asegura mi hermano.

—¡Andrea! —oigo que me llaman. Al girarme, me encuentro con Merche—. Siento mucho si esta situación te incomoda. Intentaré pasar lo más desapercibida posible.

—No te preocupes. Es parte de tu trabajo. Lo importante es que todo vaya bien y no le pase nada a nadie.

—Cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamarme y en dos segundos estaré ahí —promete—. Sí que te agradecería que me mantuvieras informada de tus movimientos. Un simple mensaje de hacia dónde vas estará bien.

—No hay problema. Te informaré. Hoy pasaré el día en casa de mis padres y mañana intentaremos recuperar la rutina de nuevo —le explico. Una vez aclarada la situación, nos despedimos.

Víctor nos deja en casa de mis padres y promete regresar después de darse una ducha y

asegurarse de que todo está en orden.

El coche que nos ha seguido, con Merche y otro chico dentro, se queda aparcado en el camino de entrada a la propiedad de mis padres, donde ya hay otro más.

Todos estamos más tranquilos o, por lo menos, lo intentamos. La charla en la comida ha sido amena y hemos hablado un poco de todo sin tocar el tema peliagudo. Al final, realizamos la rutina habitual de nuestras reuniones. Mi padre, en su sillón donde hace que lee mientras dormita un poco. Mi madre, con sus quehaceres en la cocina; es imposible conseguir que se relaje ni un momento. Sé que, a pesar del disgusto y la preocupación que tiene por dentro, está encantada de tenernos a todos por casa. Daniela y Malcom han desaparecido, Hugo y Aura están con un juego de mesa y se reprochan mutuamente las trampas que hace el otro. Guille y Camila aprovechan la tranquilidad de su familia para hacerse carantoñas; Júnior está en su mundo con los ordenadores, y el pequeño Leo duerme. Jordi, Víctor y yo hemos escogido una esquina de la mesa para desplegar nuestras habilidades con los rompecabezas. Toda esa tranquilidad se ve interrumpida por una exclamación de mi cuñado en el piso de arriba.

—¡No me jodas!

El resto nos miramos con cara de curiosidad y, al recordar el posible motivo de esa sorpresa, sonrío. Estoy convencida de que todas las dudas que tenía mi hermana, ante la reacción de Malcom a su posible embarazo, eran totalmente infundadas. Mi cuñado estará encantado de aumentar la familia. De eso no tengo ninguna duda.

—¿Va todo bien por ahí arriba? —pregunta mi madre en el bajo de la escalera.

Oímos los pasos y pronto aparecen Daniela y Malcom con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Vamos a ser papás! —explica Malcom y nos enseña la prueba que lleva en la mano.

—¡Enhorabuena! —chillamos casi todos a la vez, aunque muchas ya sabíamos del posible embarazo.

Nos abrazamos y compartimos su dicha, por supuesto que sí. Se merecen todo lo bueno que les pase. Si algo tengo claro es que mi cuñado adora a mi hermana. Es el centro de su vida y van a ser muy felices juntos.

—¿Y, ahora, qué pasará con la adopción? —se interesa mi padre.

—Pues esperamos que ser padres biológicos no obstaculice el proceso. Idaly es nuestra niña y, en principio, llegará a casa antes que el bebé. Es lo único que me tiene preocupada —nos comenta mi hermana.

—Seguro que todo irá bien —asegura Malcom convencido y deja un beso en los labios de Daniela—. Estoy un poco acojonado, para qué voy a mentir.

Todos reímos ante su reacción. Si la llegada de la pequeña Idaly, con un añito de edad, ya iba a ser trabajo, no quiero imaginar añadir un recién nacido a la ecuación. Estoy convencida de que, aunque no todo será color de rosa, el amor que los une y la ilusión de empezar a formar una nueva familia les va a hacer disfrutar del camino.

Miro a mi cacahuete, que en cuatro meses cumplirá seis años, y me invade la nostalgia. Todavía recuerdo cuando me lo pusieron en el pecho por primera vez. Casi no se le veía y lloraba a pleno pulmón hasta que nuestras pieles tuvieron contacto y le susurré lo bonito que era. Esa conexión no se olvida. Nunca me planteé tener más hijos con Gerard. Él siempre se excusaba en la cantidad de trabajo que teníamos y me reprochaba que, como no quería dejar de trabajar y

dedicarme a mi familia, como había hecho su madre, no pensaba traer más hijos al mundo para que los criara otra persona. Sé que quería a su hijo. Nunca fue un hombre muy niño, si tenía tiempo jugaba con Jordi, aunque fuera poco al verse interrumpido por algún problema con el trabajo, o eso pensaba yo, vamos. Ahora ya tengo dudas de todo lo que pasaba en esa casa.

Sobre media tarde, decidimos dar por finalizada la jornada. Mañana empieza una nueva semana y, a pesar de todo, debemos volver a la rutina dentro de lo posible. Le envió un mensaje a Merche para informarle de que nos vamos y nos despedimos de la familia.

—Cariño, no hemos tenido ocasión de estar las dos solas un rato —dice mi madre, acunando mi cara con sus manos—. Sé que te culpas de todo lo que sucede, pero nadie, escúchame bien, nadie te culpa de nada. La mala suerte ha hecho que tropezaras con esa familia, pero esta pesadilla acabará. Deja de atormentarte, mi niña, y sé feliz. Ese hombre —señala con la cabeza a Víctor— te quiere y es un buen muchacho. Hace años ya me di cuenta de ello. Quizás no era el momento, las cosas pasan por algo. Pero estoy convencida de que ahora sí ha llegado. Aprovéchalo.

Mis ojos se humedecen y un enorme nudo invade mi garganta, impidiéndome emitir ningún sonido. Me abrazo a ella y la beso con todo mi corazón. Mi madre siempre ha sido el pilar de la familia, cualquier cosa que necesitabas, ahí estaba ella. Y sigue siendo así. Era raro que estuviera enfadada, bueno, mentira, no sé cómo tenía tanta paciencia para aguantar nuestras trastadas. Por separado éramos buenos, pero si nos juntábamos los cuatro, siempre había alguno que se inventaba una idea fantástica de esas que acaban mal, por supuesto. O castigados o lesionados. Mi madre es de esas mujeres que tiene buena mano derecha, es observadora y sabe cuándo toca hablar o callar. En la adolescencia, de vez en cuando, nos llamaba por separado, se sentaba con nosotros y nos daba la charla. Qué poco nos gustaban esas reuniones. Ahora, si echo la vista atrás, no os imagináis cómo valoro ese enorme trabajo que hizo con nosotros. No puedo ser más afortunada con la familia que me ha tocado.

Después de repartir besos y abrazos, cojo a mi pequeño de la mano y salimos para ir a nuestro piso.

—Mami, ¿podríamos invitar a Víctor a cenar? Le prometí que le enseñaría mi coche con mando —me pregunta Jordi.

—Deberías preguntarle a él si le apetece y puede venir —le contesto y miro a Víctor de reojo.

—¿Puedes? ¿Puedes? Porfaaaa —le pide mientras salta y pone las manos a modo de súplica.

—Depende de lo que haya para cenar —contesta. Mi cacahuete deja de saltar y me mira con el ceño fruncido.

—Podemos hacer macarrones. O verduritas con carne o sopa...

—Macarrones —me dicen los dos a la vez y chocan sus manos.

Y así acabamos los tres en mi piso. Jordi encantado de poder enseñarle todas sus cosas a Víctor y este aguantando de forma estoica todo el chaparrón.

—¿Es siempre así de activo? —Se coloca detrás de mí y rodea mi cintura con sus brazos a la vez que deja un beso en mi cuello que me hace estremecer.

—Es movido, pero hoy está más nervioso de lo habitual. Entre todo el dulce que ha comido en casa de mis padres y que tú estás aquí... A ver cómo consigo relajarlo después para irse a dormir.

Mi inquietud se esfuma tan pronto como le digo que hay que ir a dormir y, ante mi sorpresa, no se queja. Lo único que pide es que Víctor le lea un cuento. Por supuesto, este no se niega. Los observo desde la puerta y no puedo evitar emocionarme al ver la complicidad que se ha creado entre ellos. Podrían pasar por padre e hijo sin ningún problema. ¿Será una señal de que ha llegado el momento de lanzarme y ser feliz como me ha pedido mi madre? ¿Por qué no...?

Capítulo 40

Víctor

Cuando me doy cuenta de que se ha dormido, lo arropo y dejo el libro en la mesita. Es increíble que una cosa tan pequeña tenga tanta vitalidad, yo estoy destrozado. Al girarme, una preciosa morena de grandes ojos grises me espera apoyada en el marco de la puerta.

—Pensé que tardarías más —susurra al acercarme a ella. Salimos de la habitación y cerramos la puerta.

—Qué poca fe tienes en mí —le digo y rodeo su cintura con mis brazos.

—Bueno, la verdad es que no conocía esta faceta tuya. —Acerca sus labios a los míos y me besa.

—Soy una caja de sorpresas, nena. —Sonrío pegado a ella. Su olor me envuelve y las ganas se apoderan de mi cuerpo.

—Hoy he sido una niña buena, quizás podrías enseñarme una de esas sorpresas.

—Eso está hecho —le digo mientras pongo mis manos en su trasero y la elevo para que enrede sus piernas en mi cintura—. Lo primero que haremos será deshacernos de toda esta ropa que nos sobra.

—¡Umm, suena muy bien! —ronronea.

Abro la puerta de su dormitorio y nos adentramos en la oscuridad de este. Andrea desenrosca sus piernas y se pone de pie. Se separa de mí, se acerca a un chifonier y enciende varias velas, todo bajo mi atenta mirada. El parpadeo de la luz invade la habitación, dándole un aspecto de lo más romántico, e ilumina a Andrea, haciéndola parecer un ángel. Es preciosa y yo, muy afortunado.

Se acerca a mí y sus manos se deshacen de mi camiseta, dejándola caer al suelo. Aprovecho su cercanía para hacer el mismo proceso con la suya. Las ganas me impiden ir con calma y también me deshago del sujetador. Mis manos abarcan sus pechos y paso mis pulgares por sus pezones, que se endurecen al momento. La oigo jadear y mi miembro se acaba de endurecer. Paseo los dedos por sus costados y, al llegar a la cinturilla de las mallas que lleva, se las arrastro con ropa interior incluida. Andrea se ayuda con los pies para acabar de quitarse la ropa mientras sus manos se apresuran a desabrocharme el pantalón. La ayudo y, una vez nos quedamos desnudos, nuestros cuerpos se buscan y nos besamos descargando todas las ganas que nos tenemos. La acerco a la cama y nos dejamos caer. Mi boca la recorre de forma descendiente. Me recreo en sus pechos, sus pezones, que muerdo y alivio cuando soplo en ellos.

—¡Oh, sí! —la oigo gemir.

—Eres deliciosa, nena.

Su mano empuja mi cabeza haciéndome saber lo que quiere y no la hago esperar. Saboreo todo su cuerpo como si fuera el mejor manjar del mundo, lo que es para mí. Le arranco un orgasmo. Disfruto al ver cómo se arquea, reprime un chillido, arruga las sábanas y todo su cuerpo tiembla de placer.

Cuando se relaja, subo y la beso, demostrándole lo que me gusta verla disfrutar. Sus manos no tardan en alcanzar mi miembro y, al pasearse arriba y abajo, debo apretar la mandíbula para controlarme. Son tantas las ganas que tengo de ella que no tardaré en correrme. Tan concentrado estoy en no vaciarme en su mano que casi no soy consciente de que me empuja para que me coloque de espaldas y se posiciona a horcajadas sobre mi cuerpo.

—Ahora me toca a mí —susurra y su sexual mirada hace que mi miembro dé un brinco.

—Soy todo tuyo, nena.

Se agacha y alcanza mi boca. Pasea sus labios por los míos antes de besarme y que nuestras lenguas se disfruten. Cuando se da por saciada, vuelve a incorporarse y arrastra sus uñas por mi pecho, erizándome la piel. Mi miembro palpita y tengo que apretar los dientes para evitar correrme solo con observarla encima de mí.

Coloca mi sexo en su entrada y se deja caer, envolviéndome. Su calor, sentir cómo la lleno y observar cómo su cuerpo me cabalga me vuelven loco.

—¡Joder, nena! —siseo.

—No tardaré en correrme —me dice con los ojos cerrados y buscando su propio placer.

Soy incapaz de resistirme, quiero explotar con ella, así que rodeo su cintura con mi brazo y la pongo debajo para entrar y salir con más fuerza. Aunque intentamos reprimirnos, nuestros jadeos y gemidos resuenan en toda la habitación. Noto que su cuerpo se tensa y mis movimientos se aceleran. La acompaño en su orgasmo, me vacío dentro de ella y siento cómo tiembla.

No dejo de besarla mientras nuestras respiraciones se ralentizan. Con ella siempre fue así, una explosión de energía cuando mi cuerpo entra en contacto con el suyo. Nada que ver con el sexo por placer. Mi ser y mi alma la reconocen y todo se vuelve único, especial.

—Te quiero, *Conguito* —le digo, dándole un golpecito con el dedo en su nariz.

—No me llames así —contesta enfurruñada.

—¿Prefieres princesa, *solete*, reina...? —Sé que no le gustan los diminutivos y aprovecho para burlarme de ella.

—Muy gracioso —replica y me clava su dedo en mi costado.

—No hagas eso —me quejo e intento retener sus manos para que no lo repita. Me conoce y sabe que es una cosa que odio.

—Si no qué... —me reta y lo vuelve a hacer.

Acerco mi cara a su pecho y le muerdo el pezón.

—¡Auch! —se queja. Y yo lo alivio con un beso.

Me da un manotazo y se levanta para apagar las velas. Cuando regresa a la cama, tiro de ella y la abrazo a mi cuerpo. Andrea pone su cabeza en mi pecho y me acaricia el torso con sus dedos.

—¿Te quedas a dormir? —pregunta de forma tímida.

—Por mí no hay problema. Mañana madrugo y voy a cambiarme a casa. Así tampoco corremos el riesgo de que Jordi me vea aquí.

—Le gustas. A Jordi, digo.

—Él también me gusta a mí. Es un gran chico y tiene una madre estupenda que está muy buena. —Me da otro manotazo en el pecho y yo me río.

—Gracias por ser tan bueno —contesta, acompañado de un bostezo.

—No me des las gracias por quererte. Solo déjame ser feliz a tu lado.

No obtengo respuesta, solo su respiración pausada y tranquila. Nos tapo con la sábana para que no coger frío y conecto la alarma de un despertador que hay en la mesita, una hora antes de lo que marcaba. La abrazo de nuevo, acerco mi nariz a su pelo y la huelo. Es mi vida, siempre ha sido ella. Ahora estoy convencido de que puedo tener una vida con ella.



La besé, ronroneó, dio media vuelta y se volvió a tapar. Le dejé una nota en la nevera cuando salí de su casa. Era una buena manera de empezar la semana y mi sonrisa así lo demostraba.

Saludé con la cabeza a Merche que estaba dentro de un vehículo muy cerca de la entrada. ¿Habría pasado ahí la noche? La verdad es que hacía un frío del carajo. Me monté en el coche y cogí rumbo a mi casa. Necesitaba una buena ducha, aunque no me importaba llevar impregnado el olor de Andrea en mi cuerpo.

Hoy tengo que cubrir una clase de la mañana. Al compañero le ha surgido un imprevisto, así que tuve que darme prisa. Cuando llego, Hugo ya está en el gimnasio. Al acabar la clase, me acerco a él que remueve papeles en su despacho con cara de agobio.

—Vas a desaparecer entre tanto papeleo —me burlo.

—Tú riéte. Si no encuentro el documento que necesito, este mes, no cobras. —Mi cara se pone seria y ahora es él quien ríe.

—Quizás deberías contratar a una persona que te ayude con los temas administrativos, aunque sean unas horas, o una gestora que te maneje los documentos —le expongo.

—Lo que necesito es una tía que me meta un buen meneo. Con toda esta mierda del tema de Gerard, llevo unos cuantos días de sequía. Soy incapaz de concentrarme en nada. Ni Lorena consigue ponerme cachondo —me explica afligido.

—Deberíamos hablar muy seriamente con Fernández, a ver qué mierda pasa. Vamos todos como pollo sin cabeza y en un estado de alerta constante. Esto no es vida. Al salir esta mañana de casa de Andrea, Merche hacía guardia en el coche.

—¡Vaya, tu *pajarito* sí que puede trabajar, mamonazo! —Alarga la mano para tocarme el miembro, me aparto y lo empujo.

—Nunca te he contado mis escauceos sexuales y ahora menos todavía.

—Calla, ni loco quiero saber tus intimidades con mi hermana. —Pone los ojos en blanco y se estremece.

—Jordi me pidió que me quedara a cenar y no me pude negar. Me enseñó todos sus juguetes y, al final, le tuve que leer un cuento para que se fuera a dormir —le explico con una sonrisa.

—Y cuando ya no pudiste jugar con el crío, lo hiciste con la madre.

—¡Joder, Hugo! Contigo nunca se puede hablar en serio —me quejo y le tiro un lápiz que hay encima de la mesa.

—¡Vale, lo siento! —Pero su cara no dice lo mismo, ya que se aguanta una carcajada.

Justo en ese momento, la puerta se abre de golpe y Fernández hace aparición. Viene agitado y su actitud nos pone en estado de alarma.

—¿Qué cojones pasa, Fernández? —se queja Hugo.

—Vamos a montar un operativo. Tenemos el documento. —Nos lo dice como si fuera a hacer una fiesta.

—¡Joder! Eso son buenas noticias, ¿no? —le pregunto. Miro a Hugo que achina los ojos mientras observa a Fernández.

—No es tan fácil, ¿verdad?

—Con esta gente nada es sencillo. Tienen un objetivo y lo van a cumplir caiga quien caiga.

—¿Por qué se supone que estás aquí? Todo esto es tema de la policía. Si ya tenéis el papelito de mierda, se lo dais, que se marchen del país y que nos dejen en paz de una puta vez —le dice Hugo.

—Necesitamos a Andrea.

—No —niego de forma categórica.

—Chicos, he venido aquí como colega, por la amistad que tenemos desde hace años. Quiero que estéis al tanto de todo lo que va a pasar y creedme si os digo que me ha costado sudor y lágrimas convencer a los jefazos —explica.

—Y te lo agradecemos. Pero ¿nos puedes garantizar la seguridad de mi hermana? —Hugo no lo deja contestar y continúa—: Yo te respondo: no. Andrea es una víctima de todo esto. Ella no tenía ni idea de todos los chanchullos de Gerard. No puedo permitir que le pase alguna cosa. Estoy seguro de que esta no es solo mi palabra, es la de la familia Guerrero y la de Víctor como su pareja que es.

—Estará protegida en todo momento y no tiene por qué pasar nada. Igualmente, como ya os he dicho, he venido en plan colega. La última palabra la tiene la propia Andrea, es la única que puede escoger.

—¡Joder, Fernández! —se queja mi amigo y golpea con la mano en la mesa.

—Lo siento, chicos.

Al verlo desaparecer por la puerta, lo primero que hago es coger el teléfono y marcar el número de Andrea. Comunica. Maldigo. Hugo y yo nos miramos y no tardamos en decidir qué hacer. Iremos al hotel. Mientras mi amigo conduce, decido llamar para que me pasen con Rosa. Estamos a punto de llegar cuando consigo hablar con ella.

—Rosa, soy Víctor. Necesito hablar con Andrea —le pido desesperado.

—Lo siento, Víctor, pero está reunida con la policía.

—¿Está sola? —Sé que entiende mi pregunta y que me refiero a la familia.

—El señor Guillermo está con ella.

—Gracias, Rosa. Ahora llegamos.

Dos minutos es lo que tarda Hugo en dejar el coche en medio del aparcamiento del hotel de los Guerrero y salimos a la carrera para evitar que Andrea cometa una locura. Omitimos las

súplicas de Rosa de no entrar e irrumpimos en el despacho. Hay dos hombres trajeados sentados delante de la mesa de Andrea y Guille de pie al lado de ella.

—Está bien, lo haré —dice Andrea.

—No puedes ponerte en riesgo de esa manera —me quejo. Nuestras miradas se encuentran y me sonrío de forma tímida.

—Necesito, necesitamos que todo esto acabe. Vivir tranquilos. Estaré protegida. Esa gente solo quiere el documento —nos explica, quitándole importancia al hecho—. ¿Verdad, caballeros?

—Todos estos dispositivos son peligrosos, no vamos a decir lo contrario, pero haremos todo lo que esté en nuestras manos para que todo vaya según lo previsto. Señora Guerrero, léase el documento que le hemos dejado y, si tiene cualquier duda, siempre puede llamarnos o, si se siente más cómoda, hablar con Fernández —asegura uno de los policías—. La esperamos mañana para acabar de perfilar todo.

Se levantan de las sillas y se despiden de nosotros con la cabeza para desaparecer del despacho.

El silencio invade la estancia. Cada uno se ha quedado inmerso en sus pensamientos. Los míos son contradictorios. Por un lado, quiero que esto se acabe de una vez; por el otro lado, la idea de poner en riesgo la vida de Andrea y que le pueda pasar algo, hace que mi corazón se encoja e incluso me cueste respirar. No puedo volver a perderla.

Capítulo 41

Andrea

No sé la de veces que he repasado la documentación que me dio la policía y cuanto más la leo, más dudas tengo. ¿Haré lo correcto? Ni mis hermanos ni Víctor están de acuerdo con mi decisión, pero necesito que todo esto acabe y, si la solución es esta, pues habrá que hacerlo. Estamos en la puerta del edificio de la policía, a punto de entrar en la reunión convocada.

—Parece sencillo —dice Víctor, devolviéndome los papeles.

—Sí, yo también lo pienso. Solo es quedar en un sitio, entregar el documento e irme. Del resto, se ocupa la policía.

—Con esta gente nada es lo que parece. A mí sigue sin gustarme la idea —se queja Hugo.

—Ya sé que no debo meterme, pero a mí esto no me huele bien —comenta Malcom—. Es todo demasiado sospechoso.

—Chicos, por favor. Ya estoy yo muy nerviosa para que, encima, vosotros me acechéis con vuestras elucubraciones.

—Estamos preocupados por ti. No puedes culparnos por eso —asegura Víctor.

—Lo sé, pero hasta que no cerremos este tema, no podremos continuar adelante —les digo—. Tenemos claro que, de todo esto, no les diremos nada ni a los papás ni a Daniela, ¿verdad? No quiero que ellos estén inquietos y tengamos que lamentar nada.

—Tranquila, no se enterarán —confirma Hugo.

—Está bien, vamos a ver qué nos cuenta esta gente. —Suspiro, cojo aire y me adentro en el edificio administrativo de la policía.

No voy sola, es la exigencia que puso mi familia, ellos querían estar enterados del funcionamiento del dispositivo y del riesgo que puedo correr. Me acompañan Hugo y Víctor. Nos despedimos de Guille y Malcom, que han venido hasta aquí y quedamos en que, tan pronto salgamos, los avisaremos para explicarles todo.

Entramos y preguntamos por Fernández. No tarda en aparecer. Su semblante es serio, hace días que nuestro amigo no es el mismo, aquel hombre dicharachero que siempre solía hacer bromas ha desaparecido. Es muy posible que tenga las mismas ganas que yo de que todo esto acabe.

—Bienvenidos. Os llevaré a la sala de reuniones —indica. Y sin dejarnos saludar, emprende el paso.

Lo seguimos sin decir ni una palabra. Estoy tan nerviosa que no tengo claro que vaya a poder hablar. La mano de Víctor se une a la mía y entrelaza nuestros dedos. Su calor y saber que está

aquí, apoyándome y dándome ánimos, me relaja un poco. Nos miramos y una tímida sonrisa asoma en nuestros rostros. Por mucho que quiera disimular, sé que él también está nervioso, pero no se imagina cómo agradezco que intente mantener la compostura y me ayude a afrontar esta locura.

Estoy tan metida en mis sentimientos que no me doy cuenta de que Fernández ha frenado su paso y tropiezo con su espalda.

—Lo siento —me disculpo. Lo miro y frunzo el ceño. Está nervioso, hay algo que le inquieta—. ¿Pasa algo?

—Lo siento —nos dice cabizbajo—. Cuando entréis ahí y os expliquen todo, es posible que queráis arrancarme la cabeza. No pude hacer nada para evitarlo. Ya sabéis que yo aquí no pinto nada y debo seguir órdenes de los de arriba. Ojalá algún día podáis perdonarme.

Abre la puerta que tenemos delante y nos da acceso con la mano. Mi hermano, Víctor y yo nos miramos sin entender muy bien a qué se refiere Fernández.

La sala es grande, debe de tener una capacidad para unas veinte personas y no somos muchas menos. Solo reconozco a los dos hombres que estuvieron ayer en mi despacho, a Merche y a Fernández. Agradecen que hayamos ido y nos ofrecen asiento. Nos advierten de que algunas de las imágenes que saldrán pueden herir nuestra sensibilidad y, sin más florituras, se ponen manos a la obra.

Asimilar todo lo que se dice en esta sala es lo más complicado que he hecho en mi vida. Desconecto en varias ocasiones, sobre todo al ver pasar varias fotografías que van adjuntas a la presentación. Hay muchos implicados, entre ellos Gerard, claro. Verlo de nuevo, aunque sea en instantánea, hace que un escalofrío recorra mi cuerpo. Casi me había olvidado de esa sonrisa de conquistador que tenía y de su gran carisma. Ese que me arrastró a su mundo, uno lleno de mentiras donde nada era lo que parecía.

—La presión internacional nos lleva a proceder con el operativo. Después de dieciocho días, ya no podemos retener más la entrega del contrato. Se están poniendo nerviosos —dice uno de los hombres que estuvieron en el hotel.

—Perdón —lo interrumpo—. ¿Cómo ha dicho?

—Que ya están nerviosos...

—No. Lo que ha comentado del contrato.

—Que el contrato lleva mucho tiempo en nuestro poder...

Oír eso hace que un calor suba por mi cuerpo y la rabia se haga presente.

—O sea, ¿que llevo un montón de días preocupada y volviéndome loca para encontrar el dichoso documento y me dice que ya lo tenían ustedes? —le pregunto, pero mi mirada se centra en Fernández. Ahora, sus palabras cobran sentido. Noto la tensión de Hugo y Víctor que se encuentran a mi lado.

—Sabemos que es complicado asimilar tanta información pero, como pueden entender, para que podamos cerrar el caso con éxito, hay datos que no se pueden desvelar o todo se iría al traste.

—¿Dónde lo han encontrado? —Estoy tan enfadada que mis palabras han sonado muy bordes y mi tono de voz inadecuado, pero me importa bien poco.

A pesar de entender que la policía hace su trabajo y que este caso es importante por la cantidad de gente implicada, no puedo evitar sentirme engañada.

—En casa de la señorita Ágata Tormo.

Vaya, resulta que la secretaria era más importante de lo que parecía. Demasiada información que asimilar, esto es surrealista.

—O sea, que han tenido el documento en su poder desde casi el principio. Además, ya conocían el lado oscuro de Gerard desde hace tiempo, Merche lo vigilaba —asegura mi hermano. Nadie contesta, pero afirman con la cabeza—. ¿Y ahora pretenden que exponga a mi hermana para entregar un documento a un chiflado que nos pudo haber matado el otro día?

—Es la petición de...

—Me importa una mierda. Ya pueden buscar otro plan porque Andrea no se va a exponer a sus juegos —se queja Hugo con un tono de voz elevado y moviéndose inquieto en la silla.

—Hugo, por favor —le pido para que se calme—. Si quieren que colabore, no quiero que se me oculte ninguna información más.

—Le dejaremos leer el expediente, aunque hay datos que no podemos desvelar. Le recuerdo que el caso es a nivel internacional. Toda esta gente que ve aquí —dice mientras señala la diapositiva donde salen varios rostros— son delincuentes peligrosos, buscados en varios países, ya sea por su relación con la prostitución o el tráfico de drogas o armas.

—Lo comprendo. Pero ustedes deben entender que la que se expone soy yo y no lo pienso hacer si voy a ciegas.

—Por eso se encuentran en esta sala, para recibir la información necesaria y que el operativo sea todo un éxito. Acabemos con la reunión e intentaremos resolver todas las dudas que le surjan.

Presto toda la atención que mi abotargada cabeza me permite e intento quedarme con la información más importante. Cojo un papel blanco y un bolígrafo de los que hay encima de la mesa y me hago una lista con la información que me parece más trascendental:

- *Gerard llevaba implicado desde hace cuatro años.*
- *Justo por esa época compró el piso de Barcelona.*
- *Utilizaba el despacho de arquitectura para blanquear dinero.*
- *Era socio de Jeremías Cruz, importante narcotraficante mejicano.*
- *Ágata Tormo había sido la mujer de Jeremías Cruz (no llegaron a casarse).*
- *Salazar es la mano derecha del narcotraficante.*
- *El principal sospechoso de su asesinato es Jeremías Cruz. Posible ajuste de cuentas.*

Justo cuando el policía al cargo de la reunión hace este comentario, levanto la vista y la imagen que sale expuesta en la presentación hace que el cuerpo se me estremezca y la bilis de mi cuerpo me invada la garganta. Me llevo la mano a la boca en un acto reflejo para evitar que nada

salga por esta e intento calmar la respiración.

La instantánea muestra una foto de Gerard, en este caso, fallecido. Su cuerpo yace medio tirado en un sofá, como si antes del suceso estuviera sentado. Está desnudo de cintura para arriba y aunque lleva el pantalón, este y el cinturón están desabrochados. En la sien, se puede apreciar el motivo de su muerte: un disparo, y donde su cabeza está apoyada, el color azul del sofá está tintado con el de su sangre.

—Nena, ¿estás bien? —me susurra la voz preocupada de Víctor. Asiento con la cabeza e intento mantener la compostura—. ¿Quieres salir a que te dé el aire?

—No hace falta. Solo quiero que todo esto acabe de una maldita vez.

Víctor me mira con cariño, pero no insiste. Deja un beso en mi sien y volvemos a prestar atención a la charla de la policía.

—... es un hombre que no tiene ningún miramiento. Es muy peligroso y le da igual a quién tenga que llevarse por delante para conseguir su objetivo. Así lo hizo con su socio y con su exmujer —explica uno de los hombres trajeados.

En ese momento, hace aparición la foto de Ágata Tormo, completamente desnuda, aunque en la imagen sus partes íntimas salen pixeladas. Parece que con ella han sido más sádicos. Está atada a una cama, su cuello presenta marcas de estrangulamiento y, por lo que han comentado, ha sido violada en varias ocasiones para después escribir en su pecho la palabra «traidora» y meterle dos tiros en la cabeza. Es imposible no desviar la mirada o cerrar los ojos ante semejante atrocidad.

Por la información que ha recabado la policía, Jeremías Cruz envió a Ágata Tormo para que trabajara y mantuviera vigilado a Gerard. Parece que no se fiaba mucho de él, aunque el plan no funcionó como Cruz pensó y la secretaria acabó enamorada de mi marido y disfrutando con él de esas fiestas y orgías por todo lo alto. No queda claro si Gerard sabía que ella era de Cruz, pues así lo pensaba él, o si realmente le gustaba tanto el riesgo que, aunque era consciente de que la señorita Tormo era prohibida, quiso arriesgarse. Debía ser todo un portento de mujer para jugarse la vida por ella.

La explicación del policía continúa, pero yo sigo dándole vueltas al lío de faldas de mi difunto marido. Sé que no serviría de nada, pero no os imagináis lo que daría por tenerlo delante de mí y poder pedirle explicaciones a las millones de preguntas que rondan por mi cabeza. Sobre todo una de ellas: ¿por qué yo?

Mi mente regresa a la sala, donde parece que la presentación ha terminado y, aunque todos se mantienen sentados, ya no hay silencio y comparten charlas en varios grupos.

—Andrea. —Me giro al oír que mi hermano me llama—. Vamos a salir de esta sala, aunque sea dos minutos.

—¿Todavía no se ha acabado? —pregunto despistada.

—Ahora explicarán la parte del operativo. —Resuelve mi duda Víctor.

Nos levantamos y abandonamos la estancia. No hay tiempo de salir a la calle, así que nos quedamos al fondo del pasillo.

—*Conguito*, ¿estás segura de querer hacer esto? —me pregunta Hugo y enmarca mi cara para que lo mire.

—Ya no estoy segura de nada, pero debo hacerlo.

—Creo que mi mente nunca hubiera imaginado nada de todo esto relacionado con Gerard — comenta Víctor.

—La verdad es que es de lo más surrealista. Con la de veces que hemos comido juntos o compartido fiestas y reuniones familiares. Menudo cabrón —asegura mi hermano.

Fernández nos informa, desde la puerta, que la reunión continúa. No se atreve a acercarse y hace bien. Supongo que, cuando analice todo de forma fría, podré entender su forma de actuar pero, ahora mismo, con todo lo que he visto y oído, más le vale no dirigirse a mí.

Nos sentamos en el mismo sitio y, en esta ocasión, es Fernández quien empieza la charla. Al parecer, será él quien coordine la operación y, aunque no haya hecho las cosas como a mí me hubiera gustado, me quedo tranquila y sé que estoy en buenas manos, a pesar del riesgo de que algo pueda salir mal.

Capítulo 42

Víctor

Mañana es el gran día, si se le puede llamar así. A pesar de que la operación es sencilla, todos estamos muy nerviosos.

Andrea se puso en contacto con Salazar para informarle de que ya había encontrado el contrato. Este se echó a reír, haciéndole saber que estaba enterado de quién tenía el dichoso documento. El sonido de su risa burlona me puso la piel de gallina y cada vez que lo pienso, más descabellado y peligroso me parece este operativo. El delincuente va a hacer todo lo posible por no ser capturado y, si se tiene que llevar por delante la vida de Andrea, lo hará sin pestañear.

—Víctor, hijo. Es la tercera vez que mueves el mismo saco. ¿Estás bien? —pregunta mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—Está enamorado, Flora —se burla Jimena, y las dos se echan a reír.

Ellas no tienen ni idea del lío de Andrea; bueno, mi madre sabe la parte que le explica Manuela, aunque ella tampoco tiene toda la información. Los hermanos Guerrero han decidido no explicarles nada ni a sus padres ni a Daniela para no preocuparlos.

—Vosotras burlaos, ya llegará mi venganza.

—¡Uhhh, mira cómo tiemblo! —dice Jimena, enseñándome las manos en señal de miedo.

—Será posible... —me quejo y cojo el pulverizador que está lleno de agua.

—Ni se te ocurra —me pide—. Flora, dígale algo.

—¡Ay, muchacha! Tú solita te has metido en el lío.

Al ver que mi madre no va a ayudarla, Jimena intenta esquivarme y corre hacia un lado de la tienda. La persigo. No pienso dejarla inmune. Ella chilla, yo me río y mi madre nos regaña porque vamos a tirar algo o nos haremos daño. Al final, logro pillarla, con un brazo la retengo y la rocío de agua. Intento mojarle la cara y, a pesar de que ella intenta evitarlo, lo consigo en varias ocasiones.

La suelto entre risas y ella eleva la cara para intentar secarse con la manga de su jersey. Su rostro cambia al mirar por encima de mi hombro y se pone seria. Me giro, y Hugo, Andrea y el pequeño Jordi nos observan. Estábamos tan entretenidos que no hemos oído la campanilla de la puerta. Mi amigo está serio, como enfadado, y su mirada está centrada en Jimena. Andrea me observa a mí e intenta sonreír, aunque es más una mueca, y Jordi tiene una enorme sonrisa en su rostro que demuestra que, sin duda, se apuntaría a la guerra.

—¡Hola! No os esperábamos —les digo. Es absurdo, pero la situación es incómoda.

—Bonita forma de trabajar —reclama Hugo.

Nadie dice nada más y Jimena se aleja de nosotros para entrar en el baño.

—¿Hacíais una guerra de agua? —pregunta Jordi.

—Así es. Y he ganado yo. —Me arrodillo a su lado y elevo mi mano para que la choque.

—Mola —contesta con cara de felicidad. Le revuelvo el pelo y me incorporo.

—¿Qué os trae por aquí?

—Veníamos a buscarte para ir a tomar algo, pero ya veo que estás muy ocupado —me reprocha mi amigo.

—Solo ejecutaba una venganza, nada más —le reclamo. No me gustan sus reproches ni su tono de voz.

Creo que a estas alturas es absurdo que insinúe cualquier cosa donde haya implicada una mujer que no sea Andrea. Desvío mi mirada hacia ella y noto que se ha relajado. Pero ¿a estos dos qué les pasa? Jimena es una chica fantástica, hemos congeniado a la perfección y es como una hermana. A pesar de lo poco que conozco de ella, sin duda, es una mujer fuerte, simpática y trabajadora. Pero de ahí a pensar que estamos liados o algo semejante es de lo más absurdo.

—Si todavía sigue en pie la invitación, me apunto —aclaro.

—Mami, ¿yo puedo quedarme con Jimena?

—Cacahuete, Jimena está trabajando.

—Por mí no hay problema —asegura esta, que ha salido del baño y se acerca a nosotros.

—*Porfi, porfi* —le suplica el pequeño, que da saltitos y pone las manos a modo de ruego.

Andrea mira a mi madre y esta asiente con la cabeza y le sonrío.

—Está bien. Como Flora o Jimena me digan que te has portado mal o no has hecho caso, te voy a castigar. ¿Queda claro?

—*Clarísimo*.

Todos nos reímos ante el comentario del pequeño que ha conseguido relajar el ambiente. Les pregunto a mi madre y a Jimena si quieren alguna cosa y, ante su negativa, Hugo, Andrea y yo nos dirigimos a la cafetería. Cuando estamos lejos de la vista de Jordi, rodeo con mi brazo los hombros de Andrea y, cuando me mira, dejo un beso en sus labios. Me encantaría profundizarlo, pero estamos en medio de la calle y a pesar de que a mí me importa una mierda lo que diga la gente, sé que a ella no le hace gracia ir de boca en boca.

Pedimos las consumiciones y nos sentamos.

—¿Cómo van los nervios? —indago y le cojo la mano por debajo de la mesa.

—Intento no pensar mucho en ello —contesta y entrelaza nuestros dedos.

Miro a Hugo que está demasiado callado. Tiene la mirada perdida en un punto fijo. Le doy un toque con mi pie al suyo para llamar su atención.

—¿Estás bien? —pregunto cuando se centra en mí.

—Preocupado. No me gusta nada todo esto. El Salazar este no es tonto, sabe perfectamente que el documento lo tenía la policía y sabrá que mi hermana llevará un micro y un localizador —explica.

—Es verdad, pero no creo que se quiera meter en un lío. Solo quieren el documento, lo más lógico es que Andrea se lo dé y él desaparezca —expongo para sacarle hierro al asunto. Yo

tampoco las tengo todas conmigo.

—El problema es que tiene que salir del país...

—Por favor, ¿podemos dejar el tema? —nos pide Andrea—. Necesito centrarme en otra cosa o me volveré loca.

Le hacemos caso y nos enfrascamos en varias charlas. Desde el viaje que le quieren organizar a sus padres para su aniversario de boda hasta cómo le ha ido la temporada a Hugo con las motos de nieve.

Después de casi una hora, decidimos volver a la floristería, ya se hace tarde y mañana Jordi tiene que ir al colegio. Mi madre está en el mostrador y repasa unos papeles, levanta la cabeza y nos sonrío.

—Jimena y Jordi están en la parte de atrás —informa al ver que Andrea lo busca con la mirada.

Nos acercamos allí, mientras Hugo se queda de charla con mi madre. A medida que nos aproximamos, oímos sus voces.

—Pues yo no tengo papá. Está en el cielo con Flopy, mi pez.

Las palabras de Jordi nos frenan y nos mantenemos en silencio.

—Lo siento mucho, cielo.

—La verdad es que lo echo de menos, pero no mucho. —Andrea y yo nos miramos y a ella le resbala una lágrima por la mejilla. Se la limpio con cariño.

—¿Y eso te pone triste? —indaga Jimena.

—Solo a veces. Siempre tenía mucho trabajo y casi no jugaba conmigo.

—Los adultos, a veces, somos un rollo.

—No todos. Tú molas y el tío Hugo también. Él sí que juega mucho conmigo. —Se queda callado un momento y vuelve a preguntar—: ¿Tú sabes si se pueden tener varios papás?

—Papá solo se tiene uno —le aclara Jimena—, pero, en ocasiones, hay personas que forman parte de tu vida y pueden parecerse a un papá.

—Sí, yo también lo pienso. Estaría guay encontrar uno para mí. ¿Crees que a Víctor le importaría parecerse a un papá?

Un nudo se instala en mi garganta y el corazón se me acelera ante la pregunta de Jordi. Una explosión de sentimientos me invade. Nada me haría más ilusión que formar parte de la vida de Andrea y Jordi. Así que escuchar esas palabras del pequeño me hacen muy feliz. La mano de Andrea se aferra a la mía y me mira con cariño. Intento sonreír, pero estoy tan nervioso que me sale una mueca.

—Yo creo que no le importaría, pero eso se lo tienes que preguntar a él. Aunque antes estaría bien que se lo dijeras primero a tu mamá.

—Por eso no hay problema. ¿Te cuento un secreto? —dice Jordi y continúa sin dejar contestar a Jimena—: Ellos no me lo han dicho, pero yo sé que son novios. El otro día vi cómo se daban un beso en la boca.

Jimena abre mucho los ojos, haciéndose la sorprendida y el pequeño se tapa la boca con la mano como si hubiera desvelado un gran hallazgo. Andrea reprime una carcajada mientras las lágrimas descienden por sus mejillas. Yo cierro los ojos y frunzo los morros al verme descubierto.

Mira que intentamos tener cuidado, pero a estos pequeños no se les escapa nada.

—¿Estabas espiando? —se interesa Jimena.

—No. Solo quería agua, me acerqué a la cocina y los vi.

Decido que es hora de intervenir, demasiada información para asimilar.

—¿Qué viste? —le pregunto, sorprendiéndolos.

—Nada —se apresura a decir el pequeño.

—Jordi me explicaba todo lo que hacía en el cole —miente Jimena.

—Muy bien, campeón. Es tarde, así que despídete, que mami te espera fuera.

—¡Jo, todavía no hemos acabado! —se queja.

—Otro día vuelves a venir.

Lo cojo por el pecho y las piernas, lo acerco a Jimena para que le dé un beso y me lo llevo volando. Jordi se ríe y estira los brazos como si fuera Superman. Damos una vuelta por la tienda y acabamos en el mostrador, donde lo siento delante de Hugo.

—¿Te has portado bien? —le pregunta su tío.

—Claro. He ayudado a Jimena y casi, casi, ya sé hacer un ramo. Aunque tengo que coger más fuerzas para cortar las ramas, son muy duras.

—Se llaman tallos —le aclara mi madre—. Has sido un gran ayudante, te mereces un premio.

Le acerca varios caramelos y una chokolatina. Jordi, antes de cogerlo, mira a su madre y cuando esta asiente con la cabeza, abre las manos para hacerse con el botín y le da las gracias a mi madre.

—Despídete, que nos vamos. Mañana hay cole y tenemos que madrugar.

—Yo ya sé muchas cosas, no entiendo por qué tengo que ir al cole —se queja el pequeño y frunce el ceño, ofendido.

—Para saber muchas más. Tira, anda... —comenta Hugo que lo baja del mostrador y le da una suave patada en el culo para que se despida.

Mientras Jordi besa a mi madre y a Jimena, aprovecho para acercarme a Andrea.

—Cuando acabe las clases me paso por tu casa, ¿vale?

—Perfecto, allí te espero. —Pasea su dedo por mi pecho y su lasciva mirada me deja cachondo perdido y con ganas de que llegue la hora de verla de nuevo.

Nos despedimos de los tres y quince minutos después lo hago yo de las chicas. Me toca trabajar.

Las dos primeras clases pasan rápido, ya solo me quedan dos más para irme. Mi mente está centrada en las ganas que tengo de estar con Andrea. De poder recrearme en mis caricias y no tener que reprimirme en mis actos.

—¿Puedo pasar? —pregunta Meri desde la puerta del despacho de Hugo donde me encuentro. Necesitaba unas rutinas.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Charlar contigo. Hace tiempo que no quedamos, me tienes abandonada —se queja.

Levanto la cabeza y me centro en ella. El conjunto deportivo que lleva hoy es bastante más

escueto de lo normal o eso me parece a mí. Meri es una mujer impresionante y ella lo sabe. Posee una gran habilidad para seducir y es complicado resistirse a sus encantos.

—Últimamente, estoy algo liado —me excuso.

Se acerca a la mesa y se sienta en ella, muy cerca de mí.

—Te echo de menos. Nadie me hace disfrutar tanto como tú.

Se muerde el labio inferior, acerca sus manos a mi cuerpo y las introduce por el interior de mi camiseta, rozándome la cintura del pantalón.

—Meri, eres una gran mujer, pero no voy a volver a tener sexo contigo —le aclaro y retiro sus manos de mi cuerpo—. Las cosas han cambiado.

—¿Otra mujer?

—Así es. Quiero empezar una relación seria con ella.

—Ya veo. Podríamos quedar esta noche para despedirnos. —No me da tiempo a frenar sus movimientos cuando se baja la cremallera del top y deja sus pechos al descubierto—. O podríamos hacerlo ahora.

—¿Podrías taparte, por favor? —le pido sin desviar la mirada de sus ojos—. Creo que he sido bastante claro contigo. Nos lo pasábamos bien, pero eso es pasado. No compliques las cosas y entiende que lo que teníamos, que solo era sexo, se acabó.

Su mirada, esa que hace un momento era provocadora y estaba llena de deseo, se ha vuelto turbia de golpe.

—¿Qué le ves a esa? Por muy Guerrero que sea, no me llega ni a la suela de los zapatos —dice de forma despectiva—. Volverás a mí y entonces seré yo quien te dé calabazas. Imbécil.

Se da media vuelta y sale del despacho. La cara de gilipollas que se me ha quedado lo debe de decir todo. Nunca le prometí nada y creía que las cosas estaban claras entre nosotros, pero parece que ella lo entendió de otra manera. Tengo que comentarle este incidente a Andrea, no quiero problemas y no me fío de Meri. Es capaz de hacer cualquier cosa para separarnos. Lo que necesitaba, otro frente abierto.

Capítulo 43

Andrea

Todavía no sé cómo las piernas me sujetan. Los nervios me comen por dentro y la presión que tengo en el pecho, desde ayer por la noche, no desaparece. Me fijo en Víctor y Hugo que observan cómo Merche coloca los dos micros y el localizador.

—¡Listo! —informa esta—. Sabemos que Salazar no es tonto, así que seguro que buscará un micro, encontrará el delantero. Esperemos que se dé por satisfecho.

El otro está ubicado en la espalda, encima de mi glúteo derecho y es el que utilizarán para hablarme por el pinganillo. El localizador en el botín, aparte de varias aplicaciones que llevo instaladas en el teléfono.

—Me quedo mucho más tranquila —ironizo.

—Sé que no es consuelo, pero hay mucha gente detrás de este dispositivo. Se juegan mucho, así que todo debería salir bien. —Asiento con la cabeza—. ¿Preparada?

—Qué remedio.

—Te espero abajo —dice Merche y me deja sola con mi hermano y Víctor.

Los miro y suspiro. Intento convencerme de que todo va a ir bien, que entregaré el puñetero contrato, volveré a casa y podré empezar mi nueva vida. Compartir mis días con el hombre que ahora mismo me mira con tanto cariño. Por prudencia, no hemos hablado del tema, pero me encantaría que se viniera a vivir con Jordi y conmigo.

—*Conguito* —me saca Hugo de mis pensamientos—, no te hagas la valiente. Le entregas el documento, te das la vuelta y vuelves a casa, ¿estamos?

—Así será. —Lo abrazo con fuerza y, antes de separarme, le susurro en el oído—: Si me pasa algo, prométeme que cuidarás de Jordi.

—No digas tonterías. No te va a pasar nada. A la tarde estarás aquí e iremos a buscarlo al colegio.

—Hugo, prométemelo —me mira con cariño y, resignado, asiente con la cabeza—. Te quiero, hermanito.

—Y yo a ti. —Deja un beso en mi mejilla y desvía la mirada hacia Víctor—: Tú no la enredes ni la pongas más nerviosa.

—Me portaré muy bien —le contesta y rodea mis hombros para acercarme a su cuerpo. Hugo resopla y pone los ojos en blanco antes de marcharse.

Cojo aire y lo dejo salir de forma lenta. Me coloco enfrente de Víctor y me abrazo a su cuerpo. Hundo mi cara en su cuello y aspiro su olor. Cierro los ojos y una lágrima traicionera

desciende por mi cara. ¿En qué pensaría cuando lo dejé por Gerard? Me duele tanto haberle hecho daño a este hombre tan maravilloso...

—Dime que me has perdonado —le pido y dejo un beso en su cuello antes de separarme para mirarlo a los ojos.

—No quiero pensar en el pasado. Ahora, solo me interesan el presente y el futuro y, en los dos, estáis Jordi y tú. Cuando todo esto acabe, podemos irnos de viaje, disfrutar de unos días solos sin la presión de todo lo sucedido.

—Me encantaría. —Me acerco a sus labios y los uno a los míos.

El beso empieza de forma suave hasta que nuestras lenguas se encuentran y se vuelve más pasional. Volcamos todos nuestros sentimientos en este acto, donde nos demostramos el anhelo y las ganas que tenemos el uno del otro. Ojalá tuviéramos más tiempo para disfrutarlos. A pesar de que ayer ya aprovechamos el momento y pasamos parte de la noche demostrándonos nuestro amor, me he vuelto adicta a Víctor y ya no concibo una vida sin él a mi lado; sin que sus manos recorran mi cuerpo con la adoración que lo hace; sin sus besos aquí y allí o sin esa mirada llena de amor con la que me deleita cada vez que penetra mi cuerpo.

—Creo que será mejor que paremos —dice, alejándose un poco y dejándome toda acalorada.

—Te quiero, Vic. Siempre lo hice y siempre lo haré.

—Yo también te quiero, nena. Ahora sí estoy convencido de que puedo tener una vida contigo.

Nos abrazamos y nos volvemos a besar antes de salir de mi piso. Sigo muy nerviosa, pero pensar que cuando entregue el documento a Salazar me espera una nueva vida, un nuevo comienzo, me hace sonreír.

≡≡≡

Pasan diez minutos de las tres de la tarde, hora que he quedado con Salazar. La zona es un céntrico aparcamiento de Andorra, cosa que me parece extraña y me alivia a la vez. Por lo menos, no es un descampado o una fábrica abandonada, como pasa en las películas, que es justamente lo que esto parece.

—Andrea, mantén la calma. Todo irá bien —me dice la voz de Fernández por el pinganillo.

Pensé que estaría más nerviosa o, incluso, que no sería capaz de hacerlo, pero tengo tantas ganas de que todo esto termine que he conseguido convencerme a mí misma de realizar este último esfuerzo. No le contesto, es lo que me han pedido, que solo lo haga en caso de peligro.

—Buenas tardes, querida Andrea. —Estaba tan metida en mis pensamientos que su voz me sobresalta. Se acerca a mí y me da dos besos. Antes de separarse, me susurra en el oído—: No hagas ninguna tontería y todo irá bien.

Asiento con la cabeza, pero no le digo nada. Soy incapaz de verbalizar palabra alguna, su sola presencia me da pavor. Me fijo en su atuendo, muy diferente de la primera vez que nos vimos en el despacho. En esta ocasión, lleva un pantalón tejano, botas negras y una chaqueta oscura con capucha. Se ha dejado bigote o es posible que sea postizo, no lo tengo claro, y lleva el pelo engominado hacia atrás. Seguramente, si me lo tropezara por la calle, no lo asociaría con Salazar.

—Queridos amigos, me voy a llevar a Andrea de paseo. Me cae bien la muchacha —habla

muy cerca de mi cuerpo, sabe que llevo el micro y se dirige a la policía.

—No hace falta. —Casi le suplico—. Aquí tienes el contrato que querías.

—Genial —dice con una sonrisa que a mí me parece maquiavélica. Coge el documento y lo guarda en una mochila que lleva a la espalda—, pero ahora vamos a celebrarlo. No tengas prisa, mujer. Lo pasaremos bien.

Un escalofrío me recorre la espalda y un sudor frío se apodera de mi cuerpo. No quiero irme con él ni celebrar nada, solo quiero volver con mi gente. Que Víctor me rodee con sus brazos y me haga sentir como en casa. Jugar, reír y sentir el pequeño cuerpo de mi cacahuete cuando se funde conmigo. Que me invada el olor a repostería que casi siempre envuelve la casa de mis padres, disfrutar de la picardía de Hugo, la serenidad de Guille y la dulzura de Daniela...

—Yo no... —intento resistirme.

—Vamos, Andrea. No seas mala y obedece. Nuestros amigos nos vigilan y yo te necesito para salir del país. ¿Verdad, muchachos?

Maldigo en mi interior por pensar que todo iba a ser sencillo a pesar de la reticencia de mi familia y de Víctor. Salazar me coge del brazo para hacerme caminar y, aunque me muero de ganas de resistirme, lo sigo. Salimos del aparcamiento y callejamos por la zona. El hecho de que todavía no me haya quitado el micro y que llevo el localizador me tranquiliza. Sé que va armado, que está acostumbrado a disparar y que no tendrá ningún problema en hacerlo si lo que tiene que salvar es su culo.

—Tranquila, Andrea. Os tenemos localizados. No pasará nada. —Intenta tranquilizarme Fernández.

Cuando ya hemos recorrido algunas calles, realiza un gesto brusco y me arrastra hacia un portal. No espero el movimiento y casi me caigo al tropezar con un escalón, pero Salazar es más hábil y evita mi caída. Me empotra contra una pared, pone su cuerpo delante del mío, cubriéndome, y así parecer que somos una pareja que se proporciona arrumacos. Me tapa la boca y yo abro mucho los ojos por la sorpresa del acto.

—Empieza el juego, preciosa —susurra en mi oído.

Su mano libre se posa en el centro de mi chaqueta y juega con la cremallera. Está claro que busca el micro y, como imaginó Merche, sabía dónde encontrarlo. El miedo recorre mi cuerpo y empieza a faltarme el aire. Además, que sus sucias manos se paseen por mi cuerpo, me provoca arcadas. Abre la chaqueta hasta medio cuerpo y se introduce en el interior de mi camiseta. Lo localiza después de entretenerse demasiado por mis pechos. Emito un gruñido cuando veo que lo retira y sonrío satisfecho.

—Es una pena que no tenga tiempo para recrearme contigo. No sé por qué el cabrón de Pons aprovechaba para follarse a tantas mujeres si tenía a una hembra como tú en casa —dice muy bajito. Aprieta su cuerpo contra el mío y noto su erección. Me estremezco de asco e impotencia.

Se separa un poco y pasa su lengua por mi mejilla. Cierro los ojos e intento controlar la bilis que sube por mi esófago y amenaza con hacerme vomitar. Varias lágrimas asoman en mis ojos y descienden por las mejillas.

Me coge de nuevo por el brazo y volvemos a la calle.

—Se ponen en marcha —oigo decir en mi oído.

Salazar aprovecha un cubo de basura y se deshace del micro. Voy a remolque, lleva un paso

rápido que me cuesta seguir. Se mantiene en silencio y serio, está claro que ha calculado todos sus movimientos.

—Señores, tengo una compañía que me resulta desagradable —comenta en voz alta, rompiendo el silencio—. Deberían arreglarlo, no quiero que el arma que llevo se me dispare por accidente y tengamos que lamentar la pérdida de esta preciosa mujer.

Giro la cabeza en busca de la persona a la que hace referencia Salazar, pero no veo nada raro. Hasta que, de pronto, dos chicos aflojan el paso y dejan de seguirnos. Justo en ese momento, caigo en que mi raptor sabe que llevo otro micro. La cosa se pone fea y tengo miedo, mucho miedo.

—Tranquila, seguimos aquí —intentan tranquilizarme.

No sé el rato que llevamos andando, he desconectado. Necesito encontrar una manera de escapar, me niego a que me utilicen a riesgo de acabar herida o, peor, muerta.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Salazar y, sin dejarme contestar, se adentra en un restaurante.

—Han accedido a un restaurante. Mantengamos posiciones —avisa Fernández.

Justo después de entrar, otro hombre cierra la puerta con llave. Una tercera persona coge el relevo de Salazar y me arrastra hacia el fondo. Los veo hablar entre ellos y, cuando creo que me van a dejar sola, abro la boca para decir algo, no sé el qué. Alguna pista, desvelar la gente que hay aquí dentro, algo que me ayude a salir sana y salva de este embrollo. El cañón de una pistola se posa en mi cabeza, mi cuerpo se agita de miedo, cierro los ojos y levanto las manos.

—Vamos, Chano, trata bien a mi invitada y ofrécele la carta —le reprocha Salazar.

El tal Chano me acerca una libreta y me enseña una página:

«Desnúdate».

Niego con la cabeza al leerlo, pero la presión del arma en mi sien se vuelve más fuerte y me doy por vencida. Entre lágrimas, me quito la chaqueta, los botines, el pantalón, el jersey y la camiseta, quedándome así en ropa interior. Me pongo de lado y tapo mis pechos con los brazos, el conjunto de sujetador y braga son de encaje y deja poco a la imaginación. Me invade la rabia y un miedo atroz al sentir la mirada hambrienta de esos tres hombres sobre mi cuerpo. Chano me hace un gesto con el dedo para que me dé la vuelta. Me coloco de espaldas a ellos y soy consciente de que lo que quieren es retirar el segundo micro. En mi cabeza, cruzo los dedos y suplico para que no encuentren el localizador, pues ahora mismo es la única opción que tengo para no quedar a merced de estos desalmados.

Doy un respingo al notar unas manos en mis hombros e intento alejarme para que no me toque, pero me retiene por el brazo. Se acerca más a mí y noto el calor de su cuerpo. Cierro los ojos y maldigo con todas mis fuerzas a Gerard por haberme metido en sus mierdas.

—No te resistas o será peor —susurra Salazar mientras recorre mi espalda y desciende sus callosas manos por mi cuerpo hasta llegar al micro. Lo despega con cuidado—. Quítate el pinganillo muy despacio.

Suspiro y obedezco. Ahora sí que estoy jodida. Me quedo sola ante el peligro y el hecho de no oír la voz de Fernández al otro lado me hace sentir más desnuda si cabe. Se lo entrego y Salazar se lo da a Chano, junto con mi ropa y calzado y se lo lleva todo.

—Ya puedes girarte, preciosa —me pide y tira de mi brazo para que lo haga. No me resisto,

sería una tontería.

¿Y ahora qué?

Capítulo 44

Andrea

Dos pares de ojos vuelven a centrarse en mi cuerpo y veo al hombre que nos abrió la puerta recolocar su miembro dentro del pantalón. Bajo la mirada para no ser consciente de lo que podrían hacerme y así mantener la cordura.

—¿Está todo preparado? —pregunta Salazar.

—Todo en orden.

Se alejan de mí y los oigo murmurar. Las lágrimas regresan a mis ojos al sentirme tan sola y desprotegida. ¿Por qué la policía no entra y los capturan de una maldita vez?

La aparición de una mujer y un hombre hace que dejen de hablar y se centren en ellos.

—Genial. Son perfectos.

Levanto la cabeza al oír el comentario de mi raptor y la imagen que recibo me deja anonadada. La mujer lleva mi ropa y su pelo es igual que el mío. Si baja la cabeza, para que no se le vea el rostro, puede hacerse pasar por mí a la perfección. Incluso lleva mi bolso, donde, por cierto, se encuentra mi teléfono. El hombre también es muy parecido a Salazar, bigote, el pelo peinado de la misma manera y la ropa es igual.

—¡Qué guapo estás, primo! —asegura Salazar y le golpea el hombro de forma cariñosa.

—No sé por qué cojones te has dejado ese puto bigote. Es incómodo de cojones.

Se ríen ante este último comentario. Mi cabeza no para de dar vueltas y ahora entiendo el plan que han montado. La impotencia me invade al no poder avisar a nadie.

—Ponedle el micro a esta preciosidad —pide Salazar. Se acerca a ella, planta una mano en su culo y la aproxima a él para besarla. La mujer no se resiste—. En cinco minutos arrancamos.

Le da una cachetada para que vaya a hacer lo que le ha pedido y me mira de nuevo. La piel se me eriza por la mezcla de frío y miedo. El tal Chano aparece de nuevo y me lanza ropa que cae al suelo.

—Vístete —me exige.

No protesto y me agacho a coger las prendas del suelo. Me las pongo con rapidez, primero para no estar expuesta a ellos y segundo porque ya tenía el cuerpo frío. No es mi talla, pero se ajusta bastante. Consta de un chándal, una camiseta y unas zapatillas de deporte. Me mantengo en mi sitio y en silencio para intentar captar su charla, pero no soy capaz de enterarme de nada. Por lo que he observado, puedo entender que utilizaran a nuestros dobles para despistar a la policía mientras Salazar y yo salimos sin llamar la atención.

—Perfecta —oigo que dice Salazar. Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos—. Ponte

esta chaqueta, nos vamos.

Me ofrece la prenda. Le mantengo la mirada y decido suplicar:

—Déjame ir, por favor. Yo no sabía nada de los negocios de Gerard. Soy una afectada, igual que vosotros.

—Lo sé, preciosa. Pero debo salir del país y tú eres mi moneda de cambio. Si los maderos se portan bien, todo irá sobre ruedas y en breve estarás en tu casa. De lo contrario...

—Es la hora —lo interrumpe otro hombre, salido de uno de los pasillos.

—Chano, llévate a la señora Guerrero al coche. Trátala bien, que todavía está de luto por la reciente muerte de su marido —le comenta Salazar.

Este me coge del brazo y me hace andar de malas maneras. Tropiezo por la brusquedad y casi me golpeo con el marco de una de las puertas.

—Sé andar sola y no me pongas las manos encima —le digo envalentonada, enfrentándolo. Mala idea.

Entrecierra los ojos y con su mano rodea mi cuello, oprimiéndolo para evitar así que me entre el oxígeno necesario. Mis manos salen al encuentro de la suya para intentar que me suelte, pero tiene mucha más fuerza que yo y me resulta imposible. Mi cuerpo choca de forma brusca con la pared, cortándome el poco aire que me quedaba.

—Deberías entender que no estás en posición de protestar, zorra. Da gracias a que no tenemos tiempo o pagarías muy cara tu queja —me amenaza.

Aprovecha la mano que tiene libre para estrujar uno de mis pechos y, cuando pienso que me voy a desmayar por la falta de respiración, me suelta. Me inclino hacia delante e intento llenar mis pulmones de oxígeno mientras toso.

—Camina, nos estás retrasando y Salazar se va a cabrear. Te puedo asegurar que él no es tan benevolente como yo —advierte y vuelve a empujarme.

Esta vez obedezco sin quejarme. Nos dirigimos a un ascensor que hay al fondo y descendemos a la planta menos dos. Las puertas se abren en un aparcamiento. No es muy grande y solo hay cuatro coches. Chano me coge del brazo y me arrastra hasta un vehículo negro. Las luces naranjas parpadean y lo rodeamos hasta el asiento del copiloto. Abre la puerta y me pide que entre con la mano.

—Abróchate el cinturón y ponte la capucha.

Mientras lo hago, Chano se coloca en el asiento del piloto, enciende el motor y se queda a la espera. No pasan ni dos minutos cuando una de las puertas traseras se abre y Salazar entra en el vehículo.

—Vamos, amigo —le pide, dándole una palmada en el hombro.

El coche se pone en movimiento y antes de salir del edificio, Salazar se agacha en la parte trasera para que no lo vean. Cruzamos Andorra hasta llegar a Sant Julià de Lòria, la última parroquia del país en dirección a España, pero, en vez de continuar el trayecto hasta la frontera, se desvían y empiezan a subir en dirección a varios pueblos de montaña. Está claro que quieren salir del país por otra ruta. Solo espero que a la policía también se le haya ocurrido esa posibilidad y puedan interceptarnos. Por aquí casi no hay gente y Salazar ya va sentado. El ruido de una emisora me hace agudizar el oído.

—José, ¿cómo van las cosas? —pregunta Salazar.

—Todo tranquilo hasta mi punto. Como imaginábamos, hay controles en el punto cinco y en el siete.

—Perfecto. Continuamos con el plan.

Chano conduce unos minutos más hasta que llegamos a una curva y se desvía por un camino. Para el vehículo lo más lejos de la carretera y baja de este.

—Espero que tengas buena condición física, seguiremos el camino a pie —me indica Salazar.

Descendemos del coche y espero mientras cogen dos mochilas del maletero y se cargan de munición y varias armas. Hace un frío del carajo y la montaña sigue nevada. No tengo problema por andar, siempre y cuando no se me congelen los pies, cosa probable con estas deportivas.

—Vamos a pasear, señorita —se burla Chano. Lo miro mal y él suelta una carcajada—. Nos ha salido peleona, la muy zorra.

Emprendemos la marcha y nos adentramos en el bosque. Presto atención a Salazar, que es el que va delante, yo voy entre ellos y Chano cierra el grupo. Se fija en los diferentes árboles que dejamos atrás. Hay manchas de spray color azul en varios de los que hemos pasado, alguien ha marcado el camino con anterioridad. No sé el tiempo que llevamos andando entre la nieve, pero mis pies ya están empapados y me empiezan a doler debido al frío.

—Necesito parar. Tengo los pies mojados y me muero de sed —les digo.

—Todavía no podemos parar —informa Chano, empujándome. Caigo al suelo, mojándome el pantalón por las rodillas. Lo que me faltaba—. Levanta. Siempre puedes quedarte aquí sola. Cuando te encuentren serás un cubito de hielo.

—Imbécil —murmuro bajito y me levanto.

Me doy cuenta de que quizás no ha sido lo suficientemente bajito cuando su mano se estrella en mi cara, haciéndome caer de culo. Me llevo la mía a la mejilla que palpita del dolor. Los ojos se me llenan de lágrimas, debido a la rabia, la impotencia y la tristeza. Yo no debería estar aquí, en medio de la montaña, en quién sabe dónde, con las rodillas, el culo y los pies mojados y varios mechones de mi coleta sueltos.

—¡Chano, joder! Trátala bien, es nuestro seguro de vida. —Se agacha y me ayuda a levantarme. Se descuelga la mochila, saca una botella de agua y me la ofrece—. No tengo solución para tus pies, tendrás que hacer un esfuerzo.

Asiento con la cabeza. Le pego un largo trago a la botella y se la devuelvo. La guarda e iniciamos el camino de nuevo. No sé cómo sucede pero, de pronto y de la nada, se oye un silbido y a Chano maldecir. Me giro para saber qué le pasa y veo que ha recibido un disparo en el hombro.

—¡Mierda! —se queja Salazar, que me coge contra su cuerpo, como escudo protector y nos oculta detrás de un árbol—. Chano, ¿estás bien?

—Sí, joder. Me han disparado en el hombro. Qué suerte, ahí todavía no tenía ninguna cicatriz —bromea.

Se oye un nuevo silbido y un trozo del tronco del árbol donde estamos ocultos salta por los aires. Chillo por el susto y me encojo, cogiéndome las piernas. No quiero morir y menos aquí, rodeada de estos maleantes.

—¿Has visto de dónde ha salido el disparo? —le pregunta Salazar a Chano, que se encuentra escondido tres árboles a la derecha.

—Creo que están detrás de la pequeña ladera del norte.

Salazar se asoma con cuidado para comprobar la ubicación que le ha informado Chano y decide que es momento de movernos.

—Cúbrenos —pide—. Y tú, muévete, muy despacio y de rodillas. Nos situaremos detrás de aquel montículo. —Me señala la ubicación—. No hagas ninguna estupidez o te pego un tiro. ¿Me has entendido?

Asiento con la cabeza, poco más puedo hacer con un arma apretando mi sien. Estoy helada y empaçada. Las manos empiezan a coger un color rojo preocupante y no me noto la nariz ni las orejas. «Un último esfuerzo, Andrea», me pido a mí misma. Obedezco y, a cuatro patas, me dirijo a la nueva situación con Salazar pegado a mí. Nos ocultamos con éxito.

—¡Salazar! Ríndete, estás rodeado —chilla una voz.

—¡Joder! —murmura enfadado. Saca la emisora e intenta ponerse en contacto con José, pero no contesta—. Tengo a la señora Guerrero conmigo, sería una gran pérdida que se escapara un tiro y la pobre quedara herida o muerta.

—Lo mejor sería que la soltaras y te entregaras. Podemos negociar, sabes que tú no eres el objetivo.

—Sé cómo funciona esto y no me interesa.

Se genera un silencio solo roto por el canto de varias aves y el repiqueteo de mis dientes. Salazar me observa, supongo que para valorar mi estado y así planear su huida. El miedo invade mi cuerpo, ya que, ahora mismo, soy más un estorbo que otra cosa. Se gira y le hace señas, que no entiendo, a Chano.

—Levántate, nos vamos —me pide.

Lo hago con bastante dificultad y él rodea mi cuello con su brazo y me vuelve a utilizar de escudo. Una serie de disparos, que inicia Chano para despistar, vuelan a nuestro alrededor. Mi cuerpo, ante el peligro, se reactiva y hace un gran esfuerzo para llevar el ritmo que impone Salazar, pero es probable que no tarde en desmayarme de agotamiento y congelación.

Un sonido raro nos hace girar la cabeza y vemos que Chano cae desplomado y la nieve que lo rodea empieza a tintearse de rojo. La baja de su compañero hace que Salazar maldiga, saque el animal que lleva dentro y lo pague conmigo. No veo venir su puñetazo y caigo al suelo como si fuera un muñeco de trapo.

—Vamos, zorra. Si caigo, tú caerás conmigo —amenaza.

Me levanto entre gemidos y lágrimas. Mi ojo palpita y he perdido parte de la visión por la hinchazón, lo que ocasiona que tropiece en varias ocasiones y no caiga al suelo de nuevo porque Salazar me lleva bien pegada a su cuerpo.

Le suplico varias veces que me suelte, que ni mis pies ni el resto del cuerpo soportan más el frío. Él insiste en arrastrarme hasta que me desplomo, soy un peso muerto y ya no puede proseguir conmigo. Me deja caer y maldice. Nuestras miradas se encuentran, puedo ver su rabia porque sus planes se hayan truncado y soy consciente de que ha llegado mi final. Lo primero que recibo es una patada en el abdomen, que hace que me encoja y vomite lo poco que comí. Cuando soy capaz de mirarlo de nuevo, el arma me apunta. Cierro el ojo bueno, por el otro ya no veo nada, y los

rostros de mi pequeño y de Víctor aparecen en mi mente, ofreciéndome la calma que necesito.

Un disparo, dos, tres... unos pasos alejarse... Me coloco boca arriba y centro mi mirada en el cielo. El color es precioso, las pocas nubes que hay se mueven y empieza a anochecer.

—Os veré en otra vida. Os quiero —susurro.

Ahora todo es oscuridad.

Capítulo 45

Víctor

Hugo y yo recorremos la habitación de un lado al otro mientras escuchamos las conversaciones que intercambia la policía. Fernández hace un buen rato que se ha ido y no ha habido manera de convencerlo de que nos dejara acompañarlo.

La impotencia por saber que Andrea está en peligro y no poder hacer nada me corroe por dentro. Nunca he pasado tanta angustia en mi vida. Sé que mi amigo está igual que yo, no habla, no bromea y solo hace que fruncir el ceño.

Fernández se dio cuenta de que la pareja que salió del restaurante, los supuestos Salazar y Andrea, no eran ellos, pero fue demasiado tarde. Al parecer, habían huido en un coche por el aparcamiento. Justo en ese momento, decidió ponerse en acción y, desoyendo las diferentes órdenes de sus superiores, salió en busca de Salazar.

—Aquí agente Fernández. Visión perfecta del sujeto. Tiene a la rehén demasiado cerca para un posible disparo.

—Manténgase a la espera, Fernández. Equipo dos, situación.

—Aquí equipo dos. Montículo zona norte.

—Aquí equipo uno. Hay movimiento, repito, hay movimiento.

Los dos detenemos los pasos al oír la última frase y estamos a la espera cuando se oyen una serie de disparos que nos cortan la respiración. Los nervios y la ansiedad nos invaden, los segundos se hacen eternos hasta que volvemos a escuchar una voz al otro lado.

—Equipos, reporten.

—Equipo uno, abatido uno de los sospechosos. El segundo sospechoso ha huido con la rehén.

—Equipo dos, sigo al sospechoso. No hay visión, se dirige hacia el norte.

—¿Fernández?

—Visión del sospechoso y la rehén. Se dirigen hacia la delimitación del país.

Oímos las instrucciones que dan a los diferentes equipos para que se sitúen en nuevas posiciones y se hace el silencio. Mantenemos la atención, a pesar de que es probable que nos dé un ataque de ansiedad por los nervios. Me paso las manos por el pelo y las dejo en mi nuca, resoplo desesperado y, de pronto... disparos, varios, quizás tres, cuatro... Nuestras miradas se encuentran y el miedo nos acecha.

—Andrea está bien, ya lo verás —intenta consolarme Hugo y tranquilizarse él.

—Equipos, Fernández, reporten.

—Soy Fernández, el sospechoso ha huido. Solicito refuerzos. Va herido de bala. Mi localización es cuarenta y dos grados, veintiséis minutos, treinta y cinco segundos latitud norte y un grado, veintinueve minutos, treinta y cinco segundos latitud este.

—El equipo que esté más cerca de Fernández que se ponga en movimiento.

—Necesito un médico urgentemente.

—Mierda —gruñe Hugo y golpea con la mano en la mesa.

—Quiero hablar con Fernández —le pido a uno de los policías que hay sentados enfrente de un ordenador.

—No puedo hacer eso —dice con tiento.

—Mira, la que está ahí fuera, en medio de la nada en manos de ese cabrón, es mi mujer. ¿Estás casado? —le pregunto. Asiente con la cabeza—. Pues imagínate que esa fuera la tuya. ¿Qué harías?

Se queda pensativo un momento y yo cruzo los dedos para que reaccione y me ponga en contacto con Fernández. Hugo se mantiene a mi lado. Los dos estamos realmente nerviosos y temo que, ante la negativa del agente, mi amigo pierda los estribos y la cosa se complique.

—Está bien. Voy a intentarlo. —Los dos soltamos el aire que reteníamos.

—Gracias, muchas gracias.

—Aquí centro de operaciones. Fernández, canal tres. —Se genera un silencio ante la ausencia de respuesta—. Fernández, lo necesitamos por el canal tres.

—¿Qué cojones pasa? —contesta enfadado—. Vamos, aguanta, preciosa.

—El marido de...

—Fernández, quiero hablar con Andrea —reclamo desesperado—. Dime que está bien.

Esperamos con ansia una contestación que no llega.

—Vamos, Fernández, no me jodas —se queja Hugo.

—Ahora no puede hablar, está herida. El médico la está atendiendo. Pronto será evacuada y la llevarán al hospital.

—¿Qué le ha pasado? ¿Herida de bala? —pregunto con ansiedad.

—Tengo que continuar con la operación, lo siento.

La comunicación se corta y maldecimos. No puede dejarnos así, sin saber qué le ha pasado Andrea. Si es grave o no, qué tipo de herida tiene... ¡Joder, algo!

—Te juro que cuando lo vea, me va a dar igual que sea policía, le daré una paliza que tardará en levantarse de la cama una semana entera —enfatisa Hugo.

El agente que nos ha puesto en contacto con Fernández no levanta la vista del ordenador, pero sonrío de medio lado.

—Creo que será mejor que se vayan al hospital. El helicóptero acaba de despegar —dice. Nos mira de medio lado y eleva una ceja preguntando qué hacemos aquí todavía.

Sin contestar, tiro del brazo de Hugo y me apresuro a salir de la sala. Presiono el botón del ascensor en varias ocasiones, para ver si así llega más rápido, pero parece que este no está de nuestro lado. Desesperado, vuelvo a tirar del brazo de mi amigo y bajamos por la escalera. Es un milagro que lleguemos a la calle sin rompernos un tobillo ni caer rodando. Cogemos el coche,

conduzco yo, a Hugo le tiemblan demasiado las manos, y llegamos al hospital en tiempo récord. Por el camino, hemos llamado a Guille para darle la poca información que tenemos. Dice que él y Camila saldrán hacia el hospital y que avisará a Malcom de las novedades.

Entramos por la zona de Urgencias y pedimos información sobre el estado de Andrea. Parece que el helicóptero está aterrizando y todavía no nos pueden decir nada. Me siento en uno de los bancos, apoyo los codos en las rodillas, llevo las manos a la nuca y hundo mi cabeza en el pecho. No estaría nada bien que, ahora que vuelvo a ser feliz a su lado, le haya pasado algo grave y se... No, no, ella no puede dejarme otra vez. La necesito a mi lado, su hijo, su familia la necesitan. Noto la presencia de Hugo y su brazo rodear mis hombros.

—Estará bien, tiene que estar bien. Andrea es muy fuerte, cabezona y luchadora, es una Guerrero. Saldrá de esta, dejaremos todo atrás y tendré que aguantar que seas mi cuñado —me anima Hugo con la voz trémula. Levanto la mirada y me recibe el brillo de sus ojos. Asiento con la cabeza y le doy una palmada en la rodilla para reconfortarlo.

No tengo claro el tiempo que ha pasado, ni las veces que nos hemos acercado al mostrador para obtener noticias. Empezamos a estar desesperados y ya he tenido que retener al pequeño de los Guerrero en varias ocasiones para que no entrara sin permiso. Las puertas se abren para dar paso a Guille y Camila. Nuestras miradas se iluminan al recibir refuerzos, sobre todo de Camila. Esperemos que, al ser enfermera, pueda obtener la información que nadie nos da.

—¡Hola, chicos! ¿Todavía no sabéis nada? —nos pregunta.

—Qué va. Esto es una puñetera agonía —le responde Hugo.

—Está bien. Voy a ver si puedo enterarme de algo. —Le da un beso a Guille, se dirige a hablar con la chica del mostrador y entra en Urgencias.

Los nervios de todo el día empiezan a hacer mella en mí y una presión se instala en mi pecho. Necesito aire fresco. Les digo a Guille y Hugo que voy al baño y salgo del hospital. Me dirijo a una esquina, respiro de forma profunda y suelto el aire lentamente. Los ojos se me llenan de lágrimas que no puedo controlar y descienden por mis mejillas. No quiero vivir sin ella.



Cuando vemos aparecer a Camila, los tres nos levantamos y nos abalanzamos sobre ella. Intento analizar su cara, está seria, pero no la conozco lo suficiente como para descifrar su rostro.

—Andrea está bien. —Los tres nos desinflamamos de alivio—. Tiene bastantes lesiones en el cuerpo y la cara. Ha llegado con las manos y los pies bastante maltrechos por el frío. La han revisado y no creen que vaya a perder ningún dedo. Es toda una campeona, toda una Guerrero.

—¡Joder, qué alivio! —suelta Hugo y nos fundimos en un abrazo.

—¿Podemos verla? —le pregunto a Camila.

—Cuando acaben de revisarla, nos llamarán. Os tengo que avisar que ha recibido varios golpes, uno de ellos en la cara, e impacta mucho verla. Lo bueno es que se recuperará sin problemas.

Aprieto la mandíbula al oír el comentario de Camila. Espero que hayan pillado a ese cabrón y lo encierren de por vida. Si ahora mismo lo tuviera delante, es posible que acabara con unos cuantos huesos rotos. Le daría una lección para que aprendiera a meterse con los de su nivel y no a comportarse como un cobarde y agredir a una persona indefensa.

Un alboroto en la parte exterior del hospital me saca de mis pensamientos. Dos agentes de policía entran a la carrera en Urgencias y, sin escuchar las advertencias de la recepcionista, se adentran en la zona donde atienden a los pacientes. La sala de espera se empieza a llenar de gente; unos, con uniforme de policía y otros, vestidos de calle. El rostro compungido de Merche aparece entre ellos.

—Merche, ¿qué ha pasado? —pregunta Hugo una vez nos hemos acercado a ella.

—Han herido a Fernández —nos aclara, frotándose las manos, nerviosa—. Está grave, ha perdido mucha sangre y lo han tenido que reanimar en dos ocasiones.

Varias lágrimas descienden por su cara que se limpia de forma rápida. La cara de todos los compañeros de Fernández transmite la preocupación y la gravedad. No es para menos, David es un gran tío y un buen amigo. Sabemos que con esta misión se ha jugado el puesto de trabajo, se puso a la acción sin permiso de sus superiores y, no solo eso, también su vida está en la cuerda floja, todo por ayudarnos.

—Joder —murmulla Hugo, que se lleva las manos a la cabeza—. Por lo menos, habrán cogido al cabrón ese, ¿verdad?

—Está muerto. En el enfrentamiento con Fernández se hirieron de forma mutua. Nada ha salido como tenía que salir en esta operación. Hay un lío de narices. El objetivo era cogerlos con vida y sonsacarles información de su jefe, el narcotraficante Jeremías Cruz, pero no tenemos nada —explica Merche.

Justo en ese momento, los dos hermanos de David entran en la sala. Al localizar a varios de los compañeros, hablan con ellos y se funden en abrazos. Nos conocemos de vista, pero no tenemos la suficiente confianza, así que nos hacemos a un lado.

Noto la vibración de mi teléfono en el bolsillo del pantalón, al sacarlo, veo que es mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. ¿Va todo bien? Habíamos quedado en que pasarías por la floristería antes de ir al gimnasio.

Con todo este lío, se me ha olvidado que tenía que ir a ver a mi madre. Pensábamos que el intercambio iba a ser rápido, pero al complicarse todo, no he vuelto a pensar en mis compromisos y no la avisé de que no podía ir. Sé que Hugo ha buscado un sustituto para mis clases, pero me olvidé de la floristería.

—Lo siento, mamá. Han herido a Andrea, estamos en el hospital. Tenía que haberte avisado, pero no me acordé.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Ella está bien?

—Dentro de lo que cabe, parece que sí. Todavía no la hemos podido ver. Cuando tenga un rato iré a verte y te lo explicaré todo. Es una historia muy larga.

—Está bien, pero mantenme informada. ¿Tú cómo estás? —pregunta preocupada.

—Asustado. He pasado mucho miedo, mamá. Pensé que la perdía de nuevo, pero esta vez para siempre. Estoy deseando verla y asegurarme de que todo está en orden.

—Todo va a salir bien, cariño. Os lo merecéis. Dale un beso de mi parte. Si necesitas algo, llámame, ¿vale?

—Vale, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti.

Justo cuando cuelgo la llamada, un médico se asoma a la sala de espera y busca a los familiares de Andrea Guerrero. Los cuatro nos acercamos a él y esperamos ansiosos que nos explique su estado y sobre todo que nos dé permiso para entrar a verla. Suspiramos de alivio al saber que está fuera de peligro. Algunas cosas de las que nos comenta ya las sabíamos por Camila, como el golpe de la cara o la congelación de manos y pies. Aparte de eso, tiene fracturadas dos costillas por un impacto en el torso que, por suerte, no ha afectado a ningún órgano. Nos ha dado permiso para entrar a verla de uno en uno.

—... el suceso ha sido muy traumático para ella, así que ahora debería descansar. En breve, la subirán a planta.

—Gracias, doctor —le decimos todos a la vez. Y lo vemos desaparecer.

—Hugo, ¿entras tú? —pregunta Guille.

—Creo que será mejor que lo haga Víctor —comenta mi amigo. Levanto la mirada y nuestros ojos se encuentran.

La emoción nos embarga a los dos y trago saliva para no ponerme a llorar. Sé que es sincero y me alegra que haya entendido que amo a su hermana, que haré todo lo posible para hacerla feliz, a ella y a Jordi. Saber que confía en mí y que ha dejado atrás sus reticencias con nuestra relación me alivia e ilusiona. Me acerco a él y lo abrazo. No soy muy bueno con las palabras, no tengo su habilidad, así que espero saber transmitirle lo que siento con este abrazo.

Me planto delante de la puerta del box donde se encuentra Andrea. Tengo una mezcla de emociones que me cuesta controlar, de esos momentos en que te pondrías a reír, llorar y chillar, todo a la vez. Cojo aire y lo expulso de forma lenta a la vez que llamo a la puerta. La abro y verla en ese estado me impacta. Cuando gira su cara y se da cuenta de que soy yo, las lágrimas invaden su cara y un sollozo sale de su boca.

Doy gracias al universo por poder volver a tocarla, olerla o besarla...

Capítulo 46

Andrea

Me duele todo el cuerpo y creo que la cabeza me estallará en cualquier momento. Aun así, puedo dar gracias de que solo han sido golpes. Cuando vi a Salazar apuntarme y después oí los disparos, creí que me había herido y que no iba a salir con vida. Nunca había pasado tanto miedo.

Me parece mentira estar rodeada por los brazos de Víctor, poder sentir el calor de su piel, sus labios en los míos... Sé que debo de estar horrible, con el ojo hinchado y la cara, probablemente, amoratada, pero él sigue mirándome como si fuera la única mujer en el mundo.

—Pensé que nunca más podría abrazarte —le susurro entre sollozos. Las costillas me arden, pero no me quejo, no quiero que se aleje.

—¡Shhh! Ya ha pasado, nena. A partir de ahora, todo será distinto.

—Dime que lo han pillado, que esta pesadilla se ha acabado de una vez.

—Lo hirieron y ha fallecido.

—¿Es muy ruin que me alegre por ello?

—Para nada. Creo que todos nos alegramos de que haya desaparecido de nuestras vidas, sea de la manera que sea.

Me abrazo de nuevo a su cuerpo, aunque evito tocarlo con las manos. El rescate fue rápido, así que la congelación de mis dedos, tanto de las manos como de los pies, es leve. Me los han calentado con agua y puesto una crema. Ahora solo queda recuperar.

Una enfermera entra en el box y nos anuncia que me trasladan a la habitación.

—Nos vemos arriba. Voy a avisar a tus hermanos. —Asiento con la cabeza. Me besa en varias ocasiones, besos cortos que me saben a poco—. Te quiero, nena.

Las lágrimas descienden por mis mejillas a medida que salimos de la estancia y lo dejo atrás. No sé si me lo merezco o no, pero soy tan feliz...

—¡Joder, *Conguito!* Tienes una pinta horrible —dice Hugo una vez entra en la habitación. Intento reírme, pero las costillas me avisan y suelto un quejido.

—¡Hugo! —lo reprende Camila—, o te comportas o pediré que no te dejen entrar.

Mi hermano pequeño le saca la lengua y se acerca a mí. Me abraza con cuidado y deja un beso en mi frente. Cuando se aparta, Guille ocupa su sitio.

—¿Qué tal está mi pequeño? ¿Habéis hablado con mamá?

—Jordi está bien. No para de hacer preguntas y quiere verte. Le hemos dicho que has tenido

un pequeño accidente y que tienes que recuperarte. Se asustó mucho, pero ahora está más tranquilo. Lo que no tengo tan claro es cómo evitar la bronca de mamá que nos espera por ocultarle todo —explica Hugo y hace una mueca con la boca.

—Como vemos que estás mejor, Camila y yo nos quedaremos con Jordi y bajarán ellos a verte. No creo que aguanten toda la noche sin asegurarse de que estás bien. Así que nos vamos. Mañana volveremos, ¿vale? —Asiento con la cabeza—. Si necesitas alguna cosa, me lo dices.

Guille y Camila se despiden de mí con un beso en la mejilla y los vemos marchar.

—Hugo, ¿puedes llamar a mamá? Necesito hablar con Jordi —le pido.

—Claro. —Desbloquea el teléfono, busca el número, lo presiona y pone el altavoz.

—Dime —contesta mi madre con un tono brusco. La pobre está enfadada y la entiendo, pero no podíamos preocuparla. Hugo, al oírla, pone los ojos en blanco.

—Ma-mi —balbuceo.

—Andrea, cariño —solloza ella—. Esto no os lo pienso perdonar. No tenéis derecho a excluirmos de vuestros problemas. Pero ya hablaremos de eso. ¿Cómo estás?

—Magullada. Parezco un monstruo, pero feliz de que todo haya acabado.

—Cuando llegue Guille, bajaremos a verte.

—No hace falta. Estoy bien. Podéis venir mañana.

—Andrea Guerrero, no me digas lo que debo hacer. No pienso irme a dormir esta noche sin ver con mis propios ojos que estás fuera de peligro.

—Está bien. Me gustaría hablar con Jordi.

—Claro. —La oigo llamarlo—. Ven, alguien quiere hablar contigo por teléfono.

—¡Hola! —La voz de mi pequeño hace que los ojos se me vuelvan a nublar por las lágrimas.

—¡Hola, cacahuete!

—Mamiiii —chilla—. ¿Dónde estás? ¿Vas a venir a buscarme?

—No puedo, peque. Estoy en el hospital y tengo que curarme primero.

—No te vas a morir, ¿verdad? —pregunta con la voz asustada.

—Por supuesto que no. Tienes que estar tranquilo y hacerle mucho caso a los abuelos y a los tíos. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero, si yo no puedo cuidarte, deberías pedirselo a Víctor. No quiero que estés solita.

—No te preocupes, colega. Yo estoy aquí, a su lado, y no pienso dejarla sola —asegura Víctor, mirándome con cariño.

La respuesta de Víctor lo deja más tranquilo y empieza a contarnos lo bien que se lo ha pasado jugando con Malcom y con mi padre. Escucharlo hablar con esa ilusión, que te contagia y ver el cariño que le tiene a Víctor, hacen que una enorme sonrisa ilumine mi cara. La vida es frágil y en un segundo puede cambiarte por completo. Ahora ha llegado mi momento y lo pienso disfrutar como si fuera el último.



¡Por fin me voy a casa! Quince días en estas cuatro paredes y, aunque no he estado sola en ningún momento, tengo ganas de recuperar mi rutina y respirar aire fresco.

El que sigue convaleciente es Fernández. El disparo que recibió en el abdomen casi se lo lleva al otro barrio. Menos mal que ahora tiene a la mejor enfermera del mundo. Rosa no se separa de él. Al ser consciente de la posibilidad de perderlo, le confesó que estaba loca por él. Por supuesto, David le correspondió, como yo ya sabía. La manera que tenía de mirarla no podía ser de otro modo. He pasado a verlo en tres ocasiones y he podido agradecerle todo lo que hizo por mí. Si él no hubiera estado allí, es posible que hubiera muerto por congelación. Le estaré siempre agradecida. Lo peor son las repercusiones que tendrá a nivel laboral por no obedecer las órdenes de sus superiores y actuar por su cuenta. Que su padre sea uno de los jefazos no lo salvará del castigo.

Suspiro y acabo de meter las cosas de aseo en la mochila. Mis manos y mis pies han curado a la perfección. Las pequeñas ampollas que se habían formado ya han desaparecido. Aunque la piel se ha quedado más sensible, el médico asegura que con el tiempo no tendré ninguna secuela. Lo más complicado son las costillas, que tardarán aún varias semanas en curar y me impiden hacer una vida normal.

Unos toques en la puerta y la cabeza de Víctor que asoma me hacen sonreír.

—¿Estás preparada? —pregunta.

Al abrir la puerta, mi pequeño entra a la carrera y se lanza a mi cuerpo antes de que Víctor pueda evitarlo. Un gemido sale de mi al notar el impacto, mis costillas se resienten, privándome de parte del oxígeno y palidezco un poco. El brillo de sus ojos y su enorme sonrisa consiguen que me olvide del dolor. Me siento como puedo y centro el interés en mi pequeño. Beso su cara en varias ocasiones, hasta que se queja de que soy muy pesada. Sé que parece una tontería, pero incluso da la sensación de que ha crecido. Peino su pelo, que lleva demasiado largo y beso sus pequeñas manos. ¡Cuánto lo he echado de menos!

—Dice Víctor que ya estás casi curada y que te puedes ir. Hemos venido a buscarte.

—Me falta recoger unas cosas y ya podremos irnos. ¿Te has portado bien con Víctor? —indago. Esta noche no he querido que se quedara nadie a dormir conmigo y mis dos chicos han estado juntos en casa.

—Pues claro. Le he ayudado a hacer los macarrones, hemos jugado un rato y después hemos visto una peli.

Miro a Víctor que me sonrío. Se le nota cómodo y que disfruta de la compañía de mi cacahuete.

—¡Vaya! Así que tengo a dos cocineros en casa.

—Bueno, la verdad es que no estaban tan buenos como los tuyos —confiesa mi pequeño.

—¡Será posible! —Se queja Víctor, que coge a Jordi y lo eleva, haciéndole cosquillas.

Sonrío, estoy feliz. Es tan bonito verlos juntos...

Me ayudan a recoger lo que me falta y, cuando tenemos todo, salimos del hospital. La primera parada es mi piso, quiero dejar todo y descansar un rato antes de ir a casa de mis padres. Han montado una cena para recibirme y despedir a Daniela y Malcom. Ya los reclaman en Nueva York. Los pobres han alargado las vacaciones para estar conmigo y se van mañana.

Suspiro al entrar en mi habitación, como en casa no se está en ningún lado. Víctor no me deja colocar las cosas, todavía tengo que tomármelo con calma y descansar. «Nada de esfuerzos», fue la condición del médico para dejarme marchar.

Me tumbo en la cama, cierro los ojos y suspiro, disfrutando del momento. No pasan ni cinco minutos que el colchón se hunde por mi lado izquierdo. Es Jordi.

—¿Estás durmiendo? —pregunta en voz baja.

—No, cariño. Solo descanso.

—¿Puedo quedarme un poquito aquí contigo?

—Claro. Solo tienes que vigilar de no tocarme aquí —le advierto y señalo debajo del pecho de mi lado izquierdo.

Se remueve en varias ocasiones y bufa otras tantas mientras juega con mi pelo. Hay algo que lo inquieta y no sabe cómo decírmelo.

—¿Qué pasa, Jordi? —indago.

Se queda pensativo, analizando si decírmelo o no hasta que bufa y se decide a hablar.

—Quiero que Víctor sea como un papá para mí y que viva aquí con nosotros —suelta del tirón—. Ya sé que tengo uno, aunque esté en el cielo, pero es que Víctor mola mucho y sé que sois novios.

—Ah, ¿sí? —le pregunto, haciéndome la sorprendida.

—Sí. He visto cómo os dabais un beso en la boca. Y eso solo se puede hacer si sois novios. Me lo ha dicho la abuela.

—Vaya con la abuela...

—¿Le podemos preguntar? Jimena me dijo que primero tenía que preguntártelo a ti. Tú quieres, ¿verdad?

—Yo también creo que Víctor mola mucho —aseguro y le sonrío para enfatizar mis palabras. La cara de mi pequeño se ilumina de ilusión—. Cuando estés preparado se lo podemos preguntar, a ver qué nos dice.

—¿Ahora?

—Me parece bien.

Casi no acabo la frase que Jordi ya berrea su nombre para que venga a la habitación.

Se sienta en la cama, a nuestro lado, y nos mira a uno y a otro para intentar averiguar qué pasa.

—¿Qué tramáis vosotros dos? —pregunta, elevando una ceja.

Mi cacahuete me mira y yo asiento con la cabeza para que proceda. Se le nota nervioso e impaciente.

—Quiero que seas como mi papá y vengas a vivir aquí con nosotros. —Vuelve a recitar del tirón.

La habitación se queda en silencio. La petición de Jordi ha dejado a Víctor sin palabras. Supongo que no se lo esperaba. La falta de respuesta empieza a inquietar a mi pequeño y su semblante de ilusión se empieza a transformar a uno de tristeza. Víctor me mira, supongo que buscando mi reacción ante la petición de mi hijo. Me encojo de hombros, haciéndole ver que la respuesta no depende de mí, sino de él.

—Sí. Claro que quiero. Sería un honor ser como un papá para ti.

Jordi reacciona con rapidez y se lanza al cuello de Víctor que, al no esperar su efusividad,

casi se cae de espaldas en la cama. Lo abraza y le da varios besos a la vez que chilla y ríe a carcajadas.

Esto es la felicidad, ver sonreír y disfrutar a las personas importantes de tu vida.

Capítulo 47

Andrea

Tres meses después...

Un rayo de sol impacta en mi cara y consigue despertarme. Ayer no bajamos del todo la persiana, estábamos demasiado ocupados. Jordi se quiso quedar a dormir con mis padres y Víctor y yo aprovechamos la noche sin niño.

Me desperezco, elevo los brazos y una sonrisa ilumina mi rostro. Desde hace unos meses es lo que más hago, sonreír. Estiro la mano hacia el lado donde duerme Víctor, pero no hay nadie. Me incorporo en los codos y observo la habitación. Hoy es sábado y no tiene que trabajar; además, nuestra ropa sigue esparcida por el suelo, exactamente donde la dejamos ayer mientras nos desnudábamos. Justo cuando estoy a punto de levantarme para ir a buscarlo, la puerta se abre y aparece mi chico, en ropa interior y con una bandeja en la mano. Me muerdo el labio al verlo, es tan guapo y está tan cañón...

—¡Buenos días, nena! —me saluda con su pícaro sonrisa.

—Te echaba de menos —digo.

—Me he ausentado por una buena razón. Tengo que alimentar a mi chica.

Se sienta a mi lado, yo acabo de incorporarme, hasta quedar sentada y Víctor pone la bandeja encima de mis piernas. Tostadas con mantequilla, zumo de naranja y un plato con frutas, ese es mi desayuno. Que conste que tengo hambre, pero no de este tipo. Me he vuelto una mujer insaciable de él. ¿Quién puede resistirse a un hombre como Víctor? No solo es una gran persona, sexi y se porta genial con Jordi, sino que también me trata como a una reina y eso, después de ser invisible durante tantos años, me abruma y me gusta a partes iguales.

—Gracias, eres maravilloso. —Me acerco a él y le doy un beso en los labios, arrastrando el inferior cuando me alejo. Jadea.

—No juegues, nena. Ahora toca desayunar y si sigues así...

Frunzo los morros, decepcionada, y él suelta una carcajada. Maldito.

—¿Y tú te crees que es justo que te pasees así? —me quejo, señalándolo de arriba abajo. Es imposible resistirse a esos abdominales, pectorales o ese músculo en forma de uve que se oculta debajo del bóxer.

—Hay prioridades. Después, seré todo tuyo.

Cojo la tostada y le hincó el diente en varias ocasiones para acabar lo antes posible. Víctor me mira y niega con la cabeza mientras se pone un pantalón de deporte. Cuando se coloca la camiseta, suena el interfono. Gruño, no esperamos a nadie y cruzo los dedos para que a nadie de mi familia o de la suya se le haya ocurrido venir y me tenga que quedar sin mi premio por acabarme el desayuno.

Agudizo el oído, pero no se oye nada. Víctor vuelve a aparecer en la habitación con un sobre.

—Era el cartero. Una carta certificada para ti. Es de Lucía.

—¿La madre de Gerard? —pregunto como si conociera a otra Lucía. Víctor asiente con la cabeza—. Déjala en la mesita, después la leo.

No pienso permitir que esa señora me amargue el día que tan bien ha empezado. Hace muchos meses que no sé de ella y no la echaba nada de menos. ¿Qué narices tramará ahora? «Céntrate, Andrea», me digo a mí misma para no desviarme de mi objetivo, que no es otro que disfrutar de este pedazo de hombre que me mira desde los pies de la cama.

—Señor Pérez, ya he cumplido con mi primer objetivo del día —susurro con voz melosa y dejo la bandeja en el suelo—. ¿Puedo obtener ya el segundo?

—Que es... —dice, haciéndose el tonto.

—Poder disfrutar de su cuerpo —comento mientras gateo por la cama para llegar a él—, que sus manos me recorran entera y acabemos gimiendo, con la respiración entrecortada y saciados el uno del otro. Es un buen objetivo, ¿no cree?

—Es un maravilloso objetivo.

Lo desnudo como si lleváramos mucho tiempo sin vernos y nuestros cuerpos se hubieran echado de menos. Acabamos los dos tirados en la cama, disfrutándonos, a veces con calma, saboreando el momento, y otras con ansia, como si no nos pudiéramos resistir.

Soy humana y me equivoco muchas veces, no soy perfecta, ¿quién lo es? Mi mayor error fue pensar que mi vida sería mejor al lado de un hombre como Gerard, alguien que, con su posición económica, se había interesado por mí. Por una mujer que parecía invisible para el resto. Lo que no supe ver es que ya había un hombre que me veía y, no solo eso, me amaba con todo su corazón. Ese que yo rompí en pedazos. Me arrepiento con todas mis fuerzas, pero ya no hay marcha atrás. Ahora solo puedo compensarle, darle todo lo que soy y hacerlo feliz. Y así será, pues quiero a este hombre con toda mi alma.

Después de nuestra última sesión de sexo, que ha sido en la ducha, Víctor se ha ido a la floristería a ayudar a su madre. Me siento en la cama para ponerme crema en las manos y veo el sobre con la carta de Lucía. Este es el efecto que provoca Víctor en mí, consigue que me olvide de todo. Lo cojo con las manos temblorosas y rasgo la solapa. ¿Por qué me da la sensación de que no son buenas noticias? De esta mujer me puedo esperar cualquier cosa. El sobre contiene varios papeles. El primero es una carta escrita a mano. Trago saliva y decido leerla, sea lo que sea, quiero olvidarlo lo antes posible.

Andrea,

Estarás sorprendida de recibir este sobre, hace mucho tiempo que

no tenemos contacto. Antes que nada, quiero decirte que ya me enteré del problema que tuviste y me alegro de que estés bien, aunque no te lo creas.

Cuando recibas estas palabras, estaré fuera del país. Estoy enferma, el cáncer ha acechado mi cuerpo y no me queda mucho tiempo, quizás días o semanas. He decidido pasar ese tiempo retirada y tranquila.

Ya sé que no te importan nada mis problemas y menos mi estado de salud, nunca nos llevamos bien y sigo pensando que no eras la mujer indicada para mi hijo y tus actos lo confirman.

Adjunto encontrarás el documento que ratifica mis sospechas.

El día que fui a buscar a Jordi, aproveché para recoger pruebas y verificar el ADN. No quería morirme sin corroborar mis dudas y tú ya me habías dejado claro que no ibas a hacérsela. Te adjunto los resultados, supongo que no te sorprenderán.

Ahora solo deseo poder reunirme con mi hijo lo antes posible. No hizo las cosas bien, pero era lo más valioso de mi vida. Sin él ya nada tiene sentido.

Espero que seas feliz.

Atentamente,

Lucía.

No sé qué pensar. En el fondo, me da pena que acabe sus días así. A pesar de todo el daño que me ha hecho, no me alegro de que esté enferma ni de que le quede poco tiempo, no soy tan malvada. Me sorprenden sus palabras con relación a la prueba de paternidad y mi parecer no ha cambiado, no voy a aceptar nada de la familia Pons. Paso la página y leo el documento adjunto. El resultado anunciado hace que me cueste respirar y mi rostro pierda todo su color. Me llevo la mano al pecho, donde mi corazón acelerado palpita con fuerza.

—No puede ser... —susurro y las hojas caen al suelo.

La conclusión es bien clara, Jordi no es hijo de Gerard. Entonces solo queda una opción: Víctor.

¿Cómo no me di cuenta de que podía ser así? Solo tuvimos sexo una vez y él no acabó en mi interior, por eso no le di importancia. Me muerdo el labio, nerviosa. A pesar de lo que pensara Lucía, nunca imaginé que mi pequeño no fuera hijo de Gerard. Ahora que todo iba bien, ¿qué pasará cuando Víctor se entere? ¿Y si me deja porque piensa que se lo he ocultado?

¿Qué voy a hacer ahora?



Aparco el coche en casa de mis padres y me apresuro a entrar como si se acabara el mundo.

—Mamá, mamá... —llamo. Ella aparece asustada ante mis gritos.

—Andrea, cariño, ¿qué pasa? —dice preocupada. Me mira y al ver mi estado de nerviosismo intenta tranquilizarme—: Ven, siéntate y respira con calma.

Me siento en uno de los taburetes de la cocina y mi madre me ofrece un vaso de agua.

—Manuela, ¿qué sucede? —pregunta mi padre.

—No lo sé. —Los dos me miran con preocupación y esperan a que yo hable.

—Gerard no era el padre de Jordi —suelto del tirón. Se genera un silencio incómodo que rompo con mis sollozos.

—Vale, bien... —carraspea mi madre sin saber qué decir.

—Y entonces, ¿quién es el padre? —indaga mi progenitor—. Porque digo yo que tendrá uno...

—¡Eusebio! —le reclama mi madre por su poca sensibilidad.

—Cariño, ¿estás segura? —Asiento con la cabeza.

—Lucía me ha enviado una carta y ha adjuntado los resultados.

—De esa bruja no se puede fiar uno. —Mi madre le reprocha con la mirada a mi padre, que se cierra la boca como si fuera una cremallera.

—Tiene cáncer y le queda poco tiempo de vida. Sería muy siniestro que mintiera.

—Para ser sincera, aunque pueda sonar mal, yo me alegro de que Jordi no sea hijo de ese, ese... no sé ni cómo llamarlo.

—Tu madre tiene razón, hija. A estas alturas es lo mejor que podía pasar. No deberías llorar, casi que podrías saltar de alegría.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada ante su comentario.

—¡Eusebio! Qué poca delicadeza tienes.

—Me dirás que no. Ese cabrón no se merece que mi hija suelte una lágrima más por su culpa. Ahora sí que podemos olvidarnos de él para siempre. Ya nada nos vincula a esa familia y, para mí, es una gran noticia.

Mi padre tiene razón. Es una gran noticia y yo, a pesar del primer impacto, también me alegro de que no tengamos nada que ver con la familia Pons. El problema es cómo se lo digo a Víctor y cómo lo asimilará él. La idea de que no me crea, se enfade y se aleje de mí, me genera una congoja que no sé si podré superar.

—Víctor. Víctor es el padre de Jordi —les confieso y bajo la cabeza.

No sé si podré enfrentar una mirada de reproche. Sé que no estuvo bien liarme con Víctor cuando estaba casada, pero nos superaron los sentimientos. Con ese acto ya me debería haber dado cuenta de que mi vida al lado de Gerard no iba a funcionar.

Ante el silencio que se ha generado en la cocina, elevo la mirada, a la espera de encontrarme con la decepción en la cara de mis padres. Una enorme sonrisa en la cara de mi madre y el brillo en los ojos en mi padre me demuestran que, al revés de lo que yo imaginaba, la noticia les ha gustado.

—Madre mía, Flora va a saltar de alegría cuando se entere de la noticia —aplaude mi madre.

—¿Cómo se lo ha tomado Víctor? —se interesa mi padre.

—Todavía no lo sabe. Me da miedo decírselo. ¿Y si piensa que le he mentado todo este tiempo? ¿Y si se aleja de nosotros? —Dejo salir mis miedos.

—Y si... Y si... Andrea, cariño, ese hombre está loco de amor por vosotros. Puede que al principio le cueste digerir la noticia, pero no tengo la menor duda de que le hará muy feliz. Él ya lo quiere como a un hijo. ¿Qué no hará por Jordi si sabe que lleva su sangre?

En lo que se refiere a mi pequeño, las palabras de mi madre son muy ciertas. No tengo ninguna duda de que Víctor no se va a desentender de Jordi, pero ¿qué pasa conmigo?

—Se lo diré, pero necesito algo de tiempo, ¿vale? —Los dos asienten con la cabeza—. Nadie sabe nada, solo vosotros, así que, hasta que Víctor no lo sepa, os pido que mantengáis el secreto.

—Está bien —dice mi madre mientras hace una mueca.

—Mamá, ya sé que te mueres de ganas de decírselo a Flora, pero sería muy injusto que ella lo supiera antes que su hijo. El tema ya es complicado y si encima Víctor se entera por otra persona que no sea yo, será peor aún.

—Tienes razón, pero no tardes en decírselo, si no después será más difícil.

Los abrazo a los dos y doy gracias al cielo por tenerlos a mi lado y por apoyarme siempre, a pesar de que mis actos no hayan sido los mejores.

Cuando salgo de su casa, cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca para tranquilizarme y coger fuerzas. Necesito pensar. Tengo que organizarme y encontrar el mejor momento para darle la noticia a Víctor.

Capítulo 48

Víctor

Ojalá tuviera una bola mágica para saber qué le pasa a Andrea. Lleva varios días rara, está apática y me esquivo. Le he preguntado en infinidad de ocasiones qué es lo que le preocupaba y su respuesta siempre ha sido la misma: «estoy bien, no me pasa nada». No tengo ninguna duda de que me miente y no me gusta que no confíe en mí.

Observo las montañas por la ventana del salón con mi café en la mano, perdido en mis pensamientos cuando los pasos de Jordi me sacan de mi mundo.

—¡Buenos días! —saluda con una enorme sonrisa.

—¡Buenos días, campeón! —Se acerca a mí a la carrera y se lanza a mi cuerpo con tanto ímpetu que casi hace peligrar mi café.

—Me ha dicho mami que hoy me llevas tú al cole.

—Por supuesto, así que a desayunar. No podemos llegar tarde. —Le doy un pequeño azote en el trasero y corre hacia la cocina, donde ya está todo preparado.

En los meses que llevamos viviendo juntos, he aprendido lo que le gusta a cada uno y como soy el primero en levantarse, es una de las tareas que he hecho mía. Me encanta consentirlos.

Cuando acabo de poner el zumo en el vaso a Jordi, Andrea entra en la cocina. Va preciosa, como siempre, pero sigue con ese rictus serio y preocupado. Aprieto la mandíbula por la impotencia de no saber qué es lo que le preocupa y enfadado porque ella no me lo cuente.

—Me voy o la reunión empezará sin mí —comenta sin mirarme—. Cacahuete, pórtate bien en el cole. A la tarde irá a buscarte la abuela.

—¡Guay! ¿Me podré quedar a dormir en su casa?

—Ya veremos.

Se acerca al pequeño y besa su cara en varias ocasiones. Después, se gira y nuestra mirada se encuentra, solo un segundo, como es habitual últimamente. ¿Qué le pasa para que no sea capaz de sostenerme la mirada? Deja un suave roce en mis labios que me deja con ganas de más e inquieto a partes iguales. Levanta la mano para despedirse y la vemos desaparecer. Un miedo atenaza mi cuerpo, y la sensación de que esto ya lo viví con anterioridad consigue que un sudor frío me invada. Intento disimular para que Jordi no se dé cuenta de mi estado y, mientras él acaba el desayuno, aprovecho para encerrarme en el baño y mojarme la cara para volver en mí y ahuyentar mis temores.

Dejo a Jordi en el colegio y aprovecho para ir a la floristería a ver a mi madre. Necesito hablar con alguien y, en esta ocasión, Hugo no me sirve.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. No sabía que ibas a pasar por aquí.

—Hasta las doce no tengo que estar en el gimnasio y hace días que no nos vemos —me excuso.

—Ya... —No me cree—. Cuéntame qué te pasa.

Justo en ese momento, la puerta se abre y entra Jimena con su gran sonrisa. ¿Es que esta mujer nunca tiene problemas? Es tan raro verla seria... Nos saluda y se aleja hacia la parte de atrás a cambiarse.

Suspiro. ¿Por dónde empiezo? No tengo ni idea de cómo afrontar el silencio y la actitud extraña de Andrea. Mi madre pica el mostrador para llamar mi atención y que hable.

—¿Crees que Andrea puede estar engañándome con otro? —La cara de asombro de mi madre casi me hace reír.

—¿Por qué piensas eso?

—Lleva unos días muy rara. Casi no me habla; ni me mira. Está distante y se acuesta antes que yo, alegando que está cansada. Cuando llego a la cama, se hace la dormida. No sé qué pensar.

—¿Has probado a preguntarle a ella directamente? —me pregunta Jimena, que ha aparecido mientras hablaba.

—Mil veces. Su respuesta siempre es la misma, que no le pasa nada.

—¡Ay, cariño! Solo ella sabe el motivo. Tendrás que esforzarte para que confiese —dice mi madre mientras acaricia mis manos—. No sé si te consuela, pero no creo que sea por culpa de otro hombre. Andrea te quiere mucho.

—Yo también pienso que será otra cosa. El brillo es sus ojos y la adoración con la que te mira, no puede desaparecer de un día para el otro. Ojalá alguien me mire así algún día —suspira Jimena.

—Para eso hay que abrirse al mundo, muchacha —le reprocha con cariño mi madre y ella frunce los morros.

—Esta noche Jordi va a dormir con Manuela y Eusebio. Probaré a presionarla, a ver si puedo sacarle algo. Si no lo consigo, creo que me volveré loco. No puedo continuar con esta angustia —confieso.

—Intenta ser delicado. A las mujeres no nos gusta que insistan demasiado —confiesa Jimena.

—Veré cómo lo enfrento.

—Con una buena cena, velitas y mucha mano izquierda.

—Gracias, Jimena. Suena muy bien e incluso fácil, pero...

—Vamos, un machote como tú no puede venirse abajo. Si eres como Hulk, solo te falta el color verde. —Me guiña un ojo, yo niego con la cabeza y mi madre suelta una carcajada.

Miro a mi progenitora, que me sonrío y afirma con la cabeza. Veremos cómo sale la idea. Les doy un abrazo y un beso a las dos, me siento muy afortunado de tenerlas en mi vida. Mi madre siempre me ha apoyado en todo y desde que estamos los dos solos, nuestra relación se ha visto más fortalecida. He podido coger su mano para salir de los baches y nunca se ha dado por vencida conmigo. La quiero con toda mi alma. A Jimena, aunque no hace mucho que nos conocemos, ya la siento como a una hermana. Hemos congeniado a la perfección y, a pesar de ser una mujer bastante

hermética con su vida personal, sé que, si necesito un favor o algún consejo, puedo contar con ella, como ella lo puede hacer conmigo.

Salgo de la floristería con el teléfono en la mano y le escribo un mensaje a Andrea.

Víctor:

Esta noche no hagas planes, cena, peli y lo que se tercié.

No tarda en contestar con un escueto «Ok».

Menudo reto me espera.



Conseguí cambiar mi última clase para poder preparar algo de cena y decorar la mesa. No ha quedado tan mal. El tintineo de las velas le da ese toque romántico y la comida, aunque es sencilla, por la falta de tiempo, ha quedado sabrosa.

Dejo reposar el *risotto* de setas. Andrea me ha escrito para decirme que ya venía. Se ha quedado un rato en casa de sus padres. Esto también es habitual últimamente.

Oigo que las llaves se introducen en la puerta y mis nervios crecen. Me sudan las manos y el corazón me palpita con rapidez. ¿Qué voy a hacer si me confiesa que se ha enamorado de otro?

—¡Hola! Vaya, ¿celebramos algo? —pregunta y mira la mesa del salón.

—Nada en particular. Solo quería disfrutar de una cena contigo. Hace días que no tenemos mucha intimidad y...

—Víctor, cuando decidiste venir a vivir con nosotros ya sabías a qué te enfrentabas.

—No me quejo. Estoy encantado y feliz con vosotros, es solo que... —Me quedo pensativo y decido que todavía no es el momento de enfrentar el tema—. Será mejor que cenemos o se enfriará el *risotto*.

—Está bien. Dejo las cosas en la habitación y cenamos.

Pasa por mi lado y antes de que me sobrepase, la retengo y, cuando me mira, la beso. Me recreo en su boca, mi lengua busca la suya y profundizo el beso. Ella responde a la unión. Conozco su cuerpo y, para mi suerte, reacciona como siempre, cosa que me tranquiliza un poco. Cuando un suave jadeo sale de su boca la suelto. El efecto del beso ha ruborizado sus mejillas y, si no fuera porque quiero saber qué le pasa, le darían viento a la cena y la arrastraría a la habitación para hacerle el amor y perderme en su cuerpo. Eso tendrá que esperar.

Regresa vestida de forma más cómoda y nos sentamos a degustar el *risotto*. No es para presumir, pero me ha quedado bastante bueno. Hablamos un poco de todo. De la reunión que ha tenido esta mañana, de que ha hablado con Daniela y por fin el bebé se ha dejado ver y será un niño o que ha hablado con su madre para preparar la celebración del cumpleaños de Jordi.

—Andrea, ¿me quieres? —le suelto en un momento de silencio.

—Sabes que sí, ¿qué pregunta es esa?

—Últimamente estás distante, me evitas como si me ocultases alguna cosa y me estoy volviendo loco.

—Estoy como siempre —dice en voz más baja. No se lo cree ni ella.

—Si hay otro hombre, quiero saberlo lo antes posible —le pido.

—¡Qué tonterías dices! —Deja la servilleta encima de la mesa y se levanta. Yo hago lo mismo.

—Entonces, ¿qué es? ¿Es por culpa de la carta que envió Lucía?

Sé que la leyó y cuando le pregunté qué le decía, fue escueta en su respuesta. Desde aquel día, Andrea no es la misma.

—No es nada. Tengo mucho trabajo, voy cansada y no todo es sexo, Víctor —contesta enfadada.

—En ningún momento me he quejado de la falta de sexo. Lo que me preocupa es que te estás alejando de mí y no sé qué he hecho mal para que sea así. Cada vez te noto más distante y no me gusta esa sensación. Si ya no quieres que viva con vosotros o has dejado de quererme, dímelo y, aunque yo te quiera con locura, me alejaré. Quiero que seas feliz.

—Claro que te quiero y no quiero que te marches, pero...

—Pero ¿qué? Dime qué te pasa, qué te preocupa y lo solucionaremos juntos.

—¿Y si eres tú quien nos deja? —dice bajito, como si tuviera miedo a expresarlo en voz alta y que sucediera.

Eleva la mirada y su cara está mojada por las lágrimas. Me acerco a ella y la abrazo. No me gusta verla así, no me gusta que sufra y no poder hacer nada.

—Yo jamás os dejaré. Eres la mujer de mi vida y estoy loco por ese pequeñajo que me ha robado el corazón.

La noto coger aire y se separa de mi cuerpo. Se acerca al bolso del que saca un sobre y me lo tiende. Es la carta que le escribió Lucía. La miro y Andrea vuelve a bajar la vista.

—¿Quieres que la lea? —pregunto y ella afirma con la cabeza.

La abro, me siento en la silla y empiezo la lectura.

El día que fui a buscar a Jordi, aproveché para recoger pruebas y verificar el ADN. No quería morirme sin corroborar mis dudas y tú ya me habías dejado claro que no ibas a hacérsela. Te adjunto los resultados, supongo que no te sorprenderán.

Frunzo el ceño y en vez de seguir con la lectura, busco el papel donde informa de los resultados. Abro mucho los ojos ante la sorpresa de saber que Jordi no es hijo de Gerard, entonces...

—¿Tú lo sabías? —pregunto.

El tono de mi voz es serio. ¿Me deja por él y después se lía con otro? No entiendo nada.

—No. Te juro que siempre pensé que era su hijo. En ningún momento imaginé que pudiera ser tuyo. Aquel día no acabaste en mi interior y no le di importancia.

—Espera, ¿qué has dicho?

—Que nunca imaginé que fuera tu hijo.

—¿Mi hijo? ¿Yo soy el padre de Jordi?

—Con el único que tuve un desliz durante mi relación con Gerard fue contigo. ¿Pensabas que yo...?

—¡Joder! —Las manos me tiemblan al asimilar las palabras de Andrea. No soy capaz de frenar las sensaciones que me embargan y no puedo evitar que las lágrimas desciendan por mis mejillas.

—Lo siento. Te prometo que no tenía ni idea. Si lo hubiera sabido o hubiera tenido la más mínima sospecha, no dudaría en decírtelo —me dice, arrodillada delante de mí.

Hundo la cara en las manos e intento digerir la noticia. Soy padre y de Jordi, nada más y nada menos. Nunca me había hecho la idea de tener hijos, pero no me costó interpretar el papel con Jordi, pero ahora, saber que lleva mi sangre, me hace feliz, tremendamente feliz.

—No quiero que nos dejes. No podría soportar que te alejaras de nosotros. Jordi te necesita y yo también. No sabía cómo decírtelo, por eso he estado algo rara estos días.

Levanto la cabeza y me centro en ella. Tiene los ojos rojos, las mejillas mojadas por las lágrimas y la nariz colorada. Es la mujer más bonita del universo y yo no concibo una vida sin ella y sin Jordi, mi hijo. Qué puta locura y qué feliz me siento.

—Mi vida sin vosotros no tiene sentido. Jordi ya formaba parte de mí antes de saber que es mi hijo, lo que es una maravillosa noticia, pero no cambia lo que siento por él ni por ti. Mi mundo está aquí, rodeado de mi mujer y mi hijo. Ahora tengo claro que puedo tener una vida contigo. No necesito nada más.

Cuando acabo la frase, Andrea se acerca a mí y sella nuestros labios en un beso profundo, donde nos demostramos todo el amor que hay entre nosotros, arrancamos de nuestro interior el pasado y hacemos hueco para el presente y el futuro juntos.

Epílogo

Andrea

Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento del coche, cierro los ojos y respiro profundamente. Los rayos del sol de julio asoman por la ventanilla y calientan mi rostro.

A petición de Víctor, entre mis padres y Flora se han quedado con Jordi durante esta semana. Después de todo lo ocurrido, necesitábamos tiempo para nosotros. Así que lo ha organizado todo para la escapada.

—¿Me vas a decir adónde me llevas? —le pregunto a Víctor que tiene la mirada fija en la carretera.

—Es una sorpresa, nena. Si te lo digo, pierde toda su gracia.

Suspiro y giro la cabeza para mirarlo. Observo su perfil y la mano me hormiguea por tocar la barbita de su mentón. Es un hombre muy guapo y sexi. Mi hombre.

Nunca imaginé que se tomaría tan bien la noticia de que Jordi es su hijo. Pensé que cuando se enterara, mi vida se derrumbaría por su abandono. Una vez más, Víctor nos ha demostrado el inmenso corazón que posee y, sobre todo, cuánto nos quiere.

Decidimos que a Jordi, al ser tan pequeño, no valía la pena confundirlo y no le diríamos nada referente a su verdadero padre. Además, la locura que siente por Víctor y que nunca nombre a Gerard, es lo único que nos importa. Creo que, de forma inconsciente, mi cacahuete ya ha asimilado quién es su referencia masculina.

Un suave movimiento de mi cuerpo consigue que abra los ojos. Me he quedado dormida. Giro la cara hacia el asiento del conductor y unos preciosos ojos azules, con una enorme sonrisa, me reciben.

—Ya hemos llegado, cariño —susurra muy cerca de mi cara y me besa en los labios.

Abro la puerta del vehículo y, al bajar, el olor al salitre del mar me recibe. Miro hacia un lado y hacia el otro y mi rostro se ilumina al divisar la entrada del hotel. Unas enormes columnas nos rodean y parece que estamos en Grecia.

—Vamos —dice Víctor, extendiéndome su mano libre. No pierdo ni un minuto en unir mi mano a la suya.

Le entrega las llaves a un chico joven que sale a nuestro encuentro y pronto aparece el botones para hacerse cargo de las maletas. Hacemos el registro en el hotel y nos acompañan a la habitación. Mientras Víctor le da la propina al chico y se despide de él, yo aprovecho para observar todo a mi alrededor. Las cortinas están descorridas, abro la puerta que da a una terraza y la visión de tanta arena y la tranquilidad del agua que golpea contra la orilla de forma suave hace

que cierre los ojos y disfrute de las sensaciones. La playa, mi debilidad.

—¿Te gusta? —me pregunta Víctor, rodeando mi cintura con sus manos y apoya mi cuerpo en el suyo.

—Me encanta. Es fantástico.

—Todavía no has visto el *jacuzzi* que hay en el baño. Voy a disfrutar como un enano teniéndote desnuda ahí dentro toda para mí. —Me giro y lo beso.

—Lo estoy deseando.

—Además, tenemos una entrada en el *spa* y varios tratamientos de relax y belleza.

—Con estar contigo en esta habitación y pasear por la playa de tu mano ya era suficiente —aseguro ante su despliegue de actividades.

—Quiero consentirte —me dice y pone sus manos en mi trasero, mientras yo rodeo sus caderas con mis piernas.

Se adentra en la habitación y caemos en la enorme cama que, al salir directamente a la terraza, no me había dado cuenta de que estaba llena de pétalos de rosa. Disfrutamos de nuestros cuerpos, nos saboreamos, paseamos nuestras manos por los rincones que sabemos que nos gustan y que arrancan algún que otro gemido. Hasta que acabamos desnudos, con Víctor en mi interior y llegando, los dos a la vez, al éxtasis más absoluto.

Después de los arrumacos, de arreglarnos para ir a comer y disfrutar de un fantástico menú, nos preparamos para nuestra sesión de *spa*. Las luces azuladas y el sonido del agua crean un maravilloso e íntimo ambiente. El lugar es precioso, pero lo más importante es poder compartirlo con Víctor.

—Te veo muy relajada —comenta al entrar en el *jacuzzi*, donde descanso con los ojos cerrados.

Esta sala del *spa* es realmente bonita. Consta de una sauna y dos *jacuzzis*, pero no es eso lo que llama la atención, sino la ambientación. La música relajante, el techo oscuro lleno de lucecitas, como si observaras el cielo estrellado en una noche despejada, y varias velas colocadas de forma estratégica.

—Este lugar es fabuloso, me encanta estar aquí contigo. —Nado hasta él y rodeo su cuello con mis brazos y su cintura con mis piernas.

—Me alegro de que te guste. Todavía quedan muchas sorpresas. Espero que esta semana marque nuestras vidas y sea un gran recuerdo.

—Estoy segura de que así será.

Se deja caer de espaldas, hundiéndonos en el agua y me besa hasta que nos falta el oxígeno y emergemos entre risas.

Después de dos horas en remojo, otra más disfrutando de un maravilloso masaje y una última con una limpieza facial, que me deja como nueva, decidimos volver a la habitación y prepararnos para, según Víctor, una cena especial.

Cuando llegamos a la puerta de nuestro alojamiento, mi chico se quita un pañuelo del bolsillo y me dedica una mirada pícaro.

—Antes de entrar, tienes que taparte los ojos. ¿Confías en mí? —pregunta.

—Siempre. —No tengo dudas en mi respuesta.

Rodea mi cintura con su brazo, me venda los ojos y me guía al interior.

—¿Recuerdas aquella vez que bajamos a la casa de la playa de tus padres?

—Sí.

—Ese día te pedí que me contaras una cosa que siempre hubieras querido hacer y no hiciste por vergüenza. —Me imagino a lo que se refiere y abro la boca asombrada.

—¡No! —exclamo con una enorme sonrisa.

—Aquí tienes tu guerra de almohadas —susurra en mi oído, retirándome la venda.

En la enorme cama hay unos cinco o seis almohadones y mi cara se ilumina al ser consciente de lo que se avecina. Cojo uno de ellos por las puntas e impacto con su cuerpo. Me muerdo el labio inferior a la espera de su reacción. Víctor entorna los ojos y rápido coge otro que impacta en mi costado. Risas, gritos, gruñidos, la respiración agitada y al final, toda la habitación llena de plumas.

Me tiro agotada encima de la cama y soplo para que las plumas vuelen a mi alrededor. Con algo tan sencillo como una guerra de almohadas, Víctor ha conseguido que, por un rato, vuelva a sentirme aquella joven que disfrutaba de las cosas más sencillas y eso siempre ha pasado con él.

Amo a este hombre con todo mi corazón. Espero hacer bien las cosas y que él lo sepa, porque mi vida no sería nada sin mis hombres a mi lado. Nada tendría sentido sin Víctor.

Víctor

¿Dónde estará este hombre? Siempre que lo necesito, llega tarde.

Estoy de los nervios y que Hugo se retrase no me ayuda en absoluto. Tendría que haber dejado todo en manos de mi madre o de Manuela. ¿En qué pensaba cuando le encargué parte de los preparativos al pequeño de los Guerrero?

Por fin lo divisó al fondo de la sala. Trae su sonrisa de medio lado, esa que, ahora mismo, le quitaría de un guantazo.

—¿Dónde coño estabas? —le recrimino.

—Yo también me alegro de verte —se burla.

Cierro los ojos y me pinzo la nariz con los dedos para no perder los estribos con él.

—Dime que está todo en orden o me volveré loco.

—Todo controlado. Parece mentira que, a estas alturas, no te fies de mi capacidad de organización.

—¿Has traído los papeles de Andrea?

—¿Qué papeles? —pregunta todo serio.

—Hugo, no me jodas. —Lo miro mal porque su ironía ahora no toca.

Hoy es un día muy importante para mí, y como algo salga mal por culpa de mi amigo, lo mato.

—Tranquilo, hombre, que no tienes edad para estos sobresaltos. Tengo todo lo que me has pedido —dice, sacándose un sobre del bolsillo trasero de su pantalón tejano y entregándomelo—. Durante el día lo montarán en la playa y ya estamos todos aquí menos Guille, que están de camino. Así que respira, colega.

Cuando la idea se me pasó por la cabeza parecía fácil, pero ahora que ha llegado el día y tengo que depender de otros para hacerla realidad, no es tan sencillo. Tiene que estar perfecto, Andrea se lo merece. Ahora solo queda que me diga que sí.

Habéis sospechado bien. A riesgo de una negativa que me dejaría destrozado, he organizado una boda sorpresa, en este caso para la novia. Andrea no tiene ni idea de que esta tarde, en la playa y rodeados de nuestras familias, quiero pedirle que se case conmigo. Si acepta, cosa que espero, estará todo preparado para unirnos en matrimonio. ¿Os imagináis que me dice que no? No quiero ni pensarlo.

—Está bien. Gracias por todo. Estamos en contacto para cualquier cosa —informo a Hugo—. Me voy para que no sospeche.

—Ya sabes que no puedes celebrar la noche de bodas antes de casarte, ¿verdad? —Levanto mi dedo corazón y se lo enseño a la vez que él se carcajea.

Me vuelvo al hotel para darme una ducha, salir a correr me ha relajado, pero el capullo de Hugo ha vuelto a alterarme.

—Cariño, todavía no son ni las seis de la tarde. ¿Crees que es necesario que ya me vista para ir a cenar? —pregunta Andrea sorprendida.

—Primero daremos un paseo por la playa y después cenaremos. Son fiestas privadas y el aforo es limitado. Si llegamos tarde, igual perdemos la reserva. —Menuda mierda de excusa.

Me mira y entorna los ojos, por supuesto, no se ha creído nada de lo que le he dicho. Carraspeo y me giro para seguir vistiéndome. Le dije que a la fiesta era obligatorio ir de blanco y el otro día fuimos juntos a comprarnos la ropa.

Me abrocho la camisa, que pongo por dentro del pantalón, y cuando me giro y la veo, mi corazón se salta un latido. Está impresionante. Su piel morena por la exposición al sol de los últimos días resalta por encima del sencillo vestido blanco que se ajusta a la perfección a su cuerpo. Se ha recogido el pelo en un moño alto que despeja su maravilloso cuello.

—¿Voy bien así? —pregunta y da una vuelta sobre sí misma para que la vea.

—Estás espectacular. Voy a ser la envidia de la fiesta —me acerco a ella y dejo un beso en su sien para no estropear el pintalabios.

—¡Tú sí que estás guapo! —Sus ojos brillan cuando nuestras miradas se cruzan—. Te quiero, Víctor Pérez.

—Yo sí que te quiero, Andrea Guerrero. —Acaricio su mejilla, resistiendo las ganas que tengo de besarla y deshacerme de su ropa para disfrutar de su cuerpo—. Será mejor que nos marchemos.

Solo faltan cinco minutos para las seis de la tarde, hora acordada para casarnos, si ella me acepta, claro.

Al asomarnos a las escaleras que bajan a la playa, le pido que se descalce y yo hago lo mismo. Enlazo nuestros dedos y descendemos. La observo, solo quedan dos peldaños para que se vea la porción de playa donde todo está preparado. Se para en el último escalón para admirar el lugar. Ha quedado mucho más bonito de lo que me imaginaba. Hay varios palos clavados en la arena de donde cuelgan telas blancas que cubren los diferentes bancos del mismo color, puestos estratégicamente. Varias mesas bajas adornadas con jarrones con flores y velas. Todo está perfecto para nosotros.

Aprovecho que está centrada en otra cosa, la suelto e hincó una rodilla en la arena. Espero, de forma paciente, aunque los nervios me estén matando, a que Andrea se fije en mí. Cuando lo hace, sus ojos se abren mucho y un «¡Oh!» sale de su boca que, inmediatamente, se tapa con la mano.

—Quiero que seas mi mujer, tener todo contigo y ser felices con nuestro hijo. ¿Qué me dices? —Abro la cajita, que tiembla en mis manos, y la pongo delante de ella.

No creo que tarde más de un segundo en contestar, pero a mí se me ha hecho eterno.

—Sí, claro que quiero.

Suelto el aire que retenía, me levanto, saco el anillo de la caja y se lo pongo en el dedo antes de fundir mi boca con la suya. A la mierda el pintalabios. Rodeo su cintura y la elevo hasta que deja de tocar el suelo.

—Estás segura, ¿verdad? —le pregunto cuando sus pies vuelven a tocar la arena de nuevo.

—Pues claro. ¿Qué pregunta es esa?

Cojo su mano y me pongo a correr por la playa en dirección al altar montado para nosotros.

—Prepárate, nena, porque ya no hay marcha atrás —le advierto cuando casi estamos llegando—. Ha dicho que sí —chillo, y ella se ríe ante mi reacción.

Lo que no sabe es que ese es el grito para que nuestras familias aparezcan. Cuando todos se muestran y aplauden, Andrea deja de reír y me mira a mí y a ellos de forma alternativa.

—Bienvenida a tu boda, nena.

—Pero..., cómo...

—Será un enlace sencillo, solo con nuestra gente. Más adelante, si tú quieres...

—Es perfecta —me dice, poniéndome un dedo en la boca para que no siga hablando—. No necesito nada más ni nada menos.

La miro y no puedo ser más feliz.

—¡Sorpresa! —chilla Jordi mientras corre hacia nosotros y se lanza a mí, lo cojo en brazos—. Os vais a casar, esto mola mucho.

Su ilusión es contagiosa y nos hace reír.

—¿Estás contento? —le pregunta su madre.

—Claro. ¿Cuándo seáis hombre y mujer ya podré llamar a Víctor «papá»?

—Se dice marido y mujer —le corrige Andrea. El pequeño pone los ojos en blanco ante el comentario de su madre.

—¿Ya puedo llamarte «papá»? —Vuelve a preguntar mientras coge mi cara con sus dos pequeñas manos para que me centre en él.

—Me encantaría. —Jordi mira a su madre que le sonrío, dándole su visto bueno.

—Sííí —vocea mientras eleva las manos por encima de nuestras cabezas.

Todos nos reímos ante su emoción. Todavía no nos hemos casado y la mayoría ya está llorando. Mi madre se acerca el pañuelo a las mejillas y se limpia las lágrimas. Cuando se enteró de que Jordi es su nieto, casi le da un jamacuco. Al principio, pensó que se lo decía de broma, después que se lo decía porque iba a empezar una vida con ellos, hasta que le pude explicar bien los hechos. Está feliz mimando a Jordi y él encantado con sus atenciones, el muy gamberro. Cuando mi mirada se encuentra con la de mi madre le lanzo un beso y le susurro un «te quiero» que ella responde de la misma manera.

—Perdonen, pero deberíamos empezar con el enlace —nos reclama el notario.

—Sí, claro.

Dejo a Jordi en el suelo y le pido que vaya con sus abuelas. Nos situamos en el banco destinado para nosotros y el resto se reparte en los asientos. Observo a nuestra gente y no me puedo sentir más afortunado. A mi izquierda, se han situado Guille y su familia, a su lado Fernández con Rosa, que no creo que tarden en pasar por el altar, y Jimena, a la que amenacé con despedirla si no venía a mi boda. En el centro, Eusebio, Manuela y mi madre con Jordi. Y a la derecha, un solitario Hugo que mantiene el teléfono en alto desde el que Daniela y Malcom nos observan. No han podido venir dado el avanzado estado de gestación de Dani. Sonrío por tenerlos a todos aquí, compartiendo este momento tan importante.

Giro la cabeza y me centro en Andrea. Está exultante, feliz. Sus ojos brillan de la emoción. Cojo una de sus manos y se la acaricio. Me sonrío y se centra en las palabras del notario.

Los «sí, quiero» de los dos suenan fuertes y seguros. Atrás quedan los malos momentos, las lágrimas y la distancia. Ahora somos un equipo donde tenemos que complementarnos para ganar el partido. Luchar el día a día. Habrá buenos momentos y no tan buenos, pero juntos conseguiremos superar los malos y disfrutar de los buenos. Somos una familia, mi familia, mi vida.

Fin

Agradecimientos

Me gustaría comenzar con esas personas que se animan a descubrir mis historias. Esta serie no existiría si no fuese por toda la gente que me apoya y disfruta con mis libros. Sin vosotros nada de esto tendría sentido. Gracias por estar ahí.

A mi marido y mis hijos por la paciencia, por quererme tanto y ser mi luz en los momentos más duros.

A mi padre, por leerme, por su apoyo y por cuidar tan bien de nuestros estómagos. Te quiero.

A mi hermana. Por sus palabras de ánimo y levantar mi moral cuando está por los suelos. I love you.

A mi familia y amigos, esos que han estado preocupados por mi salud. Que sepáis que he recibido todo vuestro cariño y no tengo palabras suficientes para expresar lo que os lo agradezco. Mil gracias de corazón.

No quiero olvidarme de la parte más importante para que este libro haya salido tan bonito, tanto por dentro como por fuera:

Gracias a Nerea, por poner caras tan bonitas a mis libros y a Elisa, por la corrección.

A mis lectoras cero; Yoli, Lorena, María Jesús, Bego (gracias por el esfuerzo doble) y Ester. Qué bonito intercambiar comentarios con vosotras, por vuestros consejos y vuestro tiempo. Soy muy afortunada de teneros en mi vida.

Espero que esta nueva historia de los hermanos Guerrero os haya gustado. Andrea ha sido una protagonista difícil, pero al final ha conseguido conquistar mi corazón. Deseo que el vuestro también.

Solo falta conocer a Hugo, el canalla de la familia, que verá la luz este año. Así que estad atent@s. **Os espero.**

Sobre la autora



Me llamo Sonia Puente, nací y vivo en el Principat d'Andorra, un pequeño país, entre España y Francia, rodeado de montañas. Soy una apasionada de la lectura, sobre todo del género romántico-erótico, pero también disfruto con una buena novela policiaca. Me encantan los finales felices, de esos que te hacen suspirar, y perderme dentro de las historias. Empecé con la escritura hace relativamente poco. Actualmente tengo cinco libros publicados: *Mi pequeño mundo*, *Buscando mi momento*, *Empezar una vida contigo*, *Volver a mi vida contigo* y *Puedo tener una vida contigo*.

Me encanta la música, no puede faltar mientras escribo o leo, y casi siempre estoy rodeada de velas aromáticas. Me fascina Nueva York, ciudad que he tenido la suerte de visitar, y estoy segura de que en otra vida viviré allí.

Como veis, soy una persona feliz con poco, pero si queréis saber más sobre mí, solo tenéis que buscarme en las redes. Será un placer compartir opiniones con vosotros/as.

Facebook: Sonia Puente Duro

Instagram: @lecturasspd

Twitter: @SoniaPuenteDuro

Otras publicaciones de la autora

